

Joseph



*Explorando la Vida y el
Ministerio del Profeta*

Editado por
SUSAN EASTON BLACK Y ANDREW C. SKINNER

Joseph:

Explorando la vida y Ministerio del Profeta

Editado por **Susan Easton Black y Andrew C. Skinner**

Este volumen representa una obra monumental dedicada a explorar en profundidad la vida, el carácter y el ministerio profético de José Smith, el Profeta de la Restauración. Bajo la dirección editorial de dos reconocidos eruditos, Susan Easton Black y Andrew C. Skinner, el libro reúne los aportes de más de treinta académicos y expertos en historia de la Iglesia, quienes abordan una amplia gama de temas relacionados con la vida y legado del Profeta.

Uno de los principales méritos del libro es su enfoque integral y temáticamente organizado. A diferencia de una biografía tradicional, esta obra se estructura en capítulos que exploran aspectos específicos —tales como las visiones de José, la restauración del sacerdocio, la organización de la Iglesia, las revelaciones doctrinales, la fundación de comunidades de los santos, y su martirio— ofreciendo tanto una visión panorámica como un análisis detallado de momentos clave.

El libro no solo proporciona información histórica sólida, sino que también está escrito con un tono devocional, diseñado para fortalecer el testimonio de los lectores. Los ensayos están cuidadosamente documentados, combinando fuentes primarias con análisis académico accesible, lo que lo hace útil tanto para estudiosos como para miembros de la Iglesia que buscan una comprensión más profunda del papel profético de José Smith.

Asimismo, *Joseph* destaca por su propósito misional y espiritual: testificar que José Smith fue el profeta escogido por Dios para restaurar el evangelio en los últimos días. La narrativa no evita los desafíos ni las controversias,

pero los presenta en su contexto doctrinal e histórico, resaltando la fe, la revelación continua y la guía divina que acompañaron la vida del Profeta.

En conjunto, esta obra es un recurso valioso para quienes desean profundizar en la vida de José Smith con una perspectiva fiel, informada y edificante. Es una contribución significativa a la literatura Santos de los Últimos Días sobre el Profeta y una herramienta útil tanto para el estudio personal como para la enseñanza en entornos religiosos y académicos.

Sobre los editores

Susan Easton Black se incorporó a la facultad de la Universidad Brigham Young en 1978, tras obtener un doctorado en psicología educativa en la misma universidad. Profesora de historia y doctrina de la Iglesia, ha servido como decana asociada de Educación General y del Programa de Honores, y es ampliamente reconocida por su enseñanza y sus escritos. La hermana Black ha recibido el Premio Karl G. Maeser a la Enseñanza Distinguida y es autora o coautora de varios libros. Sirve en la Iglesia como presidenta de las Mujeres Jóvenes en su barrio de Provo. Está casada con Harvey B. Black y son padres de ocho hijos.

Andrew C. Skinner se desempeña como decano de Educación Religiosa y es profesor de escrituras antiguas en la Universidad Brigham Young. Tiene una maestría en teología de la Universidad de Harvard y un doctorado en historia de la Universidad de Denver. Es un orador popular, conocido por sus ideas profundas y su manera directa de expresarse. Entre sus libros más recientes se encuentran *Getsemaní, Gólgota y La Tumba del Jardín*. El hermano Skinner ha servido como obispo y es miembro del Comité de Evaluación de Materiales de la Iglesia. Él y su esposa, Janet Corbridge Skinner, son padres de seis hijos.

Joseph Smith,

el Profeta y Vidente del Señor,
ha hecho más, excepto Jesús solamente,
por la salvación de los hombres en este mundo,
que cualquier otro hombre que haya vivido en él.

Doctrina y Convenios 135:3

Tabla de Contenido

Agradecimientos.....	6
Introducción	8
Capítulo 1 José Smith fue profetizado	13
Capítulo 3 En vísperas de la Primera Visión	31
Capítulo 4 El joven del bosque y el profeta de la Restauración	38
Capítulo 5 Perspectivas de las visitas de Moroni en 1823	48
Capítulo 6 Los años de desarrollo, 1823–1827.....	57
Capítulo 7 Obtener y proteger las planchas	65
Capítulo 8 El Libro de Lehi.....	73
Capítulo 9 Oliver Cowdery, escriba del Libro de Mormón.....	81
Capítulo 10 Los Tres Testigos	88
Capítulo 11 Publicación del Libro de Mormón	99
Capítulo 12 La Organización de la Iglesia	107
Capítulo 13 Las Conferencias de 1830	113
Capítulo 14 “Reuníos en Ohio”	121
Capítulo 15 La misión a los lamanitas.....	130
Capítulo 16 Estableciendo Sion en Misuri	140
Capítulo 17 La Escuela de los Profetas y la Escuela de los Élderes	147
Capítulo 18 La Nueva Traducción de la Biblia	156
Capítulo 19 La Visión: Doctrina y Convenios 76	164
Capítulo 20 Hiram, Ohio.....	172
Capítulo 21 La mobocracia en el condado de Jackson	183
Capítulo 22 El Campamento de Sion.....	192
Capítulo 23 El llamamiento de los Doce Apóstoles y los Setenta en 1835	203
Capítulo 24 La “rama de olivo” del Señor.....	211
Capítulo 25 El Templo de Kirtland	219

Capítulo 26 La Sociedad de Seguridad de Kirtland.....	228
Capítulo 27 “Que la ciudad de Far West sea una tierra santa y consagrada”	237
Capítulo 28 “Los mormones deben ser tratados como enemigos”	246
Capítulo 29 Prisioneros por causa de Cristo Susan Easton Black	257
Capítulo 30 Refugio temporal en Quincy	268
Capítulo 31 Comunidades mormonas en Illinois y el condado de Lee, Iowa	276
Capítulo 32 La recogida de los santos británicos	286
Capítulo 33 José Smith se reúne con el presidente Van Buren	293
Capítulo 34 El Templo de Nauvoo.....	300
Capítulo 35 La Sociedad de Socorro Femenina de Nauvoo	307
Capítulo 36 Las enseñanzas del Profeta en Nauvoo	314
Capítulo 37 “Que adoren cómo, dónde o lo que deseen”	326
Capítulo 38 La Legión de Nauvoo.....	332
Capítulo 39 El Martirio	342

Agradecimientos

Como editores y colaboradores de este volumen, sentimos una profunda gratitud por José Smith. Juntos testificamos como discípulos eruditos que José fue el ungido del Señor, llamado a traer las verdades del evangelio de Jesucristo. Estamos profundamente agradecidos por su vida y su convicción de verdades eternas. Sabemos que José Smith fue verdaderamente un profeta, y tomamos con seriedad nuestra membresía en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Expresamos nuestro agradecimiento a Cory Maxwell y otros en Deseret Book, quienes ayudaron a hacer realidad este libro/DVD. A los donantes de la Universidad Brigham Young que compartieron nuestra visión de lo que este libro podría llegar a ser y lo apoyaron generosamente, expresamos nuestra gratitud. Agradecemos especialmente a Christina Smith, estudiante de historia en BYU, por su valiosa investigación y habilidades de edición. A Michael Hunter, productor de la producción televisiva complementaria de BYU, le expresamos nuestro sincero aprecio por un trabajo bien hecho. A quienes colaboraron con Michael en BYU Broadcasting —incluyendo a John Reim, Sterling VanWagenen, Rob Sibley, Jordan Ormond y Diana Simmons—, les agradecemos por su impresionante experiencia.

Esperamos que los lectores y oyentes de *Joseph* encuentren respuestas a sus preguntas sobre la vida de este líder de los Santos de los Últimos Días del siglo XIX y descubran un espíritu de testimonio que fortalezca su propia convicción de que José fue un profeta de Dios.

Joseph: Explorando la vida y ministerio del Profeta

A lo largo de las páginas de este volumen integral y de las imágenes grabadas en su DVD complementario, examinamos aspectos que fortalecen el testimonio sobre la vida y misión de José Smith, el Profeta de la Restauración. Aquí vemos al joven José Smith convertirse en el poderoso profeta del Señor para los últimos días, comenzando con su infancia en busca de la verdad y continuando a través de enseñanzas divinas y crueles persecuciones que culminaron en su martirio.

Treinta y tres eruditos santos de los últimos días —incluyendo a Richard E. Turley Jr., Andrew C. Skinner, Larry C. Porter, Milton V. Backman Jr. y Robert J. Matthews— examinan una amplia variedad de temas, brindándonos perspectivas sobre las profecías escriturales que predijeron la misión de José Smith e incluso su nombre, así como las circunstancias de la familia Smith que los llevaron al área de Nueva York donde Moroni había enterrado su sagrado registro. Aprendemos sobre las revelaciones continuas que guiaron al Profeta mientras traducía el Libro de Mormón, organizaba la Iglesia y esparrcía la buena nueva de que el evangelio de Jesucristo había sido restaurado en la tierra. Vemos las persecuciones externas y las luchas internas que enfrentó la naciente Iglesia mientras se establecía en Ohio, Misuri e Illinois. Y vemos que incluso el asesinato del hermano de José, Hyrum —un valiente siervo del Señor— no pudo detener la obra del Señor, que continúa rodando hacia adelante para llenar la tierra en los últimos días.

Introducción

En el oeste del estado de Nueva York, en el siglo XIX, varios predicadores avivadores religiosos afirmaban representar a Jesucristo. El joven José Smith, confundido por sus doctrinas cristianas contradictorias, buscó claridad por medio de la oración. La respuesta divina que recibió y la visión que tuvo —de “dos Personajes, cuyo fulgor y gloria desafían toda descripción”— llenaron su alma con verdades eternas (José Smith—Historia 1:17).

Sorprendentemente, compartir esta verdad en su pequeña comunidad de Palmyra, Nueva York, llevó a un abierto desprecio y burla por parte de sus vecinos. En lugar de sucumbir al acoso, José declaró:

“Yo realmente había visto una luz, y en medio de esa luz vi dos Personajes, y ellos sí me hablaron... Yo lo sabía, y sabía que Dios lo sabía, y no podía negarlo” (José Smith—Historia 1:25).

Tres años y medio después de esa primera manifestación divina, José recibió la visita de Moroni, un antiguo profeta que había vivido en las Américas en el año 400 d.C., quien se le apareció como un ser resucitado. El ángel le habló al joven de diecisiete años acerca de unas sagradas planchas grabadas “escritas sobre planchas de oro, dando cuenta de los antiguos habitantes de este continente” (José Smith—Historia 1:34).

En 1829, por el don y poder de Dios, José tradujo esos escritos antiguos, que llegaron a conocerse como el **Libro de Mormón**, Otro Testamento de Jesucristo.

Este libro fue compartido con familia, amigos y buscadores de la verdad, desde los confines más remotos de los Estados Unidos hasta las Islas Británicas. “Desde la primera vez que leí este volumen, hasta ahora”, escribió el converso William W. Phelps, “he quedado impresionado por una especie de gozo sagrado desde la portada. ¡Qué volumen tan maravilloso! ¡Qué glorioso tesoro! Gracias a ese libro aprendí el camino correcto hacia Dios; por ese libro recibí la plenitud del evangelio eterno; ... y fui hecho feliz.”

Mientras creyentes como Phelps aceptaban las verdades del Libro de Mormón, los incrédulos rechazaban esa elección y se levantaban en turbas airadas para derrocar lo que percibían como la invasión maligna del mormonismo en el cristianismo contemporáneo. “Que el infierno derrame su furia como lava ardiente del Monte Vesubio o del Etna”, declaró José, “pero el mormonismo permanecerá... La verdad es ‘Mormonismo’. Dios es su autor.” Su testimonio firme lo convirtió en blanco de persecución y de un gobierno eclesiástico opresor. Los creyentes que testificaban que él era un profeta y que el Libro de Mormón era la palabra de Dios también sufrían.

Cuando al Padre Smith se le ordenó quemar unos ejemplares del Libro de Mormón y así se le perdonaría una deuda menor, se negó, sabiendo que esa negativa significaba el encarcelamiento. “No era yo el primer hombre encarcelado por causa de la verdad”, dijo. “Y cuando me encuentre con Pablo en el Paraíso de Dios, podré decirle que también estuve en prisiones por el Evangelio que él predicó.”

Cuando la Madre Smith fue abordada por un pastor presbiteriano que le dijo: “Y usted... es la madre de ese pobre niño tonto, Joe Smith, que pretendió traducir el Libro de Mormón”, Lucy no se alteró. “¿Por qué usa tales epítetos?”, le preguntó. El reverendo respondió: “Porque... imagina que va a derribar todas las demás iglesias con ese simple librito mormón.” Lucy replicó: “Déjeme decirle con valentía que ese libro contiene el evangelio eterno... márcalo bien—como es verdad ante Dios, antes de tres años [el mormonismo] tendrá más de una tercera parte de su iglesia.” La risa burlona del ministro disminuyó cuando el élder Jared Carter bautizó a un tercio de su congregación.

La convicción persistente también fue la elección de decenas de miles de conversos santos de los últimos días en la década de 1830 en Nueva York, Ohio y Misuri. Aunque eran objeto de burla y persecución, no negaron sus creencias ni las verdades del mormonismo.

Con fidelidad resuelta, siguieron a su profético líder, José Smith, al establecer colonias pioneras y escuelas en el Medio Oeste. Con gran sacrificio personal, construyeron un templo, una casa del Señor, en Kirtland, Ohio, a pesar de las predicciones de críticos burlones.

Una gran prueba de su fe vino en forma de una orden de exterminio sancionada por el estado, emitida en 1838 por el gobernador Lilburn Boggs de Misuri. En el invierno de 1838–39, los santos de los últimos días fueron expulsados por la fuerza de sus hogares en Misuri. Cruzaron el congelado río Misisipi, buscando refugio y seguridad ante la injusticia. Un refugiado, Parley P. Pratt, recordó su reacción al llegar a Illinois: “Inmediatamente me arrodillé unos pasos dentro del bosque, y, arrodillándome, besé el suelo como tierra de libertad, y luego derramé mi alma en agradecimiento a Dios.”

Los residentes del pequeño pueblo de Quincy, Illinois, dieron la bienvenida a los santos exiliados. El abogado Quincy O. H. Browning exclamó: “¡Dios mío! ¿Acaso no lo he visto? Sí, mis ojos han visto las ropas manchadas de sangre de mujeres y niños inocentes, en el invierno sombrío, que viajaron cientos de millas descalzos, a través de escarcha y nieve, en busca de refugio ante sus salvajes perseguidores.” Él y otros líderes locales aconsejaron a la ciudadanía “tener cuidado de no decir nada que pudiera herir los sentimientos de los forasteros entre nosotros.”

La Asociación Democrática local resolvió que los exiliados mormones tenían derecho a “nuestra simpatía y consideración sincera”, y que se recomendara a los ciudadanos de Quincy hacer todo lo que estuviera a su alcance para ayudar a los afligidos.

Los mormones estaban agradecidos por esa muestra de bondad, pero anhelaban un hogar propio—una ciudad sobre una colina, una ciudad donde adorar a Dios en paz. Cerca de una curva improbable del río Misisipi, sus anhelos se cumplieron, aunque no sin sufrimiento ni sacrificio. En solo seis años, los santos de los últimos días crearon desde los pantanos una ciudad hermosa—Nauvoo. Aunque el líder mormón Heber C. Kimball drenó los pantanos, construyó casas, cultivó granjas y organizó la comunidad incipiente, el Espíritu le susurró que esta ciudad solo sería un lugar temporal refugio. El líder de la Iglesia, Sidney Rigdon, se enfureció con la aparente visión pesimista de Heber y denunció a su colega: “Debería suponer que el élder Kimball ha pasado por suficientes sufrimientos, privaciones, persecuciones y expulsiones como para aprender a profetizar bien sobre Israel.”

Sin embargo, Heber tenía razón. Nauvoo solo fue un punto de paso, un refugio temporal ante la tormenta. “Nos alegramos... de tener un lugar de

descanso lejos del alcance de aquellos que habían buscado nuestras vidas”, escribió Sarah Rich. “Éramos verdaderamente un pueblo agradecido y humilde.” Aunque sabían que Nauvoo solo los albergaría por un tiempo, sus esfuerzos industrioso llevaron a los vecinos a creer que serían residentes permanentes. A principios de la década de 1840, los colonos a lo largo del Misisipi y los pasajeros de barcos a vapor aplaudían a Nauvoo como “la joya del Misisipi”. J. H. Buckingham, un caballero de Boston, escribió:

Nadie puede visitar Nauvoo y marcharse sin la convicción de que... el cuerpo de los mormones era un pueblo industrial, trabajador y frugal. En toda la historia del mundo no puede encontrarse otro ejemplo de una ciudad tan rápidamente surgida de la nada —una ciudad tan bien construida, un territorio tan bien cultivado.

Visitantes y conversos aumentaban diariamente la población de la comunidad emergente. A menudo buscaban una audiencia con el ciudadano más destacado del pueblo, José Smith. “Tuve el placer de dar la bienvenida a más de cien hermanos [hoy día]”, escribió el Profeta. Entre quienes saludó estaba Jane Robinson, una conversa inglesa, que reflexionó: “Fue una prueba dura para mí, en mis sentimientos, dejar mi tierra natal y las asociaciones agradables que allí tenía; pero mi corazón estaba firme. Sabía en quién había confiado, y con el fuego de Israel ardiente en mi pecho, abandoné mi hogar.”

Uno de los visitantes más distinguidos en Nauvoo fue Josiah Quincy, exalcalde de Boston. Él escribió sobre José Smith:

No es de ninguna manera improbable que algún futuro libro de texto... plantee una pregunta como esta: ¿Qué ciudadano de la América del siglo XIX ejerció la influencia más poderosa sobre el destino de sus compatriotas? Y no es nada imposible que la respuesta a esa interrogante podría escribirse así: **José Smith, el Profeta Mormón.**

Esa es nuestra convicción. En estas páginas, y a través del lente de una cámara en las capaces manos del personal de BYU Broadcasting, conoce a José Smith, el Profeta de la Restauración. Lee sobre su amor por el Señor y por los santos de los últimos días. Conoce Nauvoo mientras lucha por alcanzar alturas sagradas y luego, en un momento de codicia celosa y saqueo, cae en la oscuridad. Conoce el asesinato de los hermanos Smith,

quienes “en la vida... no fueron divididos, y en la muerte no fueron separados” (DyC 135:3).

Capítulo 1

José Smith fue profetizado

Andrew C. Skinner

El Dios del universo no deja nada al azar, especialmente cuando se trata de la salvación de sus hijos. Él lo sabe todo y ha preparado todas las cosas para el cumplimiento de sus grandiosos designios y deseos. “Yo soy Dios,” dijo, “y no hay otro semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Isaías 46:9–10). Mucho antes de que alguno de nosotros naciera en la mortalidad, Dios planificó, previó y preordenó los acontecimientos de la restauración del evangelio de Jesucristo en los últimos días, en esta, la dispensación del cumplimiento de los tiempos. En la vida premortal, instruyó y preparó al hombre que sería el profeta-líder de la Restauración, el hombre que el mundo conoce como José Smith hijo.

Lo más impresionante es el testimonio y la declaración de Brigham Young, quien conocía bien a José y sabía por sí mismo del destino divinamente designado de José Smith. Brigham Young declaró:

Somos un pueblo cuyo surgimiento y progreso desde el principio ha sido obra de Dios, nuestro Padre Celestial...

Fue decretado en los concilios de la eternidad, mucho antes de que se establecieran los cimientos de la tierra, que él, José Smith, sería el hombre que, en la última dispensación de este mundo, traería la palabra de Dios al pueblo y recibiría la plenitud de las llaves y el poder del Sacerdocio del Hijo de Dios. El Señor había puesto sus ojos sobre él, sobre su padre, sobre el padre de su padre y sobre sus antepasados hasta Abraham, y de Abraham hasta el diluvio, del diluvio hasta Enoc y de Enoc hasta Adán. Ha observado a esa familia y a esa sangre mientras circulaba desde su fuente hasta el nacimiento de ese hombre. Él fue preordenado en la eternidad para presidir esta última dispensación.

Ni la Restauración ni el ascenso de José Smith a la grandeza fueron accidentales. Sobre eso, Brigham Young no deja lugar a dudas. Su testimonio personal de la preparación premortal de José afirma el registro escritural que relata la misión y ministerio de José, conocidos y profetizados desde antes, en esta tierra. Ese registro escritural es extenso y de gran antigüedad. Incluye las visiones, revelaciones e impresiones de algunos de los profetas y videntes más conocidos de la historia.

Adán y Enoc

Aunque no se menciona explícitamente, José Smith debió haber sido conocido por nuestros primeros padres, Adán y Eva:

Tres años antes de la muerte de Adán, él llamó a Set, Enós, Cainán, Mahalaleel, Jared, Enoc y Matusalén, quienes eran todos sumos sacerdotes, junto con el resto de su posteridad que era justa, al valle de Adán-ondi-Ahmán, y allí les otorgó su última bendición...

Y Adán se puso de pie en medio de la congregación; y, a pesar de estar encorvado por la edad, estando lleno del Espíritu Santo, predijo todo lo que sobrevendría a su posteridad hasta la última generación. (DyC 107:53, 56)

La revelación panorámica que Adán recibió de “todo lo que sobrevendría a su posteridad hasta la última generación” sentó las bases para la visión de Enoc. Aquel vidente conversó con Dios y fue testigo, en visión, del ministerio mortal de Jesucristo, su crucifixión, resurrección y ascensión. Enoc preguntó acerca de la segunda venida de nuestro Señor y recibió esta respuesta:

Y haré descender la justicia del cielo; y haré salir la verdad de la tierra, para dar testimonio de mi Unigénito; de su resurrección de entre los muertos; sí, y también de la resurrección de todos los hombres; y haré que la justicia y la verdad inunden la tierra como con un diluvio, a fin de recoger a mis escogidos desde los cuatro extremos de la tierra, a un lugar que prepararé, una Ciudad Santa, para que mi pueblo se ciña los lomos y espere con anhelo el tiempo de mi venida; porque allí estará mi tabernáculo, y se llamará Sion, la Nueva Jerusalén. (Moisés 7:62)

Miles de años antes de que estos acontecimientos tuvieran lugar, Enoc fue enseñado que, antes de la segunda venida de Jesucristo, la justicia descendería del cielo y la verdad saldría de la tierra. Sorprendentemente,

en nuestra época, el presidente Ezra Taft Benson declaró el cumplimiento de la profecía de Enoc:

Hemos visto el cumplimiento maravilloso de esa profecía en nuestra generación. El Libro de Mormón ha salido de la tierra, lleno de verdad... Dios también ha hecho descender la justicia desde el cielo. El Padre mismo se apareció con Su Hijo al profeta José Smith. El ángel Moroni, Juan el Bautista, Pedro, Santiago y numerosos otros ángeles fueron enviados desde el cielo para restaurar los poderes necesarios al reino.

Enoc conocía al hombre que nosotros llamamos José Smith y el registro que conocemos como el Libro de Mormón.

José y Moisés

Con todo lo que se le mostró a Abraham, no podemos sino suponer que vio en visión que uno de sus innumerables descendientes sería el instrumento en manos de Dios en los últimos días, por medio del cual serían bendecidas todas las familias de la tierra (Abraham 2:9–11). Sabemos con absoluta certeza que casi cuatro mil años antes de que José Smith naciera, el bisnieto de Abraham, José de Egipto, habló específicamente sobre su tocayo de los últimos días (TJS Génesis 50; 2 Nefi 3). Estas profecías perdidas fueron restauradas por el mismo José Smith mientras traducía el Libro de Mormón y luego revisaba la Biblia. Debió de haber sido una experiencia impactante y humilde para él traducir y restaurar textos sagrados que pronto comprendió hablaban de él, miles de años antes.

Por medio del antiguo José, el Señor declaró sus intenciones futuras:

Y de nuevo, levantaré un vidente de entre el fruto de tus lomos, y a él le daré poder para sacar a luz mi palabra para la descendencia de tus lomos; y no solo para sacar a luz mi palabra, dice el Señor, sino también para convencerlos de mi palabra, la cual ya habrá salido entre ellos en los posteriores días...

Y a ese vidente bendeciré, y los que procuren destruirlo serán confundidos; porque esta promesa te doy: que te recordaré de generación en generación; y su nombre será llamado José, y será como el nombre de su padre; y él será como tú, porque lo que el Señor hará por mano de él llevará a mi pueblo a la salvación. (TJS Génesis 50:30, 33)

Esta misma profecía es la que el padre Lehi citó a su propio hijo José (2 Nefi 3:5–22). Parece muy probable que Lehi conociera esta profecía (que se perdió del texto masorético que finalmente se tradujo como la Versión del Rey Santiago) porque la había leído en las planchas de bronce, que sus hijos regresaron a Jerusalén a recuperar.

Así, la versión de la profecía de José de Egipto (TJS Génesis 50) repetida por Lehi y ahora preservada en 2 Nefi 3 habla de cuatro hombres llamados José:

1. José, hijo de Lehi (2 Nefi 3:1–3);
2. José, quien fue vendido a Egipto (2 Nefi 3:4–5);
3. José Smith hijo (2 Nefi 3:6–19);
4. Y José Smith padre (2 Nefi 3:15).

En este sentido, es interesante notar que el nombre hebreo “José” significa “añadido” o “incrementado”. De hecho, el nombre y la fama del bisnieto de Abraham, José, fueron “añadidos” e “incrementados” por los grandes profetas que llevaron su nombre después de él.

Tan profunda como el conocimiento que tuvo el antiguo José acerca del profeta de los últimos días llamado José, fue la comprensión profética de Moisés sobre el mismo personaje. En otra revelación dada por medio de José Smith —que ahora compone la introducción anteriormente perdida del libro de Génesis—, el profeta Moisés vio los últimos días y a uno que sería levantado para restaurar su testimonio, el del gran Legislador:

“Y en el día en que los hijos de los hombres tengan en poco mis palabras y quiten muchas de ellas del libro que tú escribirás, he aquí, levantaré a otro semejante a ti; y serán nuevamente dadas entre los hijos de los hombres, entre tantos como crean.” (Moisés 1:41)

José Smith fue el cumplimiento de la promesa del Señor a Moisés. Como el Señor le dijo a Oliver Cowdery:

“Nadie será designado para recibir mandamientos y revelaciones en esta iglesia sino mi siervo José Smith, hijo, porque él los recibe tal como Moisés” (DyC 28:2).

Puede observarse un interesante paralelo. El Señor le dijo al antiguo José que el profeta de los últimos días, llamado José, sería como él. El Señor le

dijo a Moisés que ese mismo profeta de los últimos días sería como él. Por tanto, parecería que se profetizó que José Smith poseería todos los dones, poderes, responsabilidades y similitudes simbólicas de los antiguos profetas. Además, se predijo que el José de los últimos días sería semejante a Jesucristo.

El vidente del Antiguo Testamento que más profetizó sobre la venida de Cristo fue Isaías. Él es el profeta más citado en las Escrituras, siendo mencionado por Jesús, Pablo, Pedro y Juan con más frecuencia que cualquier otro profeta del Antiguo Testamento. Isaías centró su atención no solo en la primera y segunda venidas del Mesías, sino también en doctrinas fundamentales y eventos clave del reino de Dios: la recogida de Israel, la restauración de los últimos días y el Milenio.

Los profetas nefitas valoraban y citaban los escritos de Isaías, quien había anunciado que en el futuro vendría un siervo que poseería y cumpliría varias características importantes y singulares. Estas características, originalmente listadas en Isaías 49, fueron citadas por Nefi, como se registra en 1 Nefi 21. Este siervo futuro sería:

- Alguien a quien “el Señor me llamó desde el vientre” (v. 1);
- Alguien que diría que el Señor “me formó desde el vientre” para realizar una obra especial, es decir, alguien que sabía que había sido preordenado (v. 5);
- Alguien cuya “boca fue como espada aguda”, o sea, alguien que hablaba con autoridad (v. 2);
- Alguien que fue escondido “a la sombra de su mano” (v. 2);
- Alguien que fue hecho “saeta bruñida; en su aljaba me guardó” (v. 2);
- Alguien que diría: “En vano he trabajado” (v. 4);
- Alguien que diría con autoridad: “Ahora pues, dice Jehová” (v. 5);
- Alguien cuya misión sería “hacer volver a Jacob” al Señor —aunque Israel no fuera recogido— (v. 5);
- Alguien que sería el “siervo [del Señor] para levantar las tribus de Jacob, y para restaurar a los preservados de Israel” (v. 6);
- Alguien que sería dado por el Señor “por luz a las naciones” (v. 6);
- Alguien que sería “despreciado del hombre”, pero al mismo tiempo, alguien ante quien “reyes verán y se levantarán, príncipes también... adorarán” (v. 7); y

- Alguien que será dado a Israel “por pacto del pueblo, para restaurar la tierra, para repartir heredades asoladas”; alguien que liberará a los prisioneros, iluminará a los que están en tinieblas y apacentará al pueblo escogido (vv. 8–9).

Aunque ciertos aspectos específicos de esta lista profética de Isaías podrían aplicarse a varios individuos, al considerarse en conjunto, esta lista de cualificaciones encaja únicamente con dos seres: uno es Jesucristo; el otro, José Smith.

- José Smith fue, en verdad, llamado “desde el vientre”, o preordenado (1 Nefi 21:1).
- Él supo, por revelación —ahora registrada en Doctrina y Convenios 127:2—, que había sido elegido para ser el Profeta de la Restauración. En otra ocasión dijo:

“Todo hombre que tiene un llamamiento para ministrar a los habitantes del mundo fue ordenado para ese mismo propósito en el Gran Concilio del cielo antes de que existiera este mundo. Supongo que fui ordenado para este mismo oficio en aquel Gran Concilio. El testimonio que quiero es que soy el siervo de Dios, y este pueblo Su pueblo.”

- José Smith hablaba como “espada aguda” porque pronunciaba las palabras del Señor (DyC 21:5; 18:35–36), las cuales son descritas en la revelación moderna como “vivientes y poderosas, más cortantes que toda espada de dos filos, y penetran hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos” (DyC 6:2).
- José Smith fue “escondido” por el Señor (DyC 86:9).
- José Smith se convirtió en una “saeta bruñida” en la aljaba del Todopoderoso, como lo demuestra su propia descripción de sí mismo:

“Soy como una enorme piedra tosca que rueda desde lo alto de una montaña; y el único pulido que recibo es cuando alguna esquina se desgasta al chocar con algo más, golpeando con fuerza acelerada contra el fanatismo religioso, el artesanado clerical, el artesanado legal, el artesanado médico, editores mentirosos, jueces y jurados sobornados, y la autoridad de ejecutivos perjurados, respaldados por turbas, blasfemos, hombres y mujeres licenciosos y corruptos — todo el infierno arrancando una esquina aquí y otra allá. Así llegaré a ser una saeta lisa y bruñida en la

aljaba del Todopoderoso, quien me dará dominio sobre todos y cada uno de ellos cuando su refugio de mentiras falle y su escondite sea destruido, mientras que las piedras lisas y bruñidas con las que he chocado quedarán estropeadas.”

- José Smith, en las duras condiciones de la Cárcel de Liberty, parece haber sentido que sus labores habían sido en vano (DyC 121:2).
- José Smith no solo tenía la autoridad para hablar en nombre de Dios, sino que en numerosas ocasiones confirmó sus mensajes pronunciando las mismas palabras que Isaías predijo que diría: “Así dice el Señor” (por ejemplo, DyC 52:1; 54:1; 60:1; 87:1).
- La obra de la vida de José Smith fue hacer que la casa de Israel regresara al Señor (Mormón 8:16; DyC 5:9–10; 6:6; 109:67).
- José Smith fue comisionado para levantar a las tribus de Jacob y restaurarlas, al dirigir la recogida de Israel en los últimos días (DyC 110:11).
- Las Escrituras hablan de José Smith como “luz a los gentiles” (DyC 86:11). Solo una persona más ostenta esa distinción: el propio Señor (Isaías 42:6).
- José Smith fue tanto despreciado como reverenciado, tal como el Señor lo había predicho (José Smith—Historia 1:33). También se le prometió que el evangelio que restauró sería predicado ante “reyes y gobernantes” (DyC 1:23).
- José Smith fue el siervo por medio del cual se restableció el convenio eterno del evangelio (DyC 1:17–22). Seguramente no es mera coincidencia que la primera sección de Doctrina y Convenios —la revelación mediante la cual el Señor presenta a José Smith al mundo— comience con el mismo lenguaje que Isaías 49:1: “Escuchad, oh pueblos de lejos.” Así como Isaías lo había profetizado, José también fue mandado a “proclamar el año aceptable del Señor, y el evangelio de salvación” (DyC 93:51; comparar con Isaías 61:2).

En verdad, estamos justificados al decir que no solo fue José Smith previsto por Isaías, sino que José Smith fue un tipo y una semejanza del Mesías, nuestro Salvador.

El mismo Salvador resucitado confirmó y describió el liderazgo profético y preordenado de José Smith cuando se apareció a los nefitas:

“Porque en aquel día, por causa mía, obrará el Padre entre ellos una obra, sí, una obra grande y maravillosa.

Y habrá entre ellos quien no la crea, aunque un hombre se la declare.

Mas he aquí, la vida de mi siervo estará en mi mano; por tanto, no lo herirán, aunque será llagado a causa de ellos.

No obstante, yo lo sanaré, porque les mostraré que mi sabiduría es mayor que la astucia del diablo.”

(3 Nefi 21:9–10)

Luego, el Señor declaró con absoluta claridad que cualquiera que no creyera en sus palabras —las cuales el Padre haría venir por medio de José Smith— sería “cortado de entre mi pueblo que es del convenio” (3 Nefi 21:11).

Así, el Señor dejó claro que tanto José Smith como su misión fueron conocidos desde mucho antes de que este vidente de los últimos días naciera en la mortalidad. Aquellos que lo ignoran a él o a su mensaje preordenado lo hacen en riesgo de su propia salvación.

Maestros especiales

Dios y sus muchos profetas han sabido desde el principio del tiempo, y han declarado, la venida de José Smith para inaugurar la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Por tanto, no es sorprendente —aunque sí maravilloso de contemplar— que José Smith fuera instruido personalmente por muchos de esos profetas, así como por el mismo Señor, quienes lo conocían antes de que él naciera. Puede decirse sin exagerar que, así como ellos lo conocían a él, él llegó a conocerlos a ellos.

Muchos de los antiguos profetas-líderes y cabezas de dispensaciones impusieron sus manos sobre la cabeza de José y le otorgaron llaves, poderes y conocimiento que ellos mismos habían recibido de la Deidad. ¿Quién más, entre todos los líderes mundiales y supuestos poseedores del poder, ha estado en la presencia de Dios el Padre Eterno, de su Hijo Jesucristo, de Adán, Noé, Pedro, Santiago, Juan, Pablo, Moroni y muchos, muchos más —incluido incluso Lucifer, el enemigo de toda rectitud? (véase DyC 128:20–21).

El presidente John Taylor, querido amigo y asociado de confianza del profeta José Smith, resumió el asunto con estas palabras:

José Smith, en primer lugar, fue apartado por el Todopoderoso conforme a los concilios de los dioses en los mundos eternos, para introducir entre el pueblo los principios de vida, de los cuales el evangelio es el gran poder e influencia, y mediante los cuales la salvación puede extenderse a todos los pueblos, todas las naciones, todas las lenguas, todas las tribus y todos los mundos.

Es el principio que hace brillar la vida y la inmortalidad, y que nos coloca en comunicación con Dios. Dios lo escogió para ese propósito, y él cumplió su misión, vivió honorablemente y murió honorablemente. Sé de lo que hablo, pues lo conocía muy bien, estuve mucho tiempo con él durante su vida y estuve con él cuando murió.

Los principios que él poseía lo pusieron en comunicación con el Señor, y no solo con el Señor, sino también con los antiguos apóstoles y profetas: hombres como Abraham, Isaac, Jacob, Noé, Adán, Set, Enoc, así como con Jesús y el Padre, y los apóstoles que vivieron en este continente así como los que vivieron en el continente asiático.

Parecía tan familiarizado con esas personas como nosotros lo estamos los unos con los otros. ¿Por qué? Porque debía introducir una dispensación que se llamó la dispensación del cumplimiento de los tiempos, y así fue conocida por los antiguos siervos de Dios.

Todo preparado

Así como José Smith fue conocido de antemano, preordenado y preparado en las eternidades para ser el Profeta fundador de la Restauración, también todos los demás elementos necesarios para que la Restauración tuviera éxito fueron previstos y establecidos por Dios. Ya desde la Edad Media, el Señor “empezó a preparar aquellas condiciones sociales, educativas, religiosas, económicas y gubernamentales bajo las cuales podría restaurar con mayor facilidad el evangelio por última vez entre los hombres.”

Durante el Renacimiento y la Reforma, el panorama religioso de Europa cambió, gracias a la labor de reformadores como Wycliffe, Huss, Lutero, Zwinglio, Calvin y Knox, sobre quienes reposaba el espíritu de inspiración. Estos hombres se rebelaron contra los males religiosos de su tiempo y liberaron a la cristiandad del yugo opresivo de la Iglesia romana. El Señor levantó a estas almas justas, dijo el presidente Joseph Fielding Smith, y “les

dio poder para romper las cadenas que ataban al pueblo” con el fin de preparar al mundo para la Restauración.

Otro paso monumental hacia la restauración de la plenitud del evangelio de Jesucristo fue el descubrimiento, colonización y establecimiento de América por individuos y grupos preparados, levantados e inspirados por Dios. El presidente Joseph F. Smith testificó:

Esta gran nación americana fue levantada por el poder de la mano omnipotente del Todopoderoso, para que fuera posible, en los últimos días, establecer el reino de Dios en la tierra. Si el Señor no hubiera preparado el camino al sentar las bases de esta gloriosa nación, habría sido imposible (bajo las estrictas leyes y el fanatismo de los gobiernos monárquicos del mundo) establecer los cimientos para la venida de su gran reino. El Señor ha hecho esto.

Por último —aunque no menos importante—, la familia en la que nació José Smith fue conocida de antemano y preparada por el Señor. El trabajo arduo, el amor por la libertad y la religión personal eran características distintivas de la herencia de José en Nueva Inglaterra. Pero más allá de eso, la familia de José Smith proveyó el entorno óptimo para criar, instruir y sostener a un profeta escogido de Dios. La familia parecía anticipar algún gran cambio que el Señor realizaría —y no estaban equivocados—. El abuelo de José, Asael Smith, se sintió inspirado a predecir que “Dios iba a levantar a una rama de su familia que sería de gran beneficio para la humanidad.” Vivió lo suficiente para saber que su nieto José era el cumplimiento de ese presentimiento profético.

El Dios del universo no obra por azar. Todas las cosas relacionadas con el cumplimiento de sus propósitos fueron conocidas de antemano, preparadas y profetizadas. Como dijo Brigham Young, Dios tenía sus ojos puestos en José Smith desde el principio, y muchos otros han llegado a comprender esa gran verdad.

Lawrence Flake

Los primeros habitantes europeos de lo que hoy es Palmyra, en el condado de Wayne, Nueva York, fueron seis hombres que viajaron allí en 1789 desde el valle del río Wyoming, en Pensilvania. El líder del grupo, el capitán John Swift, es considerado por los historiadores como el fundador de Palmyra. Swift era un especulador, lo que significa que compraba tierras a

bajo precio con la esperanza de venderlas para obtener una ganancia. Una de las tierras que adquirió en el oeste de Nueva York es de gran interés para los Santos de los Últimos Días. Esta zona contaba con dos vías fluviales y prometía convertirse en excelentes tierras de cultivo. Atrajo no solo la atención de Swift, sino también de muchos otros que le siguieron.

En 1791, cuatro familias vivían en el área: un total de once hombres y tres mujeres. Para 1792, el lugar que se convertiría en Palmyra tenía diecisiete familias; sin embargo, un historiador local informa que “una alarmante escasez de alimentos hizo que algunos colonos regresaran a Long Island, dejando a nueve familias solas para enfrentar las inclemencias de la estación”. Los colonos resistentes que permanecieron, todavía bajo la dirección de John Swift, construyeron casas de troncos y trazaron las calles Main y Canandaigua, esta última abierta en 1792. El asentamiento fue llamado inicialmente Swift o Swift's Landing. Más tarde se conoció como el Distrito de Tolland, pero en enero de 1796 los habitantes decidieron darle el nombre de Palmyra, en honor a la famosa ciudad antigua de Siria.

El capitán Swift estableció el primer molino harinero en Palmyra en 1794 y comenzó a entrenar una milicia allí. También donó terrenos para la primera iglesia, la escuela y el cementerio, que más tarde se convirtió en el lugar de descanso de Alvin, el hijo mayor de Joseph Smith padre. Asa Swift, hijo de John, fue el primer niño varón de ascendencia europea nacido en el pueblo. “John Swift fue un hombre de tremenda energía, múltiples actividades y espíritu humanitario”; está enterrado “en el cementerio que él mismo donó a los ciudadanos de Palmyra”.

El crecimiento de Palmyra

La naciente ciudad de Palmyra tuvo la buena fortuna de estar ubicada a lo largo de la ruta propuesta del canal de Erie. Cuando Joseph Smith padre y su familia se mudaron a Palmyra en 1816, faltaba solo un año para que comenzara la construcción del canal. El canal puso a Palmyra “en el mapa”, convirtiéndola en una ciudad importante en la historia temprana de Nueva York, en lugar de ser una aldea pequeña y desconocida.

El canal de Erie tenía una anchura de doce metros (cuarenta pies) y una profundidad de poco más de un metro (cuatro pies), con una serie de esclusas que elevaban el nivel del agua 172 metros (565 pies) a lo largo de su recorrido de 582 kilómetros (362 millas) entre el lago Erie y el río

Hudson. Esta extraordinaria vía fluvial ofrecía un transporte económico tanto para pasajeros como para carga, convirtiéndose en un canal excelente para el comercio a bajo costo. Lamentablemente, también se convirtió en un foco para los elementos menos deseables de la vida estadounidense. A veces se le llamaba “la gran zanja de la iniquidad” debido a la prostitución, el alcoholismo y el juego que inevitablemente prosperaban en sus orillas.

Como era de esperarse, muchos de los primeros residentes del oeste de Nueva York no pertenecían a ninguna iglesia en particular. Solo el 7 por ciento de la población estadounidense se consideraba activa en una religión organizada en el año 1800, y solo entre el 11 y el 12 por ciento pertenecía a una denominación cristiana en el área de Palmyra hacia 1820, el año de la Primera Visión de José.

La Iglesia Presbiteriana estableció una congregación en Palmyra ya en 1797. Los cuáqueros (o Sociedad de Amigos) construyeron una casa de reuniones muy cerca de la granja de los Smith en 1816, el mismo año en que ellos llegaron. Esta pequeña estructura, aunque ha sido trasladada de su sitio original, es la única casa de reuniones en la zona que fue utilizada en la época de José Smith y que aún existe hoy en día. Para 1820, varias denominaciones habían llegado al área—bautistas, episcopales, metodistas, y otras. “Muchas iglesias había en Palmyra durante el período en que José Smith estaba ‘inquir[iendo] en cuanto a la religión’. Las iglesias y reuniones de avivamiento en pueblos vecinos también habrían llamado su atención. Claramente, la religión era una parte integral de la vida en Palmyra.”

Para 1816, cuando la familia de Joseph Smith padre apareció en escena, Palmyra era una ciudad próspera con 2,500 habitantes y contaba con varios “establecimientos de fabricación de telas, diez molinos harineros, dos máquinas de cardar, fábricas de hierro y una famosa fábrica de cuerdas que existió hasta 1828”. También había fabricantes de trineos, carretas, botas y barriles. Para 1820, los bienes y servicios se habían expandido enormemente, debido en parte al comercio estimulado por la construcción del canal de Erie.

Los habitantes disponían de una amplia variedad de servicios, entre ellos abogados, médicos, dentistas, farmacéuticos y banqueros. También se encontraban en Palmyra negocios típicos de la América temprana: fábricas

de lejía, tenerías, talleres de tonelería, talleres de trineos y carretas, cervecerías, fundiciones, aserraderos, talleres de hojalatería, herrerías, molinos harineros, establos de alquiler, almacenes de madera, sastres, zapaterías, panaderías, talleres de monturas y arneses, y pintores de letreros.

Palmyra también tenía una proporción de periódicos mayor que la mayoría de las ciudades de su tamaño, con unos veinte periódicos que circulaban en un radio de treinta millas.

La mudanza de Norwich, Vermont, a Palmyra, Nueva York

En 1814, la familia de Joseph Smith padre se mudó de West Lebanon, Nuevo Hampshire, a Norwich, Vermont, tras haber sufrido reveses financieros a causa de las cuentas médicas familiares acumuladas durante un devastador brote de fiebre tifoidea. La fiebre dejó al joven José, que solo tenía siete años, con una grave infección en el hueso de una pierna. Fue en West Lebanon donde se sometió a una operación extremadamente dolorosa en esa pierna.

Desesperados por ganarse la vida, los Smith alquilaron una granja de cien acres al otro lado del río Connecticut, frente a Lebanon, en Norwich, y allí lucharon por sobrevivir hasta poder vender los cultivos que plantaron en la primavera de 1814. Desafortunadamente, en su nuevo hogar sufrieron otro revés. Durante tres años consecutivos sus cosechas fracasaron. El tercer año, 1816, fue el peor de todos. Entre el 6 de junio y el 30 de agosto, ocurrieron cuatro heladas devastadoras. Ese año llegó a conocerse como “el año sin verano” o “el año de 1800 y congelado hasta morir”. Una histórica tormenta de nieve cayó el 8 de junio, destruyendo los cultivos y obligando a miles de habitantes a abandonar Vermont y otras zonas del norte de Nueva Inglaterra en busca de climas más moderados en Nueva York, Pensilvania y Ohio.

Los estudios científicos que han intentado explicar este clima inusualmente frío han conducido a una conclusión fascinante. Los expertos en meteorología han rastreado el fenómeno hasta la enorme explosión del volcán Tambora en 1815, a unos 16,000 kilómetros de distancia, en Indonesia, en la isla de Sumbawa. Según los datos disponibles, esta enorme erupción desencadenó una serie de anomalías climáticas que causaron dificultades en muchas partes del mundo. La erupción desplazó veinticinco

millas cúbicas de materia, reduciendo la altura de la montaña en más de 360 metros (1,200 pies). El siguiente relato describe el efecto en Nueva Inglaterra:

A medida que el polvo en la atmósfera superior dio la vuelta al mundo tras la erupción del Tambora, fue oscureciendo gradualmente las latitudes altas. Los dos primeros meses de 1816 no fueron excepcionalmente fríos en Nueva Inglaterra, pero en mayo los observadores comenzaron a notar lo tardío que era la primavera. Junio empezó de forma prometedora, y los cultivos que habían sobrevivido a las inusuales heladas de mediados de mayo comenzaron a crecer. La primera de tres oleadas de frío fuera de temporada se desplazó hacia el este hasta Nueva Inglaterra a principios del 6 de junio. El frío y el viento duraron hasta el 11 de junio, dejando de 7 a 15 centímetros de nieve en el suelo del norte de Nueva Inglaterra. Una segunda helada devastadora golpeó esas mismas áreas el 9 de julio, y una tercera y cuarta el 12 y el 30 de agosto, justo cuando iba a comenzar la cosecha de cultivos ya devastados dos veces. Las repetidas heladas estivales destruyeron todos los granos y vegetales, salvo los más resistentes.

La familia Smith enfrentaba la misma difícil decisión que muchos de sus vecinos ya habían tomado. Abandonar Norwich en ese momento no sería fácil. Lucy acababa de dar a luz a su octavo hijo, un varón llamado Don Carlos, en marzo, y se vería enfrentada a la dificultad adicional de hacer el viaje con un bebé lactante. Además, como era común en la época, la familia había contraído muchas deudas y también tenía personas que les debían dinero. La economía se basaba en el trueque de bienes y servicios, y muchas de esas transacciones aún estaban pendientes para la familia Smith.

En ese momento tan desafiante, Joseph Smith padre se topó con informes favorables sobre tierras en Palmyra, en el oeste del estado de Nueva York. Uno de esos anuncios afirmaba que las tierras estaban “bien arboladas, con abundante agua, de fácil acceso y sin duda fértiles—todo disponible con pagos a largo plazo por solo dos o tres dólares la acre”. El padre Smith decidió viajar las trescientas millas para ver por sí mismo cuáles eran las posibilidades de establecer a su familia en esa zona. Uno de sus conocidos, un señor Howard, también viajaba allí desde Norwich. Acompañarlo parecía una decisión prudente. Lucy le aseguró a su esposo que ella podría

encargarse de los asuntos en Norwich y hacer los preparativos para que la familia se reuniera con él cuando él los llamara. Ella sugirió que reuniera a sus deudores y acreedores para que hicieran arreglos de pago entre ellos, liberando así a la familia de sus obligaciones financieras. Él lo hizo, y en el verano de 1816 partió hacia ese territorio desconocido en el oeste.

El padre Smith debió haber encontrado satisfacción inmediata y promesas alentadoras en el área de Palmyra, pues poco después de su llegada mandó a buscar a su familia. Caleb Howard, primo del compañero de viaje del padre Smith, aceptó conducir el carro y el equipo de los Smith de regreso a Vermont y transportar a Lucy y a los ocho hijos de la familia hasta Palmyra. Lucy y sus hijos mayores hicieron extensos preparativos para el viaje. Justo antes de su partida, algunos de los acreedores de Joseph padre se presentaron. Habían evitado deliberadamente presentar sus reclamaciones en el momento de la reunión con los deudores y acreedores.

Aparentemente, planeaban presionar a Lucy para que les pagara en un momento de vulnerabilidad, cuando ella no tendría otra opción más que acceder a sus demandas. Dos amigos en Norwich le aconsejaron llevar su caso ante el tribunal, pero en lugar de enfrentarse a ese proceso y a los inevitables retrasos que conllevaría, decidió pagarles a sus acreedores 150 dólares de los fondos que había reunido para el viaje de su familia, y partió con solo una fracción de lo que realmente necesitaba para llevarse a ella y a sus hijos a Palmyra.

Se presentaron más dificultades. La familia viajó primero a Royalton, Vermont, para llevar a la madre de Lucy, Lydia Mack—quien había estado viviendo con ellos durante varios años—al hogar de Daniel Mack, con quien ahora planeaba residir. El trineo en el que viajaban volcó, hiriendo gravemente a la anciana Lydia. Aparentemente, nunca se recuperó del todo de las secuelas de ese accidente, ya que la familia atribuyó a esas heridas su muerte dos años después.

En Royalton, en medio de mucha tristeza, Lucy se despidió de su querida madre. Ambas temían no volver a verse en esta vida. Lucy escribió:

Mi madre lloró por mí largo y amargamente. Me dijo que probablemente no volvería a ver mi rostro: "Pero, querida hija", dijo ella, "he vivido mucho—mis días están casi contados—pronto deberé cambiar las cosas de este mundo por las que pertenecen a otro estado de existencia, donde espero disfrutar de la compañía de los bienaventurados; y ahora, como mi

última amonestación, te suplico que permanezcas fiel en el servicio de Dios hasta el fin de tus días, para que pueda tener el placer de abrazarte en otro mundo más hermoso allá arriba.”

El conductor, Caleb Howard, resultó ser la fuente de sus siguientes dificultades. Este hombre sin escrúpulos malgastó en borracheras los fondos que el padre Smith le había dado para transportar a la familia hasta Palmyra. José Jr., de diez años, aún se estaba recuperando de su operación en la pierna y tenía dificultades para caminar. Los Smith, que viajaban en una carreta, se habían unido a otra familia, los Gates, que también se dirigían a Palmyra. Caleb obligó a José a bajarse del carro para dar preferencia a dos jóvenes de la familia Gates, cuya compañía disfrutaba mucho más.

José escribió:

Howard me echó del carro y me obligó a viajar en mi estado de debilidad a través de la nieve, 40 millas por día durante varios días, tiempo durante el cual sufrió el más extenuante cansancio y dolor. Y todo esto para que el Sr. Howard pudiera disfrutar de la compañía de dos de las hijas del Sr. Gates, a quienes llevó en el carro donde yo debía haber viajado. Y esto lo hizo día tras día durante el viaje, y cuando mis hermanos protestaban ante el Sr. Howard por su trato hacia mí, él los golpeaba con la culata de su látigo.

Y así, bajo estas circunstancias adversas—especialmente para el joven José—la familia continuó tenazmente su difícil travesía a través de dos estados rumbo a su nuevo hogar, completamente inconscientes de su extraordinario destino.

Cerca de Utica, ocurrió otro de los incidentes molestos con el Sr. Howard. La madre Smith relató un episodio de su mala conducta en su historia:

Soportamos pacientemente sus (de Caleb Howard) abusos hasta que llegamos a unas veinte millas al oeste de Utica, cuando una mañana, mientras nos preparábamos para continuar nuestro viaje, mi hijo mayor vino a mí y dijo: “Madre, el Sr. Howard ha arrojado los bienes fuera de la carreta y está a punto de partir con los caballos.” Al escuchar esto, le dije que llamara al hombre. Lo encontré en la taberna, en presencia de una gran compañía de viajeros, tanto hombres como mujeres, y le exigí una explicación por la actitud que estaba tomando. Me dijo que el dinero que le había dado se había agotado y que no podía continuar.

Entonces me volví hacia los presentes y dije:

“Señores y señoras, por favor, prestén atención por un momento. Ahora, tan cierto como que hay un Dios en el cielo, ese equipo, así como los bienes, pertenecen a mi esposo, y este hombre intenta arrebatármelos... dejándome con ocho hijos, sin medios para continuar mi viaje.”

Luego, volviéndome hacia el Sr. Howard, le dije:

“Señor, le prohíbo tocar el equipo o conducirlo un paso más. Puede irse a ocuparse de sus propios asuntos; no tengo necesidad de usted. Me haré cargo yo misma del equipo y, de aquí en adelante, atenderé mis propios asuntos.”

El valor y la determinación de Lucy—y sin duda también la presión pública—disuadieron a Caleb de su malintencionado plan, y se apartó de su compañía.

Continuando sin él, Lucy cometió el error de confiar en la familia Gates para que dieran a José un lugar en su trineo. José escribió que uno de los hijos de esa familia lo derribó cuando intentó subir al trineo. Dijo que lo “dejaron revolcándose en mi sangre hasta que un desconocido se acercó, me recogió y me llevó al pueblo de Palmyra”.

Como Lucy ya no tenía dinero, financió el último tramo de su arduo viaje vendiendo algunas de sus pertenencias, incluida ropa y telas. Lo último que vendió fueron los “pendientes” que su hija de trece años, Sophronia, llevaba puestos en ese momento. El atribulado grupo de viajeros llegó a Palmyra con apenas unos pocos centavos a su nombre.

El tan esperado reencuentro con su esposo y padre fue alentador. Lucy escribió:

La alegría que sentí al arrojarme, junto con mis hijos, al cuidado y afecto de un tierno esposo y padre compensó con creces todo lo que había sufrido. Los niños rodearon a su padre, abrazándolo del cuello, cubriendo su rostro con lágrimas y besos que fueron sinceramente correspondidos por él... Todos nos sentamos y deliberamos juntos sobre el rumbo que sería mejor adoptar dada nuestra situación de necesidad.

Estableciéndose en Palmyra

El sueño de la familia Smith de comprar una granja en el área de Palmyra tuvo que posponerse por un año y medio. La madre Smith utilizó su talento para pintar manteles de hule con el fin de mantener comida en la mesa, mientras que otros miembros de la familia se dedicaron a distintas actividades, incluyendo la operación de un pequeño puesto y carreta donde vendían refrigerios en reuniones públicas. Los hombres de la familia —Joseph padre, Alvin (de dieciocho años en 1816) y Hyrum (de dieciséis)— aceptaban cualquier trabajo manual que pudieran encontrar, como cosechar cultivos (principalmente heno y trigo), jardinería, excavación de pozos, y otros.

La construcción del canal de Erie pudo haberles favorecido.

Aparentemente, ellos no trabajaron directamente en la obra —la construcción aún no había llegado a Palmyra—, pero otros hombres de la zona se fueron atraídos por los salarios de cincuenta centavos por día. Su partida abrió nuevas oportunidades de trabajo en Palmyra y mantuvo los salarios relativamente altos.

El dinero que no era absolutamente necesario para cubrir las necesidades básicas de la familia de diez personas se apartaba para comprar tierras. El sueño de la familia se concretó en 1818, cuando firmaron un contrato por un terreno a unas dos millas de Palmyra. Allí construyeron una pequeña cabaña de dos pisos, a la cual más tarde añadieron una habitación.

Desmontar y trabajar la tierra resultó muy desafiante. La granja no produjo lo suficiente de inmediato para mantener a la familia y cubrir el pago anual de la hipoteca, pero entre el trabajo en la granja y los empleos que los miembros de la familia realizaban por fuera, lograron mantenerse en la propiedad.

Aunque les resultaba difícil reunir los cien dólares anuales del pago hipotecario, la familia sentía cierta satisfacción por lo que habían logrado. Lucy escribió:

“Una vez más comenzamos a regocijarnos en nuestra prosperidad, y nuestros corazones se llenaron de gratitud a Dios por las manifestaciones de su favor que nos rodeaban.”

Capítulo 3

En vísperas de la Primera Visión

Steven C. Harper

La Revolución Americana transformó el mundo en el que nació y creció José Smith. Las tierras en la frontera del estado de Nueva York se volvieron accesibles, los mercados más disponibles y las iglesias se multiplicaron en todos los sentidos. José alcanzó la mayoría de edad en un entorno que comenzaba a transformarse de una economía agrícola a un mercado capitalista e industrializado. Para muchos, eso significó oportunidad y riqueza. Para la familia Smith, representó un contratiempo tras otro. Al igual que los mercados, las iglesias se volvieron más libres y abiertas, compitiendo por conversos con técnicas agresivas, de manera similar a como los zapateros y destiladores competían por consumidores. A los ministros les preocupaba que las fronteras y las fuerzas económicas alejaran a los estadounidenses de las iglesias establecidas, tanto geográfica como espiritualmente, y se propusieron frenar “la marea de infidelidad que se estaba formando con una corriente tan fuerte”.

A partir de 1799, avivamientos religiosos periódicos y dispersos marcaron el inicio de un periodo que algunos historiadores llaman el Segundo Gran Despertar. Una nueva nación con fronteras ampliadas, fronteras indómitas y formas inexploradas de aprovechar sus recursos fomentó necesidades espirituales que ninguno de los métodos antiguos lograba satisfacer por completo. Nuevos ministros con nuevos métodos hicieron de la salvación una búsqueda individual y colocaron sobre los hombros de cada estadounidense la responsabilidad de “experimentar la religión”. La respuesta a su mensaje fue fenomenal, especialmente en el oeste del estado de Nueva York. El presbiterianismo prosperó: 6,500 estadounidenses se unieron en 1820, más de una cuarta parte de ellos en el oeste de Nueva York. “Los bautistas experimentaron un crecimiento igualmente explosivo”. Pero lo más impresionante fue que los metodistas

pasaron de tener una presencia simbólica en Estados Unidos al final de la Revolución a convertirse en la denominación más grande del país para la década de 1830.

En un avivamiento de 1803 en Kirkwood, Nueva York, una señora Moore “experimentó la religión y se unió a la Iglesia Metodista Episcopal”. El maestro local, George Lane, de diecinueve años, también experimentó la religión ese invierno. “Se ausentó de la escuela por unos días y, al regresar, les dijo a sus alumnos que había experimentado la religión, y los exhortó y oró con ellos, y de inmediato se desató un gran avivamiento”. Lane dejó la escuela en 1804 y comenzó a escalar en las filas del ministerio metodista, realizando extensas giras de predicación y demostrando ser diligente y talentoso, hasta que, debilitado físicamente, optó por una carrera mercantil más fácil cerca de Wilkes-Barre, Pensilvania.

Mientras tanto, la familia Smith aprovechaba las oportunidades que ofrecía la nueva república y soportaba sus dificultades. A menudo sus perspectivas parecían prometedoras. Sin embargo, nunca lograban progresar financieramente ni decidir a qué iglesia unirse. La familia Smith experimentaba frustración, confusión y ansiedad con la misma frecuencia con que disfrutaba de prosperidad, seguridad y libertad. Estas presiones llevaron a los Smith, junto con muchos otros, a buscar tanto la salvación temporal como la espiritual: dos temas que impregnan la narrativa de Lucy Mack Smith sobre la historia de su familia.

Al dejar Nueva Inglaterra rumbo a la vibrante escena económica y religiosa de Palmyra en 1816, la familia Smith, en situación de indigencia, encontró un avivamiento religioso que encendía las almas de sus nuevos vecinos. El número de bautistas locales había aumentado en oleadas inspiradas por esos avivamientos. El número de presbiterianos en Palmyra se duplicó, y se formó una nueva congregación entre la llegada de los Smith en 1816 y su mudanza al sur del pueblo unos dos años después. En 1819 hubo más conversos presbiterianos locales que en cualquier año anterior. “Los metodistas no llevaban registros de congregaciones individuales, pero en 1821 construyeron una nueva capilla en el pueblo.”

En ese momento, los Smith tenían preocupaciones que iban más allá de lo religioso. La prosperidad se les había escapado por demasiado tiempo. “Nos aconsejamos mutuamente sobre el curso que sería mejor tomar.” Según Lucy Mack Smith, acordaron que los miembros capaces de la familia

“uniríamos todos nuestros esfuerzos y trataríamos de obtener un terreno.” Los altos salarios atrajeron a José padre y a sus dos hijos mayores, Alvin e Hyrum, a realizar trabajos diversos hasta reunir lo suficiente para perseguir el cada vez más popular sueño americano de poseer los medios de su propia prosperidad. Lucy puso en práctica sus habilidades, pintando manteles para cubrir las necesidades diarias de la familia. José hijo escribió sobre este periodo: “Estando en circunstancias de indigencia, [nosotros] nos vimos obligados a trabajar arduamente para el sustento de una familia numerosa.” El historiador Richard Bushman escribió:

La combinación de la próspera economía de Palmyra, la contribución adicional de Alvin e Hyrum, y su propia industria, puso a los Smith en una mejor posición para 1818 de la que habían tenido en quince años. Por primera vez pudieron contratar la compra de una granja y comenzar los pagos de un terreno que esperaban hacer suyo... una parcela boscosa a menos de dos millas al sur del pueblo de Palmyra, en la calle Stafford.

Los Smith acordaron comprar cien acres a un especulador de Nueva York llamado Nicholas Evertson, con un pago anual en efectivo de cien dólares. Construyeron una pequeña cabaña, plantaron un huerto, aprovecharon los arces para producir alrededor de mil libras de azúcar y comenzaron a limpiar el terreno para cultivar un producto comercial. Lucy dijo que “no pasó mucho tiempo hasta que teníamos treinta acres listos para el cultivo”, una hazaña notable. José trabajaba junto con el resto de su familia.

Mientras tanto, las inquietudes económicas se veían complicadas por las espirituales. Aunque eran creyentes sinceros en Dios, ni Lucy ni José padre podían encontrar la salvación entre lo que el erudito SUD Terryl Givens llama “la abrumadora riqueza denominacional”, que incluía congregaciones cercanas de presbiterianos, metodistas, cuáqueros y bautistas. Lucy soñaba con hallar seguridad tanto temporal como espiritual. Unos años antes, en Nueva Inglaterra, había sufrido junto a sus hijos una epidemia de tifus. Una década antes de eso, había enfrentado su propia muerte con temor al padecer una fiebre severa. Los médicos la habían desahuciado, y cuando un predicador metodista la visitó en su lecho de enferma, pensó: “No estoy preparada para morir, porque no conozco los caminos de Cristo”, y le pareció que había un abismo oscuro y solitario entre ella y Cristo que no se atrevía a cruzar.

Lucy suplicó y luego “hizo convenio con Dios de que si le permitía vivir, se esforzaría por obtener esa religión que le permitiría servirle debidamente, ya fuera que se hallara en la Biblia o donde fuera que pudiera encontrarse”. Desde entonces, escribió, la religión “ocupó por completo mi mente”.

La búsqueda posterior la llevó primero al presbiterianismo, “pero todo fue vacío”, y de allí al metodismo, pero José padre tenía “poca fe en la doctrina que ellos enseñaban”. Esto, junto con la presión de su suegro para que dejara el metodismo, dejó a Lucy “muy dolida”. Se “retiró a una arboleda de hermosos cerezos silvestres no muy lejana y oró al Señor” para que ablandara el corazón de su esposo. Esa noche soñó con dos árboles, uno flexible y lleno de vida, y otro rígido e inflexible. Se le dio a entender que el árbol flexible representaba a su esposo, quien más adelante en su vida oiría y recibiría el “evangelio puro e incontaminado del Hijo de Dios”.

La búsqueda de la verdad religiosa por parte de José padre también se manifestó en sueños, incluidos tres que ocurrieron en los años previos a la Primera Visión, en la primavera de 1820. En uno de ellos, estaba enfermo, con los pies doloridos y agotado. Un guía le mostró un hermoso jardín de flores, en el cual se sintió renovado. “Entonces pregunté a mi guía el significado de todo aquello”, citó Lucy que dijo, “pero desperté antes de recibir una respuesta”.

En el segundo sueño, José padre caminaba hacia lo que parecía ser el juicio final. Llegó demasiado tarde y se encontró con que se le negaba la entrada. Lucy lo citó diciendo: “Pronto descubrí que mi carne estaba pereciendo. Seguí orando, pero aun así mi carne se marchitaba sobre mis huesos. Estaba en un estado de casi total desesperación”. En ese momento, el portero le preguntó si había cumplido con todos los requisitos para ser admitido, a lo que él respondió: “Todo lo que estuve en mi poder hacer, lo hice”. El portero (o ángel) le dijo que la misericordia solo podía aplicarse después de que se hubiera satisfecho la justicia, tras lo cual José padre “clamó con la agonía de mi alma” pidiendo perdón en el nombre de Jesucristo. Soñó que la fuerza regresaba y que la puerta se abría, “pero al entrar, desperté”.

En un tercer sueño, que Lucy fechó en 1819, José padre soñó que conocía a un vendedor ambulante que prometía decirle la única cosa que le faltaba para asegurar su salvación. Él corrió a buscar papel para anotar, pero despertó en medio de la emoción.

José hijo, por tanto, creció bajo el cuidado de lo que él llamaba “padres virtuosos, que no escatimaron esfuerzos” para enseñarle principios cristianos. Pero nadie en el hogar de los Smith podía escapar a las tensiones y ansiedades inherentes a su incansable búsqueda de seguridad en un mundo inseguro. José escribió que, tras el avivamiento en la zona de Palmyra entre 1816 y 1817, “alrededor de los doce años, mi mente se impresionó seriamente respecto a las importantes preocupaciones por el bienestar de mi alma inmortal”. Como señaló Richard Bushman, “La recurrencia de los avivamientos hacía que la urgente pregunta, ‘¿Qué debo hacer para ser salvo?’, estuviera en la mente de todos”. Para el joven impresionable, esa pregunta se volvió ineludible, y su respuesta, escurridiza. “Estando profundamente agitado en mi mente respecto al tema de la religión,” explicó José, “y observando los diferentes sistemas... no sabía quién tenía la razón y quién estaba equivocado, pero consideraba que era de suma importancia para mí tener la razón, en asuntos de tanta importancia, asuntos que involucraban consecuencias eternas”.

José escribió que se volvió extremadamente afligido, pues me sentí convencido de mis pecados, y al escudriñar las Escrituras descubrí que la humanidad no se acercaba al Señor, sino que se había apartado de la verdadera y viva fe, y que no había sociedad ni denominación que se edificara sobre el Evangelio de Jesucristo tal como está registrado en el Nuevo Testamento, y sentí dolor por mis propios pecados y por los pecados del mundo.

Una reunión de campamento improvisada en 1818, en las colinas sobre Wilkes-Barre, le recordó a George Lane cuán emocionante era experimentar la religión y cuán gratificante era guiar a las almas dispuestas a la misma fuente. “Vendió su negocio en la tienda de Wilkes-Barre en marzo de 1819 y volvió al itinerario.” El jueves 1 de julio de 1819 asistió a la conferencia anual de Genesee en Viena (luego Phelps), condado de Ontario, Nueva York”, a medio día de caminata de la granja de los Smith. Con más de cien ministros reunidos de la región, el área vibraba con una “emoción inusual sobre el tema de la religión” (José Smith—Historia 1:5). Un participante del evento de una semana lo recordó como un “cyclón religioso que arrasó toda la región”, y José Smith pudo haber estado en el ojo del huracán. Un conocido, Orsamus Turner, informó que José “captó una chispa del metodismo en la reunión de campamento, allá en los bosques, en el camino a Viena”. El reverendo Lane pudo haber influido

especialmente en José en ese entorno. En 1883, William, el hermano menor de José, recordó que Lane “predicó un sermón sobre ‘¿A qué iglesia debo unirme?’ Y la esencia de su discurso era que se le debía preguntar a Dios, usando como texto: ‘Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente’”.

No se sabe con certeza si fue en ese entorno u otro similar, pero más adelante José contó a sus amigos que durante uno de esos avivamientos, su madre y sus hermanos “recibieron la religión. Él... quería sentir y gritar como los demás, pero no podía sentir nada”. Sin embargo, estaba “profundamente agitado; el clamor y la confusión eran tan grandes e incesantes” (José Smith—Historia 1:9).

José escribió que fue “durante esta época de gran agitación” cuando sus inquietudes religiosas alcanzaron su punto máximo. Sus padres usaban palabras como oscuridad, ansiedad y desesperación para describir su frustrada búsqueda de la salvación. A esas descripciones, José añadió que se sentía afligido, perplejo; que era un periodo de confusión, dificultades extremas y gran inquietud, agravada por las disputas entre denominaciones, que él describió como una desconcertante “guerra de palabras y tumulto de opiniones” (José Smith—Historia 1:8, 11). La Biblia era tanto el campo de batalla de esa guerra como su mayor víctima, “porque los maestros de religión de las diferentes sectas entendían los mismos pasajes de las Escrituras de manera tan diferente que destruían toda confianza en resolver la cuestión apelando a la Biblia” (José Smith—Historia 1:12).

Y, sin embargo, fue al Dios de la Biblia a quien José apeló con éxito. Había escuchado una y otra vez a los partidarios de distintas religiones blandir la Biblia como un arma, citando pasajes aislados “tratando de establecer sus propios dogmas y refutar todos los demás” (José Smith—Historia 1:9). Ahora, tal vez inspirado por el reverendo Lane, José se acercó a la Biblia de forma privada, silenciosa, viéndola más como una palabra viva que como una ley muerta, y esta le habló al alma. “Mientras pensaba en este asunto”, dijo José, “abré el Testamento al azar en estas palabras de Santiago: ‘Pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche’” (véase Santiago 1:5).

Esa invitación a recibir revelación commovió profundamente a José. “Jamás pasaje de las Escrituras penetró con mayor fuerza en el corazón del hombre

que este lo hizo en el mío en ese momento. Parecía entrar con gran poder en cada sentimiento de mi corazón. Reflexioné sobre ello una y otra vez, sabiendo que si alguna persona necesitaba sabiduría de Dios, esa era yo” (José Smith—Historia 1:12).

Humillado por las exigencias de la vida, consciente de sus propias limitaciones y de su dependencia del Todopoderoso, y deseando profundamente sentir, gritar y experimentar la religión como lo hacían los metodistas, José Smith decidió llevar su pregunta a la única autoridad que aún no había consultado. Al recordar la experiencia en 1843, José dijo que “inmediatamente se fue al bosque”. No hubo tumulto, ni “gritos de gozo”, ni banco de los ansiosos, ni “tonos profundos del predicador”. En cambio, José tuvo una experiencia directa, incuestionable (José Smith—Historia 1:15–20, 25–26). Después de eso, conocía a Dios. Aunque fue ridiculado, perseguido, golpeado, demandado, amenazado e incluso encarcelado, la experiencia de José lo hizo inquebrantable.

Capítulo 4

El joven del bosque y el profeta de la Restauración

Larry C. Porter

En la primavera de 1820, los miembros de la familia de Joseph Smith padre se vieron envueltos en medio de una “guerra de palabras y tumulto de opiniones”, como lo expresaban los religiosos de la época. Cada denominación competía por conseguir conversos a su propia persuasión. Los miembros del hogar de los Smith quedaron en libertad de determinar su propio rumbo en medio de esa contienda. La madre, Lucy Mack Smith, junto con sus hijos Hyrum, Sophronia y Samuel Harrison, decidieron unirse a los presbiterianos, quienes se reunían en la Capilla Unión en la calle Church, en el pueblo de Palmyra. William Smith confesó: “Yo asistía a las reuniones con los demás, pero como era bastante joven e inmaduro, no me interré tanto en el asunto como los mayores”.

El padre Smith y su hijo mayor, Alvin, permanecieron “sin afiliación religiosa” y no se sintieron atraídos por ninguna denominación en particular. El joven hijo de Joseph Smith padre, José Jr., quien ahora tenía catorce años de edad, mostraba cierta inclinación hacia la fe metodista, aunque no se había unido formalmente a ninguna secta (José Smith—Historia 1:8).

Unos dos años antes de los eventos que estaban por desarrollarse durante el período de avivamiento de 1820, José reconoció que su joven vida espiritual no era lo que él deseaba. Al expresar sus inquietudes, registró:

“Como a la edad de doce años mi mente se impresionó seriamente con respecto a los asuntos de suma importancia para el bienestar de mi alma inmortal, lo cual me llevó a escudriñar las Escrituras, creyendo, tal como se me había enseñado, que contenían la palabra de Dios; así me apliqué a ellas, y mi trato íntimo con personas de diferentes denominaciones me llevó a maravillarme grandemente, pues descubrí que no adornaban su

profesión con una vida santa y una conversación piadosa conforme a lo que hallaba contenido en aquel sagrado depósito (la Biblia); esto fue una tristeza para mi alma. Así que, desde los doce hasta los quince años, reflexioné mucho en mi corazón sobre la situación del mundo de la humanidad.”

William Smith también nos informa que, incluso antes de que José decidiera ir al bosque a orar, él “continuaba en secreto invocando al Señor para recibir una manifestación plena de Su voluntad, la seguridad de que Él lo aceptaba, y para que pudiera comprender el camino de la obediencia”.

La mente del joven José se hallaba profundamente agitada por las diversas doctrinas que presentaban los distintos predicadores avivadores de la época, quienes clamaban: “Nosotros tenemos la verdad”, “Vengan y únanse a nosotros”, “Caminen con nosotros y les haremos bien”. El Profeta registró que había llegado a un punto en su estudio de las Escrituras en que “sentía dolor por mis propios pecados y por los pecados del mundo”. Más adelante le dijo a John Taylor que “era muy ignorante respecto a los caminos, designios y propósitos de Dios, y que no sabía nada al respecto; era un joven sin experiencia en asuntos religiosos ni en los sistemas y teorías de su época”, y sin embargo, dentro de su limitada comprensión, procuraba alguna forma de reconciliarse con Dios.

José descubrió que el único elemento constante en medio de esa confusión era su confianza en la promesa de Santiago 1:5: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídalas a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”. El Profeta habló con profundo sentimiento sobre el impacto de ese significativo pasaje: “Jamás pasaje de Escritura alguna penetró al corazón de un hombre con más poder que este lo hizo en esta ocasión al mío. Parecía entrar con gran fuerza en todos los sentimientos de mi corazón. Reflexioné sobre ello una y otra vez, sabiendo que si alguna persona necesitaba sabiduría de Dios, esa persona era yo” (José Smith—Historia 1:12). William Smith dijo que esta escritura fue, en verdad, la fuerza impulsora que llevó a José al bosque, afirmando que su hermano fue “al bosque con una fe infantil, sencilla y confiada, creyendo que Dios decía exactamente lo que decía; se arrodilló y oró”.

Actuando conforme a la poderosa promesa de Santiago, José eligió un hermoso y despejado día a comienzos de la primavera de 1820 para suplicar con sinceridad al Señor por orientación en su dilema personal. El

Profeta no parece haber especificado el lugar exacto donde ofreció su oración. ¿Fue del lado de Palmyra o del lado de Farmington (más tarde llamado Manchester) de la línea divisoria entre municipios? La casa de troncos de los Smith estaba situada en el municipio de Palmyra; las cien acres por las que su padre y su hermano Alvin firmarían un contrato con un agente de tierras de Canandaigua ese verano estaban en el municipio de Farmington, apenas unos metros al sur de su hogar en Palmyra.

El terreno boscoso que más tarde se denominaría la Arboleda Sagrada abarcaba ambos municipios; de hecho, toda el área era una naturaleza virgen en 1820. ¿Qué tanto se había adentrado en la “arboleda silenciosa”, o matorral, cuando se arrodilló para orar? Orson Pratt registró que, fuera cual fuera su recorrido, fue “a un lugar secreto, en una arboleda, a poca distancia de la casa de su padre”. José ofreció una perspectiva adicional al decir: “Inmediatamente salí al bosque donde mi padre tenía un claro, fui hasta el tocón donde había dejado mi hacha al dejar de trabajar, y me arrodillé y oré”.

José se había asegurado de estar solo y entonces comenzó a expresar a Dios el deseo de su corazón en lo que él denominó su primer intento de orar en voz alta. Recordó que su “lengua parecía estar hinchada en (su) boca” de modo que no podía hablar, y que fue “sujeto por un poder que (lo) dominó por completo”. Pensó que estaba “condenado a una destrucción repentina... no a una ruina imaginaria, sino al poder de un ser real del mundo invisible que tenía un poder tan asombroso como jamás había sentido en ningún otro ser”.

El archienemigo de toda la humanidad, incluso Satanás, estuvo presente en esa ocasión trascendental en un intento de frustrar ese momento clave en el gran plan de restauración del Señor. Es posible que José no haya identificado plenamente en ese momento la fuente de esa intrusión, pero el enemigo pronto sería desenmascarado mediante la visión abierta que Moroni le mostraría al Profeta en la colina Cumorah algunos años más tarde, en la que le revelaría a Satanás y a sus huestes.

El joven José, esforzándose con toda su energía, invocó a Dios en busca de alivio y fue envuelto de inmediato en un pilar de luz, más brillante que el sol, que lo libró del enemigo que lo había tenido sujeto. Él explicó las asombrosas circunstancias de ese momento:

“Cuando la luz reposó sobre mí, vi a dos Personajes, cuyo fulgor y gloria desafían toda descripción, de pie sobre mí en el aire. Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre y dijo, señalando al otro: ‘Éste es mi Hijo Amado. ¡Escúchalo!’

Mi propósito al dirigirme al Señor era saber cuál de todas las sectas era la verdadera, para saber a cuál debía unirme. Apenas recuperé el control de mí mismo lo suficiente como para poder hablar, pregunté a los Personajes que estaban en la luz, cuál de todas las sectas era la verdadera (pues en ese momento nunca se me había ocurrido que todas fueran falsas), y cuál debía seguir.

Se me respondió que no debía unirme a ninguna de ellas, porque todas estaban equivocadas... enseñan como doctrinas los mandamientos de los hombres, teniendo una apariencia de piedad, pero negando el poder de ella.

Nuevamente se me prohibió unirme a cualquiera de ellas; y muchas otras cosas me dijo que no puedo escribir en este momento.” (*José Smith—Historia 1:17–20*)

Un examen de los relatos del Profeta sobre su extraordinaria visión revela un doble propósito en su consulta a la Deidad: obtener conocimiento sobre cuál secta era la verdadera, y también una confirmación de que sus pecados le eran perdonados por el Señor para que pudiera ser salvo, pues, según dijo José, “me sentí convencido de mis pecados”. Ambos deseos se cumplieron, como José afirmó:

“Vi al Señor y él me habló, diciendo: ‘José, <hijo mío>, tus pecados te son perdonados; ve por tu <caminio>, anda en mis estatutos y guarda mis mandamientos. He aquí, yo soy el Señor de la gloria; fui crucificado por el mundo, para que todos los que crean en mi nombre tengan vida eterna.’”

Cuando la manifestación del Padre y del Hijo se retiró, José volvió a tomar conciencia de su entorno:

“Me encontré tendido de espaldas, mirando hacia el cielo. Cuando la luz se hubo retirado, no tenía fuerzas, pero pronto me recuperé en cierta medida. Me fui a casa y, mientras me recostaba junto a la chimenea, mi madre me preguntó qué me pasaba. Le respondí: ‘No importa, todo está bien. Estoy lo suficientemente bien.’

Luego le dije a mi madre: ‘He aprendido por mí mismo que el presbiterianismo no es verdadero.’”

El hecho de que José señalara específicamente a esa denominación en particular fue, nuevamente, por deferencia hacia su madre y algunos de sus hermanos, quienes se habían unido a la Iglesia Presbiteriana del Oeste de Palmyra durante ese período de avivamiento. Su respuesta habría sido similar en cuanto a cualquier otra secta, ya que se le había instruido que “no se uniera a ninguna de ellas”.

José habló poco con los demás sobre su visión en la arboleda, quizás considerando que era un asunto profundamente personal. Cuando intentó compartir la sabiduría que había recibido, descubrió que el relato de su encuentro con la Deidad provocaba prejuicio inmediato y una gran persecución hacia él. Observó:

“Parece como si el adversario supiera, desde una etapa muy temprana de mi vida, que estaba destinado a ser un perturbador y molestia para su reino; de lo contrario, ¿por qué habrían de combinarse los poderes de las tinieblas contra mí? ¿Por qué la opresión y persecución que se levantaron contra mí, casi desde mi infancia?”

Solo pudo consolarse con la afirmación:

“En realidad había visto una luz, y en medio de esa luz vi a dos Personajes, y en verdad me hablaron... Yo lo sabía, y sabía que Dios lo sabía, y no podía negarlo, ni me atrevía a hacerlo.”

(José Smith—Historia 1:25)

A lo largo de los años, el Profeta describió a diversas audiencias las circunstancias asociadas con la Primera Visión. Estos relatos contemporáneos fueron, en ocasiones, dictados a escribas, registrados por la prensa o preservados en los escritos de personas que lo escucharon relatar el evento. A partir de su contenido podemos reunir un conjunto invaluable de detalles que nos ayuda a comprender tanto las circunstancias inmediatas asociadas a la visión como la trascendencia a largo plazo de ese momento singular.

Es muy poco probable que un joven de quince años pudiera comprender plenamente el significado de lo que acababa de ver, y era igualmente improbable que pudiera analizar las implicaciones definitivas de lo que

había presenciado. Sin embargo, con el paso del tiempo, el Profeta alcanzó una comprensión innegable de la naturaleza de Dios y de Su interacción con el ser humano. Esta comprensión lo llevó a transformar su propia vida en conformidad con la voluntad del Maestro.

A partir de la visión misma, se hace evidente que entre las verdades reveladas al Profeta José Smith se encontraban las siguientes:

1. Dios escucha y contesta las oraciones e interviene en los asuntos de los hombres.
2. El poder del mal es real y fuerte.
3. El poder de Dios es más fuerte que la influencia del mal.
4. José fue envuelto en un pilar de luz y lleno de un gozo indescriptible—el espíritu de Dios.
5. José vio a dos Personajes que se parecían entre sí en rostro y apariencia.
6. Los dos Personajes fueron claramente identificados como el Padre y el Hijo.
7. El hombre fue creado a imagen de Dios.
8. La preocupación de José por el estado de su alma inmortal fue reconocida por la Deidad.
9. Él buscó y recibió el perdón de sus pecados.
10. La verdadera Iglesia de Dios no se hallaba en la tierra.
11. El mundo sectario enseñaba doctrinas incorrectas y negaba el poder de Dios.
12. Jesucristo fue crucificado por el mundo, y todos los que creen en Él tendrán vida eterna.
13. Se anunciaron la apostasía, la restauración y la Segunda Venida.
14. José fue llamado a restaurar la plenitud del Evangelio.

Durante los años restantes de su vida, el curso de acción de José Smith fue guiado por la Primera Visión. En los últimos momentos de su vida, apenas once días antes de su martirio en Carthage, José se dirigió a una gran congregación el 16 de junio de 1844 en una arboleda de Nauvoo. En esa ocasión reiteró:

“Siempre he declarado que Dios es un personaje distinto; Jesucristo, un personaje separado y distinto de Dios el Padre; y que el Espíritu Santo es un personaje distinto y un Espíritu; y estos tres constituyen tres personajes distintos y tres Dioses.”

A comienzos de ese mismo año, el 10 de marzo de 1844, habló en el funeral de King Follett, quien había muerto accidentalmente al ser aplastado mientras cavaba un pozo en Nauvoo. La familia y amigos del hermano Follett se acercaron al Profeta para pedirle que dijera unas palabras sobre su ser querido y que abordara el tema de los muertos durante la conferencia anual de la Iglesia del 7 de abril de 1844. José reconoció a su amigo y la solicitud, pero también aprovechó la ocasión del “Discurso de King Follett” para hablar de principios más amplios.

Deseoso de transmitir a los santos elementos clave de su comprensión, el Profeta José Smith dedicó más de dos horas a desahogar su alma sobre una variedad de temas teológicos. En esa ocasión expresó su gran deseo de elevar las mentes de los miles que se habían reunido para escucharlo “a una esfera más elevada y una condición más exaltada que lo que la mente humana generalmente comprende”. Al preparar el terreno para sus palabras sobre la correcta relación entre Dios y el hombre, declaró:

Hay muy pocos seres en el mundo que entienden correctamente el carácter de Dios. Si los hombres no comprenden el carácter de Dios, no comprenden su propio carácter. No pueden comprender nada del pasado ni del porvenir; no saben—no entienden—cuál es su propia relación con Dios.

José explicó a la congregación:

“Quiero que todos ustedes conozcan a Dios y estén familiarizados con Él. Si logro que lo conozcan, podré llevarlos a Él.”

Luego relató algunos de los atributos fundamentales del Ser Supremo que le habían sido revelados:

“Primero: Dios mismo, que está entronizado en los cielos, es un Hombre como uno de nosotros—¡ese es el gran secreto! Si hoy se rasgara el velo y pudieran ver al gran Dios que mantiene a este mundo en su esfera y a los planetas en sus órbitas, y que sostiene todas las cosas por medio de Su poder—si lo vieran hoy, lo verían con toda la persona, imagen, forma y aspecto de un hombre, como ustedes mismos. Porque Adán fue un hombre formado a Su semejanza y creado según la misma forma e imagen de Dios. Adán recibió instrucción, anduvo, habló y conversó con Él como un hombre habla y se comunica con otro.”

La doctrina maravillosa e iluminadora que el Profeta enseñó a los santos en esa ocasión tan singular elevó sus pensamientos y su conducta. Ellos se unieron a él mientras revelaba los misterios del reino y fácilmente pudieron asentir a su declaración:

“Esta es buena doctrina. Tiene buen sabor. Ustedes dicen que la miel es dulce, y yo también lo digo. También puedo saborear el espíritu y los principios de la vida eterna, y ustedes también. Sé que son buenos, y que cuando les hablo de estas palabras de vida eterna que me han sido dadas por la inspiración del Espíritu Santo y las revelaciones de Jesucristo, ustedes están obligados a recibirlas como algo dulce. Ustedes las prueban, y sé que las creen.”

La conciencia de nuestra herencia real como hijos de Dios cambia la manera en que nos vemos y tratamos unos a otros. Cambia nuestra perspectiva sobre cómo nos relacionamos con nuestros seres queridos y amigos que forman parte de la misma casa de la fe y comparten el mismo parentesco con nuestro Padre Celestial.

Es vital que lleguemos a conocer a Dios. Como está registrado en las Escrituras:

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero.”

“...y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3).

El élder Bruce R. McConkie dio una perspectiva precisa sobre lo que significa conocer a Dios y cuál es el objetivo supremo que el Padre tiene para quienes lo aman y obedecen sus preceptos:

“Conocer a Dios es pensar lo que Él piensa, sentir lo que Él siente, tener el poder que Él posee, comprender las verdades que Él entiende y hacer lo que Él hace. Quienes conocen a Dios llegan a ser como Él y tienen Su tipo de vida, que es la vida eterna.”

Aunque esto parezca estar más allá de la comprensión del hombre mortal, el Profeta José Smith marcó el objetivo y declaró nuestro linaje con la Deidad. Dios es, en verdad, el “Padre de los espíritus”, y “somos también linaje suyo”. Como hijos e hijas, Él desea reclamarnos como Suyos y está dispuesto a enseñarnos línea por línea en esta vida y en la venidera,

conforme busquemos esa perfección que ha diseñado para Sus hijos en las eternidades.

Podemos acercarnos a Él en esta vida, prestar atención a Su consejo y, finalmente, ver Su rostro mediante nuestra fe y obediencia a Su evangelio en la tierra. Así como José Smith llegó a conocer a Dios y a Su Hijo mediante la oración, nosotros también debemos clamar al Señor para recibir Su apoyo y orar por Su guía en todos nuestros empeños. Dirijamos nuestros pensamientos al Señor y depositemos en Él las aflicciones de nuestro corazón. Consultemos al Señor en todas nuestras acciones. Al acostarnos por la noche, hagámoslo en comunión con el Señor; y al levantarnos por la mañana, que nuestros corazones estén llenos de gratitud hacia ese Dios que contesta nuestras oraciones.

El presidente Wilford Woodruff se refirió al papel singular de la Primera Visión, reconociéndola como el catalizador que está en el mismo centro de nuestra experiencia reveladora bajo la guía del Profeta:

“No he leído en ningún lugar, que yo sepa, acerca de un poder tan manifiesto en ninguna dispensación para con los hijos de los hombres, como el que se manifestó al Profeta de Dios en la organización de esta Iglesia, cuando el Padre y el Hijo se aparecieron al Profeta José en respuesta a su oración, y cuando el Padre dijo: ‘Éste es mi Hijo Amado; he aquí, Él; escúchalo’.

Esta fue una revelación importante, que nunca se ha manifestado de la misma manera en ninguna otra dispensación del mundo, que Dios haya dado concerniente a Su obra. Así que, en su organización, el Profeta de Dios fue ministrado por ángeles del cielo. Ellos fueron sus maestros, sus instructores, y todo lo que él hizo, todo lo que llevó a cabo desde el comienzo, desde aquel día hasta el día de su martirio, fue por medio de la revelación de Jesucristo.”

Aceptar este acontecimiento milagroso depende de nuestra fe personal. Se nos invita a invocar al Espíritu del Señor para que testifique a nuestras almas que las palabras del Profeta fueron dichas con verdad:

“Porque había tenido una visión; lo sabía, y sabía que Dios lo sabía, y no podía negarlo” (José Smith—Historia 1:25).

Cada uno de nosotros es un grandioso beneficiario del legado de la Primera Visión por medio de José Smith, el joven de la arboleda y el Profeta de la Restauración.

Capítulo 5

Perspectivas de las visitas de Moroni en 1823

Clyde J. Williams

Después de la visita del Padre y del Hijo, la visita de Moroni al joven José Smith constituye el cumplimiento más maravilloso de la profecía de los últimos días. Juan el Revelador vio “a otro ángel volar por en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra” (Apocalipsis 14:6). En 1831, el Señor confirmó que Moroni cumplía esta profecía cuando declaró: “He enviado a mi ángel volando por en medio del cielo, teniendo el evangelio eterno, el cual se ha aparecido a algunos y lo ha confiado al hombre” (Doctrina y Convenios 133:36).

Se conocen veintidós apariciones de Moroni en esta dispensación. Las primeras cinco de esas visitas ocurrieron entre el 21 y 22 de septiembre de 1823. Estas experiencias transmitieron profundas lecciones a José y, a través de él, a millones de personas desde entonces.

Dirección espiritual de Moroni

Aunque habían pasado más de tres años desde la Primera Visión, la visita de Moroni no fue inesperada. En el relato que José escribió en 1842 sobre la Primera Visión, indicó que se le dio “la promesa de que la plenitud del Evangelio me sería dada a conocer en algún momento futuro”. Además, escribió: “Tenía plena confianza en obtener una manifestación divina, como ya había tenido una anteriormente” (José Smith—Historia 1:29).

En la noche del 21 de septiembre, él “se retiró a su cama en un estado de ánimo bastante serio y contemplativo”. El hecho de que fuera domingo añade un detalle interesante al relato. No sabemos qué ocurrió durante ese día de reposo en particular, pero podría estar relacionado con la actitud reflexiva de José, lo cual parece dar aún más significado al momento de la visita de Moroni.

También es importante señalar que esta visita no se produjo por necesidad, sino como respuesta a la oración. La experiencia previa de José con el Padre y el Hijo no eliminó su necesidad de superar debilidades y pecados. Además, recibió porque pidió con fe. Él sabía que Dios respondía las oraciones y deseaba saber cuál era su situación ante el Señor (José Smith—Historia 1:29).

De esta experiencia aprendemos que las grandes experiencias espirituales suelen llegar cuando buscamos verdaderamente el perdón al someternos al Señor. Además, aprendemos que las dos primeras grandes revelaciones de esta dispensación vinieron como resultado de una oración sincera y ferviente. José había llegado a conocer la eficacia del arrepentimiento y la oración. Al igual que los profetas antes y después de él, se sintió “condenado por [su] debilidad e imperfecciones” (José Smith—Historia 1:29).

La palabra del Señor, registrada por Moroni mucho tiempo antes, se cumpliría en la vida de José y en la de muchos otros:

“Y si los hombres vienen a mí, les mostraré su debilidad. Doy a los hombres debilidad para que sean humildes; y mi gracia es suficiente para todos los hombres que se humillan ante mí; porque si se humillan ante mí y tienen fe en mí, entonces haré que las cosas débiles sean fuertes para ellos.”
(Éter 12:27)

Tal vez ese fue, en última instancia, el proceso que comenzó para José con la aparición de Moroni. Este pasaje nunca se cumplió de manera más literal que en la vida de José Smith. Cuando se acercó al Señor en oración en 1820 y nuevamente en 1823, su deseo era venir a Cristo. En verdad, la intención de Moroni era ayudar a guiar a José en el camino hacia la perfección, para que el Señor pudiera usarlo como instrumento en Sus manos. De igual manera, debemos creer que el Señor puede hacer que nuestras debilidades se conviertan en nuestras fortalezas, y vivir de tal forma que podamos ver ese cumplimiento.

Varias cosas fueron reveladas o confirmadas a José respecto a los ángeles o seres celestiales. Una de ellas fue que son “gloriosos más allá de toda descripción”, con vestiduras de una “blancura superior a cualquier cosa terrenal que yo haya visto jamás” (José Smith—Historia 1:31, 32). Aunque el semblante del ángel era “verdaderamente como un relámpago”, no lo

consumió ni le causó daño alguno (José Smith—Historia 1:32). José comprendió que un ángel podía entrar en su habitación a voluntad mediante un conducto de luz y permanecer suspendido en el aire, y que su gloria, al parecer, no perturbaba ni afectaba a otros para quienes la visión no estaba destinada.

Además, la experiencia de José con Moroni nos recuerda que todos somos conocidos por Dios. Él nos conoce individualmente y puede ayudarnos, guiarnos y sostenernos si estamos dispuestos.

Algunos se han preguntado cómo pudo José recordar con tanta claridad las cosas que Moroni le enseñó esa noche. Aunque está dentro del poder del Señor el aumentar nuestra memoria, también se sabe que ha usado más de una vez el patrón de la repetición. Moroni repitió a José el mensaje tres veces durante el transcurso de la noche, y una vez más al día siguiente. Este proceso fue similar al modo en que el Señor le transmitió a Pedro, mediante una visión repetida, un cambio significativo en los procedimientos de la Iglesia (Hechos 10:11–16).

Untestigo y una advertencia

Moroni había recibido la instrucción de escribir una advertencia, así como una precaución para José, respecto al valor de las planchas. Antiguamente, él había escrito que “nadie las tendrá para sacar ganancia” (Mormón 8:14). En la noche del 21 de septiembre, José registró que durante su tercera aparición, Moroni le dijo:

“Satanás intentaría tentarme (a causa de las circunstancias indigentes de la familia de mi padre), para obtener las planchas con el fin de hacerme rico. Esto me lo prohibió, diciendo que no debía tener otro objetivo al obtener las planchas que glorificar a Dios, y que no debía ser influenciado por ningún otro motivo que no fuera el de edificar Su reino; de lo contrario, no podría obtenerlas.” (José Smith—Historia 1:46)

De esta instrucción aprendemos que el Señor nunca ha tenido la intención de que las cosas sagradas se usen para ganancia personal o engrandecimiento propio. Al igual que José, nosotros también debemos trabajar y prestar servicio en la Iglesia sin otro “motivo que el de edificar el reino [de Dios]” (José Smith—Historia 1:46).

Otra lección que José ya comenzaba a aprender era la bendición de ser llamado por Dios. Muchos suponen que una designación importante del Señor, o incluso el llamamiento de recibir el evangelio, es una gran bendición—lo cual, en verdad, lo es. Sin embargo, de la experiencia de José aprendemos que, junto con las bendiciones espirituales, también viene la oposición, cada vez que damos un paso positivo hacia adelantar o seguir la obra de Dios.

Moroni abrió a la vista de José tanto “la gloria de Dios” como “el poder de las tinieblas”. Moroni explicó:

“Todo esto se muestra, lo bueno y lo malo, lo santo y lo impuro, la gloria de Dios y el poder de las tinieblas, para que conozcas en adelante ambos poderes y no seas influenciado ni vencido por aquel inicuo.”

Una comprensión clara del poder de estas dos fuerzas que luchan por las almas de los hombres puede marcar una diferencia profunda en las decisiones que tomamos en la mortalidad y en el destino al que llegaremos en la eternidad.

El gran signo de la restauración

La verdad de que la plenitud del evangelio no se encontraba entonces sobre la tierra le fue revelada a José en la Primera Visión. Ahora, Moroni dejó claro que la herramienta más importante para ayudar a corregir esa grave ausencia era un libro antiguo escrito sobre planchas de oro. Este registro, dijo, contenía la plenitud del evangelio eterno tal como había sido recibido del Salvador por los antiguos habitantes del continente americano.

Así, Moroni anunció el comienzo del cumplimiento de la promesa del Salvador de que la obra del Padre comenzaría cuando se dieran a conocer Sus palabras pronunciadas a los nefitas (3 Nefi 21:1–7). El Libro de Mormón, que fue anunciado por primera vez en esta ocasión, era el gran signo del inicio de la recogida y la restauración de los últimos días, profetizadas desde los tiempos del Antiguo Testamento. José aprendió que este registro podría salir a la luz y ser traducido por el don y el poder de Dios. ¿Cómo sorprenderse, entonces, de que el adversario se estuviera preparando para montar una fuerte oposición contra esta obra, y que José necesitara estar advertido?

Después de todo, el registro que él habría de sacar a la luz—al igual que el reino que establecería—“estaba destinado a ser un perturbador y una molestia para [el reino de Satanás]” (José Smith—Historia 1:20).

Un asunto familiar

El lunes por la mañana, Moroni visitó nuevamente a José. Esta cuarta visita ocurrió después de que el padre de José, al percibir que su hijo no se encontraba bien, lo enviara a casa desde los campos. Además de repetir la instrucción que le había dado la noche anterior, Moroni le mandó a José que regresara de inmediato y le contara a su padre las visiones e instrucciones que había recibido.

Aunque no podemos saber todas las razones por las que debía hacerse esto, ciertamente destaca que José necesitaba el apoyo y la influencia sostenedora de su padre. La carga debió haberse aligerado en parte al compartir lo ocurrido con él, y más tarde esa misma noche con otros miembros de la familia. La aceptación y el respaldo de su familia fueron fundamentales para el éxito eventual de José al obtener las planchas.

Mucho poder se recibe cuando uno cuenta con el apoyo y el ánimo de los miembros de la familia al asumir un llamamiento difícil del Señor. Eso es cierto ya sea que se haya sido llamado como misionero de tiempo completo, obispo o autoridad general. Tal vez nunca lleguemos a apreciar del todo cuánto debió significar para José que su hermano mayor Alvin le dijera:

“Bueno, hermano, vayamos a la cama y levantémonos temprano por la mañana para terminar nuestra jornada de trabajo antes del atardecer; entonces, si madre nos prepara la cena temprano, tendremos una buena y larga velada, y todos nos sentaremos con el propósito de escucharte mientras nos cuentas las grandes cosas que Dios te ha revelado.”

En verdad, esos fueron días que jamás serían olvidados por José ni por su familia.

El mensaje de Moroni

Cuando Moroni se apareció el domingo por la noche, citó pasajes de las Escrituras. Si José tenía alguna duda sobre por qué el Señor lo había

escogido a él como el mensajero de la Restauración, la recitación de las palabras de Pablo por parte de Moroni arrojó una luz significativa:

“Dios escogió lo débil del mundo para avergonzar a lo fuerte” (1 Corintios 1:27).

Moroni reafirmó que siempre ha sido el modelo del Señor elegir lo débil de la tierra para confundir a los sabios. El mismo Moroni había expresado sentimientos de insuficiencia:

“Cuando escribimos, vemos nuestra debilidad, y tropezamos al colocar nuestras palabras; y temo que los gentiles se burlen de nuestras palabras” (Éter 12:25).

En la noche del 21 de septiembre, según lo registrado por José Smith y Oliver Cowdery, Moroni citó o parafraseó más de treinta pasajes de las Escrituras. Tal vez la declaración más concisa que resume todo lo que Moroni enseñó esa noche proviene de las palabras de Oliver Cowdery. En una de sus varias cartas a W. W. Phelps, explicó que Moroni delineó:

“Las bendiciones, promesas y convenios hechos a Israel, y las grandes manifestaciones de favor al mundo, al introducir la plenitud del evangelio para preparar el camino para la segunda venida del Mesías, cuando venga en la gloria del Padre con los santos ángeles.”

A la luz del hecho de que el Salvador citó todo Malaquías 3–4 a los nefitas (3 Nefi 24–25), y luego “les explicó todas las cosas, desde el principio hasta el tiempo en que vendría en su gloria” (3 Nefi 26:3), no sorprende que Moroni comenzara con estos pasajes tan significativos.

Moroni expuso al menos siete puntos principales a través de las escrituras que recitó.

Primero, era importante que José comprendiera, al menos de forma básica, que había sido llamado por Dios para abrir esta última dispensación (Malaquías 3:1; Isaías 11:1, 10; Joel 2:28–29).

Segundo, la obra que estaba por emprender cumplía profecías antiguas (Malaquías 3–4; Isaías 2; 11:29; Joel 2; Jeremías 30–31).

Tercero, la “maravillosa obra” que estaba por salir a la luz implicaba la restauración de la plenitud del evangelio, incluyendo todos los poderes,

llaves, derechos, convenios y bendiciones del sacerdocio (Isaías 29:14; Malaquías 4:5–6).

Cuarto, una parte clave de esta restauración era la aparición del Libro de Mormón (Isaías 29:11, 14).

Quinto, la gran obra de los últimos días también implicaba una recogida gloriosa y generalizada de Israel disperso y de todos los fieles que vinieran (Isaías 2:1–4; 11:11–13; Salmos 107:1–7; Jeremías 16:15–16; 31:6–9; 50:4–5).

Sexto, si esta maravillosa obra —con su poder, autoridad, ordenanzas y convenios— no se llevaba a cabo, toda la tierra sería completamente destruida en la segunda venida del Salvador (Malaquías 4:5–6).

Séptimo, esta obra era una preparación para la segunda venida del Señor Jesucristo (Malaquías 3:1–3; 4:1–3; Joel 2:30–31; Hechos 3:22–23).

El tiempo de prepararse

Alrededor del mediodía del lunes 22 de septiembre, Moroni hizo su quinta aparición, esta vez en la colina de Cumorah. En ese momento, José fue informado de que no obtendría las planchas sino hasta dentro de cuatro años. Ese día había intentado sacar las planchas de la caja de piedra tres veces, y en cada intento recibió una conmoción. En cada ocasión, su grito de frustración fue: “¿Por qué no puedo obtener este libro?”

José aún no estaba listo para traducir el registro.

Uno podría preguntarse por qué el Señor envió a Moroni tan pronto. ¿Fue esta visita algo prematura? ¿Había sobrestimado el Señor la preparación de José? ¿No sabía que José dejaría que los deseos de obtener ganancias y de aliviar las penurias económicas de su familia dominaran sus sentimientos durante la larga caminata a la colina ese día de septiembre?

Seguramente el Señor sabía todas estas cosas, y muchas más.

El Señor con frecuencia nos da presentimientos o advertencias preparatorias sobre cosas que debemos hacer para prepararnos para futuros llamamientos o asignaciones en Su reino. Así fue con José en ese momento. Oliver Cowdery explicó:

“Descubro sabiduría en los tratos del Señor: era imposible que algún hombre tradujera el Libro de Mormón por el don de Dios, y soportara las aflicciones, las tentaciones y los ardides de Satanás, sin ser vencido, a menos que hubiera sido previamente beneficiado con cierto grado de experiencia; y si nuestro hermano hubiera obtenido el registro la primera vez, sin saber cómo discernir las obras de las tinieblas, podría haber sido privado de la bendición de enviar la palabra de verdad a esta generación. Por tanto, Dios, sabiendo que Satanás desviaría así su mente, comenzó desde aquella temprana hora, para que, cuando llegara el tiempo señalado, tuviera un siervo preparado para cumplir Su propósito.”

Para ayudar a José en su preparación, el Señor le dio una visión de la maravillosa obra que estaba a punto de comenzar. Le mostró su debilidad y su vulnerabilidad potencial si no se preparaba para una obra tan grande. ¿Cuántos mortales han mirado atrás con gratitud por el hecho de que el Señor les dio tiempo para crecer y prepararse mejor para las circunstancias que hoy enfrentan?

La venida de Moroni en septiembre de 1823 fue el inicio de un largo proceso de mentoría para preparar a José a fin de que llegara a ser el profeta preordenado para preparar el camino para la segunda venida del Señor (Malaquías 3:1).

Hay esperanza

El hecho de que el Señor enviara a Moroni a un joven que aún tenía tanto que aprender y debilidades que superar, debería infundir esperanza en el corazón de todos. En palabras del élder Neal A. Maxwell:

“Uno de los grandes mensajes que fluye del uso que el Señor hizo de José Smith como un ‘vidente escogido’ en los últimos días es que, en verdad, hay esperanza para cada uno de nosotros.”

El Señor puede llamarnos en nuestras debilidades y, sin embargo, magnificarnos para cumplir Sus propósitos. Aunque pocos son llamados a ser profetas, videntes y reveladores, todos los que estén dispuestos a ser enseñados por el Señor y por Sus siervos pueden igualmente superar sus debilidades y desempeñar roles individuales importantes en la Restauración y en la recogida y preparación de un pueblo para la segunda venida del Señor.

Sin duda, seguir un curso semejante contribuiría directamente a la misión que Moroni comenzó el 21 de septiembre de 1823.

Capítulo 6

Los años de desarrollo, 1823–1827

Mary Jane Woodger

Desde 1823 hasta 1827, los padres, hermanos y esposa de José Smith mostraron un apoyo notable a las verdades eternas que él había recibido de lo alto. Aun cuando enfrentaron oposición, permanecieron firmes junto a José y sus afirmaciones sobre seres celestiales y planchas que tenían la apariencia de oro. Su apoyo durante esos años cruciales de desarrollo—años en los que José creció en entendimiento y línea por línea en conocimiento del evangelio—fue fundamental para que él pudiera soportar la persecución verbal y física, y llegar a ser digno de recibir el contenido de la caja de piedra.

Apoyo familiar

El historiador Richard Bushman afirma que la familia de Joseph Smith padre no siempre estuvo perfectamente unida y tuvo sus defectos, como ocurre en la mayoría de las familias. Ellos “soportaron una pesada carga de pobreza durante todos los años en que José crecía; acumular lo necesario y apenas unos pocos bienes básicos fue una lucha que involucraba a la familia casi todos los días de su vida. Como si esto no fuera suficiente, también había profundos desacuerdos sobre religión.”

Las visiones del joven José se convirtieron en el catalizador para la reconciliación entre la “frustrada búsqueda de verdad reveladora” de su padre y “el deseo de su madre por una iglesia cristiana”. Después de años de desacuerdo en cuanto a religión, la familia se unió en apoyo a la misión de José.

Con la primera aparición del ángel Moroni, la capacidad de José para comunicar a su familia las verdades eternas resultó ser excepcional. Después de un día de trabajo, la familia se reunía para escuchar cómo el joven José describía “a los antiguos habitantes de este continente... como si

hubiera pasado su vida con ellos”. Como el ángel le había prohibido hablar de estas cosas al mundo, les pidió a los miembros de su familia que guardaran con cuidado la nueva información. Ellos respondieron tratando como sagradas las cosas que Moroni había revelado.

La madre de José recordó cómo su familia escuchaba “con ansiosa expectación las enseñanzas religiosas de un joven de dieciocho años que nunca había leído la Biblia completa en su vida”. Mostrando su profundo apoyo, la hermana Smith estaba convencida “de que Dios estaba por dar a conocer algo en lo que podríamos afianzar nuestra mente, algo que nos daría un conocimiento más perfecto del plan de salvación y de la redención de la familia humana que cualquier cosa que se nos hubiera enseñado antes, y nos regocijábamos con un gozo inmensamente grande”. Agregó que la familia experimentó “la más dulce unión y felicidad” en su hogar.

Aunque se ha dicho que “Lucy (en sus escritos) sistemáticamente omitía lo que pudiera disminuir la imagen de la familia”, su testimonio sugiere que la posición de José dentro de la familia era central para la vida del hogar.

Cada miembro de la familia mostraba gran interés en escuchar las “entretenidas narraciones” de José, pero ninguno más que su hermano mayor, Alvin, quien “mostraba el más profundo interés”. Es posible que Alvin tuviera más que solo interés en el antiguo registro que vendría, debido a una instrucción del ángel Moroni. Joseph Knight escribió que a José Smith se le dijo en 1823 que podría tener las planchas de oro el 22 de septiembre de 1824, si llevaba consigo a la persona adecuada al cerro. Cuando José preguntó: “¿Quién es la persona adecuada?”, la respuesta fue: “Tu hermano mayor” (Alvin Smith).

Antes de que llegara septiembre, “Alvin enfermó gravemente de cólico bilioso”. Cuando el médico de la familia no estaba disponible para ayudar, se llamó a “un tal Dr. Greenwood”, quien, al llegar, administró de inmediato una fuerte dosis de calomelano al paciente, aunque [Alvin] se oponía mucho a ello. La solución de cloruro de mercurio, que se suponía que debía actuar como laxante, se alojó en su estómago.

Las instrucciones de Alvin en su lecho de muerte para Hyrum y Sophronia fueron terminar la casa de madera y cuidar de sus padres. Le imploró a José:

“Quiero que seas un buen muchacho y hagas todo lo que esté en tu poder para obtener el registro. Sé fiel al recibir instrucción y en guardar cada mandamiento que se te dé.”

Así, para la familia Smith, el registro oculto y el recuerdo de Alvin estaban entrelazados. Lucy relata que, a partir de entonces, “en el momento en que José hablaba del registro, de inmediato venía Alvin a nuestra mente”. Sin duda, los últimos deseos de Alvin motivaron a José en su empeño por obtener, traducir y publicar el registro. También consolidaron el apoyo de la familia a esa misión.

En el funeral de Alvin, el reverendo Stockton, un ministro presbiteriano, “dio a entender muy claramente que [Alvin] se había ido al infierno, ya que no era miembro de la iglesia”. José padre no aceptó esa declaración, y Lucy tampoco. Las palabras del reverendo Stockton consolidaron el rechazo de José Smith padre hacia las religiones organizadas en Palmyra.

Para la primavera de 1824, un nuevo predicador en el pueblo enseñaba la necesidad de que las denominaciones religiosas se pusieran de acuerdo y “adoraran a Dios con un mismo sentir y un mismo corazón”. Lucy “deseaba unirse [a la congregación de ese predicador] y trató de persuadir [a su esposo] para que hiciera lo mismo”. Él no quiso. Tampoco lo hizo el joven José. Le dijo a su madre que podía tomar su “Biblia e ir al bosque y aprender en dos horas más de lo que podrías aprender tú yendo a la iglesia durante dos años”.

Su opinión, así como sus dones divinos, eran respetados por ambos padres. Por ejemplo, en una ocasión le dijo a su madre que no le haría daño unirse al presbiterianismo, pero que en el plazo de un año, un hombre de la congregación, conocido por su piedad y religiosidad—el diácono Jessup—tomaría la última vaca de una viuda con ocho hijos para saldar una deuda. Lucy dejó de asistir a esa iglesia, aunque le parecía “imposible” que ese hombre fuera capaz de tal acto. Su fe en los dones de su hijo fue confirmada cuando el diácono Jessup cumplió la profecía de su hijo.

Según el relato de su madre, a José se le dijo el 22 de septiembre de 1824 que podía intentar obtener las planchas. Describió cómo levantó la piedra que cubría las planchas, extendió su mano y sacó las planchas de la caja. Sobre esta experiencia, su madre escribió:

“En la emoción del momento, dejó el registro a un lado para volver a cubrir la caja... Cuando volvió a tomar el registro, ya no estaba. No sabía dónde había ido, ni por qué medio había sido retirado.”

Él se alarmó mucho. Se arrodilló y preguntó al Señor por qué se le había quitado el registro. El ángel se le apareció y le dijo que no había hecho lo que se le había mandado, pues en una revelación anterior se le había instruido que no debía dejar las planchas a un lado ni ponerlas fuera de sus manos ni siquiera por un momento...

“Después de alguna conversación adicional, a José se le permitió levantar nuevamente la piedra, y allí vio las planchas, como antes. Extendió la mano para tomarlas, pero fue arrojado al suelo con gran violencia. Cuando se recuperó, el ángel ya se había ido, y él se levantó y regresó a casa, llorando de dolor y decepción.”

José temía que su familia no le creyera cuando regresara a casa sin las planchas. Sus padres sí le creyeron, pero temían que quizás nunca llegara a ser digno de obtenerlas. La hermana Smith escribió que, después de ese fracaso, la familia “dobló [su] diligencia en oración y súplica a Dios”.

No se tiene registro en los escritos de José Smith sobre una visita del ángel Moroni el 22 de septiembre de 1825. Sin embargo, David Whitmer escribió que José fue a la Colina de Cumorah en esa fecha en 1825, 1826 y 1827. La historia de Joseph Knight también menciona visitas anuales al cerro. Durante esos años, el apoyo de la familia Smith al joven profeta fue constante. La solidaridad de la familia Smith contrasta marcadamente con el comportamiento de la familia de Lehi, la familia central del Libro de Mormón.

Las ocupaciones comunes de su época

José “continuó con [su] ocupación común”, lo que significaba que trabajaba en la granja con su padre y tomaba empleos ocasionales para ayudar a complementar los ingresos familiares (José Smith—Historia 1:27). Tras la muerte de Alvin y el matrimonio de Hyrum, la responsabilidad de terminar la casa de madera y cumplir con el pago anual de la hipoteca recayó cada vez más sobre los hombros del joven José.

Aunque la familia trabajaba arduamente en diversas labores, el cultivo de trigo era su fuente principal de ingresos. Contrataban la venta anual de la

cosecha con compradores como Squire Josiah Stowell (también escrito Stowel o Stoal), de South Bainbridge, Nueva York.

Fue la relación de los Smith con Stowell lo que llevó a José a enfrentar su primera acusación en un tribunal. Las circunstancias que llevaron a ese juicio estaban profundamente ligadas a la “búsqueda de dinero o tesoros escondidos”, una práctica muy común en los primeros años del siglo XIX en el este de los Estados Unidos. Un periódico de Palmyra en 1825 se refirió a esa práctica diciendo:

“Podríamos nombrar... al menos quinientos hombres respetables que... creen que hay tesoros inmensos ocultos en nuestras verdes montañas, muchos de los cuales han estado durante años trabajando con diligencia y perseverancia para desenterrarlos.”

El élder Dallin H. Oaks, del Cuórum de los Doce Apóstoles, explica:

“Algunas fuentes cercanas a José Smith afirman que en su juventud, durante su inmadurez espiritual y antes de recibir la responsabilidad de las planchas del Libro de Mormón, a veces utilizaba una piedra para buscar tesoros.

Sea esto así o no, debemos recordar que ningún profeta está libre de flaquezas humanas, especialmente antes de ser llamado a consagrar su vida a la obra del Señor. Línea por línea, el joven José Smith fue ampliando su fe y entendimiento, y sus dones espirituales maduraron hasta que se alzó con poder y estatura como el Profeta de la Restauración.”

Josiah Stowell había oído que José “poseía ciertas llaves mediante las cuales podía discernir cosas invisibles al ojo natural”. En el verano de 1825, Stowell se acercó a José y a su padre con la intención de excavar en busca de una mina de plata española perdida en Harmony, Pensilvania, ubicada en la propiedad de Isaac Hale. José padre parece haberse entusiasmado con la idea de buscar tesoros. José, sin embargo, procuró disuadir a Stowell y a su padre de lo que él consideraba una “búsqueda vana”, pero Stowell estaba decidido y ofreció salarios tan altos que José, su padre y varios otros aceptaron participar en la excavación.

Según Martin Harris, al poco tiempo “el ángel le dijo [a José] que debía dejar la compañía de los buscadores de tesoros. Que había hombres inicuos entre ellos. Que no debía tener más relación con ellos”.

Después de que se abandonara la empresa de excavación, el padre Smith regresó a Palmyra. Stowell y Joseph Knight contrataron al joven José para que permaneciera en la zona y los ayudara en la granja y en la tala de árboles. Knight se refirió a José como “el mejor trabajador que jamás había contratado”.

Durante el invierno de 1826, mientras José vivía con la familia Knight, el sobrino de Stowell, Peter Bridgeman, lo acusó de estafar a su tío y presentó una queja ante un juez de paz en South Bainbridge, Nueva York. La denuncia acusaba a José de ser un impostor por afirmar tener la habilidad de encontrar tesoros enterrados. Ante el juez Albert Neely, José admitió que “había tenido por costumbre mirar a través de esa piedra para encontrar objetos perdidos durante tres años, pero que últimamente casi había dejado de hacerlo”. No se le dictó sentencia, a cambio de la promesa de José de abandonar la búsqueda de tesoros.

Matrimonio con Emma Hale

Emma Hale, la tercera hija y séptima de nueve hijos nacidos de Isaac y Elizabeth Lewis Hale, tenía veintiún años cuando conoció a José por primera vez. Se la describía como “de buena figura, con una complejión excelente... y un desarrollo físico espléndido”. “Se movía con una lentitud precisa, pero era capaz de hacer una cantidad asombrosa de trabajo en poco tiempo”. Su estilo animado y comunicativo, junto con su agudo ingenio, atrajeron el interés de José desde su primer encuentro.

Buddy Youngreen describió a José en esa época como:

“De seis pies y dos pulgadas de altura, tez clara, y casi veinte años. Tenía penetrantes ojos azules y cabello castaño claro. Curiosamente, combinaba una timidez juvenil con una seguridad varonil. Su independencia rústica contrarrestaba su torpeza y falta de educación formal, y evitaba que se sintiera inferior por su falta de experiencia social. A menudo decía lo que pensaba sin considerar si era apropiado.”

La atracción que José sentía por Emma Hale durante ese invierno tal vez no fue una simple coincidencia. Joseph Knight relató que, en la entrevista angelical anual del septiembre anterior, a José se le dijo que podría recibir las planchas al año siguiente “si llevaba consigo a la persona adecuada”. Cuando José preguntó: “¿Quién es la persona adecuada?”, la respuesta fue:

“Lo sabrás”. José entonces miró en su piedra vidente y descubrió que la persona adecuada era Emma Hale.

José habló sobre sus sentimientos por Emma con Martin Harris, la familia Knight y sus propios padres. La hermana Smith recordó que José dijo “que se había sentido tan solo desde la muerte de Alvin, que había llegado a la conclusión de casarse, si no teníamos objeción. Pensaba que ninguna joven que hubiese conocido estaba mejor capacitada para hacer feliz al hombre que eligiera que la señorita Emma Hale, una joven de quien había estado profundamente enamorado desde que la conoció por primera vez”.

José solicitó la aprobación de Isaac Hale en dos ocasiones distintas para casarse con Emma. Isaac estaba “amargamente en contra” de José, a quien llamaba un extraño, y no veía valor alguno en un hombre que buscaba dinero enterrado. A pesar de la desaprobación de su padre, Emma siguió viendo a José.

La mañana del jueves 18 de enero de 1827, Emma partió con José a visitar a los Stowell. Ella relató: “No tenía intención de casarme cuando salí de casa; pero durante mi visita en casa del Sr. Stowell, tu padre me visitó allí. Mi familia estaba amargamente en contra de él; y al ser instada por tu padre, con la ayuda del Sr. Stowell, quien me animó a casarme con él, y al preferir casarme con él que con cualquier otro hombre que conociera, consentí”.

Esa misma noche, José y Emma se casaron en el salón de la casa del juez Zachariah Tarbell en South Bainbridge, Nueva York.

Después de la ceremonia, los recién casados viajaron a Palmyra. Allí encontraron felicidad en el hogar de los Smith. Ese verano, Emma escribió a su padre pidiéndole permiso para recuperar su ropa, sus vacas y sus muebles. Cuando su padre accedió, José partió en agosto de 1827 para recoger las pertenencias de su esposa. Cuando se encontró con su suegro, un emocionado Hale lo acusó de haberle robado a su hija. José también lloró. Hale prometió ayudar a su yerno si este se comprometía “a abandonar sus viejos hábitos de buscar tesoros y mirar en piedras”.

Sin embargo, como lo registra la historia, “el oro y las piedras videntes aún formarían parte de su futuro”, pues la traducción del Libro de Mormón aún le aguardaba.

A fines del invierno o comienzos de la primavera de 1827, José le dijo a su padre:

“Padre, he recibido la reprensión más severa que jamás haya tenido en mi vida.”

Luego explicó:

“Fue el ángel del Señor. Me dijo que he sido negligente, que ha llegado el momento en que el registro debe salir a la luz, y que debo levantarme y actuar, que debo dedicarme a las cosas que Dios me ha mandado hacer. Pero, padre, no se inquiete por esta reprensión, porque sé qué curso debo seguir, y todo saldrá bien.”

El 22 de septiembre de 1827, José recibió las planchas de oro y comenzó la obra de su vida: la restauración del evangelio de Jesucristo en la tierra.

Capítulo 7

Obtener y proteger las planchas

H. Dean Garrett

El ángel Moroni advirtió al profeta José Smith cuando recibió las planchas el 22 de septiembre de 1827:

“Ahora tienes el Registro en tus propias manos, y no eres más que un hombre. Por tanto, tendrás que estar vigilante y ser fiel a tu responsabilidad, o serás vencido por hombres inicuos; pues ellos tramarán todo plan y estrategia posible para quitártelo, y si no estás continuamente atento, lo lograrán. Mientras estuve en mis manos, pude conservarlo, y ningún hombre tuvo poder para quitármelo; ipero ahora te lo entrego a ti! Cuídate, y observa bien tus caminos, y tendrás poder para conservarlo hasta que llegue el tiempo de su traducción.”

Esta advertencia era importante para que José la comprendiera, ya que estaba siendo instruido y preparado para la tarea de traducir el Libro de Mormón. Desde el momento de la Primera Visión, la preparación y el adiestramiento de José estuvieron orientados hacia esa tarea. Parte de esa preparación se centró en la necesidad de que José buscara bendiciones espirituales por encima de sus necesidades y deseos temporales, así como en la importancia de proteger los dones sagrados de Satanás y de otros que intentarían frustrar los esfuerzos para sacar a luz el Libro de Mormón.

Antes de recibir las planchas de oro, y casi dos años y medio después de que el Padre y el Hijo se le aparecieran en la Arboleda Sagrada, José, a los diecisiete años de edad, se sentía angustiado por la falta de dirección respecto a su misión. Él registró su pesar por algunos de los “errores necios y... debilidades de la juventud, y las flaquezas de la naturaleza humana” que lo llevaron “a diversas tentaciones, ofensivas a la vista de Dios.” José no fue culpable de pecados graves, sino de “ligereza, y a veces de asociarse con compañía jovial, etc., lo cual no era coherente con el carácter que

debía mantener alguien que había sido llamado por Dios, como lo había sido yo" (José Smith—Historia 1:28).

En consecuencia, la noche del 21 de septiembre de 1823, al retirarse a dormir, José derramó su corazón ante Dios, buscando el perdón de sus pecados y suplicando dirección sobre lo que el Señor quería que hiciera. Como resultado de esta súplica, el ángel Moroni visitó a José durante toda la noche, citando escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, enseñando y dirigiendo al joven profeta respecto a su llamamiento. Le instruyó que unas planchas de oro estaban enterradas en una colina no muy lejos de su hogar.

Durante su última visita de la noche, el ángel advirtió a José "que Satanás intentaría tentarme (a causa de las circunstancias indigentes de la familia de mi padre), para obtener las planchas con el propósito de hacerme rico. Esto me lo prohibió, diciendo que no debía tener otro objetivo al obtener las planchas que glorificar a Dios, y que no debía ser influenciado por ningún otro motivo que no fuera el de edificar Su reino; de lo contrario, no podría obtenerlas" (José Smith—Historia 1:46).

Cuando José vio las planchas a la mañana siguiente, luchó por mantener su enfoque en los propósitos de Dios, en lugar de las oportunidades materiales que ofrecía aquel artefacto:

"Intenté sacarlas, pero el mensajero me lo prohibió, y nuevamente me informó que aún no había llegado el tiempo para sacarlas a la luz, ni lo haría hasta dentro de cuatro años desde ese momento; pero me dijo que debía ir a ese lugar exactamente un año después de esa fecha, y que él me encontraría allí, y que debía continuar haciéndolo así hasta que llegara el momento de obtener las planchas." (José Smith—Historia 1:53)

Los cuatro años intermedios antes de recibir las planchas fueron desafiantes y transformadores para el profeta: la muerte repentina de su amado hermano Alvin, su empleo con Josiah Stowell y su matrimonio con Emma Hale. No fue sino hasta septiembre de 1827 que José Smith recibió las planchas del ángel Moroni.

Entre los visitantes presentes en la casa de los Smith la noche del 21 de septiembre se encontraban José Knight padre y Josiah Stowell. La hermana Smith estaba despierta hasta tarde trabajando en algunos quehaceres, y alrededor de la medianoche José se le acercó para pedirle un cofre con

cerradura y llave. “Suje en el acto para qué lo quería, y al no tener uno, me alarmé mucho, pues pensé que podía tratarse de un asunto de considerable importancia. Pero José, al notar mi ansiedad, me dijo: ‘No te preocupes. Por ahora puedo arreglármelas muy bien sin eso. Tranquila. Todo está bien.’”

Poco después, Emma pasó por la casa vestida con ropa de viaje. Salieron, llevándose el caballo y el carro de Joseph Knight. Según la hermana Smith, estuvieron fuera el resto de la noche, y José no estaba en el desayuno, lo que causó gran agitación en el padre Smith, quien deseaba desayunar con José. Pero la hermana Smith logró calmarlo diciéndole que José necesitaba estar con su esposa, Emma.

Casi al mismo tiempo, Joseph Knight se dio cuenta de que su caballo y su carro habían desaparecido. Entonces, los dos José mayores salieron en busca del caballo y el carro perdidos, y mientras tanto el Profeta regresó de la colina. La hermana Smith escribió que, debido a sus preocupaciones, José le aseguró que todo estaba bien y le informó que tenía la “llave” y se la mostró. Más adelante, ella la identificó como el Urim y Tumim.

Proteger las planchas resultó una tarea nada fácil para José. La noticia sobre la existencia de las planchas y de que el tiempo para obtenerlas se acercaba se había filtrado en la comunidad. No está claro cómo se difundió esa información. La hermana Smith indicó que nadie de la familia habló del tema con otras personas, excepto el padre Smith, quien las mencionó a un amigo de confianza, Martin Harris. Hay indicios de que el padre Smith también pudo haber informado a Willard Chase, un líder metodista de clase y fabricante de muebles, sobre la existencia de las planchas. Los Smith se acercaron dos veces al Sr. Chase para pedirle que fabricara una caja para las planchas, pero él se negó ambas veces.

A pesar de esta discreción, los rumores se esparcieron, y varios hombres intentaron apoderarse de las planchas. El día después de que José y Emma regresaran de la colina de Cumorah, José, necesitando dinero para construir una caja para las planchas, fue a Macedon para ayudar a remover una pared del pozo de una viuda, la Sra. Wells. José apenas había comenzado el trabajo cuando un vecino de los Smith se acercó al padre Smith con preguntas sobre las planchas.

Poco después, el padre Smith se enteró de que un grupo de hombres liderado por Willard Chase había contratado los servicios de un “conjurador” para usar su adivinación con el fin de localizar las planchas. Brigham Young indicó que ese hombre cabalgó “más de sesenta millas tres veces esa misma temporada” intentando encontrar las planchas. El presidente Young describió a ese hombre como “un adivino, un nigromante, un astrólogo, un agorero, que poseía tanto talento como cualquier hombre que haya caminado sobre el suelo americano, y era uno de los hombres más malvados que jamás he visto.”

También declaró que “cuando José obtuvo el tesoro, los sacerdotes, los diáconos y los religiosos de toda clase se unieron al adivino y a toda persona malvada para arrebatarlo, y para lograrlo, parte de ellos se manifestaron y lo persiguieron.”

Al enterarse del intento de arrebatarle las planchas a José, el padre Smith envió a Emma para advertirle. Sin embargo, ya informado del peligro mediante el Urim y Tumim, José había salido del pozo y se preparaba para marcharse cuando Emma llegó. Luego de avisar a la molesta señora Wells, José regresó a la casa de los Smith. Inmediatamente fue a un tronco ahuecado a unos cinco kilómetros de distancia, donde había escondido las planchas. José sacó las planchas del tronco y, envolviéndolas en su blusón de lino, las colocó bajo el brazo y emprendió el camino de regreso a casa.

Después de avanzar una corta distancia, pensó que sería más seguro dejar el camino y adentrarse por el bosque. Tras caminar un buen trecho fuera del camino, llegó a una zona de árboles caídos, y al saltar sobre un tronco, un hombre saltó desde detrás de él y le dio un fuerte golpe con un arma. Fue atacado dos veces más por personas que intentaron arrebatarle las planchas. En el último intento, José golpeó al agresor, dislocándose el pulgar y magullándose gravemente la mano.

Con las planchas aseguradas en la casa de los Smith, el profeta envió a su hermano menor Don Carlos para que buscara a su hermano Hyrum y trajera el cofre donde se guardarían las planchas y otros objetos. Al parecer, antes de colocar las planchas dentro de la caja, Josiah Stowell, Lucy Mack Smith, Katherine Smith y quizás otras personas tuvieron la oportunidad de tocarlas a través de la tela. Sin embargo, a ninguno se le permitió verlas.

Pero tener las planchas dentro del cofre no trajo tranquilidad a la familia. Martin Harris indicó que “los buscadores de tesoros afirmaban que tenían tanto derecho a las planchas como José, ya que habían trabajado juntos. Decían que José había sido un traidor y que se había apropiado de algo que también les pertenecía. Por esa razón, José les temía y seguía ocultando las planchas.” Esta agitación generó mucha conversación, así como abusos verbales y físicos contra los Smith.

Katherine Smith declaró “que desde el momento en que las planchas fueron llevadas a la casa, los terrenos de los Smith eran registrados constantemente. Multitudes de personas incluso revisaban los campos de cultivo y los montones de trigo con la esperanza de encontrar el supuesto tesoro.”

Se registran varios intentos adicionales de obtener las planchas en los registros históricos. Por ejemplo, un día José regresó “a la casa con gran apuro” e inquirió si había llegado un grupo de hombres. Indicó que una turba estaría allí antes del anochecer. Los Smith, con la ayuda de un amigo, el Sr. Braman, desmontaron el hogar de ladrillos de la chimenea, colocaron las planchas dentro del hogar y volvieron a colocar los ladrillos. Pronto llegó a la casa una turba bien armada. En un intento por ahuyentárlas, los hombres de la familia Smith salieron corriendo por las puertas gritando y vociferando. La turba se llenó de terror y “huyó ante la pequeña banda espartana hacia el bosque, donde se dispersaron hacia sus respectivos hogares.”

Poco después de esta experiencia, el Profeta se enteró de otro intento de robar las planchas. Llevó las planchas al taller de tonelería en la granja de su padre y las escondió en el suelo del taller. Sin embargo, advertido “por un ángel”, “las sacó y las ocultó en el desván del taller entre el lino. Esa noche, alguien vino, levantó el piso, cavó la tierra, y habría encontrado las planchas si no hubieran sido trasladadas.” A los pocos días de este intento, la familia Smith supo que Sally, “la hermana de Willard Chase[,] había guiado a la turba hasta el taller de tonelería después de mirar a través de un trozo de vidrio verde y ver el lugar donde el Profeta había escondido la ‘Biblia de oro’. Se dice que, incluso después de fracasar en encontrar las planchas, esa turba siguió a la hermana de Chase a otros lugares en un vano intento por localizarlas.”

Por esa época, Martin Harris visitó la casa de los Smith, escuchó la historia de cómo se obtuvieron las planchas y levantó las planchas cubiertas, que estimó estaban hechas de plomo o de oro. Fue llamado para actuar como escribiente de José cuando comenzó el proceso de traducción. Sin embargo, después de que Harris perdió las 116 páginas del manuscrito traducido, no se le permitió seguir ayudando en el proceso (DyC 3:5; 10). Durante esta experiencia, aumentó la presión externa por obtener las planchas. Harris indicó: “La conmoción en el pueblo sobre el asunto había llegado a tal punto que algunos amenazaban con atacar a José, e incluso con cubrirlo de brea y emplumarlo. Decían que no debía irse sin antes mostrar las planchas. Era peligroso que se quedara, así que decidí que debía irse a casa de su suegro en Pensilvania.”

José escribió a su cuñado Alva Hale, pidiendo ayuda para trasladarse junto con Emma a la granja de los Hale. Martin entonces asumió la responsabilidad de pagar todas las deudas de José, además de darle dinero para el viaje. Martin le aconsejó tomarse el tiempo necesario para prepararse, de modo que pudiera salir uno o dos días antes, ya que sería atacado si se sabía cuándo partía. “Pusimos la caja con las planchas dentro de un barril lleno en un tercio de frijoles y lo tapamos. Informé al Sr. Hale sobre el asunto, y les aconsejé que cada uno cortara un buen garrote y lo colocaran en el carro con ellos, lo cual hicieron. Se entendía que partirían el lunes; pero salieron el sábado por la noche y llegaron a salvo. Esto fue a fines de octubre de 1827. Podría haber sido principios de noviembre.”

Lamentablemente, la mudanza a Harmony no estuvo exenta de desafíos. Al enterarse de que José se dirigía a Pensilvania, “una turba de cincuenta hombres se reunió” y se acercó al Dr. McIntyre, el médico cuya ausencia había ocasionado que el Dr. Greenwood atendiera a Alvin antes de su muerte. Intentaron reclutar al doctor para que fuera su comandante, con la intención de arrebatarle a José la Biblia de oro. El médico no accedió a la petición y les dijo que se fueran a casa y se ocuparan de sus propios asuntos. Esto llevó a una discusión y disputa entre ellos sobre quién sería el líder, y finalmente la turba se dispersó y regresó a sus hogares.

Orson Pratt relató que, cuando José y Emma comenzaron su viaje con Alva Hale hacia Harmony, “no habían recorrido mucho cuando fueron alcanzados por un oficial con una orden de registro, quien se halagaba a sí mismo pensando que seguramente obtendría las planchas.” Cuando no

logró encontrarlas, se les permitió continuar, solo para ser detenidos un poco más adelante por otro oficial con el mismo propósito. Tras otro registro fallido, continuaron hasta la granja de los Hale.

Durante su estadía en Harmony, Oliver Cowdery se unió a José como su escribiente. La traducción continuó bajo creciente oposición de un miembro de la familia Hale y de otras personas del vecindario. Por medio de una revelación, José fue advertido que “muchos están al acecho para destruirte de sobre la faz de la tierra” (DyC 5:33). La familia Knight, en Colesville, Nueva York, y otros de la zona ofrecieron protección y asistencia. Con el tiempo, sin embargo, fue necesario que el Profeta regresara a Nueva York. José recibió un mandamiento a través del Urim y Tumim para escribir una carta a David Whitmer, un amigo de Oliver a quien José nunca había conocido. Al recibir la carta, David viajó a Harmony para transportar a José y Oliver de regreso a Fayette, a fin de que pudieran continuar la traducción. David escribió: “Cuando llegué a Harmony, José y Oliver venían hacia mí y me encontraron a cierta distancia de la casa. Oliver me dijo que José le había informado... que yo estaría allí ese día antes del almuerzo, y por eso habían salido a recibirme.”

Preocupado por la seguridad de las planchas durante su viaje a Fayette, José “inquirió al Señor [para saber] de qué manera debían ser transportadas las planchas hasta su destino. La respuesta fue que no se preocupara por [ese asunto], sino que se apresurara a [Fayette], y que una vez que llegara a casa del Sr. Whitmer, si se dirigía de inmediato al jardín, recibiría las planchas de manos de un ángel, a quien debían ser encomendadas para su seguridad.” David Whitmer posteriormente recordó esta experiencia:

Cuando iba de regreso a Fayette con José y Oliver... mientras viajábamos por un lugar despejado y abierto, un anciano muy agradable y de buen aspecto apareció repentinamente al lado de nuestro carro y nos saludó diciendo: “Buenos días, hace mucho calor”, mientras se secaba la cara o la frente con la mano. Nosotros le devolvimos el saludo, y, por una señal de José, lo invitó a subir al carro si iba en nuestra dirección. Pero él respondió muy amablemente: “No. Voy a Cumorah.”

Esta fue la primera vez que David oyó la palabra *Cumorah*, y no sabía qué significaba. El anciano desapareció instantáneamente, “de modo que no lo vi más”.

David y Oliver se volvieron hacia José, quien viajaba en la parte trasera del carroaje, y “le pidieron al Profeta que preguntara al Señor quién era ese extraño. Pronto”, dijo David, “nos dimos vuelta y José se veía pálido, casi transparente, y dijo que ese era uno de los nefitas y que llevaba las planchas del Libro de Mormón en su mochila”.

Al llegar sanos y salvos a Fayette alrededor del primero de junio de 1828, José y Oliver continuaron con la traducción del Libro de Mormón. David Whitmer comentó sobre la disponibilidad de las planchas desde ese momento: “Las planchas eran cuidadas por un mensajero de Dios, y cuando José necesitaba verlas, ese mensajero siempre estaba presente”.

Así, gracias al constante cuidado del Profeta, con la ayuda de su familia y amigos, y protegido por Dios y por ángeles, las planchas fueron preservadas hasta que la traducción se completó. José logró cumplir los mandamientos que le dio el ángel del Señor para proteger las planchas. Dominó sus propios deseos temporales y venció los desafíos de Satanás y de otros que intentaron apoderarse de las planchas y detener la traducción del Libro de Mormón.

Después de que la traducción fue terminada, el Profeta declaró acerca de las planchas que: “de acuerdo con lo dispuesto, el mensajero vino por ellas. Yo se las entregué; y él las tiene a su cargo hasta el día de hoy”.

Capítulo 8

El Libro de Lehi

Grant Underwood

José Smith estaba demasiado agobiado para comer o dormir. Casi cuarenta y ocho horas habían pasado desde que abordó el coche de línea en Harmony, Pensilvania. Cuando el vehículo se acercaba al punto de descenso hacia Palmyra, Nueva York, el único viajero que compartía el carroaje con el Profeta —quien durante todo el trayecto había estado observando con inquietud la ansiedad de José— se sintió preocupado. “No permitiré que recorras veinte millas a pie solo esta noche”, declaró el desconocido, “pues si debes ir y vas a ir, yo te acompañaré”. José no se resistió. Los dos caminaron juntos durante horas, y llegaron a la casa de la familia Smith justo antes del amanecer. Completamente exhausto y emocionalmente devastado, el Profeta pronto quedó bajo el tierno cuidado de su madre, Lucy Mack Smith.

Dos semanas antes, José y Emma habían perdido a su primer hijo apenas unas horas después de nacer, tragedia que se agravó por la difícil recuperación de Emma. El arduo parto la había llevado al umbral de la muerte, donde permaneció durante días. “Tan incierto parecía su destino por un tiempo”, recordaba Lucy Mack Smith, “que en el transcurso de dos semanas, su esposo no durmió ni una hora en completa tranquilidad”. Sin embargo, una ansiedad aún mayor lo consumía. El día antes del parto de Emma, Martin Harris se había llevado las primeras 116 páginas manuscritas de la traducción del Libro de Mormón para mostrárselas a su familia, y aún no las había devuelto. José se había mostrado reacio a entregarlas, pero Harris insistió. Con el paso de los días, la preocupación del Profeta aumentó. Finalmente, por sugerencia de Emma, José emprendió el viaje a Palmyra.

La familia Smith conocía a Martin Harris —un prominente y próspero agricultor de Palmyra— desde antes de que se descubrieran las planchas de oro, y lo consideraban su “amigo de confianza”. El patrocinio financiero de

Harris había desempeñado un papel modesto al ayudar a los Smith a llegar a fin de mes durante la década de 1820, y jugaría un papel fundamental en ayudar a José Smith a traducir y finalmente publicar el *Libro de Mormón*.

Lucy recordaba que, cuando José pensó por primera vez en dónde encontrar los recursos para comenzar la traducción, pensó en Martin y envió a su madre a la casa de los Harris para concertar una reunión.

Después de que Martin hiciera su propia y minuciosa investigación sobre los reclamos de la familia Smith en cuanto al origen de las planchas, y después de levantar personalmente la caja de madera en la que José las guardaba, Martin dijo que “oré a Dios para que me mostrara respecto a estas cosas, y pacté que si era Su obra y Él me lo mostraba, haría todo lo que estuviera a mi alcance para darla a conocer al mundo. Entonces Él me mostró que era Su obra... por medio de la voz apacible y delicada que habló a mi alma. Entonces supe que era la obra del Señor, y estaba bajo convenio de ayudar a sacarla a la luz”.

Cuando la persecución en la zona de Palmyra obligó a José y Emma a aceptar la invitación de sus padres para mudarse a Harmony, Harris cumplió su convenio de apoyo financiero. Antes de la partida del Profeta, pagó sus deudas locales y “le proporcionó dinero para el viaje”. La madre del Profeta recordó que mientras José “llevaba a cabo algunos asuntos” en una “casa pública” en Palmyra, Martin Harris entró, se acercó a José, “le tomó la mano y dijo: ‘¿Cómo está, Sr. Smith?’ Despues, sacó una bolsa de plata de su bolsillo y volvió a decir: ‘Aquí tiene, Sr. Smith, cincuenta dólares [más de mil dólares en la actualidad]; se los doy para que haga la obra del Señor; no, se los doy al Señor para Su propia obra’”. José escribió que, como resultado de la “fe de Martin y esta obra justa, el Señor se le apareció en visión y le mostró Su maravillosa obra que estaba a punto de realizar”.

Y ahora, más recientemente, dejando atrás a su familia y su granja, Harris había trabajado incansablemente durante dos meses como escriba del Profeta. Sin esa ayuda, simplemente no se habrían podido producir las primeras 116 páginas del *Libro de Mormón*.

Todo esto lo tenía presente José mientras, en aquella mañana de verano, esperaba que Martin se uniera a la familia para el desayuno. También recordaba cuán insistente había sido su patrocinador y escriba en su deseo de llevarse el manuscrito a casa. Tres veces Martin había presionado al Profeta para que consultara al Señor. Finalmente, recordó José, “el Señor

me dijo que lo dejará ir con ellas [las páginas], solo que debía pactar conmigo que no se las mostraría a nadie más que a cuatro personas” de su familia inmediata.

Ahora, varias semanas después, con la seguridad del manuscrito en entredicho, José temía que:

“la ardiente indignación del Todopoderoso se encendiera contra él por haberse apartado de las instrucciones que se le habían dado y por haber suplicado a su Padre Celestial que le concediera una indulgencia que no estaba de acuerdo con las instrucciones del ángel del Señor; pues ahora le parecía, al reflexionar, que había actuado apresuradamente y de manera irreflexiva, y que había considerado más al hombre que a su Creador”.

Las memorias de Lucy sobre lo que sucedió a continuación son vívidas y dramáticas:

A las ocho en punto pusimos la comida sobre la mesa, pues lo esperábamos en cualquier momento. Esperamos hasta las nueve, y no vino; hasta las diez, y aún no llegaba; hasta las once, y seguía sin aparecerse. Pero a las doce y media lo vimos caminar con paso lento y medido hacia la casa, con los ojos fijamente puestos en el suelo, pensativo. Al llegar a la verja, se detuvo en vez de entrar, se subió a la cerca y se sentó allí un rato con el sombrero echado sobre los ojos. Finalmente, entró en la casa. Poco después nos sentamos a la mesa, el Sr. Harris junto con los demás. Tomó el cuchillo y el tenedor como si fuera a usarlos, pero de inmediato los dejó caer. Hyrum, al notar esto, le dijo: “Martin, ¿por qué no comes? ¿Estás enfermo?” A lo que el Sr. Harris se llevó las manos a las sienes y exclamó con profunda angustia: “¡Oh, he perdido mi alma! ¡He perdido mi alma!”

José, que hasta entonces no había dejado salir sus emociones, se levantó de la mesa de un salto y exclamó: “¡Martin, ¿has perdido el manuscrito?! ¿Has roto tu juramento y atraído la condenación sobre mi cabeza, además de la tuya?”

“Sí, se ha perdido”, respondió Martin, “y no sé dónde está”.

“¡Oh, Dios mío!”, dijo José, apretando los puños. “¡Todo está perdido! ¡Todo está perdido! ¿Qué haré? He pecado... fui yo quien provocó la ira de Dios. Debí haberme conformado con la primera respuesta que recibí del

Señor, porque Él me dijo que no era seguro dejar que los escritos salieran de mi poder". Lloraba, gemía y caminaba de un lado a otro sin cesar.

Finalmente, le dijo a Martin que regresara a buscar de nuevo.

"No", dijo Martin, "es inútil; ya he abierto colchones y almohadas, y sé que no está allí".

"¿Entonces debo yo", dijo José, "volver con mi esposa con esta noticia?... ¿Y cómo podré presentarme ante el Señor? ¿Qué reprensión no merezco del ángel del Altísimo?"... Y siguió caminando de un lado a otro, llorando y lamentándose, hasta el atardecer, cuando, por persuasión, aceptó tomar un poco de alimento.

Al darse cuenta de lo inútil que era seguir buscando en Palmyra, un frustrado José Smith regresó a Harmony junto a su esposa convaleciente. Fue un momento de profunda aflicción para el Profeta y su familia.

"Recuerdo bien ese día de oscuridad", comentó su madre más tarde, "tanto por dentro como por fuera. Para nosotros, al menos, los cielos parecían cubiertos de tinieblas, y la tierra envuelta en luto".

Sin embargo, poco después de regresar a casa, "el mensajero celestial volvió a aparecerse y le entregó a [José] el Urim y Tumim nuevamente". El Profeta "consultó al Señor por medio de ellos y recibió" lo que hoy conocemos como Doctrina y Convenios, sección 3, la revelación más antigua de la que se tiene registro.

En esa revelación, que el futuro testigo del Libro de Mormón David Whitmer describiría como "la más tormentosa reprensión del Señor", José fue advertido de que "aunque un hombre reciba muchas revelaciones y tenga poder para hacer muchas obras poderosas, si... desecha los consejos de Dios y sigue los dictados de su propia voluntad y deseos carnales, caerá y se acarreará la venganza de un Dios justo sobre él" (DyC 3:4).

José debió de estremecerse cuando el Señor declaró: "Has permitido que el consejo de tu director sea hollado desde el principio" (DyC 3:15). De manera más suave, se le recordó que "no debiste haber temido al hombre más que a Dios. Aunque los hombres desprecien los consejos de Dios y menosprecien sus palabras, tú debiste haber sido fiel; y él habría extendido su brazo y te habría sostenido contra todos los dardos encendidos del adversario, y habría estado contigo en todo tiempo de aflicción" (DyC 3:7–

8). Afortunadamente, la revelación también contenía una promesa explícita de perdón y de restauración a su llamamiento divino: “Mas recuerda, Dios es misericordioso; por tanto, arrepíentete de lo que has hecho, y sólo serás afligido por un tiempo, y aún eres escogido y de nuevo serás llamado a la obra.”

Después de ese necesario periodo de “mucha humildad y aflicción del alma”, las planchas y el Urim y Tumim fueron devueltos a José para continuar con la traducción. Con ellos vino una revelación que lo exhortaba a “ser fiel y continuar hasta terminar el resto de la obra como habías comenzado”, así como una explicación de lo que había sucedido con las 116 páginas. José escribió en el prefacio de la edición original del Libro de Mormón que “alguna persona o personas las han robado y retenido de mí, a pesar de mis máximos esfuerzos por recuperarlas” (Libro de Mormón, Prefacio, edición de 1830).

Relatos posteriores señalaron a la esposa de Martin como la responsable. El ministro episcopal John Clark, por ejemplo, escribió:

Cuando se descubrió que el manuscrito había desaparecido, la sospecha recayó de inmediato sobre la Sra. Harris. Ella, sin embargo, se negó a dar cualquier información al respecto, y simplemente respondió: “Si esto es una comunicación divina, el mismo ser que se la reveló a usted puede fácilmente reemplazarla.” La Sra. H. creía que todo era un gran engaño, y había ideado un plan para desenmascararlo... tenía la intención de conservar el manuscrito hasta que el libro fuera publicado, y luego poner esas ciento diecisésis páginas en manos de alguien que las publicara y mostrara cómo diferían de las publicadas en el Libro de Mormón.

Independientemente de si Lucy Harris estuvo implicada o no, el Señor reveló a José Smith que los individuos en posesión del manuscrito robado estaban planeando precisamente ese tipo de estratagema:

Satanás ha puesto en sus corazones alterar las palabras que hiciste escribir...

He aquí, dicen y piensan en sus corazones: Veremos si Dios le ha dado poder para traducir; si es así, también le dará poder nuevamente; Y si Dios le da poder otra vez, o si él traduce de nuevo, o en otras palabras, si produce las mismas palabras, he aquí, nosotros tenemos las que él tradujo, y las hemos alterado;

Por tanto, no concordarán, y diremos que ha mentido en sus palabras, y que no tiene don, y que no tiene poder;

Por tanto, lo destruiremos a él y también a la obra. (DyC 10:10, 16–19)

Sin que los conspiradores lo supieran, sin embargo, un “plan de contingencia” divino había estado en marcha durante siglos. Después de haber hecho una abreviación de las “planchas mayores” de Nefi (Jacob 3:13) hasta el reinado del rey Benjamín, Mormón escribió:

Busqué entre los anales que se me habían entregado, y encontré estas planchas que contienen este breve relato de los profetas, desde Jacob hasta el reinado de este rey Benjamín, y también muchas de las palabras de Nefi.

Y las cosas que están sobre estas planchas me agradaron, a causa de las profecías acerca de la venida de Cristo...

Por tanto, escogí estas cosas para acabar mi registro sobre ellas...

... he aquí, tomaré estas planchas que contienen estas profecías y revelaciones, y las pondré con el resto de mi registro, porque me son escogidas; y sé que también serán escogidas para mis hermanos.

Y hago esto con un fin sabio; porque así me lo susurra el Espíritu del Señor que está en mí. (*Palabras de Mormón* 1:3–7)

Nefi había hecho dos juegos de planchas. El primero contenía “una parte más histórica” (2 Nefi 4:14) de la experiencia nefita, pero también “recibió el mandamiento de que el ministerio y las profecías, las partes más claras y preciosas de ellas, debían escribirse sobre [un segundo juego de] planchas”. Esto le fue mandado por “fines sabios, los cuales son conocidos por el Señor” (1 Nefi 19:3). Uno de esos fines parece haber sido proveer un reemplazo para el manuscrito perdido. Como resultó ser, el reemplazo sería doctrinalmente superior a las 116 páginas perdidas. El Señor le dijo a José Smith: “Hay muchas cosas grabadas sobre las planchas de Nefi que arrojan mayores luces sobre mi evangelio” (DyC 10:45). Esta narración sin abreviar, que corre paralela en términos históricos, fue publicada como los primeros seis libros del Libro de Mormón: 1 Nefi, 2 Nefi, Jacob, Enós, Jarom y Omni.

El relato que había sido robado y alterado era conocido como el *Libro de Lehi*. José Smith dijo que había tomado las 116 páginas “del Libro de Lehi, que era un relato abreviado de las planchas de Lehi, por mano de Mormón” (*Libro de Mormón*, Prefacio, edición de 1830). Las planchas de Lehi deben

entenderse no como un registro separado abreviado por Mormón aparte de las planchas mayores de Nefi, sino como parte de ellas. La descripción de José es paralela a la manera en que una porción de las planchas menores de Nefi fue llamada las “planchas de Jacob”. Jacob explicó que las planchas sobre las cuales estaba grabando su registro eran “llamadas las planchas de Jacob”, aunque “fueron hechas por mano de Nefi” (Jacob 3:14), y que hoy se conocen como las planchas menores de Nefi. Por lo tanto, que la primera porción de las planchas mayores de Nefi se llame las “planchas de Lehi” y que la abreviación de Mormón sobre ellas se llame el “Libro de Lehi”, es similar a cómo el actual *Libro de Jacob* proviene de las “planchas de Jacob”, aunque en realidad son parte de las planchas menores de Nefi.

Además, según lo que puede deducirse del *Libro de Mormón*, el *Libro de Lehi* es un título totalmente apropiado para la abreviación que Mormón hizo de la primera parte de las planchas mayores de Nefi. En cuanto a la sección inicial de las planchas mayores, Nefi escribió: “Grabé el registro de mi padre... y la genealogía de sus padres, y la mayor parte de todos nuestros acontecimientos en el desierto” (1 Nefi 19:1–2). Este enfoque en Lehi y los “acontecimientos” de su familia en las planchas mayores parece hacer del “Libro de Lehi” más que un título honorífico para la abreviación de Mormón.

Los registros existentes no permiten determinar con precisión dónde reanudó José Smith la traducción del *Libro de Mormón*. La mayoría de los estudiosos creen que retomó donde la había dejado anteriormente: con la abreviación de Mormón de las planchas mayores, cerca del comienzo del libro de Mosíah. Generalmente se cree que las planchas menores de Nefi fueron la última parte del *Libro de Mormón* en ser traducida, aunque aparecen primero en la publicación. En todo caso, José avanzó lentamente al principio. El registro histórico deja claro que el Profeta tradujo muy poco antes de abril de 1829, cuando Oliver Cowdery llegó para servir como su escriba a tiempo completo. El hermano Cowdery recordó más tarde: “Escribí con mi propia pluma todo el *Libro de Mormón* (salvo unas pocas páginas), tal como salía de los labios del profeta”.

José Smith aprendió mucho de la traumática experiencia de perder el *Libro de Lehi*. Aprendió sobre la naturaleza humana, sobre los “amigos” y sobre la importancia absoluta de confiar en el Señor. También aprendió lecciones

prácticas. Al completar la traducción del *Libro de Mormón* un año después de haber perdido las 116 páginas, instruyó a Oliver Cowdery que copiara todo el manuscrito para el caso de que alguna página se dañara o se “perdiera” durante el transporte a la imprenta, o de regreso, o incluso mientras estuviera allí, de modo que el original quedara preservado. El Profeta no estaba dispuesto a cometer el mismo trágico error dos veces.

Sin embargo, a través de todo ello, José aprendió de manera clara y conmovedora que “las obras, y los designios, y los propósitos de Dios no pueden ser frustrados, ni tampoco se desvanecerán” (DyC 3:1).

Capítulo 9

Oliver Cowdery, escriba del Libro de Mormón

Scott H. Faulring

El 21 de octubre de 1848, después de más de una década de estar alejado de la comunión con los Santos, Oliver Cowdery llegó a Council Bluffs, Iowa, durante una conferencia al aire libre de la Iglesia. Había venido a los "Bluffs" para reconciliarse con la Iglesia que ayudó a fundar en 1830. El apóstol Orson Hyde, el oficial presidente en ese momento, estaba dando un discurso cuando notó la llegada de Oliver. El élder Hyde inmediatamente dejó de hablar, bajó del estrado, se acercó a Oliver y abrazó a su antiguo líder. Tomándolo del brazo, el élder Hyde condujo al antiguo Segundo Élder hasta el estrado para que todos los santos lo vieran. Despues de presentarlo, lo invitó a dar un discurso improvisado ante los 2,500 santos reunidos:

Amigos y hermanos, mi nombre es Cowdery, Oliver Cowdery. En la historia temprana de esta Iglesia, estuve identificado con ella. Y fui uno de sus consejeros... Escribí con mi propia pluma todo el Libro de Mormón (salvo unas pocas páginas) tal como salía de los labios del Profeta (José Smith). Mientras él lo traducía por el don y el poder de Dios, por medio del Urim y Tumim, o como se llama en ese libro, los santos Intérpretes... Yo mismo lo escribí tal como salía de los labios del Profeta. Contiene el evangelio eterno y vino en cumplimiento de las revelaciones de Juan, donde dice que vio a un ángel venir con el evangelio eterno para predicarlo a toda nación, lengua y pueblo. Contiene principios de salvación.

Una vez más, Oliver Cowdery estaba en comunión con los Santos de Dios, testificando de su sagrado testimonio y de su contribución a la venida del Libro de Mormón. Este capítulo documentará las actividades de Oliver durante el tiempo en que actuó como escriba principal de la traducción del Libro de Mormón, desde abril hasta finales de junio o principios de julio de 1829.

Introducciones en el oeste de Nueva York.

Oliver se mudó de Vermont al oeste del estado de Nueva York en 1825 o 1826. Trabajó como dependiente en una tienda mercantil, posiblemente llevando los libros contables, lo que le permitió desarrollar habilidades esenciales para un escriba. Durante el otoño de 1828, posiblemente en noviembre, Oliver, de veintidós años, tuvo un encuentro casual con David Whitmer, de veintitrés años, en Palmyra, condado de Wayne, Nueva York. David, un agricultor del municipio de Fayette, condado de Séneca, estaba en el pueblo por asuntos de negocios. Poco después de conocerse, su conversación giró en torno a los últimos rumores sobre Joseph Smith hijo, de veintidós años, y las planchas de oro que había descubierto en una loma a tres millas al sur del pueblo de Palmyra. David más tarde dijo:

“Muchas personas en el vecindario hablaban acerca del hallazgo de ciertas planchas de oro por parte de un tal Joseph Smith, jr., un joven de esa zona. Cowdery y yo, al igual que otros, conversamos sobre el asunto”.

Oliver le dijo a David que conocía a la familia Smith y que “creía que debía haber algo de verdad en la historia de las planchas”. Con la intención de investigar más a fondo, Oliver prometió escribirle a David con cualquier información adicional sobre Joseph Smith y sus planchas.

Más o menos por esa misma época, Lyman Cowdery, el hermano mayor de Oliver y abogado autodidacta, solicitó a los examinadores del distrito escolar de Manchester —que incluía al síndico del consejo Hyrum Smith— el puesto de maestro en la escuela del distrito. Tras ser interrogado sobre sus cualificaciones morales y académicas, Lyman fue aceptado como maestro de la Escuela del Distrito 11 de Manchester. Sin embargo, al día siguiente rechazó el puesto, indicando que había surgido un compromiso comercial imprevisto. En su lugar, presentó a su hermano Oliver como un reemplazo adecuado. Los examinadores entrevistaron a Oliver y lo encontraron apto; así, se convirtió en el nuevo maestro del distrito escolar.

La escuela rural de Oliver, probablemente una estructura de madera de una sola aula, estaba ubicada en el lado oeste de Stafford Road, a poco menos de dos millas al sur de la finca de cien acres de Joseph Smith padre. Los Smith enviaron al menos a cuatro de sus hijos a esa escuela como alumnos. Como parte del pago que recibían los maestros en esa época, las familias con hijos en la escuela se turnaban para proporcionar al maestro

alojamiento y comida. Dado que los hijos de los Smith asistían a la escuela en Stafford Road, Oliver pasó a vivir con la familia Smith a finales de 1828. La madre, Lucy Mack Smith, en sus memorias de 1845, recordó:

“[Oliver] se hospedó temporalmente en nuestra casa. Había estado en la escuela solo por un corto tiempo, cuando empezó a oír por todas partes acerca de las planchas, y tan pronto como comenzó, empezó también a importunar a [padre] Smith sobre el tema; pero durante bastante tiempo no logró obtener ninguna información. Sin embargo, finalmente se ganó la confianza de mi esposo lo suficiente como para obtener un resumen de los hechos relacionados con las planchas”.

Al escuchar directamente de José Smith padre acerca del ángel Moroni, las planchas antiguas y la obra sublime que estaba llevando a cabo José hijo, Oliver se sintió profundamente emocionado. Le dijo al padre Smith que estaba “sumamente complacido con lo que había oído, que había estado reflexionando profundamente sobre el tema todo el día, y que sentía en su mente la impresión de que aún tendría el privilegio de escribir para José. Además, que había decidido visitarlo al terminar la escuela”. No se sabe si el padre Smith le mencionó a Oliver que José estaba teniendo dificultades para traducir sin un escriba dedicado que anotara la traducción, pero Oliver empezó a sentir que el Espíritu lo impulsaba a involucrarse.

A medida que aprendía más sobre este milagro religioso de los últimos días, comenzó a meditar sobre la veracidad de la historia. El padre Smith lo animó a orar sobre las cosas que había escuchado y a determinar por sí mismo si verdaderamente eran obra de Dios. La idea de que un ángel hubiera sido enviado por Dios con escrituras antiguas americanas que aún debían ser traducidas y publicadas para el mundo moderno ocupaba su mente día y noche, al punto de que Oliver tenía dificultad para pensar en otra cosa. Le confió a la madre Smith que aquella información estaba “obrando en lo más profundo de mis huesos”. Una noche, después de que todos en la casa de los Smith se hubieran retirado a descansar, Oliver oró pidiendo mayor información o una confirmación. En respuesta, recibió una visión de las planchas y el Señor habló “paz a [su] mente con respecto al asunto” (DyC 6:25). En ese momento, Oliver supo por medio del Espíritu que lo que los Smith le habían dicho era verdad. Además, sintió un deseo abrumador de conocer a José y ayudarle en la traducción del registro sagrado. Concluyó que, tan pronto como terminara su asignación docente a

fines de marzo de 1829, emprendería el viaje a Harmony, Pensilvania, para ayudar a José Smith como escriba.

Cuando terminó el período escolar de invierno, Oliver, quien previamente había hecho arreglos con Hyrum Smith para cobrar su pago de 65,50 dólares de los fondos del pueblo y del condado, se preparó para dejar Palmyra. Fiel a su palabra, partió a fines de marzo o principios de abril rumbo a Harmony para encontrarse con José. Su compañero de viaje fue Samuel Harrison Smith, el hermano menor de José. La primera noche de su viaje de dos días y medio, se hospedaron en la granja de Peter Whitmer padre, en el municipio de Fayette. Como los Whitmer aún no conocían a José, probablemente Samuel fue objeto de muchas preguntas sobre el llamamiento profético de su hermano y las planchas antiguas. No se sabe cuánta información estaba autorizado a compartir. David Whitmer mostró especial interés en la obra de José.

Llegada a Harmony. Se reanuda la traducción

Oliver y Samuel llegaron a Harmony cerca del anochecer del domingo 5 de abril de 1829. Al día siguiente, Oliver ayudó a José Smith con un contrato legal por escrito entre él e Isaac Hale. Según el acuerdo, José compraba 15.8 acres a su suegro. La propiedad incluía una pequeña casa de madera de una habitación, que servía de residencia a José y su esposa, Emma. Esta residencia resultó significativa para la traducción, ya que fue en esos estrechos aposentos donde José y Oliver trabajaron desde principios de abril hasta fines de mayo de 1829 en la traducción del Libro de Mormón. Ocasionalmente, interrumpían su trabajo para realizar labores temporales que les permitieran conseguir alimentos e incluso papel para escribir. Un amigo de la familia Smith, José Knight padre, recordó una de esas ocasiones:

“En la primavera de 1829, Oliver Cowdery, un joven de Palm(yra), fue a ver al viejo [padre] Smith acerca del libro que José había encontrado, y él le contó sobre ello y le aconsejó que bajara a Pensilvania a ver por sí mismo y que escribiera para José. Fue y [José] recibió una revelación (DyC 6) sobre la obra, y quedó convencido de la veracidad de la obra, y aceptó escribir para él hasta que estuviera terminada. Entonces José y Oliver vinieron [a Colesville, Nueva York] a verme para ver si podía ayudarles con provisiones, [ya que] no tenían medios para comprar... Compré un barril de caballa y algo de papel rayado para escribir. Compré unas nueve o diez fanegas de

grano y cinco o seis de papas, y una libra de té, y fui a verlos, y estaban en necesidad. José y Oliver habían salido a ver si podían encontrar un lugar donde trabajar por provisiones, pero no encontraron nada. Regresaron a casa y me encontraron allí con provisiones, y se alegraron, pues no tenían nada.”

Con sus necesidades temporales cubiertas, José pudo dictar cada día entre ocho y diez páginas manuscritas tamaño oficio. Según el reconocido lingüista Royal Skousen, quien ha dedicado casi veinte años a producir un valioso texto crítico del Libro de Mormón, José podía ver el texto en inglés de lo que estaba traduciendo. Trabajaba con veinte a treinta palabras a la vez y podía ver incluso la ortografía de los nombres. Oliver escribía y luego leía el texto en voz alta a José para verificar su exactitud. Si estaba correctamente transcrita, el proceso continuaba.

Muchos testigos de la traducción testificaron que el Profeta traducía por períodos largos sin tener ningún papel ni libro del cual leer. También señalaron que José sabía exactamente dónde retomar la traducción después de una pausa, incluso si habían pasado días. Ni José ni Oliver describieron nunca en detalle el método utilizado para traducir el Libro de Mormón; simplemente declararon que la traducción se realizó mediante el “don y poder de Dios”, usando el Urim y Tumim.

Tal como se prometió en una de las revelaciones que recibió por medio de José Smith (DyC 6:25), Oliver buscó la oportunidad de traducir él mismo el Libro de Mormón. Un breve relato de sus esfuerzos se halla en *Historia de la Iglesia* (1:36–38) y en Doctrina y Convenios, secciones 8 y 9. El papel de Oliver como segundo testigo requería que comprendiera el proceso de traducción, aunque no conocemos todos los detalles de cómo se logró esto. Sabemos que antes de finales de junio de 1829, a José se le prohibía mostrar las planchas a cualquier persona, a menos que el Señor se lo mandara (véase DyC 5:3). También sabemos, por la revelación dada después, que Oliver “no continuó” traduciendo “como había comenzado”. Por tanto, el Señor le dijo: “porque no tradujiste según lo que me pediste, y comenzaste de nuevo a escribir para mi siervo José... he quitado de ti este privilegio” (DyC 9:1, 5).

El 15 de mayo de 1829, motivados por una pregunta surgida durante la traducción de 3 Nefi 11, José y Oliver se retiraron al bosque cercano para orar. Allí, junto a las orillas del río Susquehanna, fueron visitados por Juan

el Bautista resucitado (José Smith—Historia 1:71–72; nota de Cowdery). De él, José y su escriba Oliver recibieron el sacerdocio menor, o Sacerdocio Aarónico, y se les mandó bautizarse el uno al otro. Obedecieron de inmediato. Más tarde, ese mismo mes, Pedro, Santiago y Juan —los apóstoles del Salvador en la meridiana dispensación— les conferieron el Sacerdocio de Melquisedec.

A medida que se difundía la noticia de las actividades de traducción de José y de la restauración del sacerdocio, los habitantes del pueblo en Harmony comenzaron a formar una turba para protestar por tales hechos. El Profeta escribió:

“Mientras tanto, nos vimos forzados a mantener en secreto las circunstancias de nuestro bautismo y de haber recibido este sacerdocio, debido al espíritu de persecución que ya se había manifestado en el vecindario. Habíamos sido amenazados con ser asaltados por turbas de vez en cuando, y esto por personas que profesaban religión, y sus intenciones de agredirnos sólo se vieron contrarrestadas por la influencia de la familia de mi suegro (bajo la providencia divina), quienes se habían vuelto muy amigables conmigo y se oponían a las turbas; estaban dispuestos a que se me permitiera continuar con la obra de traducción sin interrupciones. Por tanto, ofrecieron y prometieron protegernos de toda acción ilegal, en la medida de sus posibilidades.”

Para mediados de mayo de 1829, quedaba claro que esa protección no era suficiente para evitar el acoso y la persecución.

José y Oliver se vieron forzados a buscar un refugio seguro donde pudieran terminar la traducción. David Whitmer escribió que José supo por revelación que los Whitmer podían brindar ese refugio necesario. Escribió: “Recibí otra carta de Cowdery, diciéndome que bajara a Pensilvania y los llevara a él y a José a la casa de mi padre, dando como razón que habían recibido un mandamiento de Dios al respecto.” La madre Smith también recordó que José fue mandado a solicitar ayuda de los Whitmer:

“Mientras José traducía por medio del Urim y Tumim, en lugar de recibir las palabras del Libro, recibió un mandamiento de escribir una carta a un hombre llamado David Whitmer, que vivía en Waterloo, pidiéndole que viniera de inmediato con su carreta y se llevara a él y a Oliver a su casa, ya que había personas malintencionadas que buscaban quitarle la vida (a

José), con el fin de impedir que la obra de Dios se diera a conocer al mundo.”

En algún momento a fines de mayo o principios de junio de 1829, David, con un equipo de caballos y una carreta ligera, partió desde Fayette para recoger a José y Oliver y llevarlos a la granja de su padre en busca de refugio. Emma se uniría a ellos más adelante. En la granja de los Whitmer, José y Oliver, con la ayuda como escribas de al menos los hermanos John y Christian Whitmer, se dedicaron diligentemente a completar la traducción. El 11 de junio de 1829, alguien (probablemente Martin Harris, quien tenía el tiempo y los medios para hacerlo) presentó el registro de derechos de autor del *Libro de Mormón* ante el secretario del tribunal federal en Utica, Nueva York.

Capítulo 10

Los Tres Testigos

Keith J. Wilson

A menudo, los observadores del mormonismo temprano equiparan todo el movimiento con el nombre de José Smith. Desde esta perspectiva, José era tanto el centro como la fuente del movimiento religioso. Aunque otros participaron, el movimiento sobrevivió principalmente gracias al liderazgo carismático de este hombre. A veces, los miembros de la Iglesia adoptan también esta perspectiva exclusivista con afirmaciones como: “El mormonismo debe sostenerse o caer únicamente sobre la historia de José Smith”. Esta interpretación, sin embargo, pasa por alto las contribuciones vitales de aquellos que ayudaron a José en los primeros días del mormonismo.

Cuando la traducción del Libro de Mormón se acercaba a su fin, el Señor mandó a José Smith que preparara a Oliver Cowdery, David Whitmer y Martin Harris para una manifestación de las planchas. En esa revelación, después de exhortar a los tres a tener mayor fe, el Señor prometió que verían las planchas “con [sus] ojos” y luego “dar[ían] testimonio de ellas” (DyC 17:3). Lo que con frecuencia se pasa por alto en esa revelación de junio de 1829 es que el Señor explicó por qué era necesario que estos tres se unieran al testimonio del Profeta: “Y esto haréis para que mi siervo José Smith, hijo, no sea destruido, a fin de que yo pueda llevar a cabo mis justos propósitos para con los hijos de los hombres en esta obra” (DyC 17:4). Es particularmente notable en esta explicación la idea de que los testigos eran esenciales para evitar que el joven Profeta fuera destruido.

Un aspecto de la revelación podría arrojar luz sobre las vulnerabilidades humanas de José Smith. ¿Acaso no fueron convocados los Tres Testigos por medio de esa misma revelación, y luego se les prometió que, gracias a su influencia, el Profeta escaparía de la destrucción? Es lógico pensar que, en conjunto, los Tres Testigos aportaban ciertas cualidades y atributos que José necesitaba desesperadamente para sobrevivir. Esta línea de

razonamiento invita a examinar más de cerca a los Tres Testigos y lo que cada uno contribuyó individualmente a José Smith y a su viabilidad profética.

Durante los primeros cinco o seis años después de la visión singular de José, sus seguidores en los alrededores de Palmyra consistían principalmente en miembros de su familia. La única excepción a esto fue Martin Harris. El señor Harris había llegado a Palmyra en 1792 y se había establecido en la bulliciosa ciudad canalera como un respetable agricultor. Era veintidós años mayor que José, estaba casado y tenía hijos, y era dueño de una próspera granja de 240 acres. Para cuando se marchó de Palmyra en 1831, Martin había servido siete veces como supervisor de caminos. Se alistó voluntariamente en la Guerra de 1812 y, tras su regreso, continuó con su participación cívica. Aunque nunca fue un líder municipal de alto perfil, ciertamente generó el respeto de sus compañeros y fue activo en causas comunitarias.

Sin embargo, a pesar de ese respeto generalizado, los habitantes de Palmyra nunca lograron reconciliar su intachable reputación con sus persistentes afirmaciones como testigo del Libro de Mormón. Cuatro décadas después de que Martin se marchara de Palmyra, James Reeves compiló una historia de la ciudad en la que escribió extensamente sobre la familia Harris. Describió a Martin como “un agricultor industrioso y trabajador, sagaz en sus cálculos comerciales, frugal en sus hábitos, y lo que se consideraba un hombre próspero en el mundo.” La única salvedad que Reeves hizo en sus elogios fue que estas cualidades existían *antes* de su devoción al mormonismo.

Un segundo testimonio sobre el carácter de Martin provino también de un “no creyente” que lo conocía bien. E. B. Grandin, el impresor del Libro de Mormón, escribió un editorial despidiéndose de Harris cuando este partió de Palmyra en 1831. Como la valoración más temprana del carácter de Martin, esta opinión resulta especialmente relevante:

“El señor Harris fue uno de los primeros colonos de esta ciudad, y siempre ha tenido la reputación de ser un hombre honorable y recto, y un vecino servicial y benevolente. Ha asegurado para sí, mediante una industria honrada, una fortuna respetable —y ha dejado atrás un gran círculo de conocidos y amigos que lamentan su desvarío.”

Invariablemente, los palmyrenses que conocieron íntimamente a Martin Harris dieron testimonio de su carácter impecable. Sin embargo, su valoración siempre iba seguida de una coma, porque se aferraba obstinadamente a su historia sobre las planchas de oro.

Con la evaluación del carácter de Martin ya establecida, la pregunta ahora gira en torno a su papel en la vida de José Smith. Los historiadores han documentado las penurias financieras de la familia de José Smith padre. Expulsados de Vermont por fracasos sucesivos en sus cosechas, José padre y Lucy llegaron a Palmyra en 1816 con ocho hijos y solo nueve centavos en el bolsillo de Lucy. En Palmyra, después de obtener una hipoteca y con una casa de madera casi terminada, su hijo mayor, Alvin, murió repentinamente. Una vez más, su futuro se nubló. En un corto lapso, perdieron tanto la granja como la casa de madera, sin mencionar que José padre fue encarcelado por una deuda impaga de catorce dólares. Para poder quedarse en su granja como arrendatarios, los Smith tuvieron que entregar a su cuarto hijo, Samuel, como aprendiz por siete meses como forma de pago del arriendo anual. La familia Smith luchó durante sus años en Palmyra con una dificultad financiera tras otra.

En este entorno apareció el próspero Martin Harris. El señor Harris conoció a José padre antes de 1825 y era cautelosamente optimista respecto a las experiencias celestiales de José hijo. En el otoño de 1827, José le informó a Martin que un ángel lo había designado como asistente en el proyecto de traducción. Ante esto, Martin respondió: “Si es obra del diablo, no tendré nada que ver con ello; pero si es del Señor, puedes contar con todo el dinero necesario para presentarlo al mundo”.

Posteriormente, Martin tuvo una revelación personal que confirmó la autenticidad de José. Fiel a su palabra, cumplió su promesa de apoyo financiero al Señor y al Profeta.

El primer caso documentado de apoyo financiero por parte de Martin ocurrió a fines de 1827, cuando la oposición contra José se intensificó. Después de varios intentos de robar las planchas y bajo la amenaza de violencia física, José decidió que debía trasladarse a Harmony, Pensilvania. Pero primero tenía que saldar sus deudas agrícolas. Martin insistió en darle cincuenta dólares para financiar el viaje y cubrir las deudas restantes. Con la ayuda de Martin, José y Emma dejaron Palmyra. La oportunidad de la

ayuda de Martin fue notable. José tenía pocas, si es que alguna, opciones financieras, excepto la generosidad de Martin.

Dos años después, el sacrificio de Martin fue considerablemente mayor. El 11 de junio de 1829, José obtuvo los derechos de autor del Libro de Mormón. El siguiente paso era encontrar una imprenta dispuesta a publicarlo. La opción lógica era el impresor de Palmyra, Egbert Grandin, que recientemente había anunciado sus servicios de impresión de libros. Sin embargo, cuando Martin y José se acercaron a él, Grandin se negó categóricamente debido a sus propias creencias religiosas, la dudosa viabilidad de un libro que la comunidad en general rechazaba y el temor de que Martin Harris fuera víctima de un cruel engaño.

Sin desanimarse, José y Martin localizaron un impresor dispuesto en Rochester. Luego volvieron a hablar con Grandin, y esta vez accedió. Grandin proclamó a todos que era simplemente una transacción comercial. Como garantía, recibió un gravamen sobre la granja de Martin Harris por tres mil dólares. La impresión comenzó a fines del verano de 1829. Menos de dos años después, con el pago vencido, Martin se vio obligado a ceder aproximadamente 150 acres de su granja el 7 de abril de 1831.

De alguna manera, Martin Harris cambió su estatus financiero por 5,000 copias del Libro de Mormón. John Gilbert, tipógrafo del Libro de Mormón, evaluó posteriormente la contribución de Martin Harris a José Smith y al mormonismo temprano con este resumen:

“Martin fue el rayo principal en la rueda del mormonismo en sus inicios en Palmyra, y podría decir, el único rayo.”

Dicho en pocas palabras, Martin Harris era la única cuenta bancaria de José Smith.

Para José, el dinero era solo una de sus vulnerabilidades. Después de cuatro años de prueba, el ángel Moroni le confió en septiembre de 1827 las planchas del Libro de Mormón. Tras mudarse a Harmony, Pensilvania, y dieciocho meses después, la obra apenas había comenzado. Martin Harris había perdido las 116 páginas, y José tuvo que dejar de contar con él como escriba. Entonces recurrió a Emma para que le ayudara. Pero, según la madre Smith, Emma “tenía tanto de su tiempo ocupado con el cuidado del hogar, que solo podía escribir para él una pequeña parte del tiempo”. A medida que los días se convertían en meses, un frustrado José, en abril de 1829, pidió al Señor un escriba capaz. La respuesta llegó tres días después.

Su hermano Samuel llegó en compañía de un desconocido de Palmyra. Este hombre, Oliver Cowdery, ofreció sus servicios a José, y esa misma noche, mientras conversaban, se forjó el eslabón perdido. Fue un eslabón del destino.

Oliver nació en 1806 en una familia religiosa en Wells, Vermont, el menor de ocho hijos. Para 1829, trabajaba como dependiente en la tienda de su hermano cuando surgió una vacante para maestro en una escuela rural de Manchester, Nueva York. Su hermano mayor, Lyman, recibió el nombramiento escolar pero no pudo asumirlo. Convenció a los miembros del consejo escolar de aceptar a Oliver en su lugar. Ellos accedieron. Oliver comenzó a enseñar en la escuela del campo y a hospedarse con la familia Smith como parte del pago de su salario. Mientras tanto, José Smith hijo había dejado Palmyra y se había trasladado a Harmony, Pensilvania. Las noticias en el vecindario de Manchester reverberaban con los acontecimientos relacionados con José, su visión y las planchas de oro. Al principio, las indagaciones de Oliver fueron desestimadas por la familia Smith, debido al escarnio que sufrían cada vez que se contaba la historia de José. Con el tiempo, Oliver los convenció de su interés sincero, y ellos le relataron los eventos milagrosos. La información encantó a Oliver, y describió la experiencia como algo que “trabajaba en mis propios huesos”. Comenzó su propia investigación.

Más tarde, el profeta José relató que “el Señor se apareció a un joven llamado Oliver Cowdery y le mostró las planchas en visión... y lo que el Señor estaba por hacer a través de mí, su siervo indigno; por lo tanto, deseaba venir y escribir para mí la traducción”. Oliver decidió presentarse ante José en Harmony tan pronto como pudiera cumplir con sus obligaciones docentes. Así, el 5 de abril de 1829, tras recorrer 150 millas y soportar un clima terrible, Oliver Cowdery y Samuel Smith llegaron a Harmony, Pensilvania, donde un joven profeta los esperaba, habiendo orado por un escriba.

Se sabe poco sobre la formación académica formal de Oliver, salvo su puesto como maestro rural. Pero cuando se unió a José, el trabajo de traducción se aceleró drásticamente. Comenzaron a traducir en algún punto cercano al inicio del libro de Mosíah, en lugar de volver atrás a las 116 páginas perdidas. Para el 15 de mayo ya habían llegado a 3 Nefi 11. En solo 38 días calendario (suponiendo que trabajaran también los domingos),

tradujeron más del 55 por ciento del libro. Al acercarse junio, tanto la violencia como las preocupaciones económicas apremiaban a José y Oliver. En respuesta a su solicitud, David Whitmer les ofreció refugio en la casa de los Whitmer en Fayette, Nueva York. Allí, como antes, otros escribas ayudaron en la obra, pero la mayor parte de la escritura provino de la pluma de Oliver. David Whitmer relató después que los días eran largos y calurosos, y que ambos trabajaban sin cesar desde la mañana hasta la noche. El 11 de junio, José obtuvo el derecho de autor del libro, aunque David Whitmer identificó la fecha real de finalización como julio.

Para ponerlo en perspectiva, el proceso de traducción comenzó en septiembre de 1827 y concluyó 21 meses después, en junio de 1829. Durante 18 meses, la obra sufrió contratiempos uno tras otro, con escaso progreso. Entonces apareció Oliver y, en el transcurso de dos o tres meses, se completó todo el libro de 588 páginas. Los manuscritos que se conservan verifican que su caligrafía constituye más del 90 por ciento del texto preservado. Y su presencia durante esos dos meses da testimonio del nacimiento del manuscrito del Libro de Mormón. Este joven maestro rural acudió en auxilio tanto del trabajo de traducción como del profeta. Más tarde, se maravilló del proceso al relatar: “¡Aquellos fueron días que jamás se olvidarán! Sentarme bajo el sonido de una voz dictada por la inspiración del cielo despertaba la más profunda gratitud de este pecho. Día tras día continué, sin interrupción, escribiendo de su boca, mientras él traducía con el Urim y Tumim”. Sería difícil exagerar el papel intelectual y emocional que tuvo Oliver al asistir al profeta y dar luz al Libro de Mormón.

Aun así, había otros desafíos que enfrentaba el joven profeta en la primavera de 1829. Uno de los más apremiantes era encontrar un entorno seguro. Repitiendo el patrón vivido en Palmyra, la oposición contra el profeta y su familia en Harmony creció hasta un punto crítico. José, al sentir que su vida corría peligro, oró. El Señor le indicó que pidiera ayuda a David Whitmer para protegerse. Aunque el momento era inoportuno, David dejó su granja y acudió rápidamente en auxilio de José y Oliver. Pero, ¿por qué aceptaría David en la casa de su padre a un fugitivo desconocido?

La familia Whitmer se estableció en Fayette en 1809, cuando David era apenas un niño de cuatro años. En 1828, David (entonces de veintitrés años) hizo un viaje de negocios a Palmyra. Allí oyó hablar de José Smith y las planchas de oro. Su curiosidad casual se transformó en un interés

genuino al conocer y experimentar de primera mano el entusiasmo de Oliver Cowdery. Las conversaciones de David con Oliver le dieron mucho en qué pensar al regresar a Fayette.

Unos meses después, Oliver le informó a David que iría a encontrarse con el profeta en Harmony. En su camino, se detuvo en Fayette y le dijo a David que estaba decidido a descubrir la “verdad o falsedad” sobre José. Cuando lo hiciera, le comunicaría sus conclusiones. Poco tiempo después, Oliver escribió a David informándole que, en efecto, José tenía las planchas y le había pedido a Oliver que fuera su escriba. No mucho después de esa primera carta, llegó una segunda en la que Oliver testificaba sobre el conocimiento revelado de los antiguos habitantes del continente americano. Una tercera carta siguió, esta vez con una petición de Oliver para trasladarse a la residencia de los Whitmer. Su solicitud fue bien recibida, y David se preparó para emprender el viaje hacia Harmony para brindar ayuda a Oliver y José.

David relató dos eventos milagrosos durante esta travesía. El primero tuvo que ver con la decisión de ir o no. La siembra de primavera estaba en marcha, y David sabía que no podía ausentarse antes de abonar los campos con yeso. Al disponerse a realizar la ardua tarea, encontró que las cinco a siete acres ya estaban trabajadas, y nadie pudo identificar quién había hecho el trabajo. El segundo milagro ocurrió cuando se acercaba a Harmony. Allí, Oliver le compartió a David los lugares y el itinerario de su propio viaje a Harmony, los cuales José había revelado mediante la piedra vidente. David reconoció la mano de Dios. Invitó al profeta a ir a Fayette, donde sería bien recibido por su familia y vecinos. José y Oliver aceptaron con gusto. Llegaron a Fayette el primero de junio. La traducción del Libro de Mormón se reanudó al día siguiente. La obra se completó dentro del mismo mes, según un relato, tan pronto como el 11 de junio de 1829.

En retrospectiva, ¿cuán importante fue la contribución de David al profeta y a la traducción? Según un relato, él solo consiguió alojamiento para José y Oliver unos once días antes de que se completara el trabajo. Además, los traductores se hospedaron en la casa de sus padres y solo recibieron la bondad de David de forma indirecta. Pero consideremos estos puntos: David fue el primero de su familia en investigar el mormonismo. Al escuchar la historia de Oliver, David interrogó a los habitantes de Palmyra para obtener más información. En sus propias palabras, pensó “sobre el

asunto durante mucho tiempo.” En Fayette, lo discutió con su familia. Más tarde, cuando Oliver le envió a David unas líneas de la traducción, él nuevamente las compartió con los Whitmer. Cuando Oliver y José solicitaron hospedaje con la familia, Peter Whitmer padre dejó la decisión en manos de David. Lucy Smith relata que el padre Whitmer le dijo a David que “no podía ir [a Harmony], a menos que recibiera un testimonio de Dios de que era absolutamente necesario.” Esa noche, mientras David oraba, fue dirigido a ir tan pronto como sus campos estuvieran listos.

A la mañana siguiente ocurrió el siguiente milagro, y David, con valentía, dio el siguiente paso. Durante el trayecto de transporte del Profeta, milagros adicionales confirmaron su decisión. Para cuando entregó al equipo de traducción en Fayette, José observó: “Encontramos a la familia Whitmer muy interesada en la obra y muy amistosa con nosotros”. David fue el guardián de un José desesperado, quien había sido expulsado dos veces y ahora contaba con pocas, si acaso alguna, opción disponible. Afortunadamente, José encontró a David a través de Oliver, y la obra halló un refugio seguro.

Durante las etapas finales de la traducción, se hizo evidente que el Señor designaría testigos especiales, distintos de José, para ver las planchas y añadir sus testimonios al registro. Luego, al traducir 2 Nefi 27:12, se especificó además “que tres testigos las verán por el poder de Dios”. Mientras tanto, en Palmyra, se informó al padre y la madre Smith, así como a Martin Harris, que la traducción había terminado. A la noche siguiente, estos tres se unieron con entusiasmo al grupo reunido en Fayette, leyendo las Escrituras y maravillándose de las palabras de Dios. Más específicamente, Martin, Oliver y David se acercaron al Profeta para preguntarle si podrían ser ellos los tres testigos profetizados. Sus ruegos se volvieron tan insistentes que el Profeta registró posteriormente: “...me importunaron tanto, que al fin accedí”. La declaración de José, “que accedí”, significa que él consultó al Señor para saber si Martin, Oliver y David podían ser los testigos designados, como se profetiza en Éter 5:3. El Señor respondió con la revelación que ahora se encuentra registrada como Doctrina y Convenios 17.

En esta revelación, el Señor prometió a los tres que, si confiaban en Él “con pleno propósito de corazón”, verían no solo las planchas, sino también el pectoral, el Urim y Tumim, la espada de Labán y la Liahona. Según relató

José, unos días después los cuatro se dirigieron a un bosque cercano a la casa. Allí se arrodillaron y suplicaron al Señor en oración vocal, comenzando por José. Después de que cada uno hiciera su turno, repitieron la secuencia una segunda vez. Al no recibir respuesta ni manifestación, Martin sugirió que quizás él era el problema y se apartó del grupo.

Poco después, los cielos se abrieron para José, Oliver y David. La manifestación comenzó con una luz brillante, y luego apareció un ángel ante ellos con las planchas. El mensajero pasó las hojas de las planchas una por una y los amonestó a guardar los mandamientos. De inmediato, se escuchó una voz desde lo alto que testificaba que las planchas fueron entregadas y traducidas por el poder de Dios. José relató que la visión concluyó con la admonición del Salvador: “Y te mando que des testimonio de lo que has visto y oído”.

José entonces dejó a Oliver y David y fue en busca de Martin. Lo encontró orando, suplicando al Señor. Juntos, mientras imploraban al Señor, la misma visión que habían presenciado Oliver, David y José se repitió. Durante la experiencia, José registró que Martin exclamó con total éxtasis: “¡Es suficiente, mis ojos han visto...! ¡Hosanna!”

El área boscosa donde tuvo lugar la revelación estaba a unas 40 varas (unos 200 metros) de la casa de los Whitmer. Al regresar, José entró en la casa y se dirigió al dormitorio donde se encontraban sus padres y la hermana Whitmer sentados. Eufórico, se arrojó sobre la cama junto a ellos. Lucy recordó que él declaró: “¡Padre! ¡Madre! —dijo— no saben lo feliz que estoy; el Señor ha hecho que las planchas se muestren a 3 personas más además de mí, quienes también han visto a un ángel y tendrán que testificar la verdad de lo que he dicho, porque saben por sí mismos que no ando engañando a la gente”. Lucy recordó su alivio sin reservas: “Siento como si me hubieran aliviado de una carga espantosa que casi no podía soportar, pero ahora ellos tendrán que llevar parte de ella... Ya no estoy completamente solo en el mundo”.

Estas notables expresiones de júbilo merecen un comentario adicional, pues revelan algunas de las emociones más profundas que recorrían a este joven líder de veintitrés años en los inicios de su misión.

Al examinar las exclamaciones de José, que subrayan algunas de sus más profundas necesidades, nótese su expresión: “Ya no estoy completamente solo en el mundo” y “no ando engañando a la gente”. Aun cuando Emma y su familia estaban físicamente a su lado, José seguía llevando una carga profundamente solitaria. Una secuela de esa soledad se refleja en su exclamación de alivio: “3 más además de mí... también han visto a un ángel y tendrán que testificar la verdad de lo que he dicho... ahora ellos tendrán que llevar parte”. Finalmente, sus emociones sinceras casi desbordaban al expresar su euforia: “¡Padre! ¡Madre!... no saben lo feliz que estoy”. No eran palabras vanas. Expresaban las profundidades a las que había descendido y el tremendo alivio que le siguió.

En el análisis final, ¿fue José Smith un joven vulnerable con un llamamiento divino, o fue un siervo escogido de Dios, invencible desde el principio? A partir de Doctrina y Convenios 17, la voz de Dios declaró que el joven José, sin los Tres Testigos, era ciertamente vulnerable. Sus vulnerabilidades parecen haber tenido dos formas.

La primera fueron sus necesidades físicas. Claramente, José necesitaba desesperadamente a Martin, pues era un joven adulto sin dinero ni recursos. En 1829, su situación era tan precaria que tuvo que interrumpir la traducción y pedir a un amigo comida, un par de zapatos y tres dólares en efectivo. El dinero fue una lucha constante para José. Martin se convirtió en su principal benefactor.

¿Cuán vital fue Oliver para la supervivencia de José? Emma comentó en una ocasión que José era incapaz de redactar una carta coherente, y mucho menos un libro. Sin Oliver, la traducción estuvo estancada durante dieciocho meses; con él, se completó en apenas dos. Oliver salvó la obra desde el punto de vista logístico.

Pero ciertamente David no fue tan crucial para la supervivencia de José como lo fueron los otros dos testigos. Eso probablemente sea cierto, a menos que se considere la urgencia de un fugitivo sin un lugar a donde ir. En ese caso, David se convierte en la pieza final esencial para la supervivencia del Profeta.

En resumen, Martin, Oliver y David ayudaron directamente al joven José y a la Restauración.

Sin embargo, había otro “talón de Aquiles” que podría haber destruido al joven profeta si no se hubiese abordado: la vulnerabilidad emocional de José. Fue comisionado proféticamente a la edad de catorce años. En sus propias palabras, durante esos primeros años, él “con frecuencia caía en muchos errores tontos, y manifestaba la debilidad de la juventud y las flaquezas de la naturaleza humana”. En consecuencia, lamentaba: “A menudo me sentía condenado por mis debilidades e imperfecciones” (José Smith—Historia 1:28–29).

Mientras trabajaba incansablemente en el Libro de Mormón, sus debilidades se volvían dolorosamente evidentes. No tenía dinero, ni educación formal, ni siquiera un lugar adecuado donde llevar a cabo su obra. Pero el Señor lo encontró en su estado de extrema necesidad y le envió a tres personas selectas. Después de que estos tres tuvieron sus propias manifestaciones, José reveló la profundidad de su situación precaria. A sus padres les declaró: “Siento como si me hubieran aliviado de una carga espantosa que casi no podía soportar”.

José era humano. Era vulnerable emocional y físicamente. Y como el Señor conocía esas debilidades, envió a tres individuos escogidos para fortalecer a este joven y vulnerable profeta. Estos tres estaban lejos de ser perfectos, pero fueron perfectos para él en ese momento en 1829.

Capítulo 11

Publicación del Libro de Mormón

Kent P. Jackson

A finales de junio de 1829, José Smith había completado la traducción del Libro de Mormón al idioma inglés. El 11 de junio obtuvo los derechos de autor. El Profeta se dispuso entonces a contratar a un impresor para publicar el libro. En 1829, no era difícil encontrar impresores en el estado de Nueva York. La mayoría de las aldeas contaban con establecimientos de impresión locales que publicaban periódicos y otros trabajos impresos, y muchas tenían impresores que también producían libros. Sin embargo, para cuando la traducción del Libro de Mormón se completó, ya existía un considerable sentimiento local en su contra.

Como sucede en la mayoría de los casos hoy en día, los editores a comienzos del siglo XIX asumían los gastos de impresión, encuadernación y comercialización de los volúmenes que producían. Sus ganancias venían únicamente de la venta de los libros y de la recuperación de sus costos de producción y distribución. Debido a la hostilidad hacia la llamada “Biblia de oro”, los impresores del área de Palmyra eran reacios a aceptar el proyecto por temor a sufrir pérdidas económicas y quedar asociados con el movimiento religioso que representaba. Finalmente, el Profeta llegó a un acuerdo con un impresor en Rochester, a unos veinticinco kilómetros de Palmyra. Sin embargo, la distancia habría limitado la participación de José Smith y sus colaboradores en la producción del libro, por lo que el Profeta optó por seguir buscando un impresor en la localidad.

Egbert B. Grandin era un impresor de Palmyra que publicaba un periódico local, el *Wayne Sentinel*. En el verano de 1829, tenía veintitrés años y solo había impreso un libro pequeño. Desde 1827, imprimía el *Sentinel* además de documentos misceláneos y pequeños encargos. En su periódico, anunciaba sus servicios como “Impresión por encargo” hasta la primavera de 1829, cuando su anuncio cambió a “Impresión de libros y por encargo”, señalando su intención de dedicarse más seriamente al negocio editorial.

Poco tiempo después, José Smith necesitó un impresor para producir el Libro de Mormón.

El taller de impresión de Grandin estaba ubicado en la calle principal de Palmyra, en un edificio de tres pisos que alquilaba a su hermano y a los socios de este. Era un edificio nuevo que reflejaba el crecimiento de la aldea desde la finalización del canal de Erie en 1825. Como era típico de los establecimientos de impresión de principios del siglo XIX, en la planta baja se encontraba una librería donde Grandin vendía una amplia variedad de volúmenes, y en los pisos superiores estaban las prensas y otras instalaciones, donde se componía y se imprimía el *Sentinel*, junto con otros trabajos.

Cuando el Profeta se acercó por primera vez a Grandin en junio de 1829, este lo rechazó, pero en agosto finalmente fue persuadido de aceptar la impresión del Libro de Mormón. Grandin aceptó imprimir el libro con la condición de recibir una garantía por el dinero y no depender de las ventas para cubrir sus gastos. El acuerdo se hizo para imprimir cinco mil ejemplares a un costo de tres mil dólares. Esa era una suma enorme—muy por encima de los recursos de la familia Smith y de la mayoría de las familias de la época. Pero el Señor ya había hecho preparativos.

Para 1829, Martin Harris, de cuarenta y seis años, había disfrutado de años de éxito como agricultor y era un hombre próspero. Tal como lo había hecho anteriormente cuando José Smith necesitó ayuda para sostenerse a él y a su esposa durante el proceso de traducción, Martin usó sus recursos para ayudar en la publicación del Libro de Mormón. Para cubrir los gastos de impresión, firmó un contrato de hipoteca por dieciocho meses con Grandin. El dinero recaudado por la venta del libro se usaría para pagar a Grandin sus tres mil dólares dentro del plazo especificado. Si el libro no generaba suficiente dinero, se vendería una parte de la granja de Harris para saldar la deuda.

José Smith ahora tenía la traducción, un impresor y los recursos financieros para publicar el libro. Pero también tenía presente lo que había sucedido la última vez que permitió que la traducción saliera de sus manos. Para asegurarse de que no se perdiera ninguna parte del manuscrito, instruyó a Oliver Cowdery para que hiciera una copia que llevaría al impresor; el Manuscrito Original se mantendría en un lugar seguro.

Oliver Cowdery (con ayuda limitada de otros) dedicó un enorme esfuerzo a transcribir a mano una copia del texto del Libro de Mormón. Al hacerlo, aseguró que la traducción no se perdiera. Este documento resultante se conoce como el *Manuscrito del impresor*. No fue producido de una sola vez, sino que se escribió según se necesitaba durante los meses de composición tipográfica, desde agosto de 1829 hasta comienzos de la primavera de 1830.

El Manuscrito Original contenía prácticamente ninguna puntuación, y el del impresor contenía muy poca. El tipógrafo de Grandin, John H. Gilbert, declaró que, mientras componía el texto del libro, leía las páginas del manuscrito e insertaba signos de puntuación a lápiz donde consideraba que eran necesarios. Además, añadió mucha de la puntuación mientras colocaba el texto en las formas tipográficas. Al puntuar el texto, Gilbert hizo una contribución única a la publicación del Libro de Mormón.

La composición tipográfica a comienzos del siglo XIX era un proceso lento y difícil. Consistía en colocar manualmente, sobre la página, una pequeña pieza de tipo metálico para cada letra, cada signo de puntuación, cada línea y cada espacio. Los tipos se guardaban en gabinetes altos: las letras mayúsculas en los cajones superiores (*upper cases*) y las minúsculas en los cajones inferiores (*lower cases*). En un taller de impresión típico, después de imprimir todas las copias necesarias de una *firma*—una hoja que usualmente contenía dieciséis páginas—cada pieza de tipo debía ser devuelta a su compartimento correspondiente en el cajón del que había sido tomada. Solo entonces podía comenzarse a componer la siguiente firma, reutilizando las mismas piezas de tipo.

Una página típica del Libro de Mormón de 1830 requería más de dos mil quinientas piezas de metal. Cada pieza se insertaba a mano en las formas de impresión, colocándola al revés y al inverso para que las páginas se imprimieran correctamente. Este trabajo fue realizado por John Gilbert y varios asistentes.

No mucho antes de que comenzara la impresión del Libro de Mormón, Grandin compró una nueva prensa llamada *Smith Patented Improved Press*. Era una prensa de “tirón único”, lo que significaba que estaba diseñada para que con una sola tirada de la palanca se aplicara la tinta de forma uniforme sobre la página. Para la época, eso representaba una tecnología

avanzada; las prensas anteriores requerían más esfuerzo y más tiempo para imprimir la misma cantidad de páginas.

Para el Libro de Mormón, Grandin compró quinientas libras de tipos en una fuente llamada *Small Pica*. La tinta se aplicaba a los tipos metálicos con grandes bolas de cuero con mangos. Estas se frotaban en tinta pastosa sobre una superficie lisa y luego se golpeaban sobre los tipos para distribuir la tinta de manera uniforme en las formas.

Cuando la forma para una página o firma estaba terminada, se imprimían algunas copias como hojas de prueba. Tras la corrección de pruebas, se hacían los ajustes necesarios en las formas, y entonces podía comenzar la impresión. John Gilbert recordó que Oliver Cowdery fue el principal corrector de las pruebas del Libro de Mormón, con algo de ayuda de Hyrum Smith y Martin Harris.

Según Gilbert, José Smith solo visitó el taller una vez durante el trabajo de impresión del Libro de Mormón. Durante la mayor parte del tiempo que duró la producción, el Profeta vivía en su hogar en Harmony, Pensilvania.

Grandin y sus colaboradores emplearon un buen sistema para la composición tipográfica del Libro de Mormón. Cada hoja impresa consistía en dieciséis páginas por cada lado. Una vez impreso un lado, las hojas se volteaban y se imprimían las mismas dieciséis páginas en el reverso. Las páginas se alineaban de tal manera que la hoja grande podía cortarse por la mitad, dando como resultado dos firmas idénticas de dieciséis páginas con impresión por ambos lados.

Después de imprimir las firmas, se colgaban en estantes en el techo hasta que estuvieran lo suficientemente secas como para imprimir el otro lado. Cuando ambos lados estaban impresos en cada una de las dos mil quinientas hojas de cada firma (dos copias de cada firma en cada hoja) necesarias para los cinco mil ejemplares, se apilaban y almacenaban hasta que comenzara el proceso de encuadernación. Entonces, los tipos podían ser redistribuidos para volver a usarse, aunque es posible que Grandin tuviera suficientes tipos para comenzar la composición de la siguiente firma mientras aún se realizaba la impresión.

En total, la impresión del Libro de Mormón de 1830 requirió 185,000 tirones de la palanca de la prensa *Smith Patented Improved* de Grandin.

Una vez completada la impresión, las hojas terminadas se bajaban del taller de impresión en el tercer piso al segundo piso, donde se encontraba el taller de encuadernación. Este taller estaba dirigido por un hombre llamado Luther Howard. Cuando se compuso e imprimió la portada del Libro de Mormón en agosto de 1829, la información de publicación decía: "Impreso por E. B. Grandin, para el autor". Unas semanas después, Howard adquirió una participación en la empresa, y él y Grandin se convirtieron en socios. Cuando el Libro de Mormón fue anunciado a la venta en marzo de 1830, el editor figuraba como "Howard & Grandin". En esa sociedad, Grandin se encargaba del taller de impresión y de la librería, y Howard administraba el taller de encuadernación y la biblioteca de préstamo.

Al igual que la composición e impresión tipográfica, la encuadernación de libros era un proceso difícil y que consumía mucho tiempo. Cada uno de los cinco mil ejemplares del Libro de Mormón fue encuadernado completamente a mano. El proceso incluía doblar las firmas del texto impreso de una manera precisa que asegurara que cada página apareciera en el orden y orientación correctos. Luego, cada firma de diecisésis páginas debía colocarse en secuencia con las otras treinta y seis firmas, tras lo cual se colocaban en una prensa para marcar firmemente el pliegue principal que se convertiría en el lomo del libro.

Las firmas se cosían juntas a través de agujeros en el lomo hechos con una sierra. Se pasaban cuerdas con una aguja entre las páginas centrales de cada firma para unirlas no solo entre sí, sino también con las firmas adyacentes. Los lomos se encolaban y reforzaban con una tira de tela, y los bordes restantes de cada libro se igualaban con la hoja afilada de una garlopa. Se pegaban cartones a una pieza de cuero cuidadosamente cortada para crear la tapa, y luego estas se adherían a las hojas de guarda delantera y trasera, fijando así el libro a su encuadernación de cuero.

Dado que el proceso de encuadernación requería las treinta y siete firmas completas, no podía comenzar hasta que algunas copias de la firma final estuvieran impresas por ambos lados. Pasaría bastante tiempo antes de que todos los volúmenes impresos estuvieran encuadernados, por lo que un libro típico en los días de José Smith aún se encontraba en producción en el taller de encuadernación meses después de que las primeras copias hubieran sido terminadas y vendidas.

En septiembre de 1829, mientras se componía e imprimía el Libro de Mormón, Howard publicó un anuncio solicitando un ayudante: “SE NECESITA UN BUEN muchacho para la encuadernación de libros”. Dos semanas después, colocó otro anuncio: “SE BUSCAN PIELES DE OVEJA”, en el que buscaba comprar seiscientas pieles de oveja “adecuadas para encuadernación de libros, a entregarse en los meses de enero, febrero y marzo”. El momento del anuncio y la gran cantidad de pieles solicitadas apuntan al Libro de Mormón como el proyecto para el cual se necesitaba el cuero.

En la década de 1990, científicos de la Universidad Brigham Young examinaron el ADN del cuero de algunas copias del Libro de Mormón de 1830. Todas resultaron estar encuadernadas en piel de becerro, lo que sugiere que, ya sea por cuestiones de costo o de disponibilidad, Howard aparentemente usó piel de becerro en lugar de piel de oveja.

A medida que avanzaba la impresión, Martin Harris comenzó a preocuparse. A pesar de que ya había visto las planchas y al ángel Moroni, era consciente de la hostilidad contra José Smith y tenía dudas sobre si el libro se vendería y si perdería su tierra si no lo lograba. El mensaje del Señor fue claro: “No codiciarás tus propias propiedades, sino que las impartirás libremente para la impresión del Libro de Mormón... Da una parte de tus propiedades, sí, parte de tus tierras, y todo excepto lo necesario para el sostén de tu familia. Paga la deuda que has contraído con el impresor. Líbrate de la servidumbre” (Doctrina y Convenios 19:26, 34–35).

Las bendiciones que resultarían de los esfuerzos de Martin tendrían mayor valor que su granja o cualquier otra cosa terrenal: “Ora siempre, y derramaré mi Espíritu sobre ti, y grande será tu bendición—sí, aun más que si obtuvieras tesoros de la tierra” (DyC 19:38). Como resultó ser, las preocupaciones de Martin estaban bien fundamentadas. El Libro de Mormón no se vendió lo suficiente como para permitirle pagar a Grandin con sus ganancias. Finalmente, tuvo que vender poco más de 150 acres de su granja para saldar la deuda. Fue un gran sacrificio, y Martin merece con justicia ser honrado por su contribución a esta parte tan importante de la Restauración. Fue un sacrificio que hizo posible el Libro de Mormón.

El 26 de marzo de 1830, el *Wayne Sentinel* anunció que el Libro de Mormón estaba finalmente disponible para la venta al público. El precio era de

\$1.75. Como el Señor le dijo a la Iglesia, el libro contenía “un relato de un pueblo caído, y la plenitud del evangelio de Jesucristo a los gentiles y también a los judíos; el cual fue dado por inspiración, y es confirmado a otros por el ministerio de ángeles, y es declarado al mundo por ellos” (Doctrina y Convenios 20:9–10).

La publicación del Libro de Mormón culminó una obra santificada de preparación que había comenzado más de dos mil años antes, cuando Nefí inició su registro. Ahora, la obra de antiguos profetas, la vigilancia protectora de Moroni, el servicio consagrado de José y Emma Smith, y las diversas contribuciones de Oliver Cowdery, Martin Harris, la familia Smith, la familia Knight, la familia Whitmer, y personas no miembros de la Iglesia como E. B. Grandin, John H. Gilbert y Luther Howard se habían unido para producir un gran milagro: la primera edición del Libro de Mormón.

Grandin y Howard fueron socios solo hasta el 29 de marzo de 1830, tres días después de que se anunciara la publicación del Libro de Mormón. Howard inmediatamente instaló su taller de encuadernación en una nueva ubicación en otra parte de Palmyra, y para junio ya estaba publicando su propio periódico allí, aparentemente en competencia con el de Grandin. Howard se llevó consigo el trabajo en curso del Libro de Mormón a su nuevo taller, bajo acuerdos financieros con Grandin que hoy en día no están del todo claros.

No se sabe con certeza cuándo terminó la encuadernación del Libro de Mormón. Aunque suficientes ejemplares estaban encuadernados para marzo de 1830 como para justificar el anuncio de su disponibilidad, la mayoría se encuadernó en los meses siguientes. En el verano de 1831, Howard se declaró insolvente y se mudó de Palmyra, dejando atrás complicaciones financieras que no se resolvieron durante un tiempo considerable. En julio, Grandin trasladó el inventario de “Biblias de oro” desde el taller de Howard al suyo propio, y más adelante compró algunos de los otros libros de Howard en subastas. En septiembre, adquirió el equipo del taller de encuadernación de Howard.

En 1978, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días compró el edificio de Palmyra donde la empresa de Howard y Grandin publicó la primera edición del Libro de Mormón. Se instalaron algunas exhibiciones en la planta baja, y el edificio se convirtió en el centro de visitantes de la Iglesia en el centro de Palmyra. En la década de 1990, se decidió restaurar

el edificio para que se viera como en la época en que se publicó el Libro de Mormón. El resultado fue una magnífica reconstrucción histórica de toda una industria de impresión, con el taller de impresión en el tercer piso, el taller de encuadernación en el segundo y la librería en el primero.

El presidente Gordon B. Hinckley dedicó el edificio el 26 de marzo de 1998, en el centésimo sexagésimo octavo aniversario de la publicación del Libro de Mormón.

Capítulo 12

La Organización de la Iglesia

W. Jeffrey Marsh

En nuestro mundo posmoderno, muchas personas cuestionan la necesidad de la religión en sus vidas y la pertenencia a una organización religiosa en particular. Algunos creen que la fe en el Señor Jesucristo, por sí sola, es suficiente para la salvación. Sin embargo, los buscadores sinceros de la verdad eterna anhelan conocer a Dios. A esos buscadores les anunciamos que el 6 de abril de 1830, Dios estableció la Iglesia de Jesucristo y restauró su convenio eterno por medio del profeta José Smith. Jesucristo está a la cabeza de esta Iglesia e invita a todos a venir a Él y ser salvos (Moroni 10:32; DyC 20:59).

Como explicó el élder Bruce R. McConkie: “La verdadera Iglesia de nuestro Señor es la organización formal y oficial de creyentes que han tomado sobre sí el nombre de Cristo mediante el bautismo, comprometiéndose así a servir a Dios y guardar sus mandamientos. (Véase DyC 10:67–69; 18:20–25)”. El establecimiento de la verdadera Iglesia en estos últimos días fue un acontecimiento de importancia eterna. La Iglesia fue organizada conforme al modelo revelado por el Señor “a fin de perfeccionar a los santos... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios” (Efesios 4:12–13). La restauración de la Iglesia no podía lograrse mediante comités o credos, ni simplemente con una reorganización de religiones ya existentes. Requería revelación desde lo alto (Jacob 4:8).

El modelo divino para organizar la Iglesia se estableció en la época de Adán: “Y así comenzó a predicarse el Evangelio desde el principio, siendo declarado por santos ángeles enviados de la presencia de Dios, y por su propia voz, y por el don del Espíritu Santo” (Moisés 5:58).

Desafortunadamente, tan pronto como el evangelio fue establecido en los días de Adán, la apostasía comenzó a corromper su mensaje. “Adán y Eva bendijeron el nombre de Dios, e hicieron saber todas las cosas a sus hijos e hijas. Y Satanás vino entre ellos... y les mandó, diciendo: No lo creáis; y no

lo creyeron, y amaron más a Satanás que a Dios. Y desde ese tiempo, los hombres comenzaron a ser carnales, sensuales y diabólicos” (Moisés 5:12–13).

A lo largo de la historia, siempre que ha ocurrido una apostasía de esta naturaleza, ha sido necesario que el evangelio y las ordenanzas salvadoras fueran revelados de nuevo desde los cielos. Esto explica por qué ha habido muchas dispensaciones del evangelio, cada una de ellas definida como “un período de tiempo en el cual el Señor tiene por lo menos un siervo autorizado en la tierra que posee el santo sacerdocio y las llaves, y que tiene una comisión divina para dispensar el evangelio a los habitantes de la tierra”. Los líderes de tales dispensaciones se mencionan en las Escrituras: Adán, Enoc, Noé, Abraham, Moisés y, sobre todo, Jesucristo.

La Iglesia de Jesucristo floreció durante la era apostólica. “Pero al pasar los siglos, la llama comenzó a parpadear y a debilitarse. Las ordenanzas fueron cambiadas o abandonadas. La línea [de autoridad] se quebró y se perdió la autoridad para conferir el don del Espíritu Santo. Las tinieblas de la apostasía envolvieron al mundo”. Como resultado de esa apostasía, se hizo necesario restaurar una vez más la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra (DyC 86:1–4).

La restauración final

José Smith fue el profeta por medio del cual el Señor restauró su verdadero evangelio y las llaves del sacerdocio. José tenía la autoridad para actuar en el nombre de Dios para organizar Su Iglesia. La Iglesia fue restaurada bajo la dirección del Salvador por medio de un profeta viviente, en armonía con la declaración inspirada del profeta Amós: “Ciertamente el Señor Jehová no hará nada sin revelar su secreto a sus siervos los profetas” (TJS Amós 3:7).

En 1829, José Smith y Oliver Cowdery “hicieron saber a nuestros hermanos que habíamos recibido un mandamiento de organizar la Iglesia”. También afirmaron que se les indicó “el día exacto en que, de acuerdo con la voluntad y el mandamiento de Dios, debíamos proceder a organizar Su Iglesia una vez más sobre la tierra”. La fecha escogida por el Señor fue el 6 de abril de 1830.

Así pues, en ese día de abril de 1830, alrededor de cincuenta creyentes en el llamamiento profético de José Smith se reunieron en la casa de troncos de Peter y Mary Whitmer, en Fayette, Nueva York. Con José presidiendo, la

Iglesia fue “debidamente organizada y establecida conforme a las leyes de nuestro país, por la voluntad y los mandamientos de Dios” (DyC 20:1). Las leyes a las que se hace referencia están impresas en un estatuto de Nueva York de 1784 que regulaba la creación de nuevas iglesias dentro del estado. Dicho estatuto exigía que “de tres a nueve fideicomisarios... se encargaran de los bienes de la iglesia y gestionaran sus asuntos administrativos. Se debía seleccionar a dos élderes de la congregación para presidir la elección. Se requería un aviso con quince días de anticipación, dado durante dos domingos consecutivos. Se debía registrar un certificado con el nombre de la iglesia y evidencia del cumplimiento de los actos organizativos en el condado o condados donde se estableciera la iglesia”.

Alrededor del mediodía del 6 de abril se celebró la reunión fundacional de la Iglesia. Se nombró a seis hombres para encargarse de los asuntos de la nueva organización religiosa: José Smith (de veinticuatro años), Oliver Cowdery (veintitrés), Hyrum Smith (treinta), Peter Whitmer Jr. (veinte), David Whitmer (veinticinco) y Samuel H. Smith (veintidós). Estos hombres constituyeron la membresía oficial de la Iglesia, la cual, según David Whitmer, se llamaba la Iglesia de Cristo, “siendo el mismo [nombre] que [Dios] dio a los nefitas”.

Después de explicar a los presentes que la reunión se realizaba conforme a las instrucciones que había recibido por revelación, José pidió a todos que se arrodillaran con él en oración solemne. Al concluir la oración, José se puso de pie e invitó a los presentes a expresar su disposición de aceptarlo a él y a Oliver Cowdery como “maestros en las cosas del Reino de Dios”. Todos estuvieron de acuerdo. José luego preguntó “si estaban conformes con que procediéramos a organizarnos como Iglesia, según dicho mandamiento”. Una vez más, “consintieron por voto unánime”.

De acuerdo con esa aprobación, el Profeta ordenó a Oliver Cowdery como élder en la Iglesia de Jesucristo. Oliver entonces impuso las manos sobre la cabeza de José Smith y lo ordenó como élder en la Iglesia de Cristo.

A continuación, se administró el sacramento de la Cena del Señor. José y Oliver bendijeron y repartieron los emblemas—pan y vino (DyC 20:75–79). Luego confirmaron, mediante la imposición de manos, a aquellos que previamente habían sido bautizados. A través de esta ordenanza, confirieron a los nuevos miembros el don del Espíritu Santo. El efecto de la ordenanza fue inmediato: “El Espíritu Santo fue derramado sobre nosotros

en gran medida—algunos profetizaron, mientras todos alabábamos al Señor y nos regocijábamos en gran manera”, escribió José. “Procedimos entonces a llamar y ordenar a algunos de los hermanos a diferentes oficios del sacerdocio, según el Espíritu nos lo manifestaba”.

Entonces, para asombro de los presentes, el profeta José recibió una revelación de parte de Dios (DyC 21). En ella, el Señor mandó que se llevara un registro en el cual se declarara que José había sido llamado como “vidente, traductor, profeta, apóstol de Jesucristo, élder” (DyC 21:1). Se mandó a los miembros que:

“presten atención a todas sus palabras y mandamientos que os dé, conforme él los reciba, andando en toda santidad delante de mí. Porque recibiréis su palabra como si saliera de mi propia boca, con toda paciencia y fe.”

“Porque si hacéis estas cosas, las puertas del infierno no prevalecerán contra vosotros; sí, y el Señor Dios dispersará los poderes de las tinieblas de delante de vosotros, y hará que los cielos tiemblen para vuestro bien y para la gloria de su nombre” (DyC 21:4–6).

Oliver Cowdery fue llamado como el primer predicador (DyC 21:12), y se pidió a la congregación que ratificara un documento llamado los *Artículos y Convenios de la Iglesia*, más tarde registrado como Doctrina y Convenios sección 20. Entonces, se dio por concluida la reunión organizativa.

Muchos de los presentes en esa reunión fundacional en Fayette deseaban ser bautizados. “Varias personas que asistieron a dicha reunión llegaron a convencerse de la verdad y poco después se acercaron y fueron recibidas en la Iglesia”, escribió José. “Entre ellas, mi propio padre y mi madre fueron bautizados, para mi gran gozo y consuelo”. La madre de José escribió sobre aquel acontecimiento bautismal: “José estaba de pie en la orilla, y al tomar la mano de su padre exclamó, con lágrimas de alegría: ‘¡Alabado sea mi Dios! ¡He vivido para ver a mi propio padre bautizado en la verdadera Iglesia de Jesucristo!’”. También fueron bautizados ese primer día Martin Harris y Orrin Porter Rockwell, quien tenía diecisiete años.

Crecimiento en la organización de la Iglesia

El Señor reveló la organización completa de Su Iglesia línea por línea al profeta José Smith. Tal vez el profesor Robert J. Matthews lo expresó de la mejor manera:

“En junio de 1830 no había barrios, ni estacas, ni Primera Presidencia, ni Cuórum de los Doce, ni patriarcas, ni Setentas, ni obispos, ni Palabra de Sabiduría, ni revelación sobre los grados de gloria, ni diezmo, ni programa de bienestar, ni ley de consagración, ni cuórum del sacerdocio de ningún tipo, ni templos, ni investiduras, ni sellamientos, ni matrimonios para la eternidad, ni comprensión real de la Nueva Jerusalén, ni bautismos por los muertos, ni Doctrina y Convenios, ni Perla de Gran Precio, ni Traducción de José Smith (de la Biblia).

¿Cómo llegaron a existir todas estas cosas que hoy reconocemos como vitales para nuestra vida espiritual y fundamentales para la Iglesia?

Vinieron cuando el momento fue el adecuado y como respuesta a la oración—el resultado de una búsqueda sincera. Cada una de estas cosas fue revelada en un momento y lugar específicos, y en una situación particular; y cada una se convirtió, una por una, en parte de la doctrina y la estructura de la Iglesia.”

Mientras los primeros miembros esperaban en el Señor la revelación de las doctrinas de salvación, ordenanzas y estructura eclesiástica, disfrutaban de un espíritu de esperanza anticipada. Sidney Rigdon recordó una reunión en la que predominaba esa esperanza:

“Me reuní con toda la Iglesia de Cristo en una pequeña casa de troncos, de unos 6 metros cuadrados, cerca de Waterloo, Nueva York, y comenzamos a hablar del reino de Dios como si tuviéramos el mundo a nuestro mando; hablábamos con gran confianza, y hablábamos de cosas grandiosas, aunque no éramos muchas personas, teníamos grandes sentimientos;... entonces éramos tan grandes como lo seremos alguna vez; comenzamos a hablar como hombres con autoridad y poder;... vimos en visión la Iglesia de Dios, mil veces más grande.... Muchas cosas se enseñaron, se creyeron y se predicaron en aquel tiempo que desde entonces se han cumplido;... si hubiéramos hablado en público, nos habrían ridiculizado más de lo que lo hicieron, ya que el mundo era completamente ignorante del testimonio de los profetas y no tenía conocimiento de lo que Dios estaba a punto de hacer.”

Conclusión

La restauración y organización de la Iglesia del Señor en abril de 1830, y su desarrollo posterior, se llevaron a cabo en armonía con cinco principios eternos y fundamentales:

- (1) conforme a la voluntad de Dios,
- (2) por mandato divino,
- (3) con la autoridad del santo sacerdocio,
- (4) con el consentimiento de la congregación, y
- (5) de acuerdo con las leyes del país.

Con estos principios claramente establecidos, la Iglesia, tal como fue profetizado por el antiguo profeta Daniel, comenzó a rodar hasta llenar toda la tierra (Daniel 2:34–35; véase también Moisés 7:62; 1 Nefi 14:12–14).

La “obra” de Dios al restaurar su Iglesia se ha cumplido. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ahora está “barriendo la tierra como con una inundación”, llevando el “evangelio eterno” y el mensaje de nuestro Señor resucitado a toda nación, tribu, lengua y pueblo (Mateo 24:14; Apocalipsis 14:6).

Capítulo 13

Las Conferencias de 1830

John P. Livingstone

Se celebraron tres conferencias en el oeste del estado de Nueva York después de la organización de la Iglesia. La primera conferencia se llevó a cabo en junio de 1830, la segunda en septiembre de 1830 y la tercera en enero de 1831, todas en la granja de Peter Whitmer padre, en Fayette.

De estas tres conferencias de la Iglesia, se sabe muy poco sobre la reunión del 2 de enero de 1831. “La conferencia se reunió conforme a lo programado, pero no se tomaron actas, salvo un mandamiento recibido, dando instrucciones a los santos”, es, lamentablemente, todo lo que se registró de esa reunión. Por lo tanto, solo se pueden analizar en detalle las dos primeras conferencias de la Iglesia naciente. Las actas preservadas y las entradas en diarios de estas conferencias ofrecen evidencia clara de que, a pesar del aumento de la persecución religiosa, la obra del Señor avanzaba, y la verdad y el poder del evangelio estaban siendo restaurados sobre la tierra.

La primera conferencia de 1830

En la revelación que estableció la fecha para la reunión fundacional de la Iglesia, el Señor mandó que “los diversos élderes que componen esta iglesia de Cristo deben reunirse en conferencia una vez cada tres meses, o de vez en cuando como dichas conferencias lo dirijan o designen” (DyC 20:61). Conforme a esa instrucción, se fijó la fecha de la conferencia para el 9 de junio de 1830.

Los santos viajaron desde South Bainbridge, Colesville, Palmyra y Harmony para estar presentes en la conferencia realizada en la casa de los Whitmer en Fayette. Es probable que una reunión de este tipo se haya considerado una asamblea muy bienvenida, en la cual amigos distantes podían encontrarse, renovar su fe y fortalecer sus lazos. El propósito central de esta conferencia era recibir instrucción y dirección del profeta José Smith.

Cuando comenzó la reunión, se designó a Oliver Cowdery para que registrara las actas. Sus actas se incluyen en su totalidad a continuación:

Actas de la primera Conferencia celebrada en el municipio de Fayette, condado de Seneca, estado de Nueva York, por los élderes de esta Iglesia, el 9 de junio de 1830, conforme a los Artículos y Convenios de la Iglesia (Secciones 20 y 22 de Doctrina y Convenios)

Élderes presentes: José Smith hijo, Oliver Cowdery, Peter Whitmer, David Whitmer, John Whitmer, Ziba Peterson.

Se leyó Ezequiel 14 por José Smith hijo, y la oración fue ofrecida por él mismo.

Los Artículos y Convenios fueron leídos por José Smith hijo y aceptados por voto unánime de toda la congregación, que consistía en la mayoría de los miembros varones de la Iglesia.

Samuel H. Smith fue entonces ordenado élder por la imposición de manos de Oliver Cowdery, y José Smith padre e Hyrum Smith fueron ordenados sacerdotes.

Las siguientes personas fueron luego sostenidas y recibieron sus licencias, a saber:

Élderes de esta Iglesia: David Whitmer, John Whitmer, Peter Whitmer, Ziba Peterson, Samuel H. Smith.

Sacerdotes de esta Iglesia: Martin Harris, Hyrum Smith, José Smith padre.

Maestros de esta Iglesia: Hiram Page y Christian Whitmer.

Exhortación por José Smith hijo y Oliver Cowdery. La conferencia fue aplazada hasta el 26 de septiembre de 1830, a celebrarse en el mismo lugar. El hermano Oliver Cowdery fue designado para llevar el registro de la Iglesia y las actas de la conferencia hasta la próxima conferencia. Oraron todos los hermanos presentes y se dio por concluida la reunión con una oración ofrecida por el hermano Oliver Cowdery.

Las actas anteriores fueron registradas en el momento de esta conferencia por Oliver Cowdery, secretario.

Es particularmente interesante notar que cada oficial de la Iglesia fue mencionado en las actas, y que “la mayoría” estuvo presente. Puede parecer curioso que no se haya mencionado la presencia de mujeres. Se presume que sí asistieron, pero no fueron anotadas oficialmente debido a

una práctica común del siglo XIX de incluir únicamente a los varones como miembros oficiales de una organización.

Según lo registrado por Oliver Cowdery, José Smith abrió la conferencia leyendo el capítulo catorce de Ezequiel. Este capítulo habla de los ancianos de Israel que acuden al profeta para consultar al Señor por medio de él. No obstante, Ezequiel señala que estos ancianos han “levantado sus ídolos en su corazón” y han “puesto delante de su rostro el tropiezo de su maldad” (Ezequiel 14:3). El Señor les asegura que cortará a los impíos, y declara: “Y cuando el profeta fuere engañado y hablare palabra, yo Jehová engañé a tal profeta; y extenderé mi mano contra él, y lo destruiré de en medio de mi pueblo Israel” (Ezequiel 14:9).

Estas palabras de advertencia ciertamente no pasaron desapercibidas para los asistentes. Seguramente encontraron consuelo en la naturaleza igualitaria de las Escrituras, que amonestan tanto al profeta como a los miembros. Ezequiel cita al Señor diciendo que hace esto “para que la casa de Israel no se desvíe más de mí, ni se contamine más con todas sus transgresiones, sino que sean mi pueblo, y yo sea su Dios, dice Jehová el Señor” (Ezequiel 14:11). Esta última frase debió resonar con los nuevos miembros de la Iglesia.

Los dos versículos finales del capítulo, sin duda, habrían sido comprendidos en el contexto de la restauración de la verdad del evangelio y de la autoridad del sacerdocio. El profeta José leyó:

“Sin embargo, he aquí, en ella quedará un remanente que será sacado, tanto hijos como hijas: he aquí, ellos vendrán a vosotros, y veréis su conducta y sus obras; y seréis consolados respecto al mal que hice venir sobre Jerusalén, en cuanto a todo lo que hice venir sobre ella. Y os consolarán, cuando veáis su conducta y sus obras; y sabréis que no hice sin causa todo lo que hice en ella, dice Jehová el Señor.” (Ezequiel 14:22–23)

Uno no puede evitar preguntarse si los que asistieron a la conferencia se veían a sí mismos como el “remanente” cuya conducta consolaba a los profetas antiguos.

La lectura de Ezequiel, seguida por la lectura y sostenimiento de los *Artículos y Convenios*, no sería muy diferente del formato que a veces se sigue hoy en las reuniones de liderazgo de la Iglesia, donde se comienza

con una reflexión basada en las Escrituras, seguida de la lectura del *Manual General de Instrucciones*. Lo mismo podría decirse de las tres ordenaciones que se realizaron. Cada nuevo oficial del sacerdocio ordenado recibió una “licencia” o certificado que indicaba su oficio.

Aunque el paso del sacramento del Señor no fue mencionado en las actas tomadas por Oliver Cowdery, tanto José Smith como Newel Knight registraron que esta ordenanza sí se llevó a cabo durante la conferencia, al igual que la confirmación de algunos que ya habían sido bautizados:

“El 9 de junio de 1830 celebramos nuestra primera conferencia como Iglesia organizada. Nuestro número era de unos treinta, además de muchas otras personas que se reunieron con nosotros, ya fueran creyentes o interesados en aprender. Después de comenzar con canto y oración, participamos juntos de los emblemas del cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Luego procedimos a confirmar a varios que recientemente habían sido bautizados, y después llamamos y ordenamos a varios a los diversos oficios del sacerdocio.”

Después se pronunciaron discursos por parte de José y Oliver, y se fijó la fecha de la próxima conferencia: 26 de septiembre de 1830. Se designó a Oliver para llevar los registros de la Iglesia hasta esa conferencia. Luego se ofrecieron las oraciones finales, que posiblemente hayan incluido la oración unida de todos los presentes o quizás una oración individual ofrecida por cada persona, como lo hicieron los Tres Testigos antes de ver las planchas.

La segunda conferencia de 1830

La segunda conferencia también se celebró en la casa de Peter Whitmer padre, en Fayette, Nueva York. Aquellos que deseaban asistir a esta conferencia llegaron con anticipación. Entre los primeros en llegar estuvieron José y Emma Smith, quienes viajaron desde Harmony, Pensilvania, y llegaron durante la última semana de agosto de 1830. Otros llegaron a la casa de los Whitmer durante la tercera semana de septiembre.

La conferencia, que se llevó a cabo el 26 de septiembre, está registrada en las Escrituras. En esta reunión, José recibió revelaciones que hoy constituyen los últimos catorce versículos de la sección 27 de Doctrina y Convenios, así como la totalidad de las secciones 28 y 29. En estas revelaciones se tratan temas como las llaves del liderazgo del sacerdocio, el orden de la revelación y las doctrinas fundamentales del evangelio.

El incidente relacionado con Hiram Page, quien afirmaba haber recibido varias revelaciones mediante una “piedra vidente”, fue resuelto. En la *Historia de la Iglesia* se registra lo siguiente:

“Finalmente se reunió nuestra conferencia. Se discutió el asunto de la piedra mencionada anteriormente, y tras una considerable investigación, el hermano Page, así como toda la Iglesia presente, renunciaron a dicha piedra y a todo lo relacionado con ella, para nuestra mutua satisfacción y felicidad.”

Después de resolver este asunto, los presentes:

“participaron del sacramento, confirmaron y ordenaron a muchos, y atendieron una gran variedad de asuntos de la Iglesia durante el primer día y los dos días siguientes de la conferencia, durante los cuales se manifestó entre nosotros en gran medida el poder de Dios; el Espíritu Santo descendió sobre nosotros y nos llenó de un gozo indescriptible; y la paz, la fe, la esperanza y la caridad abundaron en nuestro medio.”

Una vez más, Oliver Cowdery registró las actas oficiales de la conferencia. A continuación, se incluyen sus notas para mostrar la brevedad del acta, así como los nombres de los asistentes mencionados:

Actas de la segunda conferencia celebrada por los élderes de esta Iglesia conforme a lo programado, 26 de septiembre de 1830.

Élderes presentes: José Smith hijo, Oliver Cowdery, David Whitmer, John Whitmer, Peter Whitmer, Samuel H. Smith, Thomas B. Marsh.

El hermano José Smith hijo fue designado por voto como presidente de la conferencia.

El hermano José Smith hijo fue designado por la voz de la conferencia para recibir y escribir revelaciones y mandamientos para esta Iglesia.

El capítulo 5 de Isaías fue leído por el hermano José Smith hijo, y la oración fue ofrecida por él mismo.

Los *Artículos y Convenios* fueron leídos por el hermano Oliver Cowdery, seguido de comentarios del hermano José Smith hijo.

Número de personas que se han unido a esta Iglesia desde la última conferencia: treinta y cinco, haciendo un total de sesenta y dos miembros pertenecientes actualmente a esta Iglesia.

El hermano Newel Knight fue ordenado sacerdote por la imposición de manos del hermano Oliver Cowdery, quien también ofreció la oración. Oración ofrecida por todos los presentes.

Exhortaciones por parte de todos los élderes respectivamente.

Canto y oración en favor de los hermanos Oliver Cowdery y Peter Whitmer hijo, quienes habían sido designados anteriormente para ir a predicar a los lamanitas.

La conferencia fue aplazada hasta el 1 de enero de 1831, para celebrarse en este mismo lugar.

El hermano David Whitmer fue designado para llevar los registros de la Iglesia hasta la próxima conferencia.

Oración ofrecida por el hermano Oliver Cowdery.

Las actas anteriores fueron registradas al momento de esta conferencia por Oliver Cowdery.

El profeta José habló sobre el capítulo 5 de Isaías, el cual habla de la apostasía de Israel y de una nueva enseña (estandarte o bandera) que se levantará en los últimos días ante las naciones para anunciar la restauración del evangelio en la tierra. Qué apropiado que los miembros neófitos de esta reunión oficial de la Iglesia escucharan sobre la ira del Señor hacia aquellos que toman a la ligera sus revelaciones y su evangelio.

El acoso que cada uno de ellos ya había sentido como nuevo miembro debió haberse aliviado en cierta medida al escuchar los ayes pronunciados por el Señor contra los perseguidores embriagados. Sin duda, no habrán pasado por alto la referencia a la *enseña*, ni la eficacia de la restauración de la cual ellos eran miembros fundadores. Ciertamente hubo una medida de paz y seguridad al leer Isaías.

La lectura que hizo Oliver de los *Artículos y Convenios* debió haber sonado como una constitución para quienes habían asistido a las reuniones anteriores en la casa de los Whitmer. El que se desautorizaran las revelaciones de Hiram Page abrió el camino para que José fuera “designado por la voz de la conferencia para recibir y escribir revelaciones”. El hecho de que la membresía de la Iglesia aumentara en treinta y cinco conversos indica un énfasis en la obra misional que ha continuado hasta nuestros días, al igual que la práctica de anunciar el crecimiento de la Iglesia durante una conferencia.

Sin duda, debió generarse cierta emoción al mencionarse la obra misional entre los lamanitas, a la cual Oliver Cowdery y Peter Whitmer hijo habían sido llamados.

También se anotó debidamente que se estableció la fecha para la próxima conferencia, y que Oliver Cowdery fue relevado de su responsabilidad como secretario debido a su llamamiento misional. David Whitmer fue asignado para reemplazarlo en el cuidado de los registros de la Iglesia hasta enero siguiente, cuando se celebraría la próxima conferencia.

Una vez más, no se hizo mención en las actas oficiales de la administración del sacramento ni de confirmaciones durante la conferencia. Pero como ya se señaló anteriormente tanto en la *Historia de la Iglesia* como en el diario de Newel Knight: “Se administró el sacramento, varios fueron confirmados, y muchos fueron ordenados”.

Conclusión

Las conferencias celebradas en el oeste del estado de Nueva York a principios de la década de 1830 establecieron un modelo que continúa vigente en la actualidad. Sirven como prototipo de las conferencias de estaca y generales. Estas reuniones fueron precursoras de las transmisiones satelitales de capacitación mundial que llevan las palabras de los profetas a miembros y líderes reunidos en pequeños y grandes grupos en todas partes.

Instrucciones que se sienten profundamente personales—y que, sin embargo, están destinadas a influir en la vida de los hijos de Dios por todo el mundo—se imparten en entornos cómodos tanto en los continentes como en las islas del mar. El milagro de todo esto es que comenzó con apenas unas pocas docenas de personas que respondieron al llamamiento de Dios dado por medio de su Profeta, incluso José Smith.

A pesar de la relativa juventud de la Restauración, el mensaje del evangelio continúa extendiéndose por toda la tierra de una manera muy personal, pero alcanzando a millones al mismo tiempo.

No cabe duda de que José Smith recibió revelaciones de Dios y organizó La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días para publicar esas revelaciones al mundo. Si bien las revelaciones de hoy pueden no ser tan “fundacionales” como las de la época de José, ciertamente continúan, y se

transmiten al mundo en conferencias que remontan sus orígenes a una humilde reunión en Fayette, Nueva York.

Capítulo 14

“Reuníos en Ohio”

Steven C. Harper

En diciembre de 1830, José Smith recibió una revelación en Nueva York: “Un mandamiento doy a la Iglesia”, dijo el Señor, “que les es prudente que se reúnan en Ohio”. La razón fue concisa: “a causa del enemigo y por vuestro bien”. Los santos de Nueva York debían “escoger” obedecer o desobedecer (DyC 37:1, 3, 4). Al estilo apocalíptico de los profetas, José predicó en varios lugares diciendo: “Dios está a punto de destruir esta generación, y Cristo descenderá del cielo con poder y gran gloria, con todos los santos ángeles con Él, para vengarse de los impíos y de aquellos que no conocen a Dios”. Algunos prestaron oído, pero la mayoría fueron hostiles o indiferentes a sus palabras. “El adversario de toda justicia”, explicó el historiador de la Iglesia John Whitmer, “engaño al pueblo y los incitó a la ira contra las palabras pronunciadas. ... Esta generación abunda en ... egoísmo, idolatría”. Fue “difícil” incluso “para aquellos que reciben la plenitud del evangelio” abandonar “las tradiciones de sus antepasados”. Su seguridad temporal y espiritual estaba en juego.

En este contexto desafiante, José reunió a la naciente Iglesia de Cristo, que aún no cumplía un año, para una conferencia general en Fayette, Nueva York. Era enero de 1831. Newel Knight recordó que en esta conferencia “el Señor mandó a su pueblo trasladarse a Ohio para que pudieran reunirse ... un pueblo justo, sin mancha y sin culpa”. “José el vidente se dirigió a la congregación”, escribió Whitmer.

Insatisfechos con el conciso mandamiento del Señor de emigrar, los santos “deseaban saber más sobre este asunto. Por lo tanto, el Vidente consultó al Señor en presencia de toda la congregación, y así vino la palabra del Señor”. Esta vez el Señor elaboró una razón para su audiencia incrédula. Pintó un cuadro vívido y apocalíptico de los destinos diferentes que aguardarían a quienes creen y obedecen, en comparación con el destino de quienes “no quieren oír mi voz, sino endurecen su corazón, y ay, ay, ay de

ellos” (DyC 38:6). Los empoderó con el conocimiento de su voluntad, lo cual les permitió actuar por sí mismos, informados por las consecuencias inevitables. Para sobrevivir la inminente destrucción espiritual, los santos debían salir de Nueva York (DyC 38:10–13). Tal vez el enemigo al que se refería el Señor incluía a los perseguidores hostiles bien conocidos por José Smith, o a otros con planes siniestros y secretos. Pero la revelación sugiere que el “enemigo” más peligroso era el menos esperado. Era la cultura dominante, las cosas que todos pensaban y hacían. El Señor evaluó la situación con pesimismo: “Toda carne se ha corrompido”, “prevalecen los poderes de las tinieblas”, “la eternidad está afligida” (DyC 38:11–12).

El observador francés Alexis de Tocqueville llegó a América poco después de esta revelación. Sus agudas observaciones ilustran lo que el Señor aborrecía de la cultura estadounidense en 1831, la cual exaltaba al individuo por encima de la comunidad. Tal interés egoísta podía verse en la proliferación de iglesias y en el énfasis que las nuevas denominaciones ponían en la salvación individual y en el papel del individuo para optar por la salvación. El metodismo se convirtió rápidamente en la denominación más grande de Estados Unidos, y otras denominaciones comenzaron a parecerse más al metodismo. Esto tuvo efectos extraños. Mientras que los puritanos de la década de 1630 estaban seguros de su naturaleza caída, los metodistas de la década de 1830 confiaban en su perfectibilidad. A esto siguió cierto “orgullo de sí mismo”.

El historiador Andrew Delbanco afirmó que, para el tiempo en que el Señor mandó a los santos de Nueva York trasladarse a Ohio, el individualismo “ya no era solo una emoción legítima, sino el dios incuestionado de América. Y como cada uno tenía su propio yo, cada uno tenía su propio dios”.

La autoridad se depositaba en el pueblo en general y en el individuo en particular. Muchos estaban convencidos de que sus nuevas instituciones podían perfeccionarse a sí mismas y perfeccionar la sociedad. Se reconocía a Dios en todas partes, pero se lo volvía mudo para no perturbar una desenfrenada “autosuficiencia”, como la llamó Emerson, usando el mejor término posible para describir lo mismo que el Señor denunció en noviembre de 1831: “Todo hombre anda por su propio camino, y en pos de la imagen de su propio dios, cuya imagen es semejanza del mundo, y cuya sustancia es la de un ídolo, que envejece y perecerá en Babilonia, sí, la grande, que caerá” (DyC 1:16).

“El verdadero comienzo de la democracia estadounidense”, escribieron los estudiosos de Tocqueville Mansfield y Winthrop, “es el dogma de la soberanía del pueblo, un dogma lógicamente incompatible con la aceptación de cualquier autoridad”. Por tanto, el mandamiento de reunirse asumía una autoridad que los estadounidenses no estaban muy dispuestos a conceder en 1831. Obligaba a los santos a decidir si servirían a sí mismos o al Señor.

La revelación les ofrecía una vía de escape de esta cultura. Visualizaba una sociedad alternativa. Venía con la voz del Señor que tomó “a Sion de Enoc en mi seno” (DyC 38:4). Declaraba que los fieles y obedientes eran “limpios, mas no todos; y no hay otro con quien me complazca” (DyC 38:10).

Predecía designios perversos para destruir a los santos “con el tiempo” (DyC 38:13). Estas fueron las mismas palabras reveladas recientemente a José para describir cómo Sion de Enoc escapó de este mundo (Moisés 7:21). Su inquietante paralelismo con los creyentes de Nueva York viviendo en “Babilonia” sugiere que un mal cultural insidioso representaba la mayor amenaza para el bienestar espiritual de los santos. Tenían que escoger (pues las revelaciones describían una disyuntiva) comenzar el “proceso” de llegar a ser como la Sion de Enoc o continuar el “proceso” hacia la “destrucción” (DyC 38:13). A través del profeta José, el Señor empoderó a los creyentes con toda la información necesaria para elegir sabiamente (DyC 37:4).

La decisión de escapar de la destrucción requería que los nuevos conversos reconocieran al Señor como la fuente de autoridad, el Creador de mundos así como de leyes, y a José Smith como Su portavoz (DyC 21:1–8). “Oíd mi voz y seguidme”, mandó el Señor sin rodeos (DyC 38:22). La revelación exigía a los creyentes aliviar la pobreza, estimar a todos por igual y “ser uno” (DyC 38:27). Proclamaba contradicciones frente a los mensajes culturales de ser partidistas, codiciosos y de “poseer lo que está sobre otro”, “como los nefitas de antaño” (DyC 49:20; 38:39). Parecía calculada para probar la integridad de quienes hacían convenios al obligarlos a escoger entre “las cosas de este mundo” o las cosas de uno mejor (DyC 25:10; véase DyC 38:17–20, 25–26, 39). Había indiferencia, si no desprecio, hacia la seguridad carnal de los santos: “Los que tengan heredades que no se puedan vender, déjenlas o arríéndenlas como les parezca bien” (DyC 38:37). La irrelevancia de la propiedad contrastaba marcadamente con el énfasis de la revelación en el bienestar de las almas: “Para que escapéis del

poder del enemigo, y seáis congregados a mí un pueblo justo, sin mancha y sin culpa; por tanto, por esta causa os di el mandamiento de que fuerais a Ohio” (DyC 38:31–32).

La revelación causó un choque inicial. Creó disonancia en los creyentes acostumbrados al individualismo. Para librarse de sus ansiedades internas, los nuevos conversos podían optar por obedecer o rechazar el mandamiento y al profeta José. Al principio hubo algunos indicios de rechazo, ya que algunos proyectaron su propio egoísmo sobre el profeta. John Whitmer dijo que la revelación causó “divisiones entre la congregación; algunos no querían aceptar lo anterior como la palabra del Señor, sino que [sostenían] que José lo había inventado él mismo para engañar al pueblo y al final obtener ganancia. Ahora bien, esto se debía a que sus corazones no estaban bien ante los ojos del Señor, porque querían servir a Dios y al hombre; pero nuestro Salvador ha declarado que es imposible hacerlo”.

Dada la poderosa influencia de la cultura estadounidense en 1831, el hecho notable no es que “uno o dos” se resistieran al “sacrificio monumental” de reunirse, sino cómo los santos se alinearon tras la autoridad del mandamiento cuando la conferencia llegó a su fin. Whitmer escribió que “el Señor había manifestado su voluntad a su pueblo. Por lo tanto, hicieron preparativos para viajar a Ohio, con sus esposas, hijos y todo lo que poseían, para obedecer el mandamiento del Señor”. Se estaban sometiendo al proceso de ser “menos poseídos” por las posesiones temporales. Los santos rápidamente “comenzaron a buscar compradores para sus tierras y casas y a empacar”. Al cumplir el mandamiento de arrancar raíces celestiales y abandonar las preocupaciones celestiales, los santos de Nueva York estaban entregando su yo a Dios. En otras palabras, estaban haciendo una audaz declaración contracultural. Al hacerlo, se preparaban para recibir la ley de consagración que el Señor había prometido. Se estaban presentando dispuestos a ser “investidos de poder desde lo alto” (DyC 38:32).

Newel Knight recordó que “los santos manifestaron una confianza inquebrantable en la gran obra en la que [ellos] estaban comprometidos”. Familias ya establecidas y prósperas en Nueva York partieron hacia Ohio poco después de la conferencia de enero de 1831. Emma Smith, esperando mellizos, acompañó a José “en el momento de su partida” a fines de enero

y nunca volvió a ver a sus padres. Estaba aferrándose a los convenios y dejando a un lado las cosas de este mundo por tesoros incorruptibles en uno mejor (DyC 25:10; 38:17–20). Polly y Joseph Knight huyeron de los perseguidores cerca de Colesville, Nueva York, y dejaron sus granjas y molinos para que se vendieran. En el camino, proporcionaron a Emma y a José los medios para viajar a Ohio. Los sesenta y siete creyentes restantes de Colesville se ayudaron entre ellos a prepararse y decidieron “viajar juntos en una sola compañía” bajo el liderazgo de Newel Knight. Partieron en abril en una caravana de carretas rumbo al lago Cayuga y de allí, por canales, al lago Erie. En una jornada hacia Sion, tanto geográfica como metafóricamente, enfrentaron juntos persecución, heridas y mareos. Los enemigos citaron a Newel Knight ante el tribunal, y tuvo que regresar a Colesville. “Toda la compañía”, escribió, “rehusó viajar hasta que yo regresara”. Mientras tanto, su tía, Electa Peck, “se cayó y se rompió el hombro de una manera espantosa”. Cuando Newel regresó, ella expresó su fe en el sacerdocio que él poseía y le pidió que la bendijera: “Oh, hermano Newel, si me impones las manos, me pondré bien y podré continuar el viaje contigo”. Él lo hizo, y “a la mañana siguiente ella se levantó, se vistió y continuó la jornada con nosotros”.

Durante dos semanas la compañía fue retenida en Búfalo, Nueva York, ya que su barco hacia Fairport, Ohio, estaba atrapado por el hielo.

Desde Ohio, José envió a llamar a su padre y a su hermano Hyrum. Ellos acudieron rápidamente en marzo. Eso dejó a su capaz madre, Lucy Mack Smith, al frente del resto de su familia y de otros, unos cincuenta en total, que partieron desde Waterloo, Nueva York, tan pronto como “los hermanos consideraron que la primavera estaba lo suficientemente avanzada para viajar por vía acuática”. Habiéndose unido recientemente a los santos en Nueva York desde su hogar en Boston, Thomas Marsh lideró un grupo de unos treinta, incluyendo a los Whitmer desde Fayette. Martin Harris lideró quizás a cincuenta más desde Palmyra hasta Kirtland en mayo. Conversos de Colesville, Waterloo y Fayette convergieron en Búfalo, donde el puerto seguía congelado. Los lugares donde hospedarse mientras esperaban que se derritiera el hielo eran escasos. Los precios eran altos y los suministros, bajos. Las condiciones parecían diseñadas para poner a prueba la paciencia, la fe y la voluntad de quienes habían hecho convenios.

Lucy Mack Smith había querido que el hombre de mayor edad, un hermano Humphreys, dirigiera su grupo, pero él se negó y toda la compañía respondió unánimemente: “Haremos exactamente lo que diga la hermana Smith”. Un tal Esquire Chamberlain proporcionó fondos para que ella pudiera alimentar al numeroso grupo durante el trayecto. Lucy comparó a su pequeña compañía con la de Lehi. Se sintió frustrada al ver que algunos en su grupo no consideraban vinculante la revelación de que debían ayudarse unos a otros (DyC 38:24–27). Había, a su parecer, demasiada mundanalidad entre ellos. Encontró “a varios de los hermanos y hermanas envueltos en acalorados debates, otros murmurando y quejándose, y a varias jovencitas coqueteando, riendo y charlando con caballeros pasajeros que eran completos desconocidos para ellas, mientras cientos de personas en tierra y en otros barcos eran testigos de esta escena de alboroto y vanidad entre nuestros hermanos”. Ella los reprendió:

“Nos llamamos santos y profesamos haber salido del mundo con el propósito de servir a Dios a costa de todas las cosas terrenales; ¿y ustedes, desde el principio, van a someter la causa de Cristo al ridículo con su propia conducta imprudente e inapropiada?”

Mientras esperaba que se despejara el hielo para que el barco pudiera avanzar, Lucy fue a tierra en busca de una habitación donde las mujeres pudieran descansar y atender a los niños enfermos. Solo encontró egoísmo —“la naturaleza humana”, lo llamó ella— hasta que “una señora anciana, amable y alegre” le ofreció alojamiento a cambio del mensaje del Evangelio. Lucy enseñó a esta buena mujer la verdad restaurada hasta las dos de la madrugada. Se consideraba una embajadora del Señor Jesucristo. Le frustraban las madres pasivas y los hermanos que temían represalias si se descubría que eran adherentes del mormonismo.

“Serán asaltados antes del amanecer”, le dijo Thomas Marsh cuando ella se negó a ocultar su fe. “Pues que venga el asalto”, respondió ella, “porque antes de que se ponga el sol cantaremos y haremos nuestras oraciones, haya o no haya asalto”. Lucy abrió la boca y fue llena de cánticos, la buena palabra de Dios y repreensiones oportunas. Dejó a los capitanes de barco, marineros, la mujer del hospedaje y un hombre en la orilla deseosos de escuchar más del testimonio que fluía libremente de ella.

Una y otra vez, la hermana Smith actuó con fe. Lideró y sirvió a sus compañeros santos, y compartió el mensaje gozoso con aquellos que

encontraban en el camino. Lucy ejerció su albedrío para obtener poder sobre el mundo celestial, en lugar de permitir que este tuviera poder sobre ella. Predijo que si su compañía se unía y clamaba a Dios para que rompiera el hielo, “tan cierto como que el Señor vive, así será hecho”. Y así sucedió, aunque el hielo pronto “se cerró de nuevo, y los hermanos de Colesville quedaron en Búfalo”, escribió, “incapaces de seguirnos”. Ni la muerte, ni el infierno, ni el diablo podían detener a la hermana Smith, quien desafiaba la falta de fe y el temor. El relato de Lucy Mack Smith demuestra que comprendía el principio y estaba decidida a dejar atrás la seguridad temporal y comenzar de nuevo. Era como Lehi. Estaba naciendo de nuevo en una nueva tierra. No permitiría que la ataran a su yo anterior ni temería abandonar por completo un mundo corrupto.

Quizás menos fieles y más temerosos, pero aun así decididos a actuar conforme al mandamiento de reunirse en Ohio, los santos de Colesville continuaron su travesía. Solo uno se dio vuelta. Habiendo llegado a Búfalo una semana antes que el grupo de la hermana Smith, siguieron su camino y llegaron sanos y salvos a Kirtland después de un viaje desagradable. Un periódico local, el *Painesville Telegraph*, informó sobre las llegadas en mayo de 1831 de “alrededor de doscientas personas, hombres, mujeres y niños de los seguidores engañados de la especulación bíblica de Jo Smith”. Los inmigrantes de Nueva York fueron acogidos con brazos abiertos por los santos de Ohio. Ann y Newel Whitney recibieron a Emma y a José en su propio hogar.

Para el otoño de 1831, los opositores ordenaron a José Smith y a otras familias mormonas que “abandonaran inmediatamente el municipio”. Los santos se congregaron a pesar de la orden. “La historia de Kirtland está llena de ejemplos de santos que sacrificaron voluntariamente sus posesiones terrenales para reunirse allí”. Jesucristo era su “legislador”, y José, su portavoz (DyC 38:22). Brigham Young “había viajado y predicado hasta no tener nada con qué reunirse; pero José dijo: ‘ven’, y fui como mejor pude”, siendo viudo y con dos niños pequeños. Amasa Lyman fue bautizado en New Hampshire en 1832 y caminó la mayor parte de los mil cien kilómetros para congregarse. Al igual que su futuro esposo Wilford Woodruff, Phoebe Carter dejó a sus seres queridos para reunirse en 1835. “Dejé el amado hogar de mi infancia para unir mi vida a la de los santos de Dios”, escribió después. Caroline Crosby se unió a muchos otros en renunciar a comodidades para hospedar a los inmigrantes. “La idea de

acomodar a amigos”, escribió, “me impulsó a hacer el sacrificio”. José Smith padre pidió a Oliver Huntington, un converso del norte del estado de Nueva York, que vendiera su granja y se reuniera con los santos en 1835. La vendió “por mucho menos de lo que realmente valía por el deseo de vivir con la Iglesia y obedecer la palabra de Dios dada a José Smith”.

Cuando la situación financiera de la Iglesia parecía especialmente crítica a mediados de la década de 1830, José y otros se unieron en una solemne reunión de oración para pedir al Señor que enviara un benefactor que pudiera pagar la hipoteca de la granja de Peter French. El día de Navidad de 1835, John Tanner, un próspero propietario de un hotel del este de Nueva York, llegó con el primero de muchos dones generosos.

Para 1832, los mormones constituyan casi el 10 % de los residentes del municipio de Kirtland. Dos años después eran el 27 % de la población. Para 1835 constituyan el 32 % de los residentes y ya despertaban una considerable preocupación en la prensa local, que atribuía motivos políticos a su reunión. Un año más tarde, los santos conformaban casi el 50 % de los residentes del municipio. Esa primavera fueron investidos con poder en el templo, cumpliendo así la última promesa de la reunión en Ohio (DyC 38:32).

Una nueva revelación dada a José Smith el 12 de enero de 1838, similar en tono a la que mandaba reunirse en Ohio, ordenó nuevamente a los santos trasladarse. Nuevos enemigos buscaban la vida de José. La reunión en Kirtland ya había cumplido su propósito. Las bendiciones prometidas se habían cumplido. La ley había sido revelada, y la obediencia a ella había aliviado la pobreza, enviado misioneros a tierras lejanas y permitido la construcción de varios edificios, incluyendo la casa del Señor. Allí se había recibido la investidura prometida. Los santos habían adquirido una “experiencia” invaluable y habían sido “investidos de poder desde lo alto” (DyC 105:10; 38:32). Todavía necesitaban escoger ser un pueblo apartado del mundo, y por eso la revelación los envió nuevamente a empacar: “Salid de este lugar”, decía, “y congregaos... en Sion y estad en paz entre vosotros, oh habitantes de Sion, o no habrá seguridad para vosotros”.

Los santos obedecieron abrumadoramente las revelaciones de José que mandaban reunirse, sin importar los “grandes sacrificios” que eso implicara. Aquellos que mejor conocían a José “aceptaban la voz en las revelaciones como la voz de Dios, invistiéndolas con la máxima autoridad,

incluso por encima del consejo de José Smith". Él era "como Moisés" (DyC 28:2). Y si, como escribió la hermana Smith, sus seguidores podían ser "aún más irrazonables que los hijos de Israel", no por eso estaban engañados.

Capítulo 15

La misión a los lamanitas

Grant Underwood

En el otoño de 1830, una serie de revelaciones comisionó a cuatro élderes para viajar al oeste y predicar a los nativos americanos, o lamanitas, como eran conocidos por los santos de los últimos días. Desde el principio, los lamanitas ocuparon un lugar destacado en la doctrina de la Iglesia. En su primera visita del ángel Moroni en 1823, José Smith fue “informado acerca de los habitantes aborígenes de este país, y se le mostró quiénes eran y de dónde venían”. Posteriormente, el Profeta recibió las planchas de metal sobre las cuales se registraba una parte de su historia. La portada del libro declaraba que el registro había sido “escrito a los lamanitas, que son un remanente de la casa de Israel”, y tenía como propósito “mostrar al remanente de la casa de Israel cuán grandes cosas el Señor ha hecho por sus padres; y para que conozcan los convenios del Señor, que no han sido desechados para siempre” (Libro de Mormón, Portada). Y en la revelación registrada más antigua que se conoce —recibida cuando solo se había traducido parte del Libro de Mormón— el Señor explicó que “con este mismo propósito se han preservado estas planchas... para que los lamanitas lleguen al conocimiento de sus padres, y para que conozcan las promesas del Señor, y para que crean en el evangelio y confíen en los méritos de Jesucristo” (DyC 3:19–20). A partir de entonces, en contraste con las actitudes y acciones muchas veces despectivas e incluso destructivas de muchos estadounidenses de la época, los santos de los últimos días procuraron ayudar a los indígenas a recuperar el sentido tanto de su identidad antigua como de su destino profético.

Lo que el Profeta y sus asociados quizá no comprendían del todo en el otoño de 1830 era la oportunidad providencial de enviar misioneros a los lamanitas. Solo unos meses antes de que llegara la comisión revelada, el Congreso había aprobado la Ley de Desplazamiento de Indígenas (*Indian Removal Act*), la cual permitía que cualquier tribu o nación indígena que residiera en los estados o territorios organizados de los Estados Unidos

pudiera intercambiar sus tierras tradicionales por tierras ubicadas en los territorios no organizados al oeste del Misisipi. Varias tribus aceptaron rápidamente y emigraron al territorio al oeste de la frontera de Misuri, en lo que hoy es el este de Kansas. Esta área, descrita en la revelación como “los límites junto a los lamanitas” (DyC 28:9), era el destino final de los misioneros, aunque en el camino también visitaron varias reservas indígenas dentro de los estados. Como resultado, el único éxito bautismal que los misioneros experimentaron fue cuando predicaron a los colonos blancos del noreste de Ohio y del oeste de Misuri.

Los cuatro hombres llamados a esta misión —la primera en la historia de la Iglesia en dirigirse específicamente a un grupo de personas— fueron Oliver Cowdery, Peter Whitmer Jr., Parley P. Pratt y Ziba Peterson. Oliver Cowdery recibió su llamamiento en una revelación justo antes de que la Iglesia celebrara su conferencia trimestral a finales de septiembre: “He aquí, yo te digo que irás a los lamanitas y les predicarás mi evangelio... y harás que mi iglesia sea establecida entre ellos” (DyC 28:8).

En los días que siguieron, “varios de los élderes manifestaron un gran deseo respecto a los remanentes de la casa de José —los lamanitas que residían en el oeste— sabiendo que los propósitos de Dios para con ese pueblo eran grandes y esperando que había llegado el momento en que las promesas del Todopoderoso en cuanto a ese pueblo estaban por cumplirse... El deseo fue tan grande que se acordó que debíamos consultar al Señor”.

De ello resultaron varias revelaciones. A Peter Whitmer Jr. se le dijo:

“Emprenderás tu viaje con tu hermano Oliver; porque ha llegado el tiempo en que me es prudente que abras tu boca para declarar mi evangelio; por tanto, no temas, sino presta atención a las palabras y consejos de tu hermano, que él te dará.

Y participa tú en todas sus aflicciones, elevando siempre tu corazón a mí en oración y fe, por la liberación de él y la tuya; porque le he dado poder para edificar mi iglesia entre los lamanitas” (DyC 30:5–6).

Varios días después se reveló que Parley Pratt debía “ir con mis siervos Oliver Cowdery y Peter Whitmer, Jr., al desierto entre los lamanitas. Y Ziba Peterson también irá con ellos; y yo mismo iré con ellos y estaré en medio de ellos” (DyC 32:2–3).

Después de recibir estas revelaciones, los misioneros se ocuparon en prepararse para su viaje al oeste. Una de las preparaciones más significativas fue firmar un convenio comprometiéndose a cumplir su misión. El domingo 17 de octubre de 1830, en presencia de José Smith y David Whitmer, el líder de la misión, Oliver Cowdery, firmó este convenio:

“Yo, Oliver, habiendo sido mandado por el Señor Dios a ir a los lamanitas, a proclamarles alegres nuevas de gran gozo, presentándoles la plenitud del Evangelio del unigénito Hijo de Dios;... y teniendo conmigo a ciertos hermanos que han sido llamados por Dios para asistirme, cuyos nombres son Parley [Pratt], Peter [Whitmer] y Ziba [Peterson], por lo tanto, hago un convenio muy solemne ante Dios, de que andaré humildemente ante Él y realizaré esta obra, esta gloriosa labor, conforme Él me dirija por medio del Espíritu Santo, orando siempre por mi prosperidad y la de ellos, y por la liberación de prisiones y cadenas, y de todo lo que pueda sobrevenirnos, con toda paciencia y fe.—Amén.”

Luego, sus tres compañeros afirmaron:

“Nosotros, los abajo firmantes, habiendo sido llamados y mandados por el Señor Dios a acompañar a nuestro hermano Oliver Cowdery, para ir a los lamanitas y ayudar en la mencionada obra y labor gloriosa, por lo tanto, hacemos un convenio muy solemne ante Dios, de que lo asistiremos fielmente en esto, prestando atención a todas sus palabras y consejos, los cuales le sean o le serán dados por el Espíritu de verdad, orando siempre con toda oración y súplica por nuestra prosperidad y la de él, y por nuestra liberación de cadenas, de prisiones, y de todo lo que pueda sobrevenirnos, con toda paciencia y fe.—Amén.”

No mucho después de firmar este convenio, los misioneros partieron. En una carta del 12 de noviembre de 1830 escrita desde Kirtland, Ohio, Oliver Cowdery informó: “Llegamos a este lugar hace dos semanas este día [29 de octubre]. En nuestro viaje visitamos a la tribu de Buffalo, pero nos quedamos solo unas horas y dejamos con ellos dos libros”. Lo que Cowdery llamó la “tribu de Buffalo” era en realidad un grupo de la Nación Séneca (Confederación Iroquesa) que vivía en la Reserva de Buffalo Creek, a unos pocos kilómetros al sureste del centro de la ciudad de Buffalo. Parley P. Pratt describió la visita con estas palabras:

“Visitamos una nación india en o cerca de Buffalo, y pasamos parte del día con ellos, instruyéndoles en el conocimiento del registro de sus antepasados. Fuimos recibidos con amabilidad, y mostraron mucho interés al escuchar estas noticias. Regalamos dos ejemplares del Libro de Mormón a algunos de ellos que sabían leer... De allí continuamos nuestro viaje.”

Después de su breve interacción con los sénecas, los misioneros embarcaron rumbo a través del lago Erie hacia Fairport, Ohio, el puerto de entrada a la zona de Painesville-Kirtland. Cerca de allí, en Mentor, Ohio, los misioneros se reunieron con el mentor de Parley Pratt, Sidney Rigdon, a quien enseñaron y bautizaron, junto con muchos de sus seguidores.

El siguiente destino de los misioneros fue Upper Sandusky, a orillas del río Sandusky, al sur del lago Erie. No se sabe con certeza si Cowdery y sus compañeros predicaron allí, pero Pratt informó más tarde en su autobiografía que “fuimos bien recibidos y tuvimos la oportunidad de presentarles [a los wyandots] el registro de sus antepasados”. Recordó que los indígenas “se regocijaron con las nuevas, nos desearon éxito y nos pidieron que les escribiéramos sobre nuestros logros entre las tribus más al oeste, a donde ellos esperaban ir pronto. Tomando una afectuosa despedida de este pueblo, continuamos nuestro viaje hacia Cincinnati”.

Desde Cincinnati, los misioneros viajaron en barco por el río Ohio hasta su confluencia con el río Misisipi. Normalmente, habrían continuado río arriba unos trescientos kilómetros hasta San Luis y luego otros quinientos kilómetros por el río Misuri hasta llegar a los “límites junto a los lamanitas”. Sin embargo, por cosas del destino, llegaron en medio de uno de los inviernos más fríos registrados —conocido como el “invierno de las grandes nevadas”—, y les aguardaba una ardua travesía por tierra. Pratt describió así la parte del viaje en Misuri:

“Viajamos a pie durante quinientas millas a través de vastas praderas y parajes salvajes cubiertos de nieve —sin caminos transitados; las casas eran escasas y estaban muy distantes entre sí; y el viento del noroeste soplaban siempre de frente con una fuerza tal que casi nos arrancaba la piel del rostro. Viajamos días enteros, desde la mañana hasta la noche, sin ver una casa ni un fuego, caminando con nieve hasta las rodillas a cada paso, y el frío era tan intenso que la nieve no se derretía ni siquiera del lado sur de las casas, ni al mediodía, durante casi seis semanas. Llevábamos en nuestras espaldas ropa de cambio, varios libros, pan de maíz y carne de cerdo cruda.

A menudo comíamos nuestro pan y cerdo congelados durante el camino, cuando el pan estaba tan duro por el hielo que no podíamos morderlo ni penetrar más allá de la corteza exterior.”

Según Peter Whitmer, los misioneros llegaron a Independence, Misuri, cerca de la frontera occidental de los Estados Unidos, el 13 de enero de 1831. “El día 14 del mes”, escribió, “comencé a trabajar con mis propias manos. Los hermanos Oliver, Parley y Frederick partieron a ver a la tribu de los delaware. A los pocos días vinieron a verme a mí y al hermano Ziba, y declararon que los lamanitas los recibieron con gran gozo.”

La carta de Oliver Cowdery al Profeta, fechada el 29 de enero de 1831, confirma que los misioneros no perdieron tiempo en buscar a los indígenas:

“Llegamos a este lugar [Independence, Misuri] hace unos días, que está a unas 25 millas de los indios shawnee, al lado sur del río Kansas en su desembocadura, y de los delaware, al norte. He tenido dos entrevistas con el jefe de los delaware, un hombre muy anciano y de apariencia venerable. Despues de presentar ante él y ante dieciocho o veinte miembros del consejo de esa nación la verdad, dijo que él y ellos estaban muy contentos con lo que [su hermano] les había contado, y que lo habían recibido en sus corazones, etc. —Pero cómo se desarrollará este asunto con esta tribu, para mí es incierto; ni puedo, por el momento, sacar muchas conclusiones al respecto.”

El jefe principal de los delaware en ese momento era Kik-Tha-We-Nund (William Anderson), un hombre distinguido de ascendencia indígena y blanca, de unos setenta y tantos años. Había sido el líder de los delaware por más de una década y solo unos meses antes había negociado su traslado a tierras ubicadas en lo que hoy es el este de Kansas, donde Cowdery, Pratt y Williams los visitaron. Al igual que Cowdery, Pratt describió al jefe como:

“Un hombre anciano y de aspecto venerable, que había estado al frente de los delaware durante mucho tiempo, y a quien se le consideraba como el Gran Abuelo, o ‘sachem’ de diez naciones o tribus.”

“Estaba sentado sobre un sofá de pieles, cueros y mantas, frente a un fuego en el centro de su choza; la cual era una cabaña cómoda, compuesta por dos habitaciones grandes.

Sus esposas estaban vestidas con esmero, en parte con telas estampadas y

en parte con pieles; y llevaban una gran cantidad de adornos de plata. Al entrar en su cabaña, nos dio la mano con una cálida bienvenida, y luego nos hizo señas para que nos sentáramos sobre un asiento agradable de mantas o pieles. Sus esposas, a su orden, nos sirvieron un recipiente de hojalata lleno de frijoles y maíz cocidos juntos, lo cual resultó ser una comida bastante buena... Había un intérprete presente, y a través de él comenzamos a exponerle nuestro propósito y a hablarle del Libro de Mormón.”

Pratt coincidió en que la reacción inicial de Kik-Tha-We-Nund y su consejo fue positiva, pero el jefe explicó:

“Ahora es invierno, somos nuevos en este lugar; la nieve es profunda, nuestro ganado y nuestros caballos están muriendo, nuestros wigwams son precarios; tenemos mucho que hacer en la primavera: construir casas, cercar y hacer granjas; pero construiremos una casa del consejo, y nos reuniremos, y ustedes nos leerán y nos enseñarán más sobre el Libro de nuestros padres y la voluntad del Gran Espíritu.”

Sin embargo, no fue así como sucedieron las cosas. Sin que los misioneros lo supieran, habían llegado justo cuando los metodistas y bautistas, impulsados por la reciente aprobación de la Ley de Desplazamiento de Indígenas, competían por establecer misiones y escuelas misioneras entre los indígenas recién reubicados. Apenas dos meses antes, tanto los metodistas como los bautistas habían obtenido permiso para comenzar una escuela misional entre los shawnee, pero la llegada del invierno había impedido que alguno de los dos iniciara formalmente su obra antes de que llegaran los misioneros mormones. Más problemático aún que los celos ministeriales fue el hecho de que los élderes no contaban con permiso formal del gobierno para comenzar su labor.

“Para nuestra tristeza”, informó Peter Whitmer, “vino un hombre llamado Cumons y nos dijo [que] era un hombre bajo autoridad; nos dijo que nos llevaría presos al fuerte”. Richard Cummins, el hombre al que se refería, era el jefe de la Agencia India de los shawnee y el funcionario gubernamental de más alto rango en la zona. Al enterarse de que los misioneros no tenían el permiso necesario, les ordenó cesar su labor y amenazó con detenerlos en el cercano Fuerte Leavenworth si persistían. Como explicó a su superior, el superintendente de Asuntos Indígenas con sede en San Luis, William Clark:

“Me he negado a permitirles permanecer o ir entre los indígenas a menos que primero obtengan permiso de usted o de alguno de los oficiales del gobierno general a quienes estoy obligado a obedecer.”

Cowdery respondió rápidamente a su encuentro con Cummins escribiendo al superintendente Clark:

“Al dirigirme a su señoría mediante esta comunicación, lo hago con gran placer, entendiendo que a su señoría le agrada apoyar todo esfuerzo hecho por el filántropo para instruir al indígena en las artes de la vida civilizada, lo cual es sin duda un resultado del Evangelio de Cristo.

Como he sido designado por una sociedad de cristianos en el estado de Nueva York para supervisar el establecimiento de misiones entre los indígenas, no dudo que contaré con la aprobación de su señoría y con un permiso para mí y para todos aquellos que me sean recomendados por dicha sociedad, para tener libre interacción con las distintas tribus a fin de establecer escuelas para la instrucción de sus hijos y también para enseñarles la religión cristiana, sin entrometerme ni interferir con ninguna otra misión ya establecida.”

El esfuerzo de Cowdery por aprovechar las disposiciones de la Ley de Desplazamiento de Indígenas respecto al establecimiento de misiones y escuelas misionales, así como su sensibilidad ante la política misional local, resulta notable. Se eligió a Parley Pratt para llevar la carta a San Luis. Desafortunadamente, Clark estaba ausente cuando Pratt llegó y estaría fuera durante otro mes. Tras una breve estadía en San Luis, Pratt regresó a Ohio.

Mientras tanto, los misioneros trabajaron como sastres o maestros para mantenerse, y esperaron pacientemente para continuar su misión a los lamanitas. Casi dos meses después, Cowdery escribió que Cummins

“es muy estricto con nosotros y creemos que algo exigente respecto a nuestra libertad de visitar a nuestros hermanos los lamanitas, pero confiamos en que, cuando nuestro hermano Parley regrese, tendremos un permiso del general Clark, quien... debe tener una recomendación o garantía antes de que pueda otorgar un permiso a cualquier extranjero o forastero para ir entre ellos a enseñar o predicar.”

Parece que parte del propósito del largo viaje de Pratt de regreso a Ohio fue obtener la recomendación necesaria. Como resultó, no volvería a Misuri hasta julio, cuando llegó acompañado de José Smith y un grupo de élderes comisionados por revelación para visitar la zona.

Significativamente, la revelación contenía un mandamiento explícito de llevar una recomendación para Oliver Cowdery (DyC 52:41).

Aunque las semanas se convirtieron en meses sin oportunidad de predicar a los lamanitas, Cowdery y sus compañeros lograron mantener el ánimo y conservar la esperanza en una gran obra entre los indígenas. En la carta de abril, Cowdery expresó su firme convicción de que el Señor estaba “en verdad a punto de redimir a su pueblo del antiguo convenio y guiarlos con la plenitud de los gentiles a los manantiales, sí, a la fuente de aguas vivas, a su santo monte de Sion”. También reportó con optimismo que:

“Hoy oímos noticias de la Nación de lamanitas delaware, por medio del hombre que es empleado por el gobierno como herrero para esa Nación; él cree en la verdad y dice... que pusimos más [luz] en los lamanitas durante el corto tiempo en que se nos permitió estar con ellos (que fue solo unos pocos días), que todos los demonios del abismo infernal y todos los hombres de la tierra podrán sacarles en cuatro generaciones.”

James Pool, el herrero del gobierno al que se refería, también dijo a Cowdery que Kik-Tha-We-Nund, “el jefe principal, dice que cree cada palabra del libro, y hay muchos más en la Nación que creen; y entendemos que también hay muchos entre los shawnees que creen, y confiamos en que, cuando el Señor abra nuestro camino, tendremos tiempos gloriosos”.

La fe y paciencia continuas de los misioneros ante las dificultades se reflejan conmovedoramente en otra carta escrita por Oliver Cowdery en mayo: “Comenzamos a esperar pronto a nuestro hermano Parley; solo hemos tenido noticias de él cuando estaba en San Luis”. Además, la presencia y predicación de los misioneros entre los blancos locales logró despertar una considerable oposición. “Casi todo el país”, informó Cowdery, “que consiste en universalistas, ateos, deístas, presbiterianos, metodistas, bautistas, y sacerdotes y personas que profesan ser cristianos, junto con todos los demonios del abismo infernal, están unidos y rebosando de su propia vergüenza”.

Sin embargo, eso no les impidió predicar. Cowdery escribió que él y Ziba Peterson “fueron al condado del Este, que es Lafayette, a unas 40 millas, y en el nombre de Jesús llamaron al pueblo al arrepentimiento, muchos de los cuales [creo que] están buscando sinceramente la verdad”. Parece que Cowdery y Peterson bautizaron a una docena de personas en los condados de Lafayette y Jackson en los meses siguientes, incluyendo a Rebecca Hopper, con quien Peterson se casó el 11 de agosto de 1831.

Con el paso del tiempo, continuaron llegando informes de creencias entre los indígenas. Johnston y Delilah Lykins, una pareja de misioneros bautistas recién llegada para trabajar entre los shawnee, escribieron: “Creo que [los mormones] convencerán a la familia de Shane”. Shane, un indígena ottawa, servía como intérprete oficial del gobierno para los shawnee. Sin embargo, como era ilegal que los misioneros regresaran al territorio indígena, no pudieron bautizar a ninguno de los que se decía que creían.

En julio llegaron José Smith y los demás, pero el registro histórico guarda silencio respecto a nuevos intentos de obtener permiso para trabajar entre los indígenas. Si solicitaron nuevamente en ese momento y fueron rechazados, o si planeaban solicitar más adelante, simplemente se desconoce.

Lo que sí se sabe es que ese verano los líderes de la Iglesia consideraron varias otras formas de cumplir su misión hacia los lamanitas. Sidney Gilbert, un comerciante converso que había acompañado a José Smith a Misuri, fue instruido por revelación a abrir una tienda en Independence y obtener una licencia para que pudiera “enviar bienes también a los lamanitas [por medio de] empleados contratados en su servicio, y así el evangelio pueda serles predicado”.

Otra posible forma de tener acceso a los lamanitas —el matrimonio interétnico— también parece haber sido contemplada. Uno de los élderes visitantes, W. W. Phelps, años más tarde informó a Brigham Young que José había recibido una revelación cuyo contenido era: “Es mi voluntad que, con el tiempo, toméis para vosotros esposas de entre los lamanitas y nefitas”. Aunque no se conserva ningún registro contemporáneo de esta revelación en fuentes de los santos de los últimos días, Ezra Booth —quien abandonó la Iglesia poco después de su viaje a Misuri y posteriormente produjo el primer ataque apóstata contra el mormonismo— incluyó entre sus acusaciones que, mientras estaban en Misuri, “se dio a conocer por

revelación que agradaría al Señor si [los élderes] formaran una alianza matrimonial con los nativos; y que por este medio... obtendrían residencia en el territorio indígena, independiente del agente del gobierno".

Al final, ninguna de estas iniciativas se materializó, y nunca se recibió un permiso oficial para establecer una misión de los santos de los últimos días en territorio indígena. A pesar del fracaso de los misioneros en establecer la Iglesia entre los indígenas en 1831, durante el resto de la vida del Profeta él promovió regularmente el contacto con diversas tribus, así como varios intentos misioneros posteriores.

Seguía muy vigente la profecía de marzo de 1831 de que "Jacob florecerá en el desierto, y los lamanitas florecerán como la rosa" (DyC 49:24).

Capítulo 16

Estableciendo Sion en Misuri

Matthew O. Richardson

El 2 de mayo de 1842, José Smith reflexionó sobre el concepto de Sion en un editorial publicado en *Times and Seasons*:

“La edificación de Sion es una causa que ha interesado al pueblo de Dios en toda época; es un tema sobre el cual los profetas, sacerdotes y reyes se han deleitado en forma peculiar”.

Seguramente esta afirmación fue en parte autobiográfica, ya que José se deleitaba en hablar de Sion al igual que los profetas de la antigüedad. Sin embargo, en muchos aspectos, su percepción de Sion difería de la de los antiguos. El salmista recordaba con anhelo a Sion y sus virtudes. José solo miraba hacia atrás lo suficiente para asegurar una visión del futuro. Isaías profetizó sobre una ciudad milenaria de Dios. José habló de Sion con un tono de inmediatez. Mientras que los profetas antiguos recordaban a Sion y a Jerusalén en un mismo aliento, José hablaba con urgencia de establecer una Nueva Jerusalén. Al parecer, todos los profetas compartieron una visión de Sion, pero ninguno (salvo quizás Enoc) hizo más por iluminar y establecer Sion que el profeta José Smith.

Su visión única y su pasión inquebrantable por establecer Sion no se debieron a un único evento, sino más bien a un proceso de desarrollo que ocurrió con el paso del tiempo. Se cree que su primer encuentro con el tema de establecer Sion comenzó durante la traducción del Libro de Mormón en 1827. Es posible que los conceptos de Sion se encontraran en el Libro de Lehi, ya que tales referencias están incluidas en el registro comparativo de Nefi.* Puede haber sido tan temprano como en 1828, pero ciertamente para 1829, cuando leyó la profecía de Isaías de que “el Señor restaurará Sion” (Mosíah 12:22; 15:29).

Lo más interesante es que estaba traduciendo versículos sobre Sion mientras, al mismo tiempo, recibía revelaciones que recalocaban a Sion y su establecimiento. Por ejemplo, en abril de 1829, José preguntó al Señor en

busca de guía y se le dijo:

“Ahora bien, por cuanto has pedido, he aquí, te digo: guarda mis mandamientos, y procura sacar adelante y establecer la causa de Sion” (D. y C. 6:6). Ese mismo encargo se dio al mes siguiente a Hyrum Smith y a José Knight padre (D. y C. 11:6; 12:6).

Para el 1 de junio de 1829, José ya había terminado de traducir 3 Nefi y había comenzado a trabajar en las planchas menores de Nefi. Fue en ese momento que aprendió acerca de “una ciudad que se llamará la Nueva Jerusalén” (3 Nefi 21:23). Luego, fiel a su estilo, José recibió una revelación en la que se amonestaba a David Whitmer a “sacar adelante y establecer mi Sion” (D. y C. 14:6).

Aunque no existe evidencia tangible de esfuerzos por establecer Sion durante el resto de 1829 y principios de 1830, sería un error pensar que Sion había dejado de ser importante para José. Para abril de 1830, ya estaba listo para “mover la causa de Sion con gran poder para bien” (D. y C. 21:7). Pero a diferencia de tiempos antiguos, cuando los profetas y los santos trabajaban juntos por la causa de Sion, ahora existía un entusiasmo creciente por establecer literalmente una ciudad de Sion. Después de todo, el recién publicado Libro de Mormón no solo enseñaba los conceptos de Sion y una Nueva Jerusalén, sino que hablaba de que la ciudad de Sion sería “edificada sobre esta tierra” (Éter 13:6).

Con el creciente interés de los santos de los últimos días en establecer Sion, también aumentaron la especulación y el engaño en torno al tema. En septiembre de 1830, por ejemplo, Hiram Page, yerno de Peter y Mary Whitmer, afirmó recibir revelaciones mediante una piedra sobre el “establecimiento de Sion” e incluso la ubicación exacta de la ciudad. Naturalmente, su supuesta revelación provocó comentarios especulativos y aumentó la anticipación, hasta que el Señor le dijo a José que “nadie sabe dónde se edificará la ciudad de Sion, sino que se dará más adelante” (D. y C. 28:9). Quedó claro que el establecimiento de Sion se llevaría a cabo de acuerdo con un diseño divino, y no apresurado por motivos personales (por muy sinceros que fueran), anticipación frenética o incluso distracción satánica. Después de todo, ¿cómo podría establecerse la ciudad de Sion si no fuera mediante la dirección de Dios y a través de su profeta designado? (Amós 3:7). Bajo esta luz, podemos apreciar la comprensión que tenía José de su propia misión:

“Calculo ser uno de los instrumentos para establecer el reino de Daniel mediante la palabra del Señor, y tengo la intención de sentar un fundamento que revolucionará al mundo entero”.

José no solo comprendía Sion y la influencia que tendría, sino que también comprendía su papel en sentar sus fundamentos.

Aunque no se había especificado la ubicación exacta de Sion, el Señor le informó a José acerca de su ubicación general y prometió dar más detalles: “He aquí, te digo que (la ciudad de Sion) estará en los contornos de los lamanitas” (D. y C. 28:9). En esa misma revelación, se llamó a Oliver Cowdery a una misión para predicar a los lamanitas (D. y C. 28:8). En cumplimiento de esto, Cowdery partió el 15 de octubre de 1830 junto a Peter Whitmer hijo, Ziba Peterson y Parley P. Pratt para servir en esa misión (D. y C. 30:5–6; 32:1–3). Es poco probable que estos dos eventos—la clarificación de la ubicación general de Sion y el envío de misioneros a los lamanitas—hayan sido una coincidencia. Oliver Cowdery entendía una conexión aparente, ya que el *Painesville Telegraph* informó que él estaba “rumbo a las regiones más allá del Misisipi, donde contempla fundar una ‘Ciudad de Refugio’ para sus seguidores”.

El establecimiento de Sion volvió a ser grabado en la mente del profeta José en diciembre de 1830 mientras trabajaba con Sidney Rigdon en la traducción de la Biblia. Al traducir el Génesis, por ejemplo, un mero puñado de versículos relacionados con Enoc (Génesis 5:21–24) se amplió a más de cien versículos nuevos (Moisés 6:25–8:1), conocidos como la “profecía de Enoc”. Fue en estos versículos donde no solo se habló de Sion, sino que también se dio una descripción conceptual de cómo debía establecerse la Ciudad de Santidad. Sion debía convertirse en un santuario edificado sobre la unidad de los discípulos, todos ellos obedeciendo principios de rectitud. Cuando la profecía de Enoc fue dada a conocer a los santos, fue recibida “para gozo del pequeño rebaño”.

Otro paso significativo hacia el establecimiento de Sion ocurrió cuando José instruyó a los santos que era “conveniente” ante el Señor “que se reuniesen en el estado de Ohio” (D. y C. 37:3). Ohio nunca debió entenderse como Sion en sí, sino como un lugar donde los santos pudieran escapar de sus enemigos y tener la libertad de ejercer sus creencias, y, aún más importante, llegar a ser un pueblo justo (D. y C. 38:31–32). En términos prácticos, Ohio también representaba un paso más cerca hacia “los

contornos de los lamanitas”, y fue allí donde José Smith recibiría principios importantes necesarios para edificar la ciudad de Sion.

Poco después de su llegada a Kirtland en 1831, recibió una revelación conocida como “la ley de la Iglesia” (D. y C. 42). Esta revelación confirmaba que Ohio era simplemente una base de preparación para el establecimiento de Sion y que llegaría el tiempo “cuando se prepare la ciudad de la Nueva Jerusalén” y el pueblo sea reunido en uno (D. y C. 42:9). En marzo de 1831, José recibió otra revelación que acercaba aún más el establecimiento de Sion. En esa revelación, se mandó a los santos del este reunirse en un lugar llamado “la Nueva Jerusalén, una tierra de paz, una ciudad de refugio, un lugar de seguridad para los santos del Dios Altísimo... y se llamará Sion” (D. y C. 45:66–67). La ubicación exacta de la Nueva Jerusalén “aún debía ser revelada”, pero se podía percibir que el momento de establecer Sion estaba cerca (D. y C. 48:5). Después de todo, hablar de “comprar las tierras” y de echar “los cimientos de la ciudad” era cada vez más común (D. y C. 48:6).

No mucho después de la conferencia de junio de 1831 en Kirtland, se instruyó a los santos de Colesville, que se habían asentado en Thompson, Ohio, a que “viajasen a las regiones del occidente, a la tierra de Misuri, a los límites de los lamanitas” (D. y C. 54:8). Se les mandó reunirse en un lugar llamado la Nueva Jerusalén (D. y C. 45:64–67). Poco después de su partida hacia Misuri, José y un grupo de siete también partieron hacia ese estado el 19 de junio de 1831. Luego de un viaje “largo y tedioso” en carretas, barcos de canal, diligencias, vapores y a pie, llegaron a Misuri el 14 de julio. José describió el encuentro con los hermanos que los recibieron como “glorioso y bañado en muchas lágrimas”. Pero en medio de esa bienvenida había razones para preocuparse. José escribió:

“Muchas fueron nuestras reflexiones, al venir como veníamos desde un estado altamente civilizado del este, y encontrarnos ahora en los confines o límites occidentales de los Estados Unidos, mirando hacia la vasta región desierta de aquellos que estaban sentados en tinieblas: cuán natural fue observar la degradación, la pobreza intelectual, la ferocidad y los celos de un pueblo que estaba casi un siglo atrasado”.

A medida que sus observaciones iniciales chocaban con los conceptos y visiones de Sion que habían estado madurando en él por años, ¿acaso sorprende que el Profeta reflexionara?:

“¿Cuándo florecerá el desierto como la rosa? ¿Cuándo será edificada Sion en su gloria, y dónde estará Tu templo, al cual vendrán todas las naciones en los posteriores días?”

Poco después de que José llegara a Misuri, su ansiedad por establecer Sion en esa región fue aliviada. El Señor instruyó que la tierra de Misuri era “la tierra que he señalado y consagrado para la reunión de los santos” (D. y C. 57:1). No solo se confirmó en ese momento la ubicación general de Sion, sino que también se identificó el sitio específico para la Ciudad de Sion: “Por tanto, esta es la tierra de promisión, y el lugar para la ciudad de Sion... He aquí, el lugar que ahora se llama Independencia es el lugar central” (D. y C. 57:2–3).

Durante los siguientes doce días, los santos de los últimos días cortaron heno, cultivaron la tierra, sembraron grano y trabajaron para proveer refugio en la región. Además, ocurrieron varios acontecimientos importantes en el establecimiento de Sion. El primero fue una revelación recibida el 1 de agosto de 1831:

“Escuchad mi palabra”, amonestó el Señor, “y aprended de mí lo que quiero en cuanto a vosotros, y también en cuanto a esta tierra a la cual os he enviado” (D. y C. 58:1).

Esta revelación, tanto informativa como casi constitucional, fue un comienzo fundamental para el establecimiento de Sion en Misuri, ya que dejó en claro que Sion no era simplemente un premio esperando ser reclamado. Sion requería una unión entre Dios, su pueblo, la rectitud e incluso la geografía.

“Y no se haga la obra de recogimiento con prisa”, enseñó el Señor a los santos, “ni por huida; mas hágase según lo aconsejen los élderes de la iglesia... conforme al conocimiento que reciban de tiempo en tiempo” (D. y C. 58:56).

Por tanto, no solo la tierra necesitaba preparación, sino también los santos debían prepararse para recibirla.

El 2 de agosto de 1831, seguidores de José Smith se reunieron en el distrito de Kaw, Misuri. De manera ceremonial, doce hombres, representando simbólicamente a las doce tribus de Israel, colocaron un tronco de roble sobre una piedra angular que había sido puesta por Oliver Cowdery. Este evento simbolizaba la colocación del fundamento de la ciudad de Sion.

Conceptualmente, Sion también es un pueblo “de un solo corazón y una sola mente” (Moisés 7:18). Así que, fiel a su estilo, Sidney Rigdon preguntó a los santos reunidos:

“¿Recibís esta tierra como la tierra de vuestra herencia con corazones agradecidos al Señor?”

Los presentes respondieron afirmativamente. Luego, les pidió que se comprometieran a ayudar a los demás y a guardar las leyes de Dios. Tras su respuesta afirmativa, él declaró la tierra “consagrada y...

Al día siguiente (3 de agosto), once hombres se reunieron a medio kilómetro al oeste del palacio de justicia de Independence para escuchar a José Smith leer el Salmo 87 y presenciar la dedicación del sitio del templo. Se colocó una piedra angular para señalar el lugar, junto a un arbolito joven grabado con las letras “ZOM”, que representaban “Zomar”. Ezra Booth informó que esta era la “palabra original para Sion”. Así, quedó puesto el fundamento para el establecimiento literal de Sion en Misuri. Antes de que José regresara a Ohio, se celebró una conferencia el 4 de agosto de 1831 en la casa de Joshua Lewis, en el distrito de Kaw. Sidney Rigdon habló a la congregación. Luego, José tomó la palabra y los exhortó a “obras de rectitud y a guardar los mandamientos del Señor”. Después participaron de la Santa Cena, y Oliver Cowdery ofreció la bendición final.

Unos días después, José recibió una revelación recordando a aquellos cuyos “pies se hallan sobre la tierra de Sion” que la obediencia era la clave para su éxito (D. y C. 59:3).

Después de que José regresó a Kirtland, la membresía de la Iglesia en Misuri creció. En marzo de 1832, el Profeta instruyó a los que estaban en Misuri a establecer una organización que regulara los asuntos de los santos para que pudieran ser iguales tanto en lo temporal como en lo espiritual (D. y C. 78:3–8). Luego habló de la necesidad de “sentarse en concilio con los santos que están en Sion” (D. y C. 78:9). Como resultado de esta revelación, José Smith, Sidney Rigdon, Newel K. Whitney y Jesse Gause viajaron a Misuri en abril de 1832. El Profeta se alegró de saludar nuevamente a los santos y recibir una “bienvenida que solo conocen los hermanos y hermanas unidos en una misma fe, por el mismo bautismo, y sostenidos por el mismo Señor”. Concluyó:

“Es bueno regocijarse con el pueblo de Dios”.

Él comprendía que establecer Sion era mucho más que definir fronteras, reclamar tierras y embellecer el paisaje. Involucraba aprender principios de consagración, igualdad y propiedad común. Tales principios eran necesarios para establecer Sion en el corazón, la mente y los asuntos de los santos en Misuri. Después de todo, lo esencial era “el desarrollo de los atributos de divinidad en esta vida y la obtención de la vida eterna en el mundo venidero”. Una vez que los santos recibieron estas enseñanzas, José partió de Misuri rumbo a Kirtland el 6 de mayo de 1832.

Para noviembre de 1832 había 810 santos en Misuri y cinco ramas establecidas, y José se sentía optimista respecto a Sion en Misuri. Desafortunadamente, surgieron actitudes mezquinas, incredulidad y negligencia dentro de las comunidades de los santos en esa región (D. y C. 101:6–8). Tales rasgos eran la antítesis misma de Sion. A pesar de estas dificultades, el deseo de establecer Sion seguía ardiendo en el corazón de José. En junio de 1833 preparó un plano de Sion que mostraba una ciudad capaz de albergar de 15,000 a 20,000 personas y 24 templos.

Aunque su plano fue inspirado, nunca se implementó. Las turbas obligaron a los santos a salir de Misuri. Sin embargo, el exilio forzado no hizo que José Smith abandonara el concepto de establecer Sion. Para él, el condado de Jackson, Misuri, siempre sería el centro de Sion. No obstante, su concepto de Sion comenzó a ampliarse.

“He recibido instrucciones del Señor”, enseñó José dos meses antes de su muerte, “de que de ahora en adelante, dondequiera que los élderes de Israel edifiquen iglesias y ramas para el Señor en todos los estados, allí habrá un barrio de Sion”.

También enseñó que Sion se establecería sobre una base más amplia: “Toda América es Sion misma, de norte a sur”.

Hasta el día de su muerte, José habló de Sion con un entusiasmo y una esperanza inquebrantables. Se mantuvo fiel a su creencia de que “la edificación de Sion debería ser nuestro más grande objetivo”.

Capítulo 17

La Escuela de los Profetas y la Escuela de los Élderes

Milton V. Backman Jr.

José Smith estaba profundamente interesado en brindar oportunidades educativas a los miembros, y muchos santos de los últimos días mostraban un interés genuino en diversas ramas del saber. Durante la década de 1830, en Kirtland, Ohio, él apoyó activamente una variedad de programas educativos. La primera escuela establecida bajo su dirección fue llamada la Escuela de los Profetas. Fue organizada en Kirtland, Ohio, en enero de 1833, para líderes del sacerdocio. Los alumnos se reunían en la tienda de Newel K. Whitney. Una parte de la tienda se usaba para el comercio y como oficina de correos. Otra parte había sido remodelada y se convirtió en el hogar temporal de José Smith y su familia. Un pequeño cuarto en la planta alta, en la esquina noreste del edificio, servía como aula. Estaba adyacente al cuarto del sureste, el cual, en realidad, era la sede central de la Iglesia y a veces se le llamaba el cuarto de revelación o de traducción. En ese cuarto del sureste, el Profeta trabajaba en la traducción de la Biblia, dictaba muchas revelaciones y presidía conferencias o reuniones de los santos de los últimos días.

La Escuela de los Profetas fue organizada en armonía con una revelación que José Smith recibió en el “cuarto de traducción” durante una conferencia de sumos sacerdotes que duró varios días. José dijo:

“Para recibir revelación y las bendiciones del cielo, era necesario tener nuestras mentes puestas en Dios, ejercer fe y llegar a ser de un solo corazón y una sola mente; por lo tanto, recomendó a todos los presentes que oraran individualmente y en voz alta al Señor, para que [Él] nos revelara su voluntad en cuanto a la edificación de Sion, para el beneficio de los santos y para el deber y la labor de los élderes”.

Después de estas instrucciones, los sumos sacerdotes se arrodillaron en oración y prometieron guardar los mandamientos. Entonces, José recibió en su presencia una revelación conocida como la Hoja de Olivo. El Profeta explicó que la Hoja de Olivo, arrancada del árbol del paraíso, era el mensaje de paz del Señor para ellos. Como la revelación no se completó ese día, la conferencia continuó al siguiente, y José prosiguió revelando muchos principios significativos del evangelio.

El Profeta no solo fue mandado a establecer la escuela, sino que también recibió por revelación información sobre el funcionamiento de la escuela, el plan de estudios, el cuerpo estudiantil y las bendiciones prometidas por obedecer las instrucciones del Señor. Aunque muchas de las normas y políticas que regían la Escuela de los Profetas eran similares a los principios generales del evangelio que se alentaba a todos los miembros a vivir, hubo ciertos procedimientos que fueron distintivos y evidentes desde la primera sesión del programa educativo. Los alumnos se reunían temprano por la mañana, alrededor del amanecer, con espíritu de ayuno y oración. Eran admitidos al aula por el instructor. Una vez reunidos, el instructor recitaba un juramento que los alumnos repetían. Ese juramento incluía la promesa de ser hermanos en los “lazos del amor” y de “andar en todos los mandamientos de Dios sin mancha, con acción de gracias, por los siglos de los siglos. Amén” (D. y C. 88:153).

Por revelación, también se indicó que los miembros de la Escuela de los Profetas debían ser recibidos en la escuela “participando del pan y del vino” (D. y C. 88:141). Asimismo, se les instruyó que participaran de la “ordenanza del lavamiento de pies”, siguiendo el modelo del Salvador al lavar los pies de los apóstoles durante la Última Cena, según lo descrito en el Evangelio de Juan (D. y C. 88:139; véase Juan 13:12–17).

Muchas instrucciones adicionales del mensaje de paz del Señor se aplicaban no solo a los que estaban en la Escuela de los Profetas, sino a todos los santos de los últimos días. Se instruyó a los miembros a “enseñar unos a otros palabras de sabiduría; sí, buscad en los mejores libros palabras de sabiduría; buscad conocimiento, tanto por el estudio como por la fe”. Los miembros, incluyendo aquellos que participaban en la escuela, debían cesar de todas sus “malas obras”, incluyendo sus “deseos lascivos”, el orgullo y la “frivolidad” (D. y C. 88:118, 121). Debían abandonar la ociosidad, la crítica, y el dormir más de lo necesario, para que sus cuerpos y

mentes fueran vigorizados. También se les instruyó a estar vestidos con los lazos de la caridad (D. y C. 88:124–125).

Por revelación, se dieron instrucciones a los participantes de la Escuela de los Profetas en cuanto a los procedimientos en el aula y el plan de estudios. Aunque se les mandó designar a un líder e instructor (quien era José Smith), también se les indicó que todos debían participar, a fin de que todos pudieran edificarse mutuamente (D. y C. 88:122). Por revelación, también se instruyó a los miembros de la escuela y a otros santos de los últimos días a “enseñar unos a otros la doctrina del reino”, para que pudieran ser “instruidos más perfectamente en teoría, en principio, en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios”, y así comprendieran mejor. También se les mandó buscar conocimiento “de las cosas tanto en el cielo como en la tierra, y debajo de la tierra; cosas que han sido, cosas que son, cosas que pronto han de acontecer; cosas que hay en casa, cosas que hay en el extranjero; las guerras y perplejidades de las naciones, y los juicios que hay sobre la tierra; y un conocimiento también de países y de reinos” (D. y C. 88:77–79). Asimismo, se les mandó buscar sabiduría en los mejores libros y “buscar conocimiento, tanto por el estudio como por la fe” (D. y C. 88:118).

José Smith resumió sus principales actividades durante el invierno de 1832–1833, señalando que pasaba la mayor parte del tiempo traduciendo la Biblia, asistiendo a reuniones y participando en la Escuela de los Profetas. La primera sesión de la escuela comenzó durante la tercera semana de enero de 1833. Catorce hombres —doce sumos sacerdotes y dos élderes— se reunieron para participar en el primer programa organizado de capacitación misional bajo la dirección del Profeta. Este era un grupo selecto que se encontraba en Kirtland en ese momento. Otros, como Orson Pratt, fueron invitados posteriormente a participar. A muchos otros que quizás deseaban asistir, se les indicó que continuaran trabajando en la viña del Señor por un tiempo más.

Las primeras sesiones de la escuela fueron precedidas por una reunión en la que se derramaron los dones del Espíritu, como en los días antiguos. En preparación para el primer día de clases, José Smith presidió una reunión el 22 de enero, durante la cual habló en lenguas. Después de haber manifestado ese don, José testificó que “el Señor derramó Su Espíritu de manera milagrosa, hasta que todos los élderes hablaron en lenguas, y

varios miembros, tanto hombres como mujeres, ejercieron el mismo don". Los miembros continuaron cantando y orando en lenguas hasta altas horas de la noche.

Las manifestaciones divinas continuaron el 23 de enero, el día en que los miembros seleccionados del sacerdocio se reunieron para participar en lo que probablemente fue la primera reunión de la Escuela de los Profetas. Al describir el primer día de clases, José informó que "después de mucha predica, canto, oración y alabanza a Dios, todo en lenguas, procedimos al lavamiento de pies", como se describe en el Nuevo Testamento.

Continuaron todo el día en ayuno y oración, y concluyeron participando de la Santa Cena. Según José:

"Bendije el pan y el vino en el nombre del Señor, y todos comimos y bebimos, y fuimos saciados; luego cantamos un himno, y se dio por concluida la reunión".

Una de las primeras revelaciones que José Smith recibió después de organizar la Escuela de los Profetas fue la Palabra de Sabiduría, que constituye la ley de salud del Señor. Aunque la revelación, registrada el 27 de febrero de 1833, fue dirigida al concilio de sumos sacerdotes reunidos en Kirtland —quienes eran miembros de la Escuela de los Profetas—, este código de salud se aplicó también a otros miembros. La revelación especificaba que las hierbas, frutas, carnes y granos fueron dados por Dios para el uso del hombre, pero que ese mismo Dios prohibía el uso de alcohol, tabaco, té y café. Esta revelación también incluía bendiciones y promesas para los obedientes.

Brigham Young recordó más adelante que conocía bien las circunstancias que llevaron a la revelación conocida como la Palabra de Sabiduría. Dijo que los estudiantes viajaban muchos kilómetros para asistir a la escuela, que se llevaba a cabo en una habitación pequeña, probablemente de no más de tres metros por cuatro.

"Cuando se reunían en ese cuarto después del desayuno, lo primero que hacían era encender sus pipas y, mientras fumaban, conversaban sobre las grandes cosas del reino, y escupían por todo el cuarto. Y tan pronto como sacaban la pipa de la boca, se metían un gran bolo de tabaco. A menudo, cuando el Profeta entraba al aula para dar instrucciones, se encontraba envuelto en una nube de humo de tabaco. Esto, junto con las quejas de su

esposa por tener que limpiar un piso tan sucio, llevó al Profeta a reflexionar sobre el asunto, y consultó al Señor en cuanto a la conducta de los élderes al usar tabaco. El resultado de esa consulta fue la revelación conocida como la Palabra de Sabiduría.”

Uno de los participantes de la escuela, Zebedee Coltrin, recordó que después de que José Smith recibió la revelación de la Palabra de Sabiduría, el Profeta entró al aula desde el cuarto de traducción y les leyó la revelación. Inmediatamente después de que fue leída, “veinte de los veintiún que usaban tabaco... arrojaron su tabaco y sus pipas al fuego”.

Durante estas reuniones especiales, se prometió a los participantes que, mediante la obediencia, obtendrían un conocimiento más profundo del Salvador. José escribió a los líderes de la Iglesia en Misuri para informarles que estaba preparando a los participantes de la Escuela de los Profetas para recibir bendiciones extraordinarias, “incluso una visita desde los cielos”. Esta promesa se cumplió. Aproximadamente dos meses después de organizada la escuela, José instruyó a los alumnos a prepararse para un día de revelaciones y visiones, con la promesa de que los puros de corazón contemplarían una visión celestial.

El 18 de marzo de 1833, se abrieron los cielos. Los miembros se reunieron en su aula y, mientras ayunaban y oraban, “los ojos de su entendimiento [fueron] abiertos por el Espíritu de Dios, de modo que contemplaron muchas cosas”. Según las actas de esa reunión, “muchos de los hermanos vieron una visión celestial del Salvador, y huestes de ángeles, y muchas otras cosas, de las cuales cada uno tiene un registro de lo que vio”.

Zebedee Coltrin testificó que mientras oraba con otros miembros de la escuela, vio a un personaje celestial. “Lo vi”, dijo, “y supongo que otros también [lo vieron]”. José le informó que ese ser celestial era “Jesús, el Hijo de Dios, nuestro Hermano Mayor”. Poco después de que el hermano Coltrin contempló al Salvador, anunció que vio a otro personaje, quien parecía estar rodeado de una llama de fuego. Dijo que ese personaje tenía la forma de un hombre perfecto. Según Coltrin, José Smith le dijo que había visto “al Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

John Murdock también testificó que vio al Salvador durante el tiempo en que se celebraba la Escuela de los Profetas en la tienda de Newel K. Whitney. Él vivía temporalmente en la casa del Profeta y recordó que fue

invitado a asistir a reuniones de oración allí. Al describir una de esas reuniones, declaró:

“El Profeta nos dijo que si podíamos humillarnos ante Dios y ejercer una fe firme, veríamos el rostro del Señor. Y como al mediodía, las visiones de mi mente se abrieron, y los ojos de mi entendimiento fueron iluminados, y vi la figura de un hombre, hermosísimo, el semblante de su rostro era sano y claro como el sol. Su cabello era de un gris plateado brillante, rizado con una majestuosa forma. Sus ojos, de un azul penetrante, y la piel de su cuello, de un blanco bellísimo, y estaba cubierto desde el cuello hasta los pies con una túnica suelta, pura, más blanca que cualquier prenda que jamás haya visto. Su semblante era muy penetrante, y al mismo tiempo sumamente amable. Y mientras intentaba comprender la totalidad de su persona, de la cabeza a los pies, se desvaneció de mi vista, y la visión se cerró. Pero dejó en mi mente una impresión de amor, durante meses, como nunca antes había sentido en tal grado”.

Los registros no indican con qué frecuencia se reunían los alumnos ni cuántos días de instrucción incluyó ese primer período, pero en algún momento de abril de 1833 la escuela concluyó con la intención de reanudarla el siguiente invierno. Tras la última sesión, se instruyó a los participantes que regresaran a sus campos misionales o que continuaran sirviendo en las áreas donde vivían.

Durante ese primer período se cumplieron varios de los principales objetivos de la Escuela de los Profetas. Al reflexionar sobre sus experiencias, varios alumnos señalaron que uno de los enfoques más importantes de ese programa de capacitación misional era aprender a reconocer y escuchar al Espíritu. Orson Pratt recordó que una de las razones por las que los élderes se reunían era para aprender “cómo opera el Espíritu en la mente del hombre”. Según John Taylor, José Smith instruyó a los alumnos a no dudar en expresar sus pensamientos, pues “era muy común que el Espíritu Santo revelara algunas cosas a personas humildes” que tal vez no eran conocidas por otros. La escuela también se estableció para santificar a los élderes y prepararlos para recibir bendiciones espirituales, incluyendo visiones celestiales, las cuales efectivamente recibieron (D. y C. 88:137). Y José declaró que “un gran gozo y satisfacción resplandecían continuamente en los semblantes” de los santos de los

últimos días que participaron en la Escuela de los Profetas, “a causa de las cosas que se revelaron y nuestro progreso en el conocimiento de Dios”.

La escuela de los Élderes

Ocho meses después de que concluyera la Escuela de los Profetas, comenzó un nuevo programa de capacitación misional. Esta nueva escuela se llamó la Escuela de los Élderes. Funcionó en Kirtland durante tres inviernos. En algunos aspectos, esta nueva escuela era diferente de la Escuela de los Profetas, ya que aparentemente los participantes no eran recibidos mediante un juramento o salutación, ni mediante la ordenanza del lavamiento de pies. Aunque esta escuela era diferente, algunos contemporáneos se referían a ella indistintamente como la Escuela de los Élderes o la Escuela de los Profetas.

Las clases se llevaban a cabo durante los meses de invierno, a menudo de noviembre a marzo. Se enseñaban diversas materias: gramática inglesa, redacción, filosofía, gobierno, literatura, geografía, e historia antigua y moderna. Sin embargo, el enfoque principal del plan de estudios era la religión. Se enfatizaban diversos temas religiosos con el propósito de capacitar a los poseedores del sacerdocio para ser misioneros y líderes más eficaces. Otro propósito era preparar al sacerdocio para recibir un don o investidura especial en el Templo de Kirtland, que se encontraba en construcción.

José Smith fue uno de los muchos maestros competentes que dieron clases y dirigieron la instrucción de los alumnos. Mientras José enseñaba y presidía, otros participantes —incluyendo a Sidney Rigdon, Frederick G. Williams y William E. McLellin— prestaban asistencia. Durante la segunda sesión de esta escuela, los participantes se reunían en un aula situada bajo la imprenta construida en un terreno cercano al Templo de Kirtland.

Según la historia de José Smith, el Profeta estaba “ocupado” en noviembre de 1834 haciendo “preparativos para la escuela de los élderes, a fin de que pudieran ser más perfectamente instruidos en las cosas grandes de Dios”. El 1 de diciembre, el Profeta informó que la escuela estaba bien concurrida y que los alumnos estaban absorbidos en el estudio de clases de teología, particularmente de las siete *Lecciones sobre la fe*. La mayoría de los asistentes se concentraban diligentemente en prepararse para llegar a ser mensajeros de Jesucristo. Con la aprobación de José, las siete *Lecciones*

sobre la fe fueron publicadas en la primera edición de *Doctrina y Convenios* en 1835.

El 22 de diciembre de 1834 se abrió una Escuela de Gramática en Kirtland, con Sidney Rigdon y William E. McLellin como maestros. José y otros participantes de la Escuela de los Élderes comenzaron a asistir también a esta Escuela de Gramática. En enero de 1836 se organizó una Escuela de Hebreo. Esta escuela se reunía diariamente en el salón oeste del tercer piso del templo sin terminar, un salón también conocido como el “cuarto de traducción”. El 18 de enero de 1836, la Escuela de los Élderes fue trasladada a un salón del templo adyacente al que usaba la Escuela de Hebreo. Muchos líderes dedicaron gran parte de su tiempo a estudiar y asistir a estas escuelas.

Aunque la Escuela de los Profetas no fue restablecida, una de las ordenanzas introducidas en ella fue renovada en el templo como parte de la investidura preliminar. El 29 de marzo de 1836, dos días después de la dedicación del Templo de Kirtland, José Smith y otros miembros de la Primera Presidencia se reunieron con obispos, sus consejeros y otros líderes en el templo. Bajo la dirección de José, este grupo participó en las ordenanzas del lavamiento de pies y de la Santa Cena. Al resumir esta reunión, José escribió:

“El Espíritu Santo reposó sobre nosotros, y permanecimos en la Casa del Señor toda la noche, profetizando y glorificando a Dios”.

A la mañana siguiente, miércoles 30 de marzo, cerca de trescientos poseedores del sacerdocio se reunieron en el templo. Pasaron el día regocijándose mientras participaban del pan y el vino, tomaban parte en la ordenanza del lavamiento de pies y escuchaban las palabras del Profeta. Después de participar en estas ordenanzas, José les enseñó la necesidad de ser “investidos” con poder de lo alto (D. y C. 38:32). Esta investidura sería una investidura preliminar, un don especial de poder de parte de Dios. José informó a los presentes que ya habían sido investidos y les mandó que salieran con mansedumbre y sobriedad a predicar a Jesucristo, y a este crucificado.

Según los registros disponibles, la Escuela de los Profetas fue una de las escuelas más singulares organizadas bajo la dirección de José Smith. Aunque los miembros de esa escuela se reunieron por menos de tres

meses, disfrutaron de una temporada de grandes experiencias espirituales que los ayudaron a prepararse para recibir poder de lo alto en el Templo de Kirtland. No se organizó una escuela siguiendo el modelo de la Escuela de los Profetas original hasta 1869, en Utah. Mientras tanto, los líderes y miembros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días continuaron demostrando un interés genuino por la educación. Casi todos los principios delineados en la revelación de la Hoja de Olivo han servido como directrices influyentes para los programas educativos de los santos de los últimos días. Como aprendió José Smith por revelación:

“La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad. La luz y la verdad abandonan a aquel inicuo” (D. y C. 93:36–37).

Capítulo 18

La Nueva Traducción de la Biblia

Robert J. Matthews

La Traducción de José Smith de la Biblia (TJS) es una revisión o traducción inspirada de la versión King James (Reina-Valera en inglés). José Smith fue divinamente comisionado para hacer esta traducción y la consideraba una “rama de [su] llamamiento”. Aunque no es la Biblia oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, la Traducción de José Smith ofrece muchas ideas doctrinales e históricas esclarecedoras sobre el registro bíblico. Usar la Traducción de José Smith es como tener al propio José Smith como compañero de estudio, ya que es una fuente muy rica de información sobre eventos y personajes bíblicos que no se encuentra en ningún otro lugar. La labor fue una recompensa en sí misma, pues no solo resultó en una mejor comprensión de la Biblia, sino que fue también una experiencia de aprendizaje espiritual para el propio Profeta.

El mayor valor de la Traducción de José Smith es su poderoso testimonio de la sagrada misión del Señor Jesucristo como el Hijo de Dios, el Salvador y Redentor. También es un testimonio tangible y una evidencia del llamamiento divino del profeta José Smith.

¿Qué es la traducción de José Smith de la Biblia?

La Traducción de José Smith de la Biblia es una colección de documentos sagrados preparados por el profeta José Smith y sus escribas, principalmente entre junio de 1830 y julio de 1833. Tiene el estilo literario, vocabulario y contenido de la versión King James, modificada, aclarada y complementada con frecuencia por José Smith conforme recibía inspiración divina referente a pasajes y temas específicos. Esta obra ha sido conocida de diversas formas: la Nueva Traducción (término que usaba el propio José Smith), la Versión Inspirada y la Revisión Inspirada. Desde 1970, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ha adoptado oficialmente el nombre *Traducción de José Smith* para referirse a esta obra.

La Traducción de José Smith es notablemente distinta en procedimiento y contenido de cualquier otra Biblia, ya que el Profeta no hizo uso de manuscritos antiguos ni de conocimiento de lenguas bíblicas, sino que el lenguaje fue inspirado por experiencias revelatorias divinas al estudiar el texto en inglés de la versión King James.

En la Traducción de José Smith hay muchos pasajes nuevos que añaden información que no se encuentra en ninguna otra Biblia. Cientos de otros pasajes fueron reformulados de manera que interpretan y aclaran el material existente. Esto da, por lo general, un significado a pasajes que antes eran vagos u oscuros, y con frecuencia elimina afirmaciones contradictorias. También se encuentran algunas omisiones; la más notable es la explicación de que un libro del Antiguo Testamento, *El Cantar de los Cantares*, “no es escritura inspirada”.

Las correcciones más importantes son doctrinales en su contenido y tratan sobre la naturaleza de Dios, la naturaleza del hombre, la realidad del diablo, la misión de Jesucristo, el sacerdocio, las ordenanzas, el perdón y explicaciones que interpretan las paráboles de Jesús. Se hace considerable énfasis en la antigüedad del plan de salvación, con evidencia clara de que el evangelio de Jesucristo, con el sacerdocio y todas las ordenanzas, fue conocido y obedecido por Adán, Enoc, Noé, Abraham, Moisés y sus seguidores. Esta información se incorpora al texto de tal forma que restaura datos que una vez estuvieron en la Biblia, pero que se han perdido en todos los manuscritos bíblicos actualmente conocidos.

La Traducción de José Smith abarca tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, prestando atención a los sesenta y seis libros. Los libros que recibieron más correcciones fueron Génesis, Éxodo, Salmos, Isaías, Mateo, Lucas, Romanos y 1 y 2 Corintios. No se hicieron cambios en los libros de Rut, Ester, Cantar de los Cantares, Lamentaciones, Abdías, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Hageo, Malaquías, 2 y 3 Juan. Incluso los libros que no tienen correcciones textuales están citados en el manuscrito del Profeta como “correctos”, lo que significa que no necesitaban revisión.

Curiosamente, el libro de Eclesiastés, por alguna razón —probablemente un descuido—, no se menciona en el manuscrito del Profeta. La versión King James que usó el Profeta como base contenía los catorce libros del Apócrifo del Antiguo Testamento. El Señor le dijo a José Smith que no era necesario traducir esos libros (D. y C. 91).

¿Cómo se realizó la traducción?

El profeta José Smith no dejó un relato detallado explicando cómo se realizó la traducción; sin embargo, los documentos originales existentes ofrecen ciertas pistas. Se utilizó una edición grande de la Biblia versión King James, publicada por H. y E. Phinney de Cooperstown, Nueva York, en 1828. Se asume, con bastante probabilidad, que el Profeta leía — posiblemente en voz alta — y recibía inspiración del Espíritu Santo, y luego dictaba a un escriba, quien escribía en hojas de papel de 14 x 17 pulgadas, dobladas para formar hojas de 8.5 x 14 pulgadas.

Al comenzar el proyecto, se copiaba todo el texto bíblico, incluso los capítulos que no requerían correcciones. Más adelante, se adoptó un método más breve: se marcaban en la Biblia de José Smith los versículos que necesitaban ajustes, y en el manuscrito solo se escribían las correcciones reales. Por lo tanto, algunas partes de la Biblia recibieron muchas anotaciones, algunas con lápiz y otras con tinta. Las palabras exactas del nuevo texto solo se escribieron en las páginas del manuscrito.

¿Quiénes fueron los escribas?

Varios escritores participaron en el proyecto, comenzando con Oliver Cowdery, probablemente en Harmony, Pensilvania, en junio de 1830; posteriormente, John Whitmer en Fayette, Nueva York, desde octubre de 1830; y Sidney Rigdon en Fayette, Nueva York, Kirtland, Ohio y Hiram, Ohio, desde diciembre de 1830 hasta principios de 1832. Frederick G. Williams sirvió como escritor durante 1832 y 1833. Emma Smith también sirvió brevemente como escritor en diciembre de 1830. Un escritor adicional, que escribió a principios de 1832, aún no ha sido identificado.

¿Qué sucedió con el manuscrito?

En cuanto al Antiguo Testamento, el manuscrito consiste en una copia preliminar desde Génesis hasta el capítulo 24 (*Manuscrito del Antiguo Testamento 1*), seguido por un segundo manuscrito más pulido que vuelve a copiar el borrador anterior y continúa hasta Malaquías (*Manuscrito del Antiguo Testamento 2*). El Nuevo Testamento sigue un patrón similar: un manuscrito preliminar de Mateo capítulos 1 al 26 (*Manuscrito del Nuevo Testamento 1*), y un manuscrito más avanzado que recopia el anterior y continúa hasta Apocalipsis (*Manuscrito del Nuevo Testamento 2*).

Las páginas se han amarilleado, y la tinta, que originalmente era negra, ahora es de un rico color marrón. Algunas salpicaduras de tinta no intencionales adornan las páginas, y también pueden verse algunas huellas dactilares en las manchas de tinta. Varias secciones de las páginas fueron cosidas en el doblez para formar una colección tipo folio. El manuscrito completo consta de aproximadamente 450 páginas, algunas de ellas mal numeradas.

La “Biblia marcada” y los manuscritos aún están intactos, aunque muestran señales de envejecimiento y desgaste, y se conservan cuidadosamente en los archivos de la *Community of Christ* (anteriormente conocida como la Iglesia Reorganizada de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días) en Independence, Misuri. Las páginas muestran con frecuencia evidencia de revisiones posteriores al dictado original, ya sea por revelación adicional o por errores en el primer borrador. También se observa la adición de puntuación, uso de mayúsculas y versificación después de la redacción inicial, en preparación evidente para su publicación. En unos veinte lugares no hubo espacio suficiente entre las líneas para insertar las adiciones deseadas. En esos casos, las correcciones finales se escribieron en trozos de papel y se sujetaron con alfileres a las hojas del manuscrito en los lugares correspondientes.

Ocasionalmente, se escribieron notas explicativas en los márgenes de los manuscritos, que no estaban destinadas a formar parte del texto. He tenido la oportunidad de manipular y examinar la Biblia marcada y los manuscritos en muchas ocasiones.

Importancia especial de los manuscritos

Es de gran importancia que los manuscritos contengan a veces la fecha en que fueron escritos, lo cual nos permite reconstruir la secuencia y saber con precisión cuándo se estaban considerando ciertos pasajes bíblicos. Las fechas ayudan a correlacionar la traducción con eventos conocidos en la historia de la Iglesia y también a establecer una cronología. Esta cronología es especialmente reveladora al mostrar que, en muchos casos, ciertos puntos doctrinales específicos fueron registrados en el manuscrito de la Traducción de José Smith antes de que esos mismos conceptos aparecieran en *Doctrina y Convenios*. Dichos elementos confieren un carácter primario y fundacional a la Traducción de José Smith.

Entre los temas que pertenecen a esta categoría están:

- La caída de Lucifer (*Moisés 4:1–4* y *D. y C. 29:36–41*),
- Laantidad de la vida animal (*TJS Génesis 9:11* y *D. y C. 49:19–21*),
- Y la edad de responsabilidad de los niños (*TJS Génesis 17:1–12* y *D. y C. 68:25–27*).

Esta relación indica el papel significativo (aunque en general pasado por alto) de la Traducción de José Smith como contribución al contenido de *Doctrina y Convenios* y también a las enseñanzas de la Iglesia. Asimismo, demuestra que el proceso de traducción fue una experiencia de aprendizaje para el Profeta, ya que lo introdujo a algunos conceptos doctrinales importantes que no se habían tratado previamente en las Escrituras.

¿Porqué fue necesaria una Nueva Traducción de la Biblia?

El Señor le reveló a Nefi que muchas partes claras y preciosas de la Biblia fueron deliberadamente quitadas desde una fecha muy temprana, antes de que fuera distribuida por el mundo (1 Nefi 13:20–29). Dado que hoy no existen los manuscritos originales de la Biblia, el problema no es uno de idioma ni de habilidad en la traducción; el verdadero problema es la falta de un manuscrito adecuado desde el cual traducir. La apostasía no solo dejó al mundo sin una Iglesia verdadera, sino también sin una Biblia adecuada. Solo por revelación podían restaurarse en la tierra tanto la Iglesia verdadera como el registro bíblico verdadero. Esta es la razón de fondo que justifica la necesidad de que José Smith realizara una traducción revelada de la Biblia, y también explica por qué no era necesario que tuviera un manuscrito antiguo ni conocimientos de lenguas bíblicas.

El ángel le explicó a Nefi que el Libro de Mormón y “otros libros” en los últimos días darían a conocer el material perdido de la Biblia (1 Nefi 13:38–40). La Traducción de José Smith bien podría ser uno de esos “otros libros”.

¿Porqué se llama a la Traducción de José Smith una “Traducción”?

Algunos objetan que se llame “traducción” a la Traducción de José Smith porque no implicó un cambio de idioma. José Smith estudió el texto en inglés de la versión King James y produjo el texto en inglés de la Traducción de José Smith conforme el Señor le revelaba el significado original y más completo. Podríamos preguntar: “¿Quién fue, en realidad, el verdadero

traductor?" El Espíritu Santo fue el traductor, y José Smith fue el instrumento mortal a través del cual se dio a conocer la restauración revelada del significado. José no restauró un manuscrito original en un idioma antiguo. Restauró, en un texto en inglés, información antigua que alguna vez fue registrada por profetas bíblicos en lenguas antiguas. Eso equivale a una traducción.

Que José Smith tenía el don espiritual para traducir mediante el Espíritu se ilustra en los siguientes dos ejemplos. Primero, después de ser bautizado y recibir el Espíritu Santo, el Profeta escribió:

"Al estar ahora iluminadas nuestras mentes, comenzaron a abrírse nos las Escrituras y se nos reveló el verdadero significado e intención de sus pasajes más misteriosos de una manera que jamás hubiéramos podido lograr antes, ni se nos habría ocurrido" (*José Smith—Historia* 1:74).

Segundo, las actas de la Escuela de los Profetas con fecha 14 de enero de 1871 contienen esta información:

"Él (el élder Orson Pratt) mencionó que, dado que José usó el Urim y Tumim en la traducción del Libro de Mormón, se preguntaba por qué no lo usó también en la traducción del Nuevo Testamento. José le explicó que la experiencia que había adquirido al traducir el Libro de Mormón con el uso del Urim y Tumim lo había familiarizado tanto con el Espíritu de Revelación y Profecía, que en la traducción del Nuevo Testamento ya no necesitaba la ayuda que fue necesaria en la primera ocasión".

Aceptar a José Smith como profeta de Dios elimina toda dificultad para aceptar también la Traducción de José Smith como una forma de traducción revelada.

La Pregunta de la Completud

¿Terminó José Smith la traducción de la Biblia? En una carta escrita a W. W. Phelps el 2 de julio de 1833, Sidney Rigdon dijo que José había terminado, y una nota similar aparece en el manuscrito bajo esa misma fecha. Sin embargo, el Profeta hizo revisiones adicionales posteriormente. En discursos públicos, frecuentemente mencionaba correcciones necesarias en varios pasajes de la Biblia que no están incluidas en el manuscrito de la Traducción de José Smith. Aun así, el Profeta se esforzó por preparar el manuscrito de la Traducción para su publicación en Nauvoo. Estos y otros

factores conducen a la conclusión de que el Profeta había completado lo que el Señor le requirió en ese momento, pero no hizo todas las correcciones necesarias, las cuales probablemente se realizarán en algún momento futuro como parte de la restauración de todas las cosas.

Publicación de la Traducción de José Smith

El profeta José Smith no publicó todo el material de la Traducción de José Smith. Sin embargo, partes de Génesis, incluyendo la “Profecía de Enoc” (Moisés 7), se publicaron en *The Evening and the Morning Star* en Independence, Misuri, en agosto de 1832 y en marzo y abril de 1833. Secciones extensas de Génesis, capítulos 1 al 5, se publicaron en la *Segunda Lección* de las *Lecciones sobre la Fe*. Romanos 10:14 se publicó en la *Tercera Lección*. Un folleto de 8" x 12" que contenía Mateo 24 de la Traducción de José Smith se publicó en algún momento entre 1832 y 1837 en Kirtland, Ohio. La “Visión de Moisés” (Moisés 1) se publicó en *Times and Seasons* en enero de 1843, en las páginas 71–73.

Después de la muerte del Profeta, algunos pasajes de Génesis, así como Mateo 24, se publicaron en la *Perla de Gran Precio* en Liverpool, Inglaterra, en julio de 1851, y han estado en todas las ediciones posteriores. La Iglesia Reorganizada de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días publicó la traducción completa en 1867 en Plano, Illinois, y desde entonces ha publicado muchas ediciones. A partir de 1979, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días publicó una edición de la Biblia versión King James con cientos de selecciones de la Traducción de José Smith como notas al pie de página y en los apéndices. En 2004, el *Religious Studies Center* de la Universidad Brigham Young publicó una transcripción tipográfica de todas las páginas del manuscrito original.

Conclusión

Algunos eruditos santos de los últimos días consideran que la Traducción de José Smith es la mejor Biblia que existe actualmente en la tierra y el mejor testimonio del Señor Jesucristo entre todas las versiones conocidas. Comparada con otras Biblias, es más vívida, la doctrina es más clara, las situaciones están más enfocadas, los patriarcas antiguos son más majestuosos, los líderes judíos se muestran más corruptos, y Jesús es más grandioso. Además, fue mediante el proceso de traducción que se revelaron al profeta José muchas de las doctrinas fundamentales que hoy

sostiene La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Por tanto, constituye uno de los logros más importantes del profeta José Smith y un documento extraordinario de gran importancia para la dispensación del cumplimiento de los tiempos.

Capítulo 19

La Visión: Doctrina y Convenios 76

Randy L. Bott

Tras la misión de José Smith y Sidney Rigdon para contrarrestar los crecientes sentimientos de antagonismo provocados por la difusión de mentiras de los apóstatas, hubo una breve temporada de relativa calma. Durante ese respiro, José reanudó su labor en la traducción de la Biblia (D. y C. 73:3). Mientras se dedicaban a esta exigente tarea, él y Sidney experimentaron una de las visiones más extraordinarias jamás registradas por hombres mortales. Durante la experiencia, que duró más de una hora y media, José y Sidney permanecieron absortos en una visión compuesta por seis partes, tan iluminadora que el Profeta diría más adelante:

“Si pudieran mirar al cielo durante cinco minutos, sabrían más de lo que podrían aprender leyendo todo lo que jamás se haya escrito sobre el tema”.

En cuanto a la amplitud de la visión registrada en Doctrina y Convenios 76, José dijo:

“Podría explicar cien veces más de lo que jamás he dicho sobre las glorias de los reinos que me fueron manifestados en la visión, si se me permitiera y si el pueblo estuviera preparado para recibirla”.

Aunque solo poseemos una centésima parte de lo que se vio, lo que tenemos deja la mente asombrada y enciende la imaginación más allá de cualquier otra visión registrada en las Escrituras.

La secuencia en que se registraron las seis visiones comienza en los extremos y avanza hacia el centro del espectro de la eternidad. Primero viene la visión de Dios y de Cristo (D. y C. 76:20–24). El relato comienza explicando que el Padre y el Hijo fueron vistos, y que José y Sidney “recibieron de su plenitud” (D. y C. 76:20).

Anteriormente, en la traducción del libro de San Juan, el Señor le explicó a José lo que significaba recibir esta bendición:

“Porque en el principio era el Verbo, es decir, el Hijo, que fue hecho carne y enviado a nosotros por la voluntad del Padre. Y todos los que creen en su nombre recibirán de su plenitud. Y de su plenitud todos hemos recibido, es decir, inmortalidad y vida eterna por medio de su gracia” (TJS Juan 1:16).

Por tanto, podemos esperar con razón que esta visión abordara ampliamente la variedad de opciones disponibles para la humanidad en las moradas eternas.

Después de ver y conversar con el Salvador, los santos ángeles y aquellos que moran eternamente con Dios, José y Sidney dejaron un testimonio final —añadido al de todos los que habían testificado antes— de que Cristo es un Ser real y viviente. Luego, José amplió el alcance de la expiación de Cristo más allá de cualquier relato registrado anteriormente. El Profeta anunció que la Expiación, llevada a cabo en esta tierra, era eficaz en innumerables mundos más (D. y C. 76:24).

Inmediatamente después de esta teofanía, viene una de las visiones más tristes pero también más iluminadoras dadas al hombre: la caída de Lucifer, hijo de la mañana (D. y C. 76:25–29). Una vez un ángel con autoridad, este hijo espiritual de Dios eligió ejercer su albedrío en oposición al “gran plan de felicidad” que Dios había establecido para la salvación y exaltación de Sus hijos espirituales (Alma 42:8–16). Su abierta rebelión en la misma presencia de Dios y de Cristo resultó en que fuera arrojado a la tierra, donde se convirtió en Perdición, lo cual significa arruinado o completamente perdido (Apocalipsis 12:7–9). El hecho de que “los cielos lloraron sobre él” indica que lo conocíamos y lo amábamos antes de su rebelión y caída.

Aprendemos de esta visión que el objetivo de Lucifer era dertronar a Dios y apoderarse de Su reino (D. y C. 76:28). Por este propósito, fue expulsado de la presencia de Dios. Y después de haber sido expulsado, Satanás no se conformó con llevarse consigo a un tercio de los hijos espirituales de Dios (Apocalipsis 12:4–9; D. y C. 29:36); él buscó la miseria de toda la humanidad (2 Nefi 2:18, 27). Es instructivo notar la intensidad y diferencia entre los esfuerzos destructivos de Satanás hacia la humanidad en general, comparados con sus ataques a los santos de Dios. En Doctrina y Convenios

29 aprendemos que “es necesario que el diablo tiente a los hijos de los hombres” (D. y C. 29:39). La sección 76, versículo 29, añade de forma escalofriante que “hace guerra contra los santos de Dios y los rodea por todas partes” (véase también Apocalipsis 12:17).

La tercera visión registrada en la sección 76 (vv. 30–49) continúa con el destino de aquellos que son vencidos por las tácticas engañosas de Satanás después de haber aceptado el evangelio y haberse calificado, mediante la fidelidad, para ser llamados “santos”. Aunque relativamente pocos, en comparación con la totalidad de la humanidad que ha vivido y vivirá, José Smith declaró que un destino terrible sería “el caso de muchos apóstatas de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”.

Además de los pasos registrados en la visión sobre lo que una persona debe hacer para convertirse en un hijo de perdición —lo cual incluye conocer el poder de Dios, participar de ese poder y luego negarlo y desafiarlo—, José escribió lo siguiente:

“¿Qué debe hacer un hombre para cometer el pecado imperdonable? Debe recibir el Espíritu Santo, tener los cielos abiertos y conocer a Dios, y entonces pecar contra Él. Después que un hombre ha pecado contra el Espíritu Santo, no hay arrepentimiento para él. Tiene que decir que el sol no brilla mientras lo está viendo; tiene que negar a Jesucristo cuando los cielos se le han abierto, y negar el plan de salvación teniendo los ojos abiertos a la verdad del mismo; y desde ese momento comienza a ser un enemigo”.

Afortunadamente, el poder del adversario está limitado a esta vida terrenal, de modo que ningún hombre puede cometer el pecado imperdonable después de la muerte. José dijo:

“Conozco las Escrituras y las entiendo. Dije: ningún hombre puede cometer el pecado imperdonable después de la disolución del cuerpo, ni en esta vida hasta que haya recibido el Espíritu Santo; pero deben hacerlo en este mundo”.

Todos, con excepción de los hijos de perdición, serán salvos en uno de los reinos de gloria. El destino de los hijos de perdición, sin embargo, no es conocido por el hombre, aunque algunos lo han visto; pero una vez visto, la visión es “cerrada de inmediato...” (D. y C. 76:47). Solo aquellos que sean

destinados a ese destino espantoso conocerán la magnitud e intensidad de los sufrimientos de las tinieblas exteriores o del infierno eterno.

La siguiente visión pasa de esa oscuridad a la luz resplandeciente de aquellos que heredarán la exaltación en el reino celestial (D. y C. 76:50–70). Algunos han asumido erróneamente que muy pocos calificarán para esta gloria suprema. Pero es Dios mismo quien establece los requisitos y el proceso para alcanzar este reino. Afortunadamente, estos están al alcance de todos los que estén dispuestos a cumplir con ellos. Los pasos incluyen recibir un testimonio de Jesús, creer y ser bautizado en su nombre siguiendo su ejemplo divino, guardar sus mandamientos lo suficiente como para activar la Expiación que limpia los pecados pasados, recibir el Espíritu Santo y tener la fe necesaria para que el Espíritu Santo selle las ordenanzas y convenios hechos en la presencia de Dios y sus testigos (D. y C. 76:51–53; 132:7).

A menudo se pregunta: “¿Es necesario ser perfecto para calificar para el reino celestial?” En respuesta, el Señor reveló: “Y ellos vencerán todas las cosas” (D. y C. 76:60). La palabra “vencerán” describe un evento futuro y da a entender que incluso aquellos en el reino celestial aún están en el proceso de perfeccionarse y continuarán perfeccionándose hasta llegar a ser perfectos en Cristo. Algunos Santos malinterpretan con celo la frase “la iglesia del Primogénito” en relación con los que entran en la gloria celestial (D. y C. 76:54). No se dan cuenta de que esto significa que “ellos que moran en su presencia son la iglesia del Primogénito; y ven como son vistos, y conocen como son conocidos, habiendo recibido de su plenitud y de su gracia” (D. y C. 76:94).

La visión revela la bendición incommensurable de la gloria celestial: morar en la presencia de Dios y de Cristo para siempre (D. y C. 76:62). Aquellos que no comprenden el gran objetivo de Dios para sus hijos —recibir inmortalidad y vidas eternas— pueden considerar que esta doctrina bordea la blasfemia, al pensar que el hombre pueda llegar a ser como Dios (Moisés 1:39). Pero es cierto. Dios reveló a José y a Sidney: “Y él los hace iguales en poder, y en fortaleza, y en dominio” (D. y C. 76:95).

Estas palabras consoladoras traen consuelo a quienes han perdido a seres queridos por causa de la muerte. Los que lloran reconocen la promesa del Señor de que sus seres queridos resucitarán en la primera resurrección y participarán en los gloriosos eventos profetizados que acompañarán la

segunda venida del Salvador antes de entrar en su hogar eterno en el reino celestial. Sus cuerpos resucitados brillarán como el sol en su gloria y gozarán de una eternidad sin fin de vida eterna con Dios y con Cristo. Cualquiera que sea el precio requerido para alcanzar tal gloria, este palidecerá en comparación con las bendiciones que recibirán los Santos que perseveren fielmente hasta el fin (D. y C. 76:70).

Cuando esa visión concluyó, otra visión gloriosa se abrió ante la vista de José y Sidney: el reino terrestre (D. y C. 76:71–80). Aunque la gloria de este reino supera la capacidad humana de comprensión, palidece en comparación con el reino celestial, tal como la luz de la luna es opacada por el resplandor del sol. Aquellos que merecen este reino muestran descripciones que explican elementos de un solo grupo, más que varios grupos separados. Estos son los que mueren fuera de la ley —“sin ley”— lo que sugiere que tuvieron la opción de aceptar la ley pero no lo hicieron (D. y C. 76:72). Incluidos en este grupo están aquellos que vivieron en la mortalidad pero no calificaron para el descanso paradisíaco en el gran mundo de los espíritus después de su muerte. No recibieron un testimonio de Jesús en la mortalidad, lo que sugiere que tuvieron la oportunidad de recibirlo, pero lo rechazaron. Después de su muerte, sí recibieron un testimonio.

Una de las razones por las cuales podrían no haberlo recibido en la carne es que, aunque eran “hombres honorables”, fueron engañados por la astucia de los impíos. Si nos detenemos en este punto, entonces la obra vicaria por los muertos no tendría sentido. Sin embargo, si entendemos que todos estos versículos definen a un solo grupo, el problema se resuelve al considerar el versículo 79 de esta sección: “Estos son los que no son valientes en el testimonio de Jesús; por tanto, no obtienen la corona en el reino de nuestro Dios” (D. y C. 76:79). Fueron engañados. Aunque aceptaron el evangelio en el mundo de los espíritus, aún “no son valientes”, por lo tanto no califican para la gloria celestial.

¿Qué pasaría si fueron engañados al grado de no recibir la plenitud del evangelio en la tierra, pero luego la recibieron y entonces sí fueron valientes? ¿No calificarían entonces para el reino celestial? Por lo tanto, toda la obra vicaria que realizamos en esta tierra depende únicamente de que ellos acepten y sean valientes en su testimonio en el mundo de los espíritus. Cada hijo e hija de Dios, desde Adán hasta la última persona

nacida durante la “poca temporada” después del Milenio, tendrá una oportunidad plena —ya sea en la mortalidad o en el mundo de los espíritus— de aceptar o rechazar el evangelio de Jesucristo.

Este entendimiento permite a los Santos de los Últimos Días ver a Dios como un Ser justo, que no favorece a uno de Sus hijos sobre otro por causa del tiempo, el lugar de nacimiento o las oportunidades recibidas o negadas durante la existencia mortal. Habiendo demostrado, por el uso correcto del albedrío, que no estaban dispuestos a vivir la ley del reino celestial, estas personas buenas y honorables serán asignadas al reino terrestre, donde disfrutarán de la “presencia del Hijo, pero no de la plenitud del Padre” (D. y C. 88:21–22; 76:77). Aunque recibirán de la gloria de Cristo, se les negará la plenitud, la cual incluye el poder de la procreación. No se les permitirá vivir en un estado matrimonial, sino que vivirán “separadamente y en forma individual” por los siglos de los siglos (D. y C. 132:15–17).

Aunque esto suena como un castigo severo, en verdad es el lugar que ellos elegirán habitar. Dios, quien permitió que un tercio de Sus hijos espirituales fueran al infierno para siempre en lugar de obligarlos a hacer algo que no deseaban, no va a contradecirse ahora forzando a Sus hijos algo fieles a residir por la eternidad en un lugar donde no se sentirían cómodos. En realidad, serían más miserables viviendo en la presencia de Dios que en el reino que se han ganado (Mormón 9:4).

Con el cierre de esa visión, otra visión gloriosa irrumpió ante José y Sidney. Vieron el reino telestial. Los que habitan en el reino telestial no recibieron ni el evangelio ni el testimonio de Jesús. No negaron al Espíritu Santo —lo cual los habría calificado como hijos de perdición— porque nunca lo recibieron. Después de una vida mortal de carnalidad, sensualidad y de vivir muy por debajo de su entendimiento de las expectativas divinas, estos son “arrojados al infierno”, donde deben pagar por sus propios pecados, en la medida de lo posible, porque no aprovecharon la expiación de Cristo. Sufrirán en el infierno —esa porción del mundo de los espíritus donde se sufre por los pecados— durante el milenio, a través de la “poca temporada” que sigue al milenio, y hasta el “fin de la tierra” (D. y C. 88:100–101). En el infierno, el diablo reinará sobre ellos. En la parte más profunda de ese lugar maldito, el Espíritu de Dios no tiene influencia mitigadora (Alma 34:35). Después de que las escalas eternas de la justicia se hayan equilibrado y ellos hayan pagado por sus pecados hasta donde sea

posible, estarán preparados para un reino de gloria que está muy lejos de ser un lugar de castigo. De hecho, el Señor reveló: “Y así vimos, en la visión celestial, la gloria del celestial, la cual sobrepuja todo entendimiento; y ningún hombre la conoce sino aquel a quien Dios la ha revelado” (D. y C. 76:89–90).

En el reino celestial, sin embargo, tienen acceso limitado a la Deidad. Pueden disfrutar de la presencia del Espíritu Santo mediante el ministerio de los habitantes del reino terrestre, pero “donde Dios y Cristo moran no pueden venir jamás, por los siglos de los siglos” (D. y C. 76:112). Aquellos que son “mentirosos, hechiceros, adulteros, y fornicarios, y todo el que ama y hace mentira” están en camino a la parte infernal del mundo de los espíritus, rumbo a una eternidad sin fin en el reino celestial, a menos que se arrepientan (D. y C. 76:103). Aquellos que, aun en el mundo de los espíritus, no abandonen sus creencias falsas en iglesias hechas por el hombre, igualmente perderán sus oportunidades de obtener la gloria celestial (D. y C. 76:99–102).

Es imprescindible que toda la humanidad sepa y entienda que será juzgada según las obras hechas en la carne, y que en su juicio final también se tomará en cuenta el deseo de su corazón (D. y C. 76:111; 137:9). Cualquiera que haya leído cuidadosa y sinceramente la sección 76 se ve obligado a admitir que proviene de Dios. Pero siempre queda ese persistente deseo de saber más, de expandir nuestra visión y ampliar nuestro entendimiento. A menudo uno desearía que a José se le hubiera dado permiso celestial para revelar más de lo que vio en visión.

Resulta especialmente interesante que el Señor iniciara y concluyera la visión con una promesa que traslada la carga de recibir mayor visión no a José y Sidney, sino a cada individuo. Porque el Señor dijo:

“Yo, el Señor, soy misericordioso y clemente con los que me temen, y me deleito en honrar a los que me sirven en rectitud y en verdad hasta el fin. Grande será su galardón y eterna será su gloria.

Y a ellos revelaré todos los misterios, sí, todos los misterios escondidos de mi reino desde tiempos antiguos; y por edades venideras les daré a conocer el beneplácito de mi voluntad en cuanto a todas las cosas pertenecientes a mi reino.

Sí, aun las maravillas de la eternidad sabrán; y les mostraré las cosas venideras, aun las cosas de muchas generaciones.

Y su sabiduría será grande y su entendimiento llegará hasta el cielo; y delante de ellos perecerá la sabiduría de los sabios, y se desvanecerá el entendimiento de los prudentes.

Porque por mi Espíritu los iluminaré, y por mi poder les daré a conocer los secretos de mi voluntad; sí, aquellas cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni aún han entrado en el corazón del hombre.” (D. y C. 76:5–10)

Uno sospecha que muchas de las “maravillas de la eternidad” estuvieron incluidas en las noventa y nueve partes de “La Visión” que José Smith y Sidney Rigdon vieron pero que no se les autorizó registrar. Entonces, ¿qué se debe hacer para calificar para ver una visión así? José Smith concluyó la sección explicando:

“Grandes y maravillosas son las obras del Señor, y los misterios de su reino que nos mostró, que sobrepasan todo entendimiento en gloria, y en poder, y en dominio;

Los cuales nos mandó que no escribiéramos mientras aún estábamos en el Espíritu, y no es lícito al hombre expresarlos;

Ni es capaz el hombre de darlos a conocer, porque sólo se pueden ver y entender por el poder del Espíritu Santo, el cual Dios concede a los que lo aman y se purifican delante de él;

A quienes otorga este privilegio de ver y conocer por sí mismos;

Para que, por el poder y manifestación del Espíritu, mientras están en la carne, puedan soportar su presencia en el mundo de gloria.” (D. y C. 76:114–118)

Si verdaderamente lo amamos, guardaremos sus mandamientos (Juan 14:15; D. y C. 42:29). Para purificarnos y santificarnos, debemos estar dispuestos a rendir nuestros corazones a Dios (Helamán 3:35). Así, el desafío se vuelve personal: ¿cuánto estoy dispuesto a renunciar de este mundo para gozar de las mismas visiones y revelaciones que experimentaron el profeta José Smith y Sidney Rigdon? La respuesta a esa pregunta —y las acciones que la sigan— determinarán cuándo se abrirán los ojos de nuestro entendimiento y veremos lo que Dios ha prometido.

Capítulo 20

Hiram, Ohio

Milton V. Backman Jr.

La casa de John Johnson en Hiram, condado de Portage, Ohio, ubicada a unos treinta kilómetros al sureste de Kirtland, fue el hogar de José Smith durante aproximadamente seis meses, desde mediados de septiembre de 1831 hasta finales de marzo de 1832. Durante ese breve período, esta casa de campo de madera se convirtió en una sede temporal de la Iglesia.

Muchos Santos de los Últimos Días viajaron hasta allí para encontrarse con José, buscar su consejo y asistir a reuniones. Se celebraron al menos ocho conferencias y muchas otras reuniones en esa casa. Allí el Profeta recibió dieciséis revelaciones que actualmente se encuentran en Doctrina y Convenios (1; 65; 67–69; 71; 73–74; 76–81; 99; 133).

En 1831, el año en que José Smith se mudó a Hiram, estuvo sumamente ocupado viajando, enseñando, registrando revelaciones y llamando a líderes a nuevos cargos en la Iglesia. En febrero, inició una recogida hacia Kirtland. Para principios del verano, la mayoría de los conversos de Nueva York se habían mudado al noreste de Ohio (DyC 37; 38:31–32). En junio, José instruyó a muchos de los santos de Nueva York que se trasladaran al oeste de Misuri (DyC 54:8), y luego en julio, encabezó un grupo de misioneros hacia Independencia, condado de Jackson, Misuri. Después de identificar Independencia como "Sion" y como un lugar de refugio y recogimiento, participó en la dedicación de un sitio designado para la construcción de un templo. Desde mediados de agosto hasta principios de septiembre, José viajó de regreso a Ohio, pero en lugar de establecerse en Kirtland, se mudó con su familia a la casa de campo de John Johnson en Hiram.

Johnson y su esposa, Alice, conocida como Elsa, conocieron a José poco después de que él se mudara al noreste de Ohio. Al enterarse de que un profeta de los últimos días estaba enseñando sobre un evangelio restaurado, los Johnson viajaron a Kirtland para investigar. Escucharon mientras el profeta José Smith testificaba de la restauración del evangelio

de Jesucristo, que incluía los mismos dones espirituales que se manifestaron en los días de los antiguos apóstoles. Cuando José supo que Elsa Johnson había estado aquejada durante algún tiempo con un brazo paralizado, dijo: “Mujer, en el nombre del Señor Jesucristo te mando que seas sana”. Elsa fue sanada instantáneamente y, al regresar a casa, lavó su ropa sin dolor.

Una de las actividades principales de José Smith mientras vivía con los Johnson en Hiram fue trabajar con Sidney Rigdon, su escriba, en una nueva traducción de la Biblia. Sidney, un antiguo predicador bautista, siguió a José hasta Hiram y vivió con su familia en una cabaña de troncos cerca de la residencia de los Johnson. Día tras día, estos dos hombres se reunían en la casa de los Johnson y, mientras meditaban y oraban, el Profeta dictaba y Sidney escribía. Muchas de las revelaciones que José recibió en Hiram fueron el resultado de preguntas formuladas y respuestas dadas mientras estos hombres estaban dedicados a esa obra.

Una importante conferencia temprana de la Iglesia restaurada tuvo lugar en la casa de los Johnson los días 1 y 2 de noviembre de 1831. El tema principal discutido en esta conferencia fue la compilación y publicación de las revelaciones que José había recibido. Él no había registrado algunas de las revelaciones recibidas en los primeros tiempos, pero en julio de 1830 el Señor le instruyó que continuara “invocando a Dios en mi nombre, y escribiendo las cosas que te sean dadas” (DyC 24:5). José comenzó inmediatamente a “copiar y organizar las revelaciones recibidas hasta ese momento, evidentemente con la intención de publicarlas en forma de libro”.

Parley P. Pratt, quien estuvo presente cuando José registró varias de las revelaciones, recordó que en una ocasión surgió una pregunta respecto a las manifestaciones espirituales, y se presentó el problema al Profeta. El élder Pratt escribió:

Después de que nos unimos en oración en su cuarto de traducción, él dictó en nuestra presencia la siguiente revelación: (DyC 50). Cada frase fue pronunciada lentamente y con mucha claridad, con una pausa entre cada una lo suficientemente larga como para que pudiera ser registrada por un escritor común a mano. Ésta era la forma en que se dictaban y escribían todas sus revelaciones. Nunca hubo vacilación, ni repasos, ni lectura hacia

atrás para retomar el hilo del tema; ... Yo estuve presente para presenciar el dictado de varias comunicaciones de varias páginas cada una.

William E. McLellin, otro converso temprano que también fue testigo del registro de varias revelaciones, declaró:

Yo, como escriba, he escrito revelaciones de la boca del [Profeta]. Y he estado presente muchas veces cuando otros escribían por José; por tanto, hablo como alguien con experiencia. El escriba se sienta en un escritorio o mesa, con pluma, tinta y papel. Una vez comprendido el tema de consulta, el Profeta y Revelador consulta a Dios. Él ve, oye y siente espiritualmente, y luego habla según es impulsado por el Espíritu Santo, el "así dice el Señor", frase tras frase, y espera que su amanuense escriba y luego lea en voz alta cada frase. Así proceden hasta que el revelador dice Amén, al concluir lo que se ha comunicado. He visto a [José], sin premeditación, pronunciar de este modo, en frases entrecortadas, algunas de las piezas de composición más sublimes que jamás haya leído en libro alguno.

Muchas revelaciones fueron copiadas a mano y circuladas. Debido a su importancia, la demanda de copias aumentó. Como no existía una compilación de las revelaciones, muchos miembros no tenían acceso a las doctrinas y normas que se estaban revelando. Los miembros también deseaban una copia de las revelaciones en una forma autorizada. Antes de 1831, se habían registrado treinta y seis revelaciones que están en nuestra edición actual de Doctrina y Convenios. Solo en 1831 se recibieron otras treinta y siete revelaciones. El total combinado hasta 1832 compone la mitad de todas las revelaciones contenidas en Doctrina y Convenios.

Por lo tanto, durante la conferencia de noviembre, los miembros de la Iglesia consideraron publicar más de sesenta revelaciones bajo el título de Libro de Mandamientos (*Book of Commandments*). Se nombró un comité para redactar un prefacio para dicha obra. Después de que el comité presentó su informe, la conferencia solicitó que José consultara al Señor al respecto. Él respondió pidiendo a los presentes que se inclinaran en oración con él. Así lo hicieron, y José Smith oró.

Según un relato, cuando se levantaron, José dictó por el Espíritu el prefacio que se encuentra en el Libro de Doctrina y Convenios, mientras estaba sentado junto a una ventana del cuarto [en la casa de John Johnson en Hiram, Ohio] donde se realizaba la conferencia, y Sidney Rigdon lo escribió.

José dictaba unas cuantas frases, Sidney las escribía, luego las leía en voz alta, y si estaban correctas, entonces José proseguía y dictaba más. De este modo se recibió el prefacio.

Después de que el Prefacio fue recibido por revelación, William E. McLellin expresó cierta inquietud respecto al lenguaje de las revelaciones. José Smith respondió a su preocupación comentando que William E. McLellin se consideraba a sí mismo “el hombre más sabio”, y que McLellin “intentó escribir un mandamiento semejante a uno de los más pequeños del Señor, pero fracasó”. También observó que todos los que presenciaron el fracaso de McLellin al intentar imitar el lenguaje de Jesucristo, aumentaron su fe en la veracidad de los mandamientos y revelaciones que el Señor había dado a la Iglesia por medio de su instrumento. Luego añadió que era “una responsabilidad tremenda escribir en el nombre del Señor”.

Después de que los líderes del sacerdocio acordaron imprimir varios miles de copias de las revelaciones, los élderes aceptaron servir como testigos de esta obra y proporcionar un testimonio escrito al mundo de los mandamientos del Señor. En su testimonio, declararon que el Señor, por medio del Espíritu Santo, les había testificado “que estos mandamientos fueron dados por inspiración de Dios, y son provechosos para todos los hombres, y son verdaderamente ciertos”.

Antes de que la conferencia concluyera, José Smith recibió aún otra revelación: la sección 133 de Doctrina y Convenios. Esta sección fue añadida inicialmente como un apéndice al Libro de Mandamientos.

Así, en noviembre de 1831, José dirigió conferencias en la casa de los Johnson, trabajó en la Traducción Inspirada de la Biblia (conocida en la Iglesia como la Traducción de José Smith), recibió al menos seis revelaciones y revisó los mandamientos para su publicación. Como editor, seleccionó unas sesenta y cinco revelaciones para incluir en el Libro de Mandamientos. Estas revelaciones no incluían todas las que había recibido antes de noviembre de 1831; algunas se publicaron en colecciones posteriores.

A mediados de noviembre, Oliver Cowdery y John Whitmer partieron de Hiram rumbo a Independencia, Misuri, llevando copias aprobadas de las revelaciones. Después de su llegada a Independencia, y con la ayuda de William W. Phelps, las revelaciones se publicaron en un periódico de la

Iglesia: *The Evening and the Morning Star* (*La Tarde y la Mañana*). Aunque la mayoría de las revelaciones del Libro de Mandamientos se publicaron en *The Star*, justo cuando la impresión del libro estaba a punto de completarse en julio de 1833, una turba irrumpió en la casa de Phelps y destruyó la imprenta.

Algunas copias de las revelaciones impresas se salvaron y se reimprimieron en una nueva edición de revelaciones en Kirtland, llamada Doctrina y Convenios (1835). Las primeras sesenta y cuatro secciones de esa obra casi coinciden con los capítulos del Libro de Mandamientos.

Mientras tanto, José Smith continuaba recibiendo revelaciones y enviando escritos revelatorios a Misuri para su publicación. El primer relato publicado de las Visiones de Glorias que José recibió en la casa de campo de John Johnson el 16 de febrero de 1832 es un ejemplo. Esta serie de visiones fue publicada en *The Evening and the Morning Star* en el verano de 1832.

Persecución en Hiram

Aunque la nueva nación era conocida como una tierra de libertad, periódicamente estallaban fuerzas nefastas de persecución. José Smith había huido de graves amenazas de turbas en Harmony, Pensilvania, y al otro lado de la frontera, en Nueva York. Después de trasladarse a Kirtland, las amenazas contra los Santos de los Últimos Días aumentaron. Cuando regresó a Kirtland tras su primer viaje a Misuri en 1831, temía que si volvía a establecerse allí, él y su familia serían atacados. Durante seis meses, José vivió en relativa paz en Hiram, condado de Portage, pero esa tranquilidad fue interrumpida en marzo de 1832 por las acciones de una turba enfurecida.

Para muchos hoy en día es difícil imaginar que las turbas golpearan, embadurnaran con brea y plumas a ciudadanos pacíficos, e incluso los expulsaran de sus comunidades o los mataran. Sin embargo, tales actos ocurrieron en los primeros años del siglo XIX en Estados Unidos. En Ohio, por ejemplo, en la década de 1830, los abolicionistas —considerados una amenaza para la unidad de la nación— fueron golpeados y expulsados de sus hogares. Durante una convención antiesclavista en ese estado en 1836, los delegados informaron que el año anterior los abolicionistas habían sido

atacados en trece pueblos de Ohio, y que alrededor de la misma época, los colonos de Putnam fueron atacados y obligados a abandonar sus hogares.

Las turbas, a menudo bajo la influencia del alcohol, eran incitadas y excitadas a actuar con intolerancia por medio de artículos maliciosos publicados en periódicos tendenciosos. Abolicionistas, masones, mormones, católicos romanos e indígenas se convirtieron en blancos de ataques y expulsiones. Algunos periodistas desarrollaron una lista de términos despectivos que aplicaban a diversos grupos, como los masones y los mormones. Durante los años en que E. D. Howe fue editor del *Painesville Telegraph*, publicó muchos artículos denunciando el mormonismo. Algunos de estos artículos fueron republicados en periódicos del área de Hiram. Usando los mismos términos que aplicaba a otros, Howe caracterizó a los miembros de la Iglesia restaurada como “fanáticos”, “seres engañados”, “la escoria de esta comunidad”, “una pandilla de mortales engañados” y “profundos creyentes en brujería, fantasmas y duendes”. A la familia de José Smith la llamó “una pandilla de buscadores de tesoros”. A los testigos del Libro de Mormón se les llamó “píos réprobos”, y a las revelaciones del Profeta, “volúmenes de... basura”. El 9 de diciembre de 1830, el *Ohio Star* de Ravenna, Ohio, informó que José Smith afirmaba haber sido visitado tres veces en sueños por el “espíritu del Todopoderoso”, lo que finalmente condujo a la aparición del Libro de Mormón. Después de que José se mudó a Ohio, el *Painesville Telegraph* informó que se había trasladado al condado de Portage para fabricar nuevas revelaciones y remodelar el Nuevo Testamento, pretendiendo traducirlo por inspiración celestial.

Según el propio Profeta, estos y otros comentarios similares inflamaron la mente de muchos lectores, impidiéndoles obtener una comprensión correcta de la Restauración.

La oposición al mormonismo en Hiram y sus alrededores fue encabezada por dos conversos tempranos: Ezra Booth y Symonds Ryder. Estos hombres se unieron a la Iglesia en mayo de 1831, sirvieron en misiones de corto plazo y abandonaron la Iglesia aproximadamente al mismo tiempo en que José se mudó a Hiram. Sin saber que José dictaba las revelaciones a sus escribas, Symonds se quejó de que su nombre estaba mal escrito en una de las revelaciones. Irónicamente, su nombre aparecía escrito de distintas

maneras en otros registros de la época, incluyendo el libro de actas de la iglesia en Hiram, donde él servía como ministro.

Mientras tanto, Ezra Booth, un ex ministro protestante que volvió a su antiguo oficio, fue el primer disidente en publicar artículos contra la Iglesia. Estos artículos circularon localmente, en el noreste de Ohio, y en otras partes del país. Booth no comprendía el papel de un profeta. José Smith era un hombre y un profeta. Como hombre, no se comportaba como Booth imaginaba que debía hacerlo un profeta. Por ejemplo, Booth escribió que mientras viajaba hacia el oeste con el Profeta rumbo a Misuri, José se sentaba alrededor de la fogata y bromeaba con los demás. Booth no se quejaba de que los chistes en sí fueran inapropiados, sino que consideraba que el comportamiento de José evidenciaba una falta de “sobriedad, prudencia y estabilidad”, cualidades que, según él, debían caracterizar a los profetas ungidos.

Booth también expresó preocupación por la naturaleza autoritaria del llamamiento de José. El Profeta recibía revelaciones que indicaban que los miembros debían recibir revelación dentro de los límites de sus respectivos llamamientos, y que solo una persona —la cabeza de la Iglesia— tenía derecho a recibir revelación para toda la Iglesia. Booth denunció esas enseñanzas. Dijo que tal práctica llevaría eventualmente a los hombres a un “estado de servidumbre” y “despotismo”, resultando en una “vasallaje sin restricciones”. Booth también se quejó del comportamiento de algunos misioneros que viajaban a Misuri, diciendo que algunos miembros de la Iglesia eran egoístas y descontentos. Afirmó que los líderes instaban a otros a no contraer deudas, pero que ellos mismos adquirían propiedades para la Iglesia a crédito. También escribió que se sentía decepcionado porque durante su misión no había recibido los dones espirituales que esperaba.

Las publicaciones en los periódicos de las revelaciones de José Smith sobre la ley de consagración y el mayordomía también dieron lugar a persecución (DyC 42). Estas leyes constituían un programa económico diseñado para mantener el concepto capitalista de propiedad independiente, junto con la idea de que las personas compartieran sus bienes para ayudarse mutuamente. También estaban destinadas a ayudar en las operaciones financieras de la Iglesia. Por diversas razones, incluida la escasez de propiedades entre los miembros, estas leyes nunca se implementaron completamente en Ohio. Solo unos pocos líderes participaron en la ley de

consagración y mayordomía en Kirtland. En Hiram y sus alrededores, este programa económico fue divulgado, pero muy mal entendido. Algunos sugerían que, si se unían a los Santos de los Últimos Días, perderían sus granjas. El temor de tener que entregar sus tierras a los líderes de la Iglesia restaurada avivó aún más las llamas de la persecución.

Después de que Booth anunciara que había dejado la Iglesia restaurada, en parte por su autoritarismo, inconsistencias e imperfecciones tanto de líderes como de miembros, José Smith afirmó que Booth no comprendía que “la fe, la humildad, la paciencia y la tribulación preceden a las bendiciones, y que Dios humilla antes de exaltar”. José también sugirió que la conversión de Booth se había basado en haber presenciado un milagro. José enseñó que la fe no debe basarse en los milagros, sino que los milagros siguen a la fe. Citó el Evangelio de Juan, donde Jesús dijo: “Me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis” (Juan 6:26). José explicó que Booth se decepcionó con el evangelio restaurado y que, debido a sus propias debilidades e iniquidad, escribió cartas que, por su “colorido, falsedad y vanas especulaciones”, fueron diseñadas para destruir la obra del Señor. También declaró que esas cartas escandalosas estaban provocando que otros rechazaran la verdadera luz y que él [Booth] estaba lleno de “prejuicio, ceguera y oscuridad”. José comprendía que esas actitudes negativas conducirían a la persecución de los miembros de la Iglesia.

Para apaciguar los ánimos alterados que se estaban desarrollando en Hiram y sus alrededores, José interrumpió temporalmente su labor en la Traducción Inspirada de la Biblia, y él junto con otros sirvieron en misiones de corto plazo. Durante aproximadamente un mes, desde mediados de diciembre de 1831 hasta mediados de enero de 1832, José Smith, Sidney Rigdon, David Whitmer, Reynolds Cahoon, Thomas B. Marsh y otros predicaron en el área del condado de Portage, Ohio, en respuesta a las acusaciones hechas por Ezra Booth.

En un intento por frenar la expansión del mormonismo en el condado de Portage, en la noche del 24 de marzo de 1832, una turba de unos cincuenta hombres lanzó un ataque. Irrumpieron en la cabaña donde vivían Sidney Rigdon y su familia. Arrastraron a Rigdon fuera de la casa tomándolo por los talones, de modo que su cabeza fue arrastrada por un campo helado y áspero. Su cabeza quedó lacerada. Uno de los integrantes de la turba

regresó a la casa de Rigdon para tomar almohadas de plumas, pero fue encerrado temporalmente en una habitación. Cuando logró escapar, proveyó a la turba con las plumas para cubrir los cuerpos de Sidney y José. La turba dejó a Rigdon inconsciente, con el cuerpo sangrante cubierto de brea y plumas. Cuando José lo visitó al día siguiente, Rigdon deliraba y tenía la cabeza muy inflamada. Durante muchos años sufrió secuelas como consecuencia de las agresiones de esa noche.

Mientras Sidney Rigdon yacía inconsciente, los agresores irrumpieron en la casa de campo de John Johnson, donde vivían José, Emma y los gemelos adoptivos. Esa noche del 24 de marzo, los gemelos, José y Julia, estaban enfermos. Hacía un tiempo que padecían de sarampión, y en esa fatídica noche, José sugirió que Emma se retirara a descansar con Julia, mientras él cuidaba al pequeño José. Al avanzar la noche, Emma le sugirió a José que se acostara en la cama nido. Lo hizo, hasta que fue despertado por los gritos de Emma: “¡Asesinato!”

José recordó:

“Me encontré saliendo por la puerta, en manos de unos doce hombres; algunos de ellos me sujetaban del cabello, otros de la camisa, de la ropa interior y de las extremidades...”

...me llevaron unos treinta varas [unos 150 metros] lejos de la casa. Vi al élder Rigdon tendido en el suelo, hasta donde lo habían arrastrado por los talones. Supuse que estaba muerto. Comencé a suplicarles, diciendo: “Tendrán misericordia y me perdonarán la vida, eso espero”. A lo que respondieron: “¡Maldito seas, llama a tu Dios para que te ayude, no te mostraremos misericordia!” Y la gente comenzó a aparecer por todas partes; uno que venía desde el huerto llevaba una tabla, y pensé que me matarían y me llevarían en la tabla...

Celebraron un consejo, y como podía oír de vez en cuando alguna palabra, supuse que estaban decidiendo si debían matarme o no. Regresaron después de un rato, cuando me enteré de que habían decidido no matarme, sino golpearme y arañarme bien, arrancarme la camisa y la ropa interior, y dejarme desnudo. Uno gritó: “¡Simonds, Simonds, ¿dónde está el balde de brea?” “No lo sé”, respondió otro, “Eli se lo llevó”. Volvieron corriendo y trajeron el balde de brea, y entonces uno exclamó con una maldición: “¡Untémosle la boca con brea!” Intentaron forzar la pala de brea

en mi boca; yo giré la cabeza para impedirlo, y gritaron: “¡Maldito seas, levanta la cabeza y déjanos ponerte brea!”

Luego intentaron forzarme un frasco en la boca, y lo rompieron contra mis dientes. Me arrancaron toda la ropa excepto el cuello de la camisa, y un hombre se abalanzó sobre mí y me arañó el cuerpo con las uñas como un gato rabioso, y luego murmuró: “¡Maldito seas, así es como cae el Espíritu Santo sobre la gente!”

Entonces me dejaron, e intenté levantarme, pero caí de nuevo; me arranqué la brea de los labios para poder respirar más fácilmente, y después de un rato comencé a recuperarme y me incorporé. Entonces vi dos luces. Me dirigí hacia una de ellas, y resultó ser la casa del padre Johnson. Cuando llegué a la puerta, estaba desnudo, y la brea me hacía parecer como si estuviera cubierto de sangre. Cuando mi esposa me vio, pensó que estaba completamente destrozado y se desmayó. Durante el alboroto afuera, las hermanas del vecindario se habían reunido en mi habitación. Pedí una manta, me la arrojaron y cerraron la puerta. Me envolví con ella y entré...

Mis amigos pasaron la noche raspando y quitando la brea, lavando y limpiando mi cuerpo; así que, para la mañana, ya estaba listo para vestirme de nuevo. Siendo ese domingo por la mañana, la gente se reunió para la reunión a la hora habitual de adoración, y entre ellos también vinieron los miembros de la turba... Con mi cuerpo todo lacerado y desfigurado, prediqué a la congregación como de costumbre, y en la tarde de ese mismo día bauticé a tres personas.

Durante el ataque de la turba del 24 de marzo, uno de los gemelos, Joseph Smith Murdock, contrajo un fuerte resfriado, que empeoró. El 29 de marzo, el hijo adoptivo de José y Emma, de once meses, falleció. El hijo de José fue uno de los primeros en morir como resultado de la persecución contra los Santos de los Últimos Días.

Las turbas continuaron acosando y amenazando la casa del padre Johnson por mucho tiempo. José temía ir de inmediato a Kirtland porque el espíritu de turba también prevalecía allí. Posteriormente, en abril de 1832, viajó a Misuri para instruir a los santos. Mientras él estaba en ese viaje, su familia y la familia de Sidney Rigdon regresaron a Kirtland. Aunque José regresó brevemente a Hiram para visitar a la familia Johnson después de su

segundo viaje a Misuri, se estableció en Kirtland. Desde el verano de 1832 hasta principios de 1838, Kirtland fue la sede central de la Iglesia.

Capítulo 21

La mobocracia en el condado de Jackson

Andrew H. Hedges

Los esfuerzos de los santos por establecerse en el condado de Jackson, Misuri, iniciados con tanto optimismo en el verano de 1831, pronto se encontraron con la oposición de los misurianos que ya vivían allí. Ya en la primavera de 1832, los colonos mormones fueron blanco de actos menores de violencia, y para el verano de 1833, la hostilidad contra los santos había tomado la forma de una turba decidida a expulsarlos del condado.

Los intentos de defender sus derechos por medios pacíficos solo enfurecieron aún más a los misurianos. Al lanzar un nuevo ataque la noche del 31 de octubre, la turba comenzó a expulsar a los santos de sus hogares y granjas. Los débiles intentos de defensa por parte de los mormones resultaron inútiles, y para mediados de noviembre, los santos del condado de Jackson ya no estaban allí. Sion había durado poco más de dos años.

La animosidad de los misurianos contra los mormones tenía diversas causas. Quizás la más fundamental era la diferencia ideológica entre ambos grupos. Misuri era un estado esclavista que tomaba sus referencias del Sur; la mayoría de sus primeros colonos eran sureños, y sus sensibilidades políticas y económicas estaban claramente orientadas hacia el sur tanto antes como después de obtener la condición de estado en 1821.

El oeste de Misuri, y en particular el condado de Jackson, era la frontera de los Estados Unidos en los primeros años de la década de 1830. Independence, el principal pueblo del condado y el lugar designado como el “lugar central para Sion” (DyC 57:3), tenía apenas cuatro años de existencia cuando los mormones comenzaron a llegar en 1831. Más que un pueblo, Independence era un punto de partida para comerciantes y tramperos que se dirigían a Santa Fe y a las Montañas Rocosas. Pronto se hizo notoria como “un lugar sin Dios, lleno de... blasfemos, personajes sospechosos,” tabernas, burdeles y otros “centros de pecado”.

Los colonos mormones, por supuesto, tenían una orientación y una cosmovisión completamente distintas. Provenientes en su mayoría del noreste antiesclavista y de la puritana Nueva Inglaterra, buscaban un lugar donde formar familias y adorar a Dios. Eran un grupo poco compatible con Misuri en general, y con la sociedad del condado de Jackson en particular.

Muchos misurianos también se oponían a las creencias religiosas de los mormones. Aunque los habitantes más refinados del este los consideraban “un triste grupo de religiosos, sin formación, toscos [y] dados a consumir licores espírituosos”, los “universalistas, deístas, presbiterianos, metodistas, bautistas y otros cristianos confesos” del oeste eran, no obstante, lo suficientemente devotos en sus propias creencias como para sentirse ofendidos por las extrañas doctrinas de los santos, tales como la revelación continua, la sanación de los enfermos y el don de lenguas. Es significativo que muchos de los líderes de turbas más notables e influyentes fueran, de hecho, ministros de otras religiones.

Los misurianos de todas las creencias encontraron otras doctrinas y prácticas de los santos aún más inquietantes que la creencia en los milagros o la revelación directa. Varios afirmaron haber sido informados por miembros de la Iglesia que los misurianos del condado de Jackson serían “cortados” y sus tierras apropiadas como herencia por los santos, una indiscreción que, de ser cierta, representaba un grave acto de desobediencia por parte de los santos, quienes ya habían sido advertidos por el Señor en contra de hacer exactamente ese tipo de declaraciones (véase DyC 45:72).

Además, al malinterpretar un artículo en *The Evening and the Morning Star* (el periódico de la Iglesia), los misurianos —ya nerviosos— llegaron a convencerse de que “uno de los medios a los que recurren [los mormones] para obligarnos a emigrar, es una invitación indirecta a los hermanos de color libres de Illinois para que vengan también a la tierra de Sion”. El supuesto plan de los santos, admitían los misurianos, era “uno de los medios más seguros para expulsarnos del país que los mormones podrían haber ideado, pues no se requiere de los dones sobrenaturales que ellos pretenden tener para ver que la introducción de tal casta entre nosotros corrompería a nuestros negros y los incitaría al derramamiento de sangre”.

Los santos negaron enérgicamente todas estas acusaciones, pero fue en vano.

Estas diferencias ideológicas, culturales y religiosas probablemente no habrían parecido tan alarmantes a los misurianos si la población de santos en Misuri no hubiera crecido a un ritmo tan acelerado. Las revelaciones de José habían advertido a la Iglesia que no se estableciera en la zona con demasiada rapidez y estipulaban que, por lo menos durante los primeros años, solo debían mudarse aquellos santos que fueran designados específicamente por los líderes de la Iglesia para hacerlo (véase DyC 58:44, 40, 55–56). Sin embargo, muchos santos desoyeron ese consejo.

Observando que “entre trescientas y cuatrocientas personas habían llegado al condado de Jackson para el 1 de julio de 1832”, los líderes locales de la Iglesia aconsejaron a los miembros del este que “no suban a Sion hasta que se hagan los preparativos necesarios” y les recordaron la política de recibir un llamamiento oficial para trasladarse.

Sin embargo, para noviembre, otros trescientos o cuatrocientos santos ya habían hecho el viaje —al parecer por iniciativa propia—, lo que elevó el número total de miembros en el condado a unos 816, un aumento de ocho veces respecto al número del año anterior.

Este crecimiento exponencial no pasó desapercibido para los misurianos residentes, quienes notaron rápidamente, al verano siguiente, tras otra temporada de inmigración incessante al condado de Jackson, que los “dos o tres” mormones que habían “aparecido en el Alto Misuri” en 1831, ahora se habían multiplicado hasta llegar a “unos mil doscientos en este condado”, y que “cada otoño y primavera sucesivos derraman sobre nosotros nuevas oleadas”.

Teniendo por el “destino de [sus] vidas y propiedades” en manos de tales “jurados y testigos” engañados, y dándose cuenta de que si la población mormona seguía creciendo, “no está lejano el día en que el gobierno civil del condado estará en manos de los mormones; cuando el alguacil, los jueces de paz y los jueces del condado serán mormones, o personas deseosas de congraciarse con ellos”, los misurianos decidieron tomar medidas decisivas en el verano de 1833.

En efecto, algunos de los antiguos colonos ya habían expresado violentamente su desprecio hacia los santos un año antes, apedreando algunas casas pertenecientes a miembros de la Iglesia, disparando contra otras y quemando una pila de heno de los mormones. Más irritantes que destructivos, estos actos de violencia algo aleatorios y desarticulados de

1832 fueron seguidos por una respuesta mucho más organizada ante la percibida amenaza mormona en abril de 1833, cuando unos trescientos misurianos se reunieron en Independence con el único propósito de trazar un plan para eliminar a la Iglesia del condado de Jackson.

Después de esta primera reunión —que, según se informó, terminó en una pelea entre borrachos sin llegar a ninguna decisión— los ciudadanos no mormones del condado redactaron el llamado “Manifiesto de la turba”, un extenso documento en el que los misurianos —incluidos varios funcionarios del condado y agentes de la ley— detallaban sus agravios contra los santos, se “comprometían mutuamente” a “utilizar los medios que fueran suficientes” para expulsar a los mormones del condado, y acordaban volver a reunirse en el palacio de justicia de Independence el sábado siguiente, 20 de julio, “para consultar los pasos a seguir”.

“Entre cuatrocientas y quinientas personas” de todas las partes del condado asistieron a esa siguiente reunión. Después de resolver unánimemente que:

- “Ningún mormón podrá en el futuro mudarse ni establecerse en este condado”;
- Que los que ya residían allí debían “dar una promesa clara de su intención de abandonar el condado en un tiempo razonable”;
- Que la imprenta de la Iglesia, administrada por W. W. Phelps, debía “cesar de inmediato toda actividad de impresión en este condado”;
- Y que “todas las demás tiendas y negocios pertenecientes a la secta” —específicamente la tienda de la Iglesia dirigida por Algernon Sidney Gilbert— debían cerrar sus puertas inmediatamente,

la reunión se suspendió por dos horas mientras un comité de doce hombres informaba a W. W. Phelps, al obispo Edward Partridge, a Algernon Sidney Gilbert y a otros pocos sobre estas decisiones.

“Pedimos tres meses para considerarlo”, escribieron después Partridge y otros. “No nos lo concedieron. Pedimos diez días. No nos lo concedieron, sino que dijeron que quince minutos era el máximo, y se negaron a escuchar cualquier razón.” Informando que la respuesta de los líderes de la Iglesia fue “irrazonable”, la reunión, al reanudarse, resolvió unánimemente destruir la imprenta de la Iglesia y tomar posesión de la prensa.

Fieles a su decisión, “entre cuatrocientas y quinientas personas, como una turba”, se abalanzaron inmediatamente sobre el edificio de ladrillo de dos pisos que albergaba la imprenta, y que también era la vivienda de la familia de W. W. Phelps. Expulsaron a la familia Phelps —incluyendo a un bebé enfermo— de la planta baja, arrojaron la prensa desde el piso superior, arrasaron el edificio y destruyeron todo lo que pudieron de los pliegos sin encuadernar del Libro de Mandamientos que estaba en proceso de impresión. La disposición de Algernon Sidney Gilbert de cerrar inmediatamente la tienda de la Iglesia salvó ese edificio de correr la misma suerte.

Volcando ahora su furia directamente sobre los mormones, los miembros de la turba sacaron a Edward Partridge de su casa, lo escoltaron media milla hasta la plaza pública cerca del palacio de justicia, y allí lo cubrieron con brea y plumas. Charles Allen, otro miembro de la Iglesia, fue tratado de la misma manera; otros que también habían sido capturados por la turba con el mismo propósito lograron escapar “gracias a la ansiedad de sus captores por divertirse al ver a los que estaban siendo embreados”.

Lilburn W. Boggs, residente del condado de Jackson y vicegobernador de Misuri, observó tranquilamente gran parte de la emoción del día.

En su acta de las actividades del día, el comité ciudadano informó que la resolución de destruir la imprenta de la Iglesia “se ejecutó de inmediato, con el mayor orden posible y con el mínimo ruido y disturbio, al igual que otras medidas de naturaleza similar.” La reunión de los ciudadanos se aplazó por tres días. En la mañana del 23 de julio, según lo previamente acordado, se reunieron nuevamente alrededor de quinientos hombres, portando una bandera roja y armados con todo tipo de objetos, desde rifles hasta látigos, y comenzaron a hostigar a los miembros de la Iglesia.

Amenazados con recibir de cincuenta a quinientos azotes cada uno, así como con la destrucción de sus hogares y cosechas, varios líderes de la Iglesia en ese momento “se ofrecieron como rescate por la Iglesia, dispuestos a ser azotados o a morir si eso calmaba la ira de la turba contra la Iglesia.” Pero la turba, decidida a eliminar a los habitantes mormones del condado, rechazó la propuesta y renovó sus amenazas contra los santos en general.

En lo que claramente fue más un intento de ganar tiempo que una rendición a las demandas de la turba, los líderes de la Iglesia firmaron un acuerdo escrito con un comité de la turba que estipulaba el cronograma y las condiciones para la salida de los santos del área: los líderes, sus familias y aproximadamente la mitad de los miembros de la Iglesia que entonces residían en el condado abandonarían el lugar antes del 1 de enero de 1834, y el resto se iría antes del 1 de abril.

Seguros, por el momento, de sus vidas y posesiones, los santos del condado de Jackson comenzaron de inmediato a buscar maneras de defenderse de la turba y retener sus propiedades. Oliver Cowdery fue enviado a Ohio para consultar con José Smith sobre la situación, mientras que W. W. Phelps y Orson Hyde entregaron personalmente una petición de ayuda al gobernador de Misuri, Daniel Dunklin. Este solo recomendó que los miembros de la Iglesia acudieran a los tribunales en busca de ayuda y reparación, a pesar de que muchos de los funcionarios legales del condado de Jackson eran parte de la turba.

Intentando seguir las instrucciones del gobernador, los santos, a finales de octubre, contrataron a cuatro abogados del condado de Clay para que los representaran y anunciaron públicamente su intención de defender sus tierras y hogares.

Hasta ese momento, los misurianos aparentemente habían creído que los mormones planeaban cumplir con los términos del acuerdo que se vieron obligados a firmar en julio. Pero al darse cuenta, hacia finales de octubre, de que ese no era el caso, la turba se reunió nuevamente y, la noche del 31 de octubre, comenzó a expulsar a los santos de sus hogares.

Esa primera noche, atacaron el asentamiento de los Whitmer cerca del río Big Blue, donde destruyeron parcialmente varias casas y azotaron a varios hombres. Al día siguiente, atacaron otro pequeño asentamiento fuera de Independence, así como varias viviendas y la tienda de la Iglesia en el centro del pueblo.

Al verse superados, los santos que vivían en Independence dejaron sus hogares a merced de la turba y se reubicaron juntos, a poca distancia del pueblo, el 2 de noviembre, para su defensa mutua. Esa misma noche, durante otro ataque contra santos que vivían cerca del río Big Blue, un joven misuriano fue herido de bala en el muslo.

La noticia del misuriano herido se propagó rápidamente por todo el condado, y en represalia, la turba planeó una campaña aún más violenta contra los santos para el día 4.

Los miembros de la Iglesia, aprovechando la tregua del 3 de noviembre, intentaron conseguir la ayuda de varios oficiales de paz, pero fue en vano. La mañana del lunes 4 de noviembre, la turba volvió a las cercanías del río Big Blue, y al menos dos pequeños grupos de santos armados se prepararon para defenderse. Uno de estos grupos, compuesto por treinta hombres —solo la mitad de ellos con armas de fuego—, se encontró con un grupo de cuarenta o cincuenta hombres de la turba, quienes estaban amenazando a mujeres y niños mormones. Estalló un breve tiroteo, en el que murieron dos misurianos y varios de ambos bandos resultaron heridos. Uno de los mormones, Andrew Barber, falleció a causa de sus heridas a la mañana siguiente.

Al igual que ocurrió con el joven misuriano herido días antes, esta muestra de resistencia por parte de los santos sirvió más como un grito de guerra que como disuasión para la turba, la cual, el 5 de noviembre, comenzó a organizarse bajo el amparo de la milicia del condado de Jackson. Su comandante, el coronel Thomas Pitcher, prometiendo el honor y la autoridad del estado, exigió que los santos entregaran a los involucrados en el enfrentamiento mortal del día anterior, así como también sus armas.

Los hombres que participaron en el enfrentamiento se entregaron voluntariamente, mientras que Lyman Wight, veterano de la Guerra de 1812 y líder improvisado de la resistencia mormona, accedió a entregar las armas bajo la condición de que Pitcher exigiera lo mismo a la milicia —muchos de cuyos miembros eran también parte de la turba. El coronel, según Wight, “aceptó gustosamente” la propuesta, momento en el cual los santos entregaron cuarenta y nueve armas y una pistola a su custodia y “regresaron a casa, seguros de su honor, de que no serían molestados más”.

Sin embargo, la milicia-turba retuvo sus armas, y al día siguiente fueron de casa en casa en grupos de entre sesenta y setenta hombres, amenazando la vida de mujeres y niños si no abandonaban el lugar de inmediato.

Desarmados y sin defensa, y profundamente dolidos por la traición de Pitcher, los santos no tuvieron más opción que huir —algunos en

circunstancias aterradoras. Perseguidos, tiroteados y azotados si eran capturados, muchos hombres mormones tuvieron que abandonar a sus familias para resguardarse, dejándolas a merced de la turba y de los elementos. Ninguno fue misericordioso.

Lyman Wight recordó haber visto a un grupo de 190 mujeres y niños “forzados a cruzar treinta millas de pradera”, y que era fácil “seguir su rastro por la sangre que fluía de sus pies lacerados en el rastrojo de la pradera quemada”. Parley P. Pratt relató un grupo similar de 150 mujeres y niños que deambularon por la pradera durante varios días, en su mayoría sin comida y sin más refugio que el cielo abierto.

La lluvia, el aguanieve y el frío acosaron a los santos durante su huida, que para la mayoría fue en dirección al río Misuri. Para el 7 de noviembre, cientos comenzaron a llegar a la orilla sur del río, hasta el punto en que, según recordó Pratt, el bajo del río “tenía la apariencia de una gran reunión campestre”.

“Se veían cientos de personas por todas partes, algunos en tiendas, otros al aire libre alrededor de sus fogatas, mientras la lluvia caía en torrentes. Los esposos buscaban a sus esposas, las esposas a sus esposos; los padres a sus hijos, y los hijos a sus padres. Algunos tuvieron la fortuna de escapar con sus familias, pertenencias del hogar y algo de provisiones; mientras que otros no sabían el paradero de sus seres queridos y lo habían perdido todo. La escena era indescriptible.”

Más personas llegaron al día siguiente, el cual se dedicó a levantar pequeñas cabañas temporales para los refugiados. Durante todo ese tiempo, el transbordador estuvo “constantemente en uso”, transportando a los santos al otro lado del río hacia la relativa seguridad del condado de Clay. El clima, al mejorar, facilitó la espera de quienes aguardaban su turno, y en cuestión de días, la mayor parte de la población SUD en el condado de Jackson —alrededor de 1.200 hombres, mujeres y niños— ya había cruzado el río Misuri. El esfuerzo de la Iglesia por establecer Sion en el condado de Jackson, al menos por el momento, había terminado.

José Smith no estuvo presente durante las persecuciones en el condado de Jackson. En el verano de 1831, había ayudado a establecer a los primeros santos en la zona y los visitó nuevamente en abril de 1832, pero su residencia permanente durante este período estaba en Kirtland, Ohio. Sin

embargo, es evidente por sus revelaciones y correspondencia que Sion y los santos de Misuri estaban muy presentes en su mente, y que seguía de cerca todo lo que ocurría con ellos. También está claro que culpaba a los santos por su parte en los problemas que se desarrollaron en la zona.

En noviembre de 1832, al haber sido informado de que muchos de los santos que se habían mudado a Misuri ese verano lo habían hecho sin la debida autorización y no estaban viviendo la ley de consagración como se les había mandado (véase DyC 58:35–36), José escribió a W. W. Phelps que tales personas debían ser excomulgadas de la Iglesia. Sin embargo, pocas —si acaso alguna— de esas excomuniones realmente ocurrieron, quizás en parte porque varios líderes de la Iglesia en Misuri pronto comenzaron a criticar abiertamente al Profeta.

Tras recibir varias cartas con críticas, José escribió a los líderes de la Iglesia en Misuri en enero de 1833, advirtiéndoles que su actitud estaba “consumiendo la fuerza de Sion como una peste” y les advirtió que “si no es detectada y erradicada, preparará a Sion para los juicios amenazados de Dios”. La carta de José concluía diciendo:

“Esto viene de su hermano, quien tiembla por Sion y por la ira del cielo que le espera si no se arrepiente”.

Los líderes de la Iglesia en el condado de Jackson prestaron atención a la advertencia en cierta medida (véase DyC 90:34), pero no fue suficiente. Al enterarse de la destrucción de la imprenta y de la violencia de las turbas en julio de 1833, José escribió a Vienna Jacques, residente de Misuri, en septiembre de 1833, diciendo que “en absoluto me asombra lo que te ha pasado, ni lo que le ha sucedido a Sion, y podría explicar los porqués y los motivos de todas estas calamidades. Pero, ay, es en vano advertir y dar instrucciones, pues todos los hombres están naturalmente inclinados a andar en sus propios caminos”.

Y más adelante ese mismo año, en diciembre, al saber que los santos, de hecho, habían sido expulsados del condado, José solo pudo concluir con tristeza que la desobediencia de algunos había resultado en el sufrimiento de todos.

Para José, Sion era algo que los santos habían perdido, al menos por el momento, no algo que les había sido arrebatado.

Capítulo 22

El Campamento de Sion

Craig J. Ostler

En el otoño de 1833, las turbas expulsaron sin misericordia a los miembros de la Iglesia de sus propiedades en el condado de Jackson, Misuri, el cual el Señor había designado como el lugar central de una Sion de los últimos días. Estos exiliados cruzaron el río Misuri hacia el norte, al condado de Clay.

En 1834, el Señor mandó al profeta José Smith que dirigiera una expedición de santos, conocida como el Campamento de Sion, con el propósito de ayudar a restaurar las propiedades de los santos en Misuri y protegerlos de nuevos ataques, mientras ocupaban sus hogares y lugares de trabajo (véase DyC 103).

La participación del Profeta en el Campamento de Sion puede entenderse mejor como una obra en tres actos:

1. Primero, la preparación del Profeta y sus viajes para reclutar hermanos que le acompañaran en la travesía hacia Misuri.
2. Segundo, la expedición en sí misma con aquellos que se ofrecieron como voluntarios para redimir a Sion.
3. Y tercero, los resultados y consecuencias de esta experiencia.

Preparación y Reclutamiento para el Campamento de Sion

A José Smith le fue sumamente difícil cumplir el mandamiento del Señor de dirigir el Campamento de Sion. Cuando el Señor dio la revelación para ayudar a los santos en Misuri, el 24 de febrero de 1834, José tenía razones de peso para quedarse en Kirtland.

Primero, estaba intensamente ocupado dirigiendo la construcción del Templo de Kirtland. Además, el robo y destrucción de propiedades de los santos en Misuri había contribuido a una crisis financiera para José como presidente de la Iglesia. Él había asegurado préstamos con acreedores en la

ciudad de Nueva York para abastecer los negocios mercantiles e imprentas propiedad de la Iglesia. Con la pérdida de la imprenta de William W. Phelps y de la tienda de Sidney Gilbert, ambas propiedades generadoras de ingresos en Misuri, José necesitaba garantizar a sus acreedores que los pagares serían cubiertos.

Adicionalmente, estaba involucrado en una demanda judicial contra un apóstata adulterio, Philastus Hurlburt, quien buscaba apoderarse de propiedades de la Iglesia en Ohio y además lo había amenazado físicamente.

José sentía que no podía dejar Ohio hasta que se resolvieran los problemas relacionados con las deudas y las demandas legales. Sin embargo, también comprendía que “si no voy [a Misuri], será imposible lograr que mis hermanos en Kirtland, cualquiera de ellos, vayan.” Por lo tanto, el éxito del Campamento de Sion estaba vinculado a resolver los problemas con los acreedores y los enemigos de José.

Eventualmente, se abrió el camino para que el Profeta pudiera concentrar toda su atención en el Campamento de Sion. Llamó a Oliver Cowdery y Sidney Rigdon para que supervisaran la construcción del templo. El Señor prometió ablandar el corazón de los acreedores en la ciudad de Nueva York (véase DyC 104:78–86), y finalmente se obtuvo alivio legal cuando los tribunales fallaron en contra de Philastus Hurlburt. Con estos obstáculos eliminados, José fue libre de viajar entre las ramas de la Iglesia para reclutar miembros para el campamento.

El 26 de febrero de 1834, escribió: “Salí de casa para obtener voluntarios para Sion.” Durante poco más de un mes, José viajó por el noreste de Ohio, el oeste de Pensilvania y Nueva York, recorriendo aproximadamente 550 millas, una tarea nada fácil en sí misma.

En mayo, el Profeta y un poco más de cien hombres, la mayoría de ellos jóvenes, se reunieron para marchar hacia Misuri. “El domingo 4 de mayo”, registró George A. Smith, participante del campamento:

“El Profeta José predicó a los santos en Kirtland bajo la sombra de la nueva escuela, que estaba parcialmente cerrada. Muchos de los que formarían el ‘Campamento de Sion’ estaban presentes... Testificó de la verdad de la obra que Dios había revelado por medio de él, y prometió a los hermanos que, si todos vivían como debían ante el Señor, guardando sus

mandamientos y no murmurando contra el Señor y sus siervos como lo hicieron los hijos de Israel, todos regresarían sanos y salvos, y ninguno moriría en la misión que estaban a punto de emprender. Porque si estaban unidos y ejercían fe, Dios los libraría de las manos de sus enemigos. Pero si, como los hijos de Israel, olvidaban a Dios y sus promesas, y tomaban a la ligera sus mandamientos, Él los visitaría con su ira y los afligiría con gran disgusto.”

Este mensaje marcó el tono del campamento y lo distinguió de otros grupos que podían estar recorriendo los mismos caminos. El camino más importante que los miembros del campamento debían recorrer no era el sendero polvoriento o lodoso, sino el camino de la rectitud.

El Viaje al Condado de Jackson, Misuri

Durante la travesía inicial y el viaje de regreso, José recorrió más de dos mil millas y estuvo ausente de su hogar por apenas cuatro días menos de tres meses. Este tiempo le permitió instruir y convivir con los hermanos en circunstancias íntimas y en los acontecimientos cotidianos, lejos de sus hogares y ambientes conocidos.

También es digno de mención que José participó de todas las experiencias, no como un observador distante de los hechos, sino como un protagonista principal. Los cronistas del Campamento de Sion han hecho mucho énfasis en el barro, el calor, los gusanos en el agua potable, etc., y en la prueba de fe que esta experiencia representó para aquellos que estaban siendo forjados como futuros líderes de la Iglesia. No se debe olvidar que José caminó por los mismos senderos fangosos, soportó el mismo calor y tuvo que colar el agua con los mismos gusanos.

De hecho, en una ocasión, “el Profeta descubrió que a algunos de su grupo se les había servido pan agrio, mientras que a él le habían dado pan dulce, del mismo cocinero. Lo reprendió por esa parcialidad, diciendo que quería que sus hermanos comieran tan bien como él, y prefería comer su porción de pan agrio con ellos.”

En otra ocasión, José y los que estaban en su tienda comieron papilla con miel, mientras el resto del campamento comía jamones que habían conseguido más temprano ese día. Por tanto, debemos suponer que, como los demás participantes, José también aprendió de las cosas pequeñas,

como compartir el agua, ayudar a cargar el peso de otro, y ser siempre un testigo de Dios.

Sobre los acontecimientos diarios del viaje, José escribió:

“Cada noche, antes de retirarnos a descansar, al sonar la trompeta, nos arrodillábamos ante el Señor en las varias tiendas y ofrecíamos nuestras oraciones de gratitud y súplica; y al sonar la trompeta en la mañana, cada hombre volvía a arrodillarse ante el Señor, implorando su bendición para el día.”

Aunque José ya había hecho dos viajes anteriores al condado de Jackson, Misuri —uno en el verano de 1831 y otro en la primavera de 1832—, nunca había viajado dirigiendo un grupo tan grande. Además, en esos viajes anteriores José se había desplazado por los ríos Ohio y Misuri. En cambio, los miembros del Campamento de Sion recorrieron principalmente la distancia a pie, caminando junto a las carretas, las cuales iban cargadas con provisiones para ayudar a los santos exiliados y necesitados.

En una carta a su esposa Emma, escrita el 4 de junio de 1834 desde la ribera del río Misisipi, José informó:

“He podido soportar el cansancio del viaje mucho más allá de mis expectativas más optimistas, salvo que he tenido algunas molestias por rigidez, me salieron ampollas en los pies, pero ya están bien, y también he tenido un pequeño brote de mi dolencia en el costado.”

Además de los desafíos personales por las exigencias físicas del viaje, José también tenía la responsabilidad del bienestar de los miembros del campamento. El Señor reveló que él debía guiar al grupo “como Moisés guió a los hijos de Israel” (DyC 103:16). Para asegurar el orden y la seguridad, organizó el campamento en compañías de doce personas, que incluían: “dos cocineros, dos encargados del fuego, dos encargados de la tienda, dos encargados del agua, un mensajero, dos carreteros o jinetes, y un comisario”.

Las circunstancias únicas del Campamento de Sion le ofrecieron a José oportunidades para dar instrucciones sobre una variedad de temas interesantes y para aclarar revelaciones anteriores. Algunas de esas enseñanzas se han preservado. Lamentablemente, el diario del historiador del campamento, Frederick G. Williams, se perdió. Sin embargo, George A.

Smith, primo joven de José, registró muchas de las enseñanzas e ideas del Profeta.

Hacia el final de la segunda semana de viaje, poco después de que el campamento pasara por Springfield, Ohio, George anotó lo siguiente:

“Me subí a la carreta para recorrer una corta distancia con los presidentes José y Hyrum Smith, y con el hermano Ezra Thayer. Estábamos viajando a través de un matorral de árboles pequeños de crecimiento reciente. El hermano José dijo: ‘Me siento muy deprimido en espíritu; aquí, en algún momento, se ha derramado mucha sangre. Cuando un hombre de Dios pasa por un lugar donde se ha derramado mucha sangre, se sentirá deprimido en espíritu, y experimentará soledad e incomodidad’.”

Pronto salimos del bosque y llegamos a un terreno despejado con una gran granja. A la izquierda del camino había un montículo de unos 18 metros de alto, que ocupaba cerca de una hectárea de terreno, todo sembrado de manzanos que crecían de manera muy vigorosa. Nos dirigimos a ese montículo y descubrimos que se habían cavado agujeros en él, lo que reveló que estaba lleno de huesos humanos.

Así, José demostró sensibilidad espiritual y recibió revelación durante el trayecto, respecto a asuntos específicos, al tiempo que enseñaba a quienes viajaban con él.

Otro tema interesante de conversación fue la interacción con la fauna, en particular con las serpientes venenosas. George A. Smith escribió:

“Al montar nuestra tienda, encontramos tres serpientes de cascabel en el suelo y estábamos a punto de matarlas. El hermano José nos lo impidió, diciendo: ‘¿Cuándo se acostará el león con el cordero y cesará el veneno de la serpiente, mientras el hombre siga buscando destruir y desperdiciar la carne de las bestias, librando una guerra continua contra los reptiles? Que el hombre primero se deshaga de sus inclinaciones destructivas, y entonces podremos esperar un cambio en la disposición de la serpiente.’ Luego llevamos las serpientes al otro lado del arroyo usando palos.”

Al hablar sobre este mismo incidente, el profeta José Smith explicó además que “exhortó a los hermanos a no matar serpiente, ave o animal alguno durante el viaje, a menos que fuera necesario para preservar la vida por causa del hambre”.

Durante el viaje de regreso a Ohio, José también instruyó a sus compañeros sobre el uso de la carne en épocas de verano, como se aborda en la revelación conocida como la Palabra de Sabiduría. Les indicó que obtuvieran todo el bacalao seco que pudieran. “Dijo que el pescado era mucho más saludable para nosotros que la carne, y que el uso de pescado en clima cálido no estaba prohibido por la Palabra de Sabiduría.”

En otra ocasión:

Martin Harris, quien había alardeado ante los hermanos de que podía manipular serpientes sin sufrir daño, fue mordido en el pie izquierdo por una serpiente negra mientras jugaba con ella descalzo. El incidente fue comunicado a José, y este aprovechó para reprender a Martin y exhortar a los hermanos a nunca jugar con las promesas de Dios. Les explicó que provocar que una serpiente lo mordiera era una presunción, pero que si un hombre de Dios era mordido accidentalmente por una serpiente venenosa, podía tener fe, o sus hermanos podían tener fe por él, y así el Señor escucharía la oración y lo sanaría. Pero si alguien provocaba deliberadamente que una serpiente lo mordiera, el principio era el mismo que cuando alguien bebe veneno sabiendo que lo es; en tal caso, nadie podía reclamar las promesas de Dios para ser sanado.

Quizás los desafíos más difíciles del viaje fueron los que implicaron murmuraciones y quejas por parte de algunos miembros del campamento. El Profeta mostró mansedumbre y valentía al resolver los problemas y reprender a los infractores.

Por ejemplo, después de un día excepcionalmente largo y caluroso, varios miembros del campamento se molestaron por los ladridos de un perro grande que el hermano Samuel Baker, de ochenta años, le había regalado al Profeta:

“[El perro] enfureció tanto a Sylvester Smith que utilizó un lenguaje abusivo hacia José, amenazando con matar al perro... José, citando el proverbio ‘La blanda respuesta quita la ira’, dijo: ‘Les voy a dar un ejemplo del espíritu que se manifiesta en nuestro campamento. Si un perro me muerde, lo mato; si un hombre me insulta, lo mato; si un hombre me hiere, lo hiero; y este espíritu mantiene la división y el derramamiento de sangre por todo el mundo’.”

Dos semanas antes, luego de una jornada de cuarenta millas, surgió un conflicto entre Sylvester Smith y algunos hermanos, que José fue llamado a resolver. Sylvester manifestó un espíritu rebelde, el cual fue compartido en cierta medida por otros.

José les dijo que enfrentarían infortunios, dificultades y obstáculos como resultado seguro de ceder a ese espíritu, y declaró: “Lo sabrán antes de salir de este lugar.” Los exhortó a humillarse ante el Señor y a unirse, para que no fueran azotados.

A la mañana siguiente, cuando los miembros del campamento se levantaron, descubrieron que sus caballos estaban tan afectados por la inflamación que apenas podían llevarlos al agua, una vívida lección del efecto de la discordia dentro del campamento. Es evidente que José sabía que el poder para redimir a Sion vendría de Dios y no de la fuerza del hombre. El aula para enseñar esa lección fue el camino de casi mil millas que recorrió el Campamento de Sion.

José viajó con la plena confianza de que seres celestiales acompañaban a su grupo de santos. Antes de comenzar la expedición, el Señor había prometido: “Mis ángeles irán delante de vosotros” (DyC 103:20). Parley P. Pratt le relató a José una ocasión en la que, mientras se quedaba dormido del agotamiento, escuchó una voz clara que le dijo: *“Parky, es hora de levantarse y continuar el viaje.”* José testificó que fue el ángel del Señor quien iba delante del campamento, quien lo encontró vencido por el sueño, y así lo despertó.

Debió de ser profundamente instructivo para el Profeta caminar tantos kilómetros por Ohio, Indiana, Illinois y Misuri, sabiendo que no viajaba solo. Podemos imaginarnos el espíritu que sostenía a José en los desafíos del trayecto, sabiendo que Dios los vigilaba y que había enviado ángeles a acompañarlos en el camino. Mientras viajaba por Illinois, José reconoció la mano del Señor:

“A pesar de que nuestros enemigos lanzaban constantemente amenazas de violencia, no temimos, ni dudamos en continuar nuestro viaje, porque Dios estaba con nosotros, y sus ángeles iban delante de nosotros, y la fe de nuestro pequeño grupo era inquebrantable. Sabíamos que los ángeles eran nuestros compañeros, porque los vimos.”

No obstante el testimonio de que ángeles acompañaban al campamento, José no daba por sentado que Dios los protegería automáticamente de las turbas o de enfermedades. El 19 de junio, mientras se dirigían a Richmond, Misuri, la salud de José era tan pobre que dejó los asuntos del campamento en manos del general Lyman Wight, según explicó George A. Smith:

“Cuando José llegó al lugar donde el campamento había instalado sus tiendas, y vio lo inseguro de nuestra ubicación, considerando el peligro de un ataque por parte de nuestros enemigos, casi olvidó su enfermedad, se adentró entre la maleza, se arrodilló y oró al Padre Celestial para que no permitiera que ningún mal nos sobreviniera, sino que nos mantuviera a salvo durante la noche. Recibió la seguridad de que estaríamos a salvo hasta la mañana, a pesar de que una compañía de la turba del condado de Jackson había cruzado ese mismo atardecer el ferry de Lexington para unirse a la turba del condado de Ray con el propósito de atacarnos.”

Al día siguiente, cinco hombres armados con rifles entraron al campamento y jurando dijeron que los mormones “verían el infierno antes del amanecer”. Wilford Woodruff registró que, al marcharse los hombres, apareció “una pequeña nube como un punto negro en el noroeste”, que se convirtió en una terrible tormenta de viento, lluvia, truenos, relámpagos y granizo. Continuó:

“Todos nos refugiamos en una iglesia bautista. Cuando el profeta José entró, sacudiendo el agua de su sombrero y de su ropa, dijo: ‘Muchachos, esto tiene un significado. Dios está en esta tormenta.’”

Uno de los hombres armados comentó que “era una cosa extraña que no podían hacer nada contra los mormones sin que ocurriera una tormenta de granizo u otra cosa que los detuviera”.

José sabía que los desafíos más difíciles del viaje no vendrían de las amenazas de las turbas de Misuri, sino de la mano correctiva del Todopoderoso. Durante una parada al mediodía, antes de cruzar el río Misuri desde Illinois hacia Misuri, José se subió a la rueda de una carreta y dirigió un discurso al campamento. Dijo que el Señor estaba disgustado con ellos, y que sus murmuraciones, críticas y falta de humildad habían provocado la ira del Señor contra ellos.

Les advirtió que vendría un castigo severo sobre el campamento y que muchos morirían como ovejas con peste. Explicó:

“No puedo detenerlo; debe venir; pero mediante el arrepentimiento, la humildad y la oración de fe, el castigo puede ser aliviado, aunque no completamente evitado, porque así como vive el Señor, este campamento debe sufrir un severo castigo por su maldad y rebelión. Lo digo en el nombre del Señor.”

Tres semanas después, el 24 de junio, estalló la temida enfermedad del cólera. José intentó enfrentar la enfermedad con el poder y la autoridad del sacerdocio. “Aprendí rápidamente, por dolorosa experiencia”, explicó el Profeta, “que cuando Jehová el grande decreta la destrucción sobre algún pueblo, y da a conocer su determinación, el hombre no debe intentar detener su mano.”

Dos días antes de que apareciera el cólera, José recibió la palabra del Señor diciéndole que disolviera el campamento. El Señor liberó a los miembros del campamento del mandato de redimir a Sion, explicando:

“Es necesario que mi pueblo sea disciplinado hasta que aprenda la obediencia, si es necesario, por las cosas que padezca... Y a causa de las transgresiones de mi pueblo, me es conveniente que mis élderes esperen por un corto tiempo para la redención de Sion” (DyC 105:6–9).

En poco tiempo, el cólera atacó no solo a los miembros del Campamento de Sion, sino también a otros santos que residían en la zona. Cerca de sesenta y ocho santos fueron afectados, quince de los cuales murieron. Entre los fallecidos estaban Sidney Gilbert, administrador del almacén del Señor en el condado de Jackson antes de ser expulsado por las turbas, y Phebe, la hija de seis años de John Murdock, quien se encontraba hospedada con los Gilbert.

Es probable que, a partir de esta y otras experiencias similares, José enseñara posteriormente:

“Muchos de los justos serán presa de enfermedades, pestilencias, etc., debido a la debilidad de la carne, y aun así serán salvos en el Reino de Dios.”

Las consecuencias del campamento de Sion

La expedición no logró la redención de las tierras de los santos en Sion, pero sí cumplió los propósitos del Señor. Es cierto que muchos de los

santos no se mantuvieron fieles en la tribulación, sin embargo, muchos sí lo hicieron. Muchos de los participantes del Campamento de Sion regresaron con una convicción más firme del llamamiento divino del profeta José Smith y con un entendimiento más profundo sobre la necesidad de probar su fidelidad en toda circunstancia.

Por ejemplo, al regresar a Kirtland, Brigham Young fue recibido por un hombre que le preguntó:

“Bueno, ¿qué ganaste en ese inútil viaje a Misuri con José Smith?”

Brigham respondió:

“Todo por lo que fuimos. No cambiaría la experiencia que obtuve en esa expedición por toda la riqueza del condado de Geauga”, Ohio.

De manera similar, Wilford Woodruff explicó:

“Obtuvimos una experiencia que nunca podríamos haber adquirido de otra manera. Tuvimos el privilegio de ver el rostro del profeta, y de viajar mil millas con él, y ver el obrar del Espíritu de Dios con él, y las revelaciones de Jesucristo para él, y el cumplimiento de esas revelaciones.”

El 14 de febrero de 1835, el profeta José Smith convocó una reunión y pidió que aquellos que lo habían acompañado el verano anterior en el Campamento de Sion se sentaran juntos, separados del resto en la capilla. Luego, relató algunas de las circunstancias vividas durante el viaje a Sion — sus pruebas y sufrimientos — y dijo:

“Dios no había dispuesto todo esto en vano, sino que lo tenía en memoria todavía; y era la voluntad de Dios que aquellos que fueron a Sion, con la determinación de dar su vida si fuera necesario, fueran ordenados al ministerio y salieran a podar la viña por última vez.”

Ese día se organizó el Cuórum de los Doce Apóstoles, nueve de cuyos miembros provenían de los que marcharon en el Campamento de Sion. Dos semanas después se organizó el Primer Cuórum de los Setenta, todos ellos también elegidos entre los que habían marchado con el campamento.

Al año siguiente, los participantes del Campamento de Sion y los santos que habían soportado fielmente la tribulación en Sion fueron de los primeros en recibir la investidura administrada en el Templo de Kirtland. En cuanto a

aquellos que dieron su vida en la experiencia, el élder Joseph Young relató que el profeta José Smith explicó: “Hermanos, he visto a esos hombres que murieron de cólera en nuestro campamento; y el Señor sabe que, si obtengo una mansión tan brillante como la de ellos, no pido más.”

Al decir esto, lloró, y durante un tiempo no pudo hablar.

Capítulo 23

El Llamamiento de los Doce Apóstoles y los Setenta en 1835

Richard E. Turley Jr.

La marcha del Campamento de Sion de 1834 ayudó a refinar a quienes participaron en ella, proporcionándoles no solo experiencia que podrían aplicar más adelante en la vida, sino también demostrando a los líderes de la Iglesia cuáles miembros estaban dispuestos a “escuchar... el consejo que... el Señor su Dios les daría”. Parte de la revelación que ordenaba la organización del Campamento de Sion mandaba: “Ningún hombre tema dar su vida por mi causa;... Y el que no esté dispuesto a dar su vida por mi causa, no es digno de mí” (DyC 103:27-28). Así, el Campamento de Sion se convirtió en una prueba abrahámica de dignidad, y cuando esa prueba concluyó, el Señor declaró: “Ha habido un día de llamamiento, mas he aquí, el tiempo ha llegado para un día de elección; y que sean escogidos los que sean dignos”. La revelación designaba a José Smith como aquel por medio de quien “la voz del Espíritu” manifestaría quiénes “son escogidos” (DyC 105:35-36).

El domingo 8 de febrero de 1835, el profeta José Smith invitó a Brigham Young y a su hermano Joseph Young a su hogar en Kirtland y “procedió a relatar una visión a estos hermanos, acerca del estado y condición de aquellos hombres que murieron en el Campamento de Sion, en Misuri”. Algunas personas estaban preocupadas por los que murieron durante la marcha, y la visión de José respondió a su inquietud, conmoviendo y consolando tanto a él como a quienes aceptaron su testimonio.
“Hermanos” —les dijo a sus visitantes, entre lágrimas— “he visto a esos hombres que murieron de cólera en nuestro campamento; y el Señor lo sabe: si yo recibo una mansión tan resplandeciente como la de ellos, no pido más”.

El Profeta lloró por un rato antes de volverse hacia Brigham Young y decirle: “Deseo que notifiques a todos los hermanos que viven en las ramas

a una distancia razonable de este lugar, que se reúnan en una Conferencia General el próximo sábado. Allí nombraré a doce testigos especiales para abrir la puerta del evangelio a las naciones extranjeras". Señalando a Brigham, dijo: "Y tú... serás uno de ellos". Después de describir más a fondo las responsabilidades de los Doce, el Profeta se volvió hacia Joseph Young y dijo: "Hermano Joseph, el Señor te ha hecho presidente de los Setenta".

Los hermanos Young se maravillaron de lo que se les había dicho. Más tarde, Joseph Young recordó que "ellos habían oído hablar de Moisés y de los setenta ancianos de Israel, y de que Jesús había nombrado a otros Setenta, pero nunca habían oido que se llamara a Doce Apóstoles y a Setenta en esta Iglesia antes".

Pronto se envió aviso a las ramas de la Iglesia en esa área, anunciando "una reunión de los hermanos en Conferencia General" que se "celebraría en Kirtland, en la nueva escuela debajo de la imprenta" el siguiente sábado. La reunión estaba abierta a los miembros de la Iglesia en general, pero estaba dirigida especialmente a "aquellos que viajaron a Sion con el propósito de poner los cimientos para su redención".

El sábado 14 de febrero de 1835, José Smith abrió la reunión leyendo Juan 15 del Nuevo Testamento, un capítulo que resonaba con versículos significativos para los miembros del Campamento de Sion y pertinentes al propósito de la reunión. "Después de una oración apropiada y commovedora", José se dirigió directamente a los veteranos del Campamento de Sion, diciéndoles que la reunión se celebraba porque "Dios lo había mandado y le fue dado a conocer por visión y por el Espíritu Santo".

Después de relatar "algunas de las circunstancias que nos acompañaron durante el viaje a Sion, nuestras pruebas, sufrimientos, etc.", José "dijo que Dios no había dispuesto todo eso en vano, sino que aún lo tenía presente en Su memoria". José reveló que era la voluntad de Dios que "aquellos que fueron a Sion con la determinación de dar sus vidas, si fuera necesario,... fueran ordenados al ministerio y salieran a podar la viña por última vez". José dijo que "incluso los más pequeños y débiles entre" ellos podían lograr "grandes cosas". Predijo: "Desde esta hora... comenzaréis a sentir los susurros del Espíritu de Dios, y la obra de Dios comenzará a manifestarse; desde este momento, seréis investidos con poder de lo alto". José invitó a todos los miembros del Campamento de Sion que "estuvieran de acuerdo

con él” a ponerse de pie; todos se levantaron. Luego preguntó a los demás miembros de la congregación “si sancionaban la decisión. Todos levantaron la mano derecha”.

Después de un receso, José declaró que el primer punto del orden del día era “que los tres testigos del Libro de Mormón oraran cada uno, y luego procedieran a escoger a doce hombres de la Iglesia como Apóstoles para ir a todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos”. Los Tres Testigos oraron y “fueron entonces bendecidos mediante la imposición de manos de la Primera Presidencia”. Habiendo preparado sus corazones y mentes, “entonces, de acuerdo con un mandamiento anterior, procedieron a escoger a los doce”.

El “mandamiento anterior” fue una revelación dada en junio de 1829, antes de que se organizara la Iglesia. En ella, el Señor habló a Oliver Cowdery y David Whitmer “así como a Pablo, mi apóstol”, diciéndoles que habían sido llamados “con el mismo llamamiento con el cual él fue llamado”. La revelación describía las cualificaciones de los Doce y mandaba a Oliver y David que “buscaran a los Doce”, quienes tendrían “los deseos de los que he hablado”, instruyendo a los Testigos que “por sus deseos y por sus obras los conoceréis”.

Uno de los veteranos del Campamento de Sion que asistió a la reunión del 14 de febrero de 1835, Heber C. Kimball, citó esta revelación y recordó: “Este fue el día señalado para la elección”. Los Tres Testigos “procedieron a llamar a aquellos a quienes el Señor les había manifestado por su Espíritu, para que dieran a conocer sus deseos”. Los nombres ya habían sido revisados previamente por José Smith.

Los llamados al primer Quórum de los Doce en esta dispensación fueron: Lyman Johnson, Brigham Young, Heber C. Kimball, Orson Hyde, David W. Patten, Luke Johnson, William E. McLellin, John F. Boynton, Orson Pratt, William Smith, Thomas B. Marsh y Parley P. Pratt.

Durante esa primera reunión, Lyman Johnson, Brigham Young y Heber C. Kimball fueron ordenados por los Tres Testigos. Al día siguiente, un domingo, Oliver “Cowdery llamó al frente a Orson Hyde, David W. Patten y Luke Johnson, y procedió a su ordenación y bendición”. William E. McLellin, John F. Boynton y William Smith fueron ordenados ese mismo día. El

sábado 21 de febrero, “Parley P. Pratt fue llamado al estrado y ordenado como uno de los Doce” por José Smith, David Whitmer y Oliver Cowdery.

Aunque cada bendición fue única para el apóstol que la recibió, Heber C. Kimball las resumió a todas cuando escribió que “se predijeron muchas cosas que habrían de acontecer, que tendríamos poder para sanar a los enfermos, echar fuera demonios, resucitar a los muertos, dar vista a los ciegos, tener poder para mover montañas, y todas las cosas nos serían sujetas por medio del nombre de Jesucristo; y ángeles nos ministrarían, y muchas otras cosas demasiado numerosas para mencionarlas”.

Mientras organizaba a los Doce, el profeta José Smith se preparaba para organizar a los Setenta. El 28 de febrero, José Smith, Sidney Rigdon y Oliver Cowdery comenzaron a ordenar “a ciertos individuos como Setentas, de entre el número de los que subieron a Sion”. Al día siguiente, 1 de marzo, la reunión continuó, José Smith habló, y se ordenaron a otros Setenta.

Según el élder Kimball, los miembros ordenados del Quórum de los Doce “se reunían de vez en cuando, según lo permitieran las circunstancias, y recibíamos las instrucciones que el Señor nos concedía, y en verdad nos bendecía con Su Espíritu e inspiraba a Su profeta para hablar para nuestra edificación”. El 28 de marzo de 1835, los miembros de los Doce que habían sido ordenados hasta ese momento se reunieron en consejo. En pocas semanas saldrían juntos en una misión, y como preparación para esa experiencia, “unidos pedimos a Dios, nuestro Padre Celestial, que nos concediera por medio de su vidente una revelación de Su mente y voluntad concerniente a nuestro deber en esta temporada”. Heber C. Kimball escribió que mientras “estábamos reunidos para recibir instrucciones, la revelación... sobre el sacerdocio fue dada al hermano José mientras nos instruía, y alabamos al Señor”.

La revelación declaraba, entre otras cosas, que “los doce consejeros viajantes son llamados a ser los Doce Apóstoles, o testigos especiales del nombre de Cristo en todo el mundo—diferenciándose así de otros oficiales en la Iglesia en cuanto a los deberes de su llamamiento... Los Setenta también son llamados a predicar el evangelio y a ser testigos especiales.” Los Doce debían “oficiar... bajo la dirección de la Primera Presidencia”, y los Setenta “bajo la dirección de los Doce”.

Los dos últimos miembros llamados al Quórum original de los Doce en esta última dispensación, Thomas B. Marsh y Orson Pratt, se encontraban en una misión en ese momento y por lo tanto aún no habían sido ordenados. El hermano Marsh regresó a Kirtland de su misión el 25 de abril. El 26 de abril, los once nuevos apóstoles se reunieron, esperando la llegada de Orson Pratt para completar su quórum.

Orson, que tenía veintitrés años, aparentemente sabía desde hacía años que llegaría a ser apóstol. En algún momento después de recibirse la revelación de 1829 que instruía a los Tres Testigos a escoger a los Doce, José Smith se la mostró a Orson, diciéndole que él “sería uno de los Doce”. Las palabras de José lo sorprendieron. “Yo miraba a los Doce Apóstoles de los días antiguos con mucha reverencia —como si fueran casi sobrehumanos”, diría Orson más adelante. “Ellos fueron, en verdad, grandes hombres—no por virtud de la carne ni por sus propias capacidades naturales, sino que fueron grandes porque Dios los llamó”. La idea de que él pudiera llegar a ser apóstol llenó de asombro a Orson.

Más adelante, viajó a Misuri con el Profeta en el Campamento de Sion y permaneció allí por varios meses en una misión antes de regresar a Ohio. Al llegar a Columbus, pidió indicaciones “a un hombre que estaba de pie en la calle” y se sorprendió al descubrir que era miembro de la Iglesia. Orson siguió al hombre hasta su casa, donde vio el periódico de los Santos de los Últimos Días publicado en Kirtland. En ese periódico había un aviso en el que se pedía que Thomas B. Marsh y Orson Pratt “asistieran a una reunión de los élderes” en Kirtland el 26 de abril. “Esperamos que las circunstancias les permitan asistir”, continuaba el aviso, “pues su presencia es muy deseada”. Con ayuda, Orson se apresuró en diligencia y a pie hasta Kirtland, llegando a la reunión “con la valija en la mano”. Orson fue “invitado a tomar [su] asiento como uno de los Doce”.

Los once miembros del Quórum de los Doce reunidos en Kirtland el 26 de abril habían estado esperando expectantes su llegada. Orson descubriría que durante esa reunión y en otras previas “se había profetizado... [que] yo estaría allí ese día. Ellos lo habían predicho, aunque no habían tenido noticias mías durante algún tiempo y no sabían dónde me encontraba.” Sin embargo, “el Señor derramó el espíritu de profecía sobre ellos, y predijeron que yo estaría presente en esa reunión”. Cuando Orson entró, “muchos de los santos apenas podían creer lo que veían; la profecía se cumplió ante sus

ojos de forma tan perfecta”. “En ese momento, mientras estábamos orando y deseando su llegada” —recordó el élder Kimball—, “al abrir la reunión él entró en la casa; nos regocijamos por su presencia y dimos gracias al Señor por ello”. Ese mismo día, Thomas B. Marsh y Orson Pratt fueron ordenados por Oliver Cowdery y David Whitmer.

Bajo la dirección de José Smith, Oliver Cowdery habló a los Doce y les dio una comisión apostólica. La introdujo citando la revelación que indicaba “que con el tiempo serían escogidos Doce para predicar Su evangelio a judíos y gentiles”. Durante los años intermedios, reflexionó Cowdery, “nuestras mentes han estado en una constante tensión tratando de descubrir quiénes eran estos Doce”. Aquellos que fueron designados para seleccionar a los Doce no sabían “cuándo llegaría el momento”, pero “buscamos fervientemente al Señor con ayuno y oración para que se nos prolongara la vida y así ver este día, verlos a ustedes, y repasar las dificultades por las que hemos pasado”. Habiendo llegado ese día, dio a los Doce una extensa comisión en la que describió la importancia del llamamiento, los sacrificios que requeriría y las bendiciones que vendrían por medio del servicio humilde y obediente al Señor.

Al concluir la comisión, el presidente Cowdery tomó a cada miembro del Quórum de los Doce “por separado de la mano” y preguntó: “¿Con pleno propósito de corazón tomas parte en este ministerio, para proclamar el evangelio con toda diligencia junto con estos tus hermanos, conforme al tenor e intención de la comisión que has recibido?” Cada uno, a su turno, se comprometió a hacerlo. Así quedó plenamente organizado el Quórum de los Doce, y sus miembros se prepararon para partir juntos en una misión.

El 2 de mayo se celebró un “gran concilio” de las autoridades generales de la Iglesia en Kirtland, presidido por José Smith. La conferencia comenzó con una oración de Brigham Young, y José instruyó a los Doce sobre cómo organizarse para conducir los asuntos. El mayor debía presidir la primera reunión, el segundo mayor la segunda reunión, y así sucesivamente hasta que cada uno hubiera presidido, y luego se repetiría el ciclo. Este método tenía sentido al principio, ya que todos los Doce habían sido llamados y ordenados aproximadamente al mismo tiempo. Sin embargo, con el tiempo el sistema cambió, desarrollándose gradualmente hasta la práctica actual en la que “la fecha... en que una persona se convierte en miembro del

Quórum (usualmente la fecha en que es sostenido como apóstol) establece su posición de antigüedad en el Quórum en relación con los demás miembros del quórum".

La reunión del 2 de mayo también abordó la cuestión de la jurisdicción de los Doce, otro aspecto que cambiaría con el tiempo. José Smith instruyó a los Doce que no tenían "ningún derecho a ir a Sion ni a ninguna de sus estacas y allí intentar regular los asuntos donde ya hubiera un sumo consejo permanente". En cambio, su jurisdicción se extendía únicamente a las áreas fuera de Sion —el lugar central de la Iglesia en Misuri— "o de cualquiera de sus estacas". Las jurisdicciones separadas entre los Doce y los sumos consejos en Sion y sus estacas generarían preguntas respecto a la autoridad general en la administración de la Iglesia; y, después de que los miembros del Quórum de los Doce regresaran de su segunda misión a Gran Bretaña a principios de la década de 1840, José Smith amplió su jurisdicción para abarcar toda la Iglesia en el mundo. El Quórum de los Doce quedó entonces solo por debajo de la Primera Presidencia en cuanto a la supervisión de los asuntos de la Iglesia a nivel mundial.

En la reunión del 2 de mayo, José también estableció un sistema para que el cuerpo de los Setenta pudiera expandirse conforme fuera necesario para satisfacer las crecientes necesidades de la Iglesia. Explicó que, si los primeros Setenta estaban todos ocupados en la obra del Señor y se necesitaba más ayuda, los siete presidentes tenían el deber de "llamar y ordenar a otros Setenta y enviarlos a trabajar en la viña". Al mismo tiempo, aunque los Setenta como quórum se consideraban en cierto sentido "iguales en autoridad" como cuerpo al Quórum de los Doce, estaban claramente subordinados en cuanto a la administración diaria. José dejó claro en la reunión, por ejemplo, que "los Setenta no debían asistir a las conferencias de los Doce a menos que fueran convocados o invitados por los Doce". Después de las palabras de José, se llamó al frente a otros Setenta, quienes fueron ordenados, así como otros más una vez que la conferencia se clausuró y se volvió a reunir.

Después de haber llamado a los Doce y a los Setenta, José respondió a algunos élderes en Kirtland que estaban decepcionados porque los hombres del Campamento de Sion no lucharon en Misuri. "Déjenme decirles", dijo José, "Dios no quería que pelearan. No podía organizar Su reino con doce hombres para abrir la puerta del evangelio a las naciones de

la tierra, y con setenta hombres bajo su dirección para seguir sus pasos, a menos que los tomara de un grupo de hombres que hubieran ofrecido sus vidas y que hubieran hecho un sacrificio tan grande como el que hizo Abraham". Con aparente satisfacción añadió: "Ahora, el Señor tiene a sus Doce y a sus Setenta, y se llamarán otros quórumes de Setenta que harán el sacrificio, y aquellos que no han hecho sus sacrificios y ofrendas ahora, los harán más adelante". Aunque con el tiempo se producirían más cambios, la organización de los Doce y los Setenta por parte de José Smith en Kirtland en 1835 sentaría las bases para dirigir la Iglesia en las generaciones venideras.

Capítulo 24

La “rama de olivo” del Señor

Guy L. Dorius

Kirtland, Ohio, fue un lugar de intenso crecimiento espiritual para los santos en la década de 1830. Durante el periodo que abarca desde finales de 1831 hasta principios de 1834, casi un tercio de las revelaciones contenidas en Doctrina y Convenios fueron dadas a José Smith. Estas revelaciones contienen instrucciones para el crecimiento continuo en la administración de la Iglesia, así como doctrina nueva y revolucionaria. Aunque fue una época rebosante de inspiración espiritual, también fue un período cargado de muchos desafíos para el Profeta. Las pruebas provinieron no solo del creciente número de antagonistas fuera de la joven Iglesia, sino también de un número cada vez mayor de santos que no comprendían suficientemente las leyes del reino ni el papel del profeta de Dios. En esta era pentecostal, aunque difícil, el Señor presentó a José una “rama de olivo” en forma de revelación: Doctrina y Convenios 88. Un repaso al contexto histórico de esta revelación y a su elevada doctrina nos ayuda a comprender por qué José le dio el título de “Rama de olivo”.

Muchas de las primeras revelaciones dadas a José tenían que ver con la organización de los oficiales presidentes de la Iglesia para afrontar su expansión. Se reveló el oficio de obispo, y Edward Partridge fue ordenado en febrero de 1831. Poco después, se ordenaron los primeros sumos sacerdotes, y para marzo de 1832, José había comenzado a organizar la Primera Presidencia bajo la dirección del Señor, estableciéndola mediante revelación como poseedora de “las llaves del reino” (DyC 81:2).

En el proceso de dirigir los oficios del sacerdocio, el Señor reveló doctrina importante para ayudar a los santos a comprender la dirección que se pretendía dar a la Iglesia.

Durante un viaje a Misuri en el verano de 1831, se reveló a José que el Condado de Jackson sería el lugar de Sion en los últimos días. Revelaciones adicionales sobre la ubicación del templo en Sion no hicieron sino

aumentar su importancia (DyC 57; 58; 84). Después de la conferencia de noviembre de 1831, en la que se tomó la decisión de publicar las revelaciones, se envió a Oliver Cowdery y John Whitmer con las revelaciones al Condado de Jackson para que comenzara la impresión. Muchos de los primeros líderes fueron establecidos allí para administrar el crecimiento de la Iglesia y mantener una mayordomía sobre las publicaciones. Con el crecimiento continuo, la Iglesia en Misuri ganaba fuerza y comenzaba a atraer atención. También empezaba la persecución, tanto allí como en Kirtland.

Una preocupación para José era la de la mayordomía administrativa. La autoridad de José había sido establecida por revelación en abril de 1830, cuando el Señor declaró: “Por tanto, refiriéndose a la iglesia, le prestarás atención a todas sus palabras y mandamientos que te dé conforme él los reciba” (DyC 21:4). Este mandamiento fue reiterado cuando se enseñó a Oliver Cowdery que “nadie será nombrado para recibir mandamientos y revelaciones en esta iglesia, sino mi siervo José Smith, hijo, porque él los recibe como Moisés” (DyC 28:2).

Se hizo necesario establecer oficiales presidentes de la Iglesia en Misuri para cuidar de la Iglesia. José llamó a Oliver Cowdery, William W. Phelps, John Whitmer, Sidney Gilbert, Edward Partridge, Isaac Morley y John Corrill para presidir sobre los santos en Sion. Estos, a su vez, organizaron ramas con oficiales presidentes para dirigir los asuntos locales.

Por fieles que fueran estos primeros miembros, surgieron contiendas no solo a nivel de las ramas más pequeñas, sino también entre los oficiales generales. José tuvo que intervenir en cuestiones relacionadas con las leyes de consagración y mayordomía (DyC 85). Más preocupante aún fue la competitividad que estaba percibiendo entre los oficiales presidentes en Sion. El Señor los corrigió cuando reveló a José “que se arrepientan de sus obras malas anteriores; porque han de ser reprendidos por sus corazones malos de incredulidad, y tus hermanos en Sion por su rebelión contra ti en el momento en que te envié” (DyC 84:76).

Entre algunos había un sentimiento de que José “buscaba poder y autoridad monárquica”. Aunque Orson Hyde e Hyrum Smith se comunicaron por correspondencia con el liderazgo en Sion para corregir ese malentendido, José abordó personalmente el tema. El 14 de enero de 1833, escribió una carta a William W. Phelps, quien había sido llamado

como élder presidente en Misuri en marzo de 1833. Junto con la carta, José envió una copia de Doctrina y Convenios 88, la mayor parte de la cual recibió el 27 de diciembre de 1832:

Te envío la ‘rama de olivo’ que hemos arrancado del Árbol del Paraíso, el mensaje de paz del Señor para nosotros; porque aunque nuestros hermanos en Sion se entregan a sentimientos hacia nosotros que no están de acuerdo con los requerimientos del nuevo convenio, tenemos la satisfacción de saber que el Señor nos aprueba, y nos ha aceptado, y ha establecido Su nombre en Kirtland para la salvación de las naciones; porque el Señor tendrá un lugar desde donde Su palabra saldrá, en estos últimos días, en pureza; porque si Sion no se purifica para ser aprobada en todas las cosas ante Su vista, Él buscará otro pueblo; porque Su obra continuará hasta que Israel sea recogido, y quienes no escuchen Su voz deberán esperar sentir Su ira. Permíteme decirte: busca purificarte tú, y también a todos los habitantes de Sion, no sea que se encienda con furor la ira del Señor.

¡Arrepentíos, arrepentíos! es la voz de Dios para Sion; y por extraño que parezca, es cierto: la humanidad persistirá en la autojustificación hasta que toda su iniquidad sea expuesta, y su carácter quede más allá de la redención, y lo que se haya atesorado en sus corazones sea expuesto ante la mirada de la humanidad. Te digo a ti (y lo que te digo a ti, lo digo a todos), escuchad la voz de advertencia de Dios, no sea que Sion caiga, y el Señor jure en Su ira que los habitantes de Sion no entrarán en Su descanso.

Los hermanos en Kirtland oran por vosotros sin cesar, porque, conociendo los terrores del Señor, temen grandemente por vosotros. Verás que el Señor nos mandó, en Kirtland, edificar una casa para Dios y establecer una Escuela de los Profetas; esta es la palabra del Señor para nosotros, y debemos —sí, con la ayuda del Señor, obedeceremos— pues bajo la condición de nuestra obediencia Él nos ha prometido grandes cosas; sí, incluso una visita desde los cielos para honrarnos con Su propia presencia.

Parece que José envió esta revelación con la intención de afirmarse a sí mismo como el Profeta y permitir que los santos en Misurivieran que la voluntad del Señor seguía fluyendo hacia él y hacia la Iglesia en Kirtland. Los santos en Misuri también pudieron ver que el Señor no solo tenía planes para un templo en Sion, sino que también era necesario que construyeran uno en Kirtland.

Lo que tal vez no sea inmediatamente evidente es por qué José consideró a Doctrina y Convenios 88 como una “Rama de olivo”, un “mensaje de paz”. ¿Fue simplemente porque estabilizaría a la Iglesia con su sólido contenido doctrinal y reafirmaría su llamamiento como profeta del Señor? Como ya se ha señalado, estas parecen ser algunas de las razones por las que fue enviada. Otro acontecimiento puede haber aumentado el impacto de esta importante revelación. El día de Navidad de 1832, José recibió una revelación que debió de ser un recordatorio contundente de los peligros de los últimos días. La sección 87 de Doctrina y Convenios reveló a los hermanos la proliferación de guerras que acompañarían la segunda venida del Salvador. Al final de esa revelación, el Señor declaró:

“Y así, con la espada y con derramamiento de sangre, los habitantes de la tierra se lamentarán; y con hambre, y peste, y terremoto, y el trueno del cielo, y el rayo intenso y resplandeciente también, serán los habitantes de la tierra hechos sentir la ira, la indignación y la mano castigadora de un Dios Todopoderoso, hasta que el exterminio decretado haya hecho completa destrucción de todas las naciones:

Que el clamor de los santos, y de la sangre de los santos, cese de subir a los oídos del Señor de los Ejércitos desde la tierra, para ser vengados de sus enemigos.

Por tanto, estad en lugares santos, y no seáis movidos, hasta que venga el día del Señor; porque he aquí, viene presto, dice el Señor. Amén.” (DyC 87:6–8)

Sion —un lugar santo— estaba siendo sacudida por los problemas de liderazgo ya mencionados. Esta revelación debió de haber sido angustiante para el profeta José. Fue en esta época difícil cuando el Señor reveló el contenido sagrado de la “Rama de olivo” a José Smith. En las actas de la reunión en la que se recibió la revelación, Frederick G. Williams escribió:

“Una conferencia de sumos sacerdotes se reunió en la sala de traducción en Kirtland, Ohio, el día 27 de diciembre del año del Señor 1832. Presentes: José Smith, Sidney Rigdon, Orson Hyde, José Smith, Jr., Hyrum Smith, Samuel H. Smith, N. K. Whitney, F. G. Williams, Ezra Thayer y John Murdock. Comenzamos con una oración. Luego el hermano José se levantó y dijo que, para recibir revelación y las bendiciones del cielo, era necesario tener nuestras mentes en Dios y ejercer fe, y llegar a ser de un solo corazón y una sola mente. Por tanto, recomendó que todos los presentes oraran

separadamente y en voz alta al Señor para recibir Su voluntad para con nosotros en cuanto al establecimiento de Sion, para el beneficio de los santos y en cuanto al deber y ocupación de los élderes.

En consecuencia, todos nos arrodillamos ante el Señor, y luego cada uno se levantó y expresó a su turno sus sentimientos y su determinación de guardar los mandamientos de Dios. Y así procedimos a recibir una revelación concerniente a lo antes mencionado (ilegible), siendo las 9:00 p. m. Al no haberse terminado la revelación, la conferencia se suspendió hasta la mañana siguiente a las 6:00 a. m. El día 28 nos reunimos según lo acordado y comenzamos con una oración, y así procedimos a recibir el resto de la revelación mencionada, y una vez concluida, y al no haber más asuntos pendientes ante la conferencia, se cerró la reunión con una oración, en armonía con los hermanos y con gratitud a nuestro Padre Celestial por las grandes manifestaciones de Su Santo Espíritu durante la celebración de la conferencia.

—F. G. Williams, secretario de la conferencia.”

El gran derramamiento del Espíritu en esta conferencia debió de haber sido tanto un alivio como un consuelo para los hermanos. Saber que el Padre los bendecía de esa manera era evidencia de que no habían perdido Su confianza. Es difícil saber qué partes específicas de la revelación produjeron ese sentimiento de paz, pero hay porciones que bien podrían considerarse como la “Rama de olivo”. Cabe señalar que la revelación original recibida en la conferencia antes mencionada consistía en Doctrina y Convenios 88:1–126. Los versículos 127–137 fueron recibidos por José el 3 de enero de 1833. El Profeta combinó estas dos revelaciones separadas junto con los versículos 138–141 al publicarse la edición de 1835 de Doctrina y Convenios.

En los versículos de apertura de la revelación, el Señor emitió una declaración de consuelo:

“De cierto, así dice el Señor a vosotros que os habéis congregado para recibir su voluntad concerniente a vosotros:

He aquí, esto es grato a vuestro Señor, y los ángeles se regocijan por vosotros; las limosnas de vuestras oraciones han subido hasta los oídos del Señor de los Ejércitos, y están registradas en el libro de los nombres de los santificados, aún de los del mundo celestial.” (DyC 88:1–2)

Para José, recibir una reafirmación de su posición ante Dios —sabiendo que sus oraciones habían sido escuchadas y que su nombre estaba registrado con los santificados— debió de haber sido una bendición en este tiempo de conflicto. El Señor usó el título “Señor de los Ejércitos”, que proviene de una expresión hebrea y significa “Señor de los Ejércitos” o “Señor de las Huestes Celestiales”. En la revelación dada solo dos días antes, que contenía un devastador mensaje de guerra, usó el mismo título como el vengador de la sangre derramada de los santos (DyC 87:7). Su papel abarcador estaba siendo revelado a los primeros santos: no solo los protegería en la batalla, sino que también escucharía sus oraciones y los santificaría. Más adelante en la revelación, expandió el significado de este título al recordarle al Profeta “que vuestros ayunos y vuestros lamentos puedan llegar a los oídos del Señor de los Ejércitos, que es, por interpretación, el creador del primer día, el principio y el fin” (DyC 95:7).

En los versículos 3–4 de la sección 88, la “Rama de olivo” se extiende aún más mediante la promesa de “otro Consolador” a los hermanos, a quienes el Señor llama “amigos”. El consolador prometido era el Espíritu Santo de la Promesa, que los conduciría a la vida eterna. Algunos han malinterpretado esta promesa de otro consolador como una referencia al Segundo Consolador, es decir, Cristo mismo. Pero la clave aclaratoria está en el texto: “el cual otro Consolador es el mismo que prometí a mis discípulos, según está registrado en el testimonio de Juan” (DyC 88:3). La promesa hecha a los discípulos antiguos fue que cuando Jesús los dejara, enviaría a otro para morar con ellos, es decir, el Espíritu Santo (Juan 14:16). Además, el hecho de que el Salvador los llamara “amigos” debió haber sido una fuente de profunda paz para José.

El Señor amplió aún más la mente del Profeta al revelarle Su papel abarcador en el gobierno de todas las cosas a través de Su luz, incluso la Luz de Cristo (DyC 88:6–13). Enseñó a José acerca de Su omnipotencia y omnisciencia. Le recordó que todas las cosas son gobernadas por Su ley, incluyendo la resurrección de los muertos y los reinos de gloria (DyC 88:17–38).

El Señor reafirmó a José y a los hermanos que aún estaba con ellos y que seguía al mando. Les había prometido que, al trasladarse de Nueva York a Ohio, Él cuidaría de ellos. Más aún, el Señor les prometió que lo verían: “Estoy en medio de vosotros y no me veis; pero pronto llegará el día en que

me veréis” (DyC 38:7–8). Esa promesa aparece nuevamente en la sección 88:

“La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden; no obstante, llegará el día en que comprenderéis aun a Dios, siendo vivificados en él y por medio de él.

Entonces sabréis que me habéis visto, que yo soy, y que soy la luz verdadera que está en vosotros, y que vosotros estáis en mí; de otra manera no podríais abundar.” (DyC 88:49–50)

Esta promesa volvió a ser presentada a los hermanos. Al enviar esta revelación a los líderes de la Iglesia en Misuri, José les estaba recordando la meta hacia la cual trabajaban: ver a Dios y conocerlo. En verdad, era un mensaje de paz. Aunque habían enfrentado luchas, aún estaban en el camino correcto, y la oportunidad no se había perdido.

En otras partes de la revelación, se recordaba a los santos la necesidad de enseñar y ser enseñados “cosas tanto en el cielo como en la tierra”, para que pudieran estar preparados para salir al mundo y predicar el evangelio (DyC 88:79). Se les instruyó a edificar el Templo de Kirtland: “Organizaos; preparad todas las cosas necesarias; y estableced una casa, sí, una casa de oración, una casa de ayuno, una casa de fe, una casa de instrucción, una casa de gloria, una casa de orden, una casa de Dios” (DyC 88:119). Esta debía ser no solo un lugar de adoración, sino también una casa de aprendizaje, donde pudieran cumplir la comisión de enseñarse mutuamente. Ese aprendizaje debía hacerse “por el estudio y también por la fe” (DyC 88:118).

Para cumplir con esta encomienda, el Señor advirtió a los hermanos que debían “cesar de todas vuestras charlas triviales, de toda risa, de todos vuestros deseos lascivos, de todo vuestro orgullo y ligereza, y de todas vuestras obras inicuas” (DyC 88:121). También se les dio advertencia respecto a otras conductas: “Ved que os améis los unos a los otros; cesad de ser codiciosos; aprended a compartir los unos con los otros según lo requiere el evangelio. Cesad de ser ociosos; cesad de ser impuros; cesad de criticaros unos a otros; no durmáis más de lo necesario; acostaos temprano, para que no os sintáis fatigados; levantad temprano, para que vuestros cuerpos y vuestras mentes sean vivificados” (DyC 88:123–124).

Esta comisión fue diseñada para las circunstancias en las que se encontraba José. Al enviarla a Sion, el Señor, por medio de su Profeta, recordó a los santos de Misuri que aún había obra por hacer en Kirtland. También se les advirtió indirectamente sobre sus propias conductas inapropiadas y se les invitó a actuar de manera diferente, para que pudieran formar parte de la “escuela de los profetas” (DyC 88:127).

La “Rama de olivo” contiene algunas de las doctrinas más sublimes y hermosas jamás reveladas al hombre. Más allá de eso, indicaba a los santos lo que podían hacer para estar mejor preparados para predicar el evangelio y alistarse para la segunda venida de nuestro Señor. Fue un recordatorio de que Él había prometido que lo verían si eran dignos. Después de recibir Doctrina y Convenios 88, junto con la carta de José, los hermanos en Misuri se arrepintieron por un tiempo y la obra continuó. José debió haber hallado gran paz en este don de Dios —una “Rama de olivo”. En tiempos de aflicción, a menudo recibía doctrina importante y consoladora desde los cielos. Años después, mientras se hallaba en la cárcel de Liberty, José recibiría revelaciones importantes sobre los principios del poder del sacerdocio que tendrían un impacto similar en él. José sabía, por revelación, que Dios no lo abandonaría a él ni a los santos. El Señor los bendeciría en todo momento de necesidad con dulces doctrinas e instrucciones importantes para su éxito.

Capítulo 25

El Templo de Kirtland

Richard O. Cowan

La Escuela de los Profetas fue precursora de la adoración en el templo. Dos días después de la Navidad de 1832, una revelación de Dios instruyó a José Smith que organizara la escuela, cuyas reuniones fueron denominadas una “asamblea solemne”. Solo los dignos debían asistir: “El que se halle indigno... no tendrá lugar entre vosotros; porque no permitiréis que mi casa sea contaminada por él” (DyC 88:70, 134). Revelaciones posteriores usarían un lenguaje casi idéntico para describir quién debía o no debía ser admitido al templo (DyC 97:15–17). Además, el cumplimiento de la Palabra de Sabiduría se convirtió en un requisito para participar, y los asistentes aceptaban un compromiso “de no divulgar voluntariamente lo que se discutía en la escuela”. Por tanto, varias normas y procedimientos que más adelante se aplicarían en el servicio del templo ya se anticipaban en el funcionamiento de la Escuela de los Profetas.

Para albergar la escuela, el Señor mandó a los hermanos “establecer una casa” (DyC 88:119). Los santos, deseosos de comenzar a edificar la casa, esperaban recibir más instrucciones divinas. Durante el invierno de 1833, los líderes de la Iglesia decidieron que la mejor ubicación para la casa o templo sería en la cima de la colina justo al sur del poblado de Kirtland. Desde ese sitio se tenía una vista magnífica de Kirtland y del valle inferior. A lo lejos se podían ver las aguas azules del lago Erie.

El 1 de junio de 1833, el Señor amonestó a los santos a avanzar en la construcción del templo, en el cual “deseo investir con poder de lo alto a los que he escogido”. Les instruyó que esa estructura sagrada no debía ser edificada “a la manera del mundo” y prometió revelar un diseño a tres hermanos que los santos designaran (DyC 95:8, 13). En cumplimiento de esta revelación, dos días después una conferencia de sumos sacerdotes “designó” a tres hermanos —José Smith, Sidney Rigdon y Frederick G.

Williams (quienes entonces constituían la Primera Presidencia)— “para obtener un plano o diseño” del templo.

El Señor cumplió Su promesa de revelar el diseño del edificio. En una ocasión en que los tres hombres estaban de rodillas en oración, “el edificio pareció descender justo sobre nosotros”. Esto les permitió ver su interior. Mientras hablaba en el templo ya terminado, Frederick G. Williams testificó que el salón en el que estaban reunidos coincidía en cada detalle con la visión que se le había dado al Profeta. Brigham Young afirmó: “José no solo recibió una revelación y un mandamiento para edificar un templo, sino que también recibió un modelo, como Moisés para el tabernáculo y Salomón para su templo; porque sin un modelo, él no podía saber qué era necesario, ya que nunca había visto un templo ni experimentado su uso”.

Algunos de los hermanos favorecían construir el templo de troncos, mientras que otros preferían un edificio con armazón. “¿Vamos a edificar, hermanos, una casa para nuestro Dios, hecha de troncos?”, desafió el Profeta. “Tengo un plan mejor que ese. Tengo un plan de la casa del Señor, dado por Él mismo; y pronto verán, con esto, la diferencia entre nuestros cálculos y Su idea”. Entonces el Profeta presentó el “modelo completo” para el templo, “con lo cual los hermanos quedaron muy complacidos”. A la luz de este “modelo” revelado, los hermanos comenzaron rápidamente a desarrollar planes para el Templo de Kirtland, así como para un edificio similar, aunque de mayor tamaño, para Independence, Misuri. El 25 de junio de 1833, José Smith envió a los hermanos en Misuri su plano para la ciudad de Sion, junto con los planos para un templo.

El exterior puede haber parecido algo similar a las casas de reuniones de Nueva Inglaterra de la época, pero fue el diseño revelado del “atrio interior”—es decir, del interior— lo que hizo que los planos del edificio fueran verdaderamente únicos. Habría dos salones principales, uno sobre el otro.

Una característica distintiva del Templo de Kirtland eran los cuatro niveles de púlpitos en ambos extremos de los auditorios. Los del extremo oeste eran para el Sacerdocio de Melquisedec, mientras que los del extremo este eran para el Aarónico. Las iniciales en cada púlpito representaban el oficio del sacerdocio que ocupaba quien se sentaba allí. El élder Orson Pratt afirmó que el Señor no solo reveló a José el tamaño y propósito de los dos salones principales del templo, sino que también reveló “el orden de los

púlpitos, y de hecho todo lo relacionado con él fue claramente señalado por revelación". Los asientos en la parte principal de estos salones eran reversibles, de modo que la congregación pudiera mirar hacia cualquiera de los dos conjuntos de púlpitos. El arquitecto Truman O. Angell registró posteriormente que "el maestro mecánico principal" recomendó modificar estos asientos. El Profeta se negó, porque "los había visto en visión e insistió en que se ejecutaran los planos originales". Cortinas de lona, o "velos", podían bajarse desde el techo para dividir el salón en cuatro secciones, lo que permitía realizar reuniones separadas en cada área.

La construcción del Templo de Kirtland comenzó en junio de 1833. El día seis de ese mes, un concilio de sumos sacerdotes instruyó al comité de construcción que obtuviera inmediatamente los materiales para comenzar la obra. Por lo tanto, José Smith dirigió personalmente a un grupo en busca de piedra adecuada para el templo. Encontraron una fuente a unos tres kilómetros al sur del sitio de construcción, y de inmediato trajeron una carga para una carreta. Ansiosos por comenzar, Hyrum Smith y Reynolds Cahoon comenzaron a cavar a mano una zanja para los cimientos. Los santos eran tan pobres en ese momento que, según recordó un miembro de aquella época, "no había ni una rastra y apenas un arado que se pudiera conseguir". No obstante, el Profeta observó que "nuestra unidad, armonía y caridad abundaban para fortalecernos a cumplir los mandamientos de Dios". El miércoles 23 de julio de 1833, José Smith y otros élderes colocaron las piedras angulares del Templo de Kirtland "según el orden del santo sacerdocio, comenzando por la esquina sureste".

Una importante interrupción en la construcción del templo ocurrió durante el verano de 1834. En la época del año en que el clima era más favorable para la construcción, había pocos obreros disponibles, ya que muchos se habían unido a José Smith en la marcha del Campamento de Sion hacia Misuri. Además, los fondos que normalmente se habrían destinado al templo fueron enviados para ayudar a los santos afligidos en Sion. Tras el regreso del Campamento de Sion, la obra en el templo avanzó con mayor rapidez. En octubre de 1834, José Smith recordó: "Se hicieron grandes esfuerzos para acelerar la obra de la casa del Señor, y a pesar de que se comenzó casi sin nada, en cuanto a recursos, se fue abriendo el camino a medida que avanzábamos, y los santos se regocijaban". En ese momento, las paredes del templo tenían cuatro pies (1.2 metros) de altura.

Las paredes se elevaron rápidamente durante el invierno de 1834–1835. Casi todos los hombres hábiles, excepto los que estaban en misiones, trabajaron en el templo. José Smith dio el ejemplo, sirviendo como capataz en la cantera. “Venid, hermanos”, exhortaba, “vayamos a la cantera a trabajar para el Señor”. Los sábados, varios hombres llevaban equipos y carretas, extraían piedra y la transportaban al sitio de construcción para mantener ocupados a los albañiles durante la semana siguiente.

La construcción del templo avanzaba, pero no sin dificultades. Bajo la oscuridad de la noche, vándalos intentaban destruir las paredes. Quienes trabajaban en el templo durante el día lo vigilaban de noche para proteger lo que habían edificado de más actos de violencia. Noche tras noche, durante muchas semanas, recordó Heber C. Kimball, “no se nos permitía quitarnos la ropa, y nos veíamos obligados a dormir con los fusiles en los brazos”. El presidente Sidney Rigdon describió más tarde cómo los santos “habían mojado esas paredes con sus lágrimas cuando, en la silenciosa sombra de la noche, oraban al Dios del cielo para que los protegiera y detuviera las manos profanas de los saqueadores despiadados, quienes habían profetizado... que las paredes nunca serían levantadas”.

Para noviembre de 1835, había comenzado el enlucido exterior. Vidrio molido (probablemente en su mayoría descartado, aunque algunos tal vez donados por miembros de la Iglesia específicamente para este propósito) se mezcló con estuco para dar a las paredes una apariencia reluciente. Este revestimiento incluía “cementos naturales resistentes a la intemperie que recientemente se habían descubierto y usado en la construcción del cercano canal de Ohio”. Bajo la dirección de Brigham Young, los toques finales al interior del templo se realizaron en febrero de 1836.

Las mujeres, bajo la dirección de Emma Smith, “hicieron medias, pantalones y chaquetas” para beneficio de los obreros del templo. “Nuestras esposas estaban todo el tiempo tejiendo, hilando y cosiendo”, recordó Heber C. Kimball años después, y “estaban tan ocupadas como cualquiera de nosotros”. También confeccionaron cortinas y alfombras para la casa del Señor. Polly Angell, esposa del arquitecto, recordó cómo José Smith dijo a las hermanas: “Bueno, hermanas, ustedes siempre están presentes. Las hermanas siempre son las primeras y las más diligentes en todas las buenas obras. María fue la primera en la resurrección; y las hermanas ahora son las primeras en trabajar en el interior del templo”.

Durante este período de construcción, la Iglesia enfrentó dificultades financieras. Se necesitaban fondos para sostener a los obreros del templo. Se invitó a los santos de los Estados Unidos y Canadá a hacer contribuciones según sus posibilidades. Vienna Jacques, una hermana soltera, fue una de las primeras en donar, entregando gran parte de sus recursos materiales. John Tanner prestó dinero para pagar el terreno del templo y luego vendió su granja de 2,200 acres en el estado de Nueva York para donar tres mil dólares destinados a comprar los suministros necesarios. Continuó donando “hasta que hubo sacrificado casi todo lo que poseía”. Otros hicieron lo mismo. Los santos donaron o pidieron prestado entre cuarenta y sesenta mil dólares para completar el proyecto.

Grandes bendiciones espirituales siguieron a este período de sacrificio. Los dos meses previos a la dedicación del Templo de Kirtland estuvieron llenos de manifestaciones espirituales notables en un grado inusual. Los santos relataron haber visto mensajeros celestiales en al menos diez reuniones diferentes. En cinco de esas reuniones, personas testificaron que habían visto al mismo Salvador. Muchos recibieron visiones, profetizaron y hablaron en lenguas.

El jueves por la tarde, 21 de enero de 1836, la Primera Presidencia se reunió en una sala superior de la escuela/oficina de imprenta —un edificio ubicado inmediatamente al oeste del templo— y fueron lavados “con agua pura”. Esa misma noche, “al encenderse las velas”, la Presidencia se reunió con el patriarca José Smith padre en la sala oeste del ático del templo. Allí, en la oficina de José Smith, se ungieron unos a otros con aceite de oliva consagrado y pronunciaron bendiciones y profecías. Entonces, “los cielos se abrieron”, registró el Profeta, y él “contempló el reino celestial de Dios y su gloria”. Vio “el resplandeciente trono de Dios” y “las hermosas calles de ese reino, que parecían estar pavimentadas con oro” (DyC 137:1, 3–4). José también vio a muchos profetas, tanto antiguos como modernos. Al ver a su hermano Alvin en el reino celestial, “se maravilló”, pues Alvin había muerto antes de que se restaurara el evangelio y, en consecuencia, no había sido bautizado por la autoridad adecuada. El Señor declaró a Su Profeta: “Todos los que han muerto sin conocimiento de este evangelio, que lo habrían recibido si se les hubiera permitido permanecer, serán herederos del reino celestial de Dios”. También se le mostró a José que “todos los niños que mueren antes de llegar a la edad de la responsabilidad son salvos en el reino celestial del cielo” (DyC 137:6–7, 10).

Con respecto a esta ocasión, José Smith testificó:

“Muchos de mis hermanos que recibieron la ordenanza [del lavamiento y la unción] conmigo también vieron visiones gloriosas. Los ángeles les ministraron a ellos así como a mí, y el poder del Altísimo reposó sobre nosotros. La casa se llenó con la gloria de Dios, y exclamamos: ¡Hosanna a Dios y al Cordero!... Algunos de ellos vieron el rostro del Salvador, y... todos nos comunicamos con las huestes celestiales.”

El 6 de febrero, apenas dos semanas después, varios quórumes del sacerdocio se reunieron en pequeñas salas del ático del templo y experimentaron otro banquete espiritual. Los Setenta “disfrutaron de un gran derramamiento del Espíritu Santo. Muchos se levantaron y hablaron, testificando que estaban llenos del Espíritu Santo, el cual era como fuego en sus huesos, de modo que no podían callarse, sino que se veían impulsados a clamar: ¡Hosanna a Dios y al Cordero, y gloria en las alturas!” Otros “fueron llenos del Espíritu, y hablaron en lenguas y profetizaron”. La *Historia de la Iglesia* declara que “este fue un tiempo de regocijo que sería recordado por mucho tiempo”.

En años posteriores, el élder Orson Pratt recordaría con sentimientos similares estas experiencias sagradas en el templo:

“Dios estaba allí, sus ángeles estaban allí, el Espíritu Santo estaba en medio del pueblo, las visiones del Todopoderoso fueron abiertas a las mentes de los siervos del Dios viviente; el velo fue quitado de las mentes de muchos; vieron los cielos abiertos; contemplaron a los ángeles de Dios; oyeron la voz del Señor; y fueron llenos desde la coronilla hasta la planta de los pies con el poder y la inspiración del Espíritu Santo, y profetizaron en medio de esa congregación, y esas profecías se han estado cumpliendo desde aquel día hasta el presente.”

Algunas de las experiencias espirituales más memorables ocurrieron el domingo 27 de marzo, día de la dedicación del templo. Santos de los Últimos Días procedentes de Misuri y de otras partes de América del Norte llegaron en masa a Kirtland, anticipando las grandes bendiciones que el Señor había prometido derramar sobre ellos, incluyendo un don especial o investidura de poder desde lo alto. Muy temprano esa mañana, cientos de personas se congregaron afuera del templo con la esperanza de asistir al servicio dedicatorio. Las puertas del templo se abrieron a las 8:00 a. m. La

Primera Presidencia ayudó a acomodar a la congregación, que llegó a ser de casi mil personas, el doble de la capacidad habitual del edificio.

Con los líderes sentados en los púlpitos elevados y en los bancos a cada extremo del salón, y todos los asientos del templo ocupados, las enormes puertas se cerraron. Muchos quedaron afuera, incluyendo a algunos que habían sacrificado mucho por la construcción del templo y que habían viajado largas distancias para asistir a la dedicación. Al percibir su desilusión, el Profeta les indicó que celebraran una reunión adicional en la escuela cercana. (El servicio dedicatorio se repitió el jueves siguiente en beneficio de ellos).

El servicio comenzó a las 9:00 a. m. Un coro, ubicado en las cuatro esquinas del salón, proporcionó la música. El presidente Sidney Rigdon habló elocuentemente durante dos horas y media, declarando que el templo era único entre todos los edificios erigidos para la adoración de Dios, pues había sido “edificado por revelación divina”. Después de su discurso, el coro cantó el himno de W. W. Phelps “Ahora alegres cantemos”. Tras un receso de veinte minutos, la congregación sostuvo a los oficiales de la Iglesia, con cada quórum del sacerdocio votando individualmente. Entonces, José Smith profetizó que si los santos “sostenían a estos hombres en sus diversos cargos,... el Señor los bendeciría; sí, en el nombre de Cristo, las bendiciones del cielo serían suyas”.

El momento culminante del día fue la oración dedicatoria, la cual le fue dada al Profeta por revelación. Después de expresar gratitud por las bendiciones de Dios, con lágrimas fluendo libremente, José oró para que el Señor aceptara el templo que había sido edificado “con gran tribulación... para que el Hijo del Hombre tenga un lugar donde manifestarse a su pueblo” (DyC 109:5). Suplicó que se cumplieran las bendiciones prometidas en el mandamiento del Señor de 1832 de construir el templo (DyC 88:117–120). La oración también pedía que fueran bendecidos los líderes de la Iglesia, los miembros y los líderes de las naciones, y que se cumpliera la promesa del recogimiento de “los restos esparcidos de Israel” (DyC 109:67; véase también vv. 6–9, 54–55, 68–72).

Después de la oración, el coro cantó “El Espíritu de Dios”, un himno escrito por el élder W. W. Phelps en anticipación a la dedicación del templo. Después se administró la Santa Cena a la congregación. José Smith y otros testificaron que vieron mensajeros celestiales presentes durante el servicio.

La dedicación concluyó con toda la congregación de pie ofreciendo el sagrado Grito de Hosanna:

“¡Hosanna, hosanna, hosanna a Dios y al Cordero! Amén, amén y amén.”

Eliza R. Snow sintió que el grito se dio “con tal poder, que parecía casi suficiente para levantar el techo del edificio”. Después de siete horas, el servicio terminó a las 4:00 p. m.

Esa noche, más de cuatrocientos poseedores del sacerdocio se reunieron en el templo. José Smith instruyó a los hermanos que debían estar preparados para profetizar cuando fueran dirigidos por el Espíritu. El Profeta escribió:

“El hermano George A. Smith se levantó y comenzó a profetizar, cuando se escuchó un ruido como el de un viento recio que soplaban, el cual llenó el templo, y toda la congregación se levantó simultáneamente, movida por un poder invisible; muchos comenzaron a hablar en lenguas y a profetizar; otros vieron gloriosas visiones; y yo contemplé que el templo estaba lleno de ángeles, lo cual declaré a la congregación.”

David Whitmer testificó que “vio a tres ángeles pasando por el pasillo sur”. Personas que vivían en los alrededores escucharon “un sonido inusual” proveniente de la casa del Señor y vieron “una luz brillante como una columna de fuego reposando sobre el templo”. Otros relataron haber visto ángeles sobrevolando el templo y haber escuchado cánticos celestiales.

Una manifestación espiritual trascendental ocurrió el domingo 3 de abril, exactamente una semana después de la dedicación del templo. Tras concluir el servicio de adoración de la tarde, José Smith y Oliver Cowdery se retiraron a los púlpitos del Sacerdocio de Melquisedec, en el extremo oeste del salón inferior del templo. José Smith testificó que “el velo fue retirado de nuestras mentes” y que él y Oliver presenciaron una serie de notables visiones. El mismo Señor Jesucristo se apareció, aceptó el templo, y prometió manifestarse allí “si mi pueblo guarda mis mandamientos y no contamina esta casa santa”. Luego apareció Moisés y confirió “las llaves del recogimiento de Israel de las cuatro partes de la tierra, y de la dirección de las diez tribus desde la tierra del norte”. A continuación, Elías (Elias) confirió “la dispensación del evangelio de Abraham”. Finalmente, en cumplimiento de la profecía de Malaquías, Elías (Elijah) confirió “las llaves de esta dispensación” en preparación para “el grande y terrible día del Señor” (DyC 110:1, 8, 11–12, 16; véase también Malaquías 4:5–6 y DyC 2).

Gracias a las llaves de sellamiento restauradas por Elías, las ordenanzas del sacerdocio realizadas en la tierra pueden ser “ligadas” o “selladas” en el cielo; además, los santos de los últimos días pueden efectuar ordenanzas salvadoras en favor de sus seres queridos que murieron sin la oportunidad de aceptar el evangelio en esta vida. De esta manera, el corazón de los hijos se vuelve hacia sus padres. Al reflexionar sobre los significativos acontecimientos del 3 de abril, el élder Harold B. Lee concluyó que la restauración de estas llaves vitales era “justificación suficiente para la edificación de [este] templo”.

Menos de dos años después de estos gloriosos acontecimientos, las fuerzas de la persecución y de la apostasía obligaron a José Smith y a otros fieles santos a dar la espalda a sus hogares y al templo en Kirtland. Pero eso no fue el fin de los templos para José Smith. Revelaciones posteriores mandaron la construcción de otros templos. En Nauvoo se revelaron ordenanzas sagradas y el privilegio de realizarlas tanto por los vivos como por los muertos. En el siglo veintiuno, a medida que los templos se multiplican por toda la tierra, podemos sentir gratitud por los cimientos que se establecieron mediante el profeta José Smith en la casa del Señor en Kirtland.

Capítulo 26

La Sociedad de Seguridad de Kirtland

Reid L. Neilson

En octubre de 1838, un año después de que apóstatas de los Santos de los Últimos Días obligaran a José Smith a huir de Kirtland, Ohio, a raíz del fracaso de la Sociedad de Seguridad de Kirtland, el cuerpo principal de los santos se encontraba sitiado en Far West, Misuri. Temiendo una masacre y traicionados por su propio líder militar, los santos entregaron sus armas. Entonces soportaron los abusos verbales de sus captores de la milicia, así como de antiguos compañeros que habían apostatado previamente en Kirtland.

El exapóstol William E. McLellin buscó al élder Heber C. Kimball y le espetó con desprecio: “¿Qué piensas ahora del profeta caído? ¿No te ha guiado a ciegas por demasiado tiempo? Mírate a ti mismo: pobre, tu familia despojada y robada, y tus hermanos en la misma situación; ¿estás satisfecho con José?” Para asombro de McLellin, el élder Kimball replicó: “Sí, estoy cien veces más satisfecho con él que antes, porque te veo exactamente en la posición que [José] predijo que estarías: un Judas que traicionaría a sus hermanos”. Y añadió: “¿Dónde estás tú? ¿Qué estás haciendo?” Luego, el apóstol fiel concluyó: “El mormonismo es verdadero, y José es un verdadero profeta del Dios viviente; y tú, junto con todos los que se aparten de ello, seréis condenados e iréis al infierno”.

“Durante toda la vida del profeta José” —dijo el élder Francis M. Lyman—, “hombres [como McLellin] que estuvieron con él en consejo se volvieron contra él, lucharon contra él, cuestionaron su autoridad y sostuvieron que era un profeta caído”.

La declaración del élder Lyman plantea varias preguntas. Primero, ¿qué querían decir los disidentes con la designación “profeta caído”? Ninguno de los profetas del Señor en las Escrituras sagradas jamás “cayó” de su llamamiento. “Algunos han hablado de profetas caídos” —afirmó uno de los seguidores de José—. “Muéstrenme a un hombre con tal descripción y

les mostraré un personaje del cual la Biblia no da cuenta. Reto al mundo a producir la historia de un profeta de Dios caído.”

Segundo, ¿por qué la situación espiritual de José —a los ojos de los apóstatas— decayó a causa de la caída de una institución financiera?

Tercero, ¿qué nos sugieren las diversas respuestas de los santos de 1837 ante esta encrucijada, en cuanto a la importancia de que los miembros de la Iglesia obtengan un testimonio del llamamiento profético completo de José Smith?

Mientras he revisado las fuentes y la literatura sobre la Sociedad de Seguridad de Kirtland, he llegado a creer que este desafortunado episodio temporal actuó como el meridiano en la carrera espiritual de José. Así como el Niño de Belén dividió el calendario occidental en dos eras distintas, la participación de José en la banca en Kirtland dividió a los primeros santos en dos campos opuestos: aquellos que aún creían que él era el profeta de Dios y aquellos que no. A medida que la confianza de estos últimos en la sociedad antibancaria se desmoronaba, también lo hacía su creencia en el llamamiento profético de José. En sus mentes, ambos temas estaban inextricablemente ligados.

Este fue un tema recurrente en el mormonismo temprano. “Hubo [algunos] en los días de José que profesaban tener la autoridad que él poseía, o, como decían, que él alguna vez había poseído”, observó el presidente George Q. Cannon. “Las doctrinas que él enseñó al principio eran correctas, decían, y la posición que asumió al principio era aceptable ante Dios; pero por alguna causa, se había desviado del camino y se había convertido en un profeta caído.” Como lamentaron los élderes Brigham Young y Willard Richards en Nauvoo: “Es la misma vieja historia de nuevo —la doctrina es correcta, pero José es un profeta caído”.

La autoridad profética de José antes de la sociedad de seguridad de Kirtland, 1820–1836

Desde los días de Adán, Dios —no el hombre— ha determinado el valor real de un profeta. La percepción pública de un profeta nunca ha sido el árbitro final. De hecho, parece haber una correlación inherentemente negativa entre la autoridad percibida y la autoridad real de un profeta: rara vez son populares entre las masas o valorados por ellas. Para contrarrestar este sesgo, Dios dota a sus siervos de recursos espirituales que actúan

como señales sagradas para los sinceros de corazón. En el caso de José, el Señor le proporcionó al menos seis fuentes de autoridad profética.

Visiones.

José Smith recibió una cantidad extraordinaria de visiones, comenzando con su Primera Visión, recibida a los catorce años mientras oraba buscando guía espiritual. Hablando por experiencia, luego declararía: “Si pudieras mirar al cielo durante cinco minutos, sabrías más de lo que podrías aprender leyendo todo lo que se haya escrito al respecto”; y afirmó que “la mejor manera de obtener la verdad y la sabiduría no es pedirlas a los libros, sino ir a Dios en oración y obtener instrucción divina.”

El historiador Alexander Baugh documentó las visiones registradas de José, diferenciándolas cuidadosamente de otras formas de inspiración, como las revelaciones. Al catalogar las experiencias visionarias del Profeta, Baugh destacó tres factores: primero, “la gran cantidad de visiones que recibió el Profeta”; segundo, que estas visiones “se volvieron casi experiencias comunes” para él; y tercero, que muchos de sus familiares y amigos fueron testigos de estas visiones.

Según Baugh, las visiones tempranas de José (1820–1830) consistieron en “visitas personales de la Deidad, ángeles y Satanás”, visiones recibidas a través del Urim y Tumim, “y visiones abiertas a la mente”; sus visiones posteriores (1831–1844) incluyeron “visitas personales del Padre y del Hijo juntos, del Hijo solo, de otros seres celestiales y de Satanás”. El Profeta recibió cincuenta y cinco visiones documentadas entre la primavera de 1820 y el otoño de 1837, cuando cayó la Sociedad de Seguridad de Kirtland.

Objetos sagrados.

La autoridad profética temprana de José también estuvo vinculada a su posesión de objetos sagrados. En 1822, dos años después de la Primera Visión, descubrió una pequeña piedra vidente mientras cavaba un pozo cerca de la granja de su familia en Palmyra. Según Lucy Mack Smith, su hijo podía ver cosas “invisibles al ojo natural” con la ayuda de la piedra.

Más tarde, en septiembre de 1823, el ángel Moroni le habló a José sobre las planchas de oro y el Urim y Tumim (José Smith—Historia 1:42). Los intérpretes nefitas estaban compuestos por “dos piedras unidas a un arco” y “fueron preparadas desde el principio, y se transmitieron de generación en generación, con el propósito de interpretar lenguajes” por videntes

escogidos (Mosíah 28:13–14, 16). José vio las planchas y el Urim y Tumim al día siguiente, pero no obtuvo posesión de ellos hasta cuatro años después (José Smith—Historia 1:52–59).

También vio otros objetos sagrados enterrados en el cerro Cumorah, incluyendo un pectoral usado junto con los intérpretes nefitas, la espada de Labán y la Liahona, todos los cuales fueron mostrados a los Tres Testigos en 1829 (DyC 17:1). “Desde el momento del descubrimiento de la piedra vidente hasta la finalización de la traducción [de las planchas de oro]” — escribe el biógrafo Richard Bushman —, “la influencia de José siempre se basó en la fe de sus seguidores en sus poderes sobrenaturales” asociados con estos objetos sagrados.

El Libro de Mormón.

José utilizó sus objetos sagrados —el Urim y Tumim y la piedra vidente— para traducir el antiguo registro nefita, las planchas de oro. Como resultado, el propio Libro de Mormón se convirtió en un indicio importante de su autoridad profética. Una revelación de abril de 1830 declara que el Señor le dio a José “poder de lo alto” para traducir las planchas de oro. El Libro de Mormón, entonces, “fue dado por inspiración, y es confirmado a otros por el ministerio de ángeles, y es declarado al mundo por ellos— demostrando al mundo que las santas escrituras son verdaderas, y que Dios inspira a los hombres y los llama a su santa obra en esta época y generación, así como en generaciones pasadas” (DyC 20:8–11).

El erudito del Libro de Mormón Terryl Givens sostiene que esta escritura traducida del Nuevo Mundo fue la señal sagrada principal del llamamiento profético de José. “En cualquier evaluación de la estatura profética de José, la primera y más grande evidencia a su favor fue el Libro de Mormón, que obtuvo y tradujo de manera milagrosa. Su función y autoridad como profeta y vidente descansaban firmemente sobre la validez de esas afirmaciones.”

Traducciones antiguas.

Después de traducir las planchas de oro mediante “el don y poder de Dios”, José “pareció adoptar la traducción como un elemento fijo de su identidad religiosa”, escribe Richard Bushman. Comenzó a traducir o revisar el Antiguo y Nuevo Testamento en junio de 1830 y completó la mayor parte del trabajo —conocido hoy como la Traducción de José Smith— en junio de 1833. En julio de 1835, José obtuvo papiros egipcios y varios momias de

Michael Chandler en Kirtland, Ohio, y eventualmente produjo escrituras adicionales mediante su comprensión profética de los artefactos egipcios.

Revelaciones.

Los primeros santos valoraban la capacidad de José para recibir revelaciones. Apreciaban estas epístolas celestiales y a menudo anhelaban recibir más. “Dado que la democracia estadounidense necesariamente se distanciaba de la revelación directa”, argumenta el historiador Steven Harper, “José Smith ofreció una alternativa satisfactoria que atraía a personas cuya característica común, quizás, era su disposición a creer que Dios hablaba con José Smith ‘como con Moisés’” (DyC 28:2).

Los conversos santos de los últimos días buscaban “poder de lo alto”, no “autoridad finalmente investida en el pueblo”. Y José no los decepcionó. Durante su ministerio profético, recibió decenas de revelaciones sobre una infinidad de temas, incluyendo la obra misional, la organización de la Iglesia, doctrina, construcción de templos, recogimiento, y lo más importante, la realidad de Jesucristo. La Doctrina y Convenios actual contiene más de 130 de estas comunicaciones celestiales. Entre septiembre de 1823 y la primavera de 1837, registró 111 de estas revelaciones publicadas.

Poder del sacerdocio.

El Profeta también fue investido con poder del sacerdocio para fortalecer su autoridad profética y permitirle oficiar en ordenanzas sagradas. Juan el Bautista restauró el Sacerdocio Aarónico a José Smith y a Oliver Cowdery el 15 de mayo de 1829, cerca del río Susquehanna, en la zona de Harmony, Pensilvania, mediante la imposición de manos. Los principales apóstoles de Cristo —Pedro, Santiago y Juan— conferieron el Sacerdocio de Melquisedec a ambos hombres de la misma manera poco tiempo después.

En los años siguientes, José utilizó su autoridad del sacerdocio para bautizar, sanar a los enfermos, ordenar a otros al sacerdocio, gobernar la Iglesia, apartar a misioneros, oficiar en ordenanzas del templo y, en general, edificar Sion.

En resumen, entre la Primera Visión y la Sociedad de Seguridad de Kirtland, la autoridad profética de José aumentó gracias a sus visiones, objetos sagrados, el Libro de Mormón, traducciones de escrituras antiguas,

revelaciones y autoridad del sacerdocio. Para 1837, más de 13,000 personas en América del Norte habían depositado su confianza en las afirmaciones religiosas de José y se habían unido a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

La autoridad profética de José después de la sociedad de seguridad de Kirtland, 1837–1844

En enero de 1837, José y otros líderes de la Iglesia organizaron la *Kirtland Safety Society Anti-Banking Company* (Sociedad de Seguridad de Kirtland contra la banca) para proporcionar servicios bancarios cruciales a la creciente población de santos de los últimos días en el noreste de Ohio. Designada como uno de los primeros lugares de recogimiento para los santos, la necesidad de capital y liquidez en Kirtland superaba con creces las opciones de financiamiento disponibles en la frontera. Pronto los líderes de la Iglesia no pudieron ofrecer suficiente crédito a los miembros recién llegados a Kirtland y luchaban para pagar sus propias deudas.

Frente a un problema de flujo de efectivo, buscaron establecer un banco que “pudiera convertir activos a largo plazo (tierras) en activos líquidos (billetes bancarios)”. Su visión era que el banco “cumpliera la importante función de proveer crédito y un medio circulante de intercambio para la creciente comunidad”. Sin embargo, durante una depresión nacional, la legislatura del estado de Ohio negó a los santos —y a muchos otros— las cartas bancarias que solicitaban, tanto en 1836 como en 1837.

Para capitalizar la Sociedad de Seguridad de Kirtland, muchos miembros de la Iglesia depositaron *specie*, es decir, dinero acuñado. En el plazo de un mes, su “antibanco” comenzó a emitir su propia moneda respaldada por reservas limitadas. Para noviembre de 1837, se habían emitido alrededor de cien mil dólares en billetes a los ciudadanos de Kirtland y de las comunidades circundantes. Lamentablemente, comenzó a perder su capacidad para cumplir con sus obligaciones financieras. El banco tuvo dificultades para pagar a sus depositantes con los saldos de efectivo disponibles. Como era de esperarse, los residentes locales comenzaron a preocuparse por sus depósitos. A medida que su confianza en el banco se desplomaba, también lo hacía el valor —real y percibido— del banco. Cuando finalmente se produjo una corrida bancaria, los pasivos superaban a los activos: la Sociedad de Seguridad de Kirtland quedó en bancarrota.

Muchos de los santos que habían depositado su dinero culparon al Profeta por la pérdida. A partir de entonces, declararon a José “en bancarrota espiritual” e intentaron arrebatarle su autoridad profética. El élder Brigham Young recordó haber asistido a una reunión en la planta alta del Templo de Kirtland con varios apóstatas, incluidos apóstoles y testigos del Libro de Mormón, que estaban conspirando para reemplazar a José con David Whitmer como presidente de la Iglesia. “Me levanté —relató— y de manera clara y energética les dije que José era un profeta, y lo sabía.” Aunque “ellos pudieran burlarse y calumniarlo cuanto quisieran, no podían destruir el nombramiento del profeta de Dios; solo podían destruir su propia autoridad, cortar el hilo que los unía al profeta y a Dios, y hundirse en el infierno”.

Young afirmó la supremacía del verdadero valor de un profeta: lo que importaba era la confianza que Dios tenía en José, no la opinión del pueblo. No podían destruir a José, pero sí destruirse a sí mismos en el intento. Además, no hay evidencia histórica de que José estuviera espiritualmente en bancarrota tras Kirtland.

Visiones. José continuó recibiendo y registrando experiencias visionarias después de la caída de la Sociedad de Seguridad de Kirtland. Recibió otras veinte visiones entre abril de 1837 y su martirio en junio de 1844. “Es mi meditación durante todo el día, y más que mi comida y mi bebida”, declaró en 1843, “el saber cómo haré comprender a los santos de Dios las visiones que se agolpan como una ola desbordante ante mi mente”. Esta oleada incluía visiones del futuro, de seres celestiales, de Sion, de la organización de la Iglesia y de los modelos de los templos.

Objetos sagrados. El Profeta devolvió las planchas de oro, el Urim y Tumim, el pectoral, la Liahona y la espada de Labán a Moroni en 1829, después de completar la traducción del Libro de Mormón. Pero conservó su piedra vidente, una evidencia tangible de su autoridad profética temprana. Cuatro años después de huir de Kirtland, José mostró esta piedra al Cuórum de los Doce Apóstoles reunidos en Nauvoo. Brigham Young heredó la piedra vidente y la mostró a Hosea Stout en 1856. Dos décadas más tarde, Wilford Woodruff consagró la piedra vidente de José sobre el altar del Templo de Manti.

El Libro de Mormón. Los Tres Testigos —Oliver Cowdery, Martin Harris y David Whitmer— abandonaron la Iglesia tras los eventos relacionados con

la Sociedad de Seguridad de Kirtland. Sin embargo, ninguno de ellos jamás se retractó de su testimonio sobre el origen divino y el contenido del libro. Incluso el antiguo apóstol William E. McLellin, quien enfrentó a Heber C. Kimball en Far West, Misuri, reprendió a los detractores del Libro de Mormón incluso en 1880. “He estampado mi sello de que el Libro de Mormón es un registro verdadero y divino, y se requerirá más evidencia de la que jamás he visto para que se tambalee mi convicción sobre su pureza”, escribió a un crítico de la Iglesia. “¡Tengo más confianza en el Libro de Mormón que en cualquier otro libro de esta amplia tierra!” Como señala Terryl Givens, “Si José Smith traicionó a Dios, eso no le quitó nada del estatus privilegiado que una vez tuvo como portavoz de una revelación sagrada salida del polvo. Los profetas caídos, como los ángeles caídos, no podían ser privados de su gloria anterior, ni siquiera por los incrédulos”. Durante la vida de José, la Iglesia imprimió cinco ediciones del Libro de Mormón, tres de ellas después de la caída de la Sociedad de Seguridad de Kirtland.

Traducciones antiguas. Después de huir de Kirtland, José continuó trabajando en sus traducciones de los papiros egipcios. Publicó sus traducciones inspiradas —los escritos de Abraham— en tres números del periódico de la Iglesia *Times and Seasons* en la primavera de 1842. Los miembros de la Iglesia leían estos escritos como prueba continua de que había un profeta en medio de ellos. También siguió refinando su traducción del Antiguo y del Nuevo Testamento y preparándola para su publicación.

Revelaciones. Desde julio de 1837 hasta junio de 1844, José recibió las secciones 112 a la 132 de Doctrina y Convenios. Muchas de estas revelaciones se consideran entre sus contribuciones escriturales más importantes. Por ejemplo, reveló doctrinas sobre la experiencia del templo, el bautismo por los muertos y el matrimonio eterno. Además, varios de sus discursos clásicos, incluyendo sus palabras en el funeral de King Follett, se pronunciaron en Nauvoo, no en Kirtland. En una ocasión, José reprendió a los miembros de la Iglesia en Nauvoo por no estar preparados para recibir aún más revelaciones. “Algunas personas dicen que soy un profeta caído, porque no presento más palabras del Señor. ¿Por qué no lo hago? ¿Estamos preparados para recibirlas? ¡No! Ni uno solo en esta sala.” Luego lamentó: “un hombre le ordenaría a su hijo que cavara papas y ensillara su caballo, pero antes de que haya hecho ninguna de las dos cosas, le diría que hiciera algo más. Todo eso se considera correcto; pero tan pronto

como el Señor da un mandamiento y revoca ese decreto y manda otra cosa, entonces se considera que el profeta ha caído”.

Poder del sacerdocio. Finalmente, José continuó ejerciendo su poder del sacerdocio en Misuri e Illinois. Su dramática sanación de Elijah Fordham y de varios otros santos de los últimos días a ambos lados del río Misisipi en julio de 1839 es evidencia de su sacerdocio. También ofició en ordenanzas del sacerdocio y, mientras estuvo en Nauvoo, comenzó a conferir a los santos las ordenanzas más elevadas del templo relacionadas con el sacerdocio mayor. Lo más importante es que José transmitió llaves vitales del sacerdocio a Brigham Young y a los demás apóstoles, lo que permitió que la Restauración continuara tras su martirio.

Lamentablemente, algunos residentes de Ohio creyeron que podían “retirar” su apoyo al profeta José tal como lo habían hecho con la Sociedad de Seguridad de Kirtland. En sus mentes, cuando cayó el banco, también cayó el profeta. Como resultado, cayeron en bancarrota espiritual. Sin embargo, gracias a un Dios misericordioso, José conservó los recursos divinos que sosténían su autoridad profética desde el principio. El registro histórico muestra que Dios aún estaba con su profeta después de la Sociedad de Seguridad de Kirtland y hasta su muerte.

Capítulo 27

“Que la ciudad de Far West sea una tierra santa y consagrada”

Craig K. Manscill

“Hay una diferencia tan grande en el aspecto y perspectiva de Far West, que apenas sé cómo describírtela”, escribió William W. Phelps a su esposa, Sally. “Los habitantes se han ido. El sonido del martillo y la actividad comercial han cesado. La hierba crece en las calles, o donde solían estar; las cercas han desaparecido, y nada más que casas vacías y el gemido de la brisa primaveral cuentan lo que una vez fue Sion”. Así escribió Phelps el 1 de mayo de 1839, cuatro meses después del éxodo de los Santos de los Últimos Días del condado de Caldwell, Misuri. Los santos exiliados, aún leales al mormonismo y al profeta José Smith, fueron obligados a abandonar Misuri por orden del gobernador. Un pequeño número de mormones permaneció en Far West y sus alrededores; sin embargo, la mayoría había abandonado la fe, como la familia Phelps.

Desde el 14 de marzo hasta el 1 de noviembre de 1838, menos de ocho meses, José Smith residió en Far West. Allí recibió ocho revelaciones, reorganizó los quórumes dirigentes de la Iglesia, dirigió el asentamiento de dos condados, dedicó un sitio para el templo, llamó a misioneros a trabajar localmente y en el extranjero, y purificó la Iglesia de disidentes. Estos acontecimientos pusieron a prueba el liderazgo y el papel profético de José Smith durante el período en Far West.

La iglesia se asienta en Far West

Desde tan temprano como 1834, familias Santos de los Últimos Días comenzaron a establecerse al norte y este del condado de Clay, en el poco poblado condado de Ray. Para marzo de 1836, los líderes de la Iglesia estaban buscando un sitio permanente para estos santos en las regiones menos habitadas al norte del condado de Ray. Después de una extensa exploración, los líderes compraron una parcela de una milla cuadrada

situada cerca de Shoal Creek el 8 de agosto de 1836. El lugar fue posteriormente nombrado Far West.

A medida que aumentaba el número de Santos de los Últimos Días en esta región, algunos creyeron que el problema mormón podría resolverse si se creara un condado exclusivamente para ellos. Alexander Doniphan, representante en la legislatura estatal y amigo de los mormones, encabezó un proyecto de ley en la legislatura para crear tal condado. La aprobación del proyecto de ley de Doniphan el 29 de diciembre de 1836 creó no solo un condado, sino dos. El primero, que medía 18 por 24 millas, fue creado para los Santos de los Últimos Días y se le dio el nombre de Matthew Caldwell, de Kentucky, un explorador indio y soldado en la Guerra Revolucionaria, y amigo del padre de Alexander, Joseph Doniphan. Far West fue designada como la sede del condado. Se asumía que los Santos de los Últimos Días se limitarían a este condado. El segundo condado, Daviess, situado al norte de Caldwell, tenía casi veinticuatro millas cuadradas y fue nombrado en honor al coronel Joseph H. Daviess, otro amigo del padre de Alexander. Murió en la batalla de Tippecanoe en 1811. Gallatin fue seleccionada como la sede del condado de Daviess.

Las perspectivas de que el norte de Misuri se convirtiera en un asentamiento permanente para los Santos de los Últimos Días llevaron a José Smith a Far West en noviembre de 1837. Tras su llegada, él y varios de los hermanos celebraron reuniones durante aproximadamente diez días. En esas reuniones se concluyó que había suficientes recursos y espacio en el norte de Misuri para el recogimiento de los santos. Se formó un comité para localizar sitios para nuevos asentamientos. Además, se resolvieron temporalmente algunos problemas relacionados con la venta de tierras en Far West, asociados con las actividades de la presidencia de estaca en Misuri, y la presidencia —W. W. Phelps, David Whitmer y John Whitmer— fue sostenida nuevamente en sus llamamientos. En una reunión del 7 de noviembre, Frederick G. Williams fue rechazado como segundo consejero en la Primera Presidencia debido a su papel en la venta de tierras de la Iglesia en el condado de Jackson; Hyrum Smith fue sostenido en su lugar.

“Que la ciudad de Far West sea una tierra santa y consagrada”

A partir de las decisiones tomadas en esas reuniones de marzo, quedó claro que Far West funcionaría como la futura sede de la Iglesia. Así, entre 1834 y 1839, la población de Santos de los Últimos Días en Far West y sus

alrededores se disparó a casi 5,000 habitantes, convirtiéndola en la comunidad más grande del noroeste de Misuri. Cifras conservadoras sitúan la población del condado de Caldwell en 8,000, aunque pudo haber alcanzado los 10,000. La gran población mormona dio a la Iglesia el control político del condado. Para el otoño de 1838, el secretario del condado, dos jueces, trece magistrados y los oficiales de la milicia eran todos mormones. Según la historia del condado de Caldwell, los santos construyeron “150 casas, cuatro tiendas de ropa, tres tiendas de abarrotes familiares, varias herrerías, dos hoteles, una imprenta y una gran escuela que también funcionaba como iglesia y palacio de justicia”.

Revelaciones y enseñanzas en Far West

A fines de abril de 1838, el Profeta recibió una revelación en la que se designaba “La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días” como el nombre correcto de la Iglesia (DyC 115:4). Esto resolvió una creciente confusión, ya que la congregación de los santos había sido referida como la Iglesia de Cristo, la Iglesia de los Santos de los Últimos Días y la Iglesia de Cristo de los Santos de los Últimos Días. En esa revelación, el Señor también mandó la construcción de un templo: “Sea la ciudad de Far West una tierra santa y consagrada para mí; y será llamada santísima, porque la tierra sobre la cual estás es santa” (DyC 115:7). Se instruyó a la Primera Presidencia a no contraer deudas para la construcción del templo, como se había hecho en Kirtland. El Señor también mandó a los hermanos que establecieran estacas en las regiones circundantes. Esto debía hacerse para que “el recogimiento sobre la tierra de Sion y sobre sus estacas sea para defensa, y para refugio de la tempestad, y del furor, cuando se derrame sin mezcla sobre toda la tierra” (DyC 115:6).

El Profeta pasó las siguientes tres semanas visitando y enseñando a los santos en el condado de Caldwell acerca de los principios del evangelio. “La primera vez que vi al Profeta José Smith,” dijo James B. Bracken padre, “fue en junio de 1838, en el pueblo de Far West, condado de Caldwell.”

Misuri. Fui a una reunión y él predicó al pueblo, enseñándoles los principios de la salvación”.¹

Poco después, con la ayuda de Sidney Rigdon, el Profeta emprendió un ambicioso proyecto para escribir la historia de la Iglesia. John Whitmer, historiador de la Iglesia, se había negado a entregar su breve historia para

su publicación. En una carta dirigida a Whitmer, con fecha del 9 de abril, el Profeta escribió:

Señor: Deseábamos honrarlo publicando sus notas sobre la historia de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, después de las correcciones que consideráramos necesarias... si se le puede hacer ver su propio interés y entregar sus notas, para que puedan corregirse y prepararse para la imprenta. Pero si no, tenemos todo el material para otra [historia], la cual comenzaremos a escribir esta semana.

Sus humildes siervos,

Joseph Smith Jr.

Sidney Rigdon

La historia de José Smith y los primeros acontecimientos de la Restauración, como se encuentran en la *Perla de Gran Precio*, fueron el resultado de los esfuerzos que comenzaron en abril de 1838.

José dirige los asentamientos en los condados de Caldwell y Daviess

Si bien Far West era la comunidad más grande del condado de Caldwell, también se establecieron otros asentamientos en o cerca de los arroyos Shoal, Log, Bush, Mill, Panther, Mud y Plum, así como en el río Crooked. Muchos de estos asentamientos fueron nombrados en honor a sus fundadores o habitantes prominentes. Por ejemplo:

- El asentamiento Allred fue nombrado por William, William M. y Wiley Allred;
- El asentamiento Curtis, por Jeremiah Curtis;
- El asentamiento Carter, por Simeon y Orlando Carter;
- El asentamiento Durfee, por James y Perry Durfee;
- El asentamiento Free, por Absalom y Joseph Free;
- El asentamiento Lyon, llamado Salem, por Aaron C. Lyon;
- El asentamiento Myers, por Jacob Myers;
- El asentamiento Plumb, por Merlin Plumb;
- El asentamiento Stevens, por Roswell Stevens;
- Y el asentamiento de Haun's Mill, por Jacob Haun.

Estos lugares fueron abandonados cuando los Santos de los Últimos Días fueron expulsados del estado.

En 1837, los santos se establecieron en el condado de Daviess. Uno de los colonos más prominentes fue Lyman Wight. En febrero de 1838, compró una granja y estableció un ferry sobre el río Grand, en el área conocida como Spring Hill. El 19 de mayo de 1838, mientras visitaba al élder Wight, el Profeta José recibió una revelación que declaraba que Spring Hill “es nombrado por el Señor Adam-ondi-Ahman, porque... es el lugar donde Adán vendrá a visitar a su pueblo” (DyC 116:1).

En consecuencia, durante el verano de 1838 se estableció un asentamiento importante en Adam-ondi-Ahman (llamado Diahman). Se convirtió en la comunidad más poblada del condado. El 28 de junio de 1838, el Profeta José Smith organizó una estaca en esa comunidad con John Smith, tío del Profeta, como presidente, y Reynolds Cahoon y Lyman Wight como consejeros. Vinson Knight fue llamado como obispo en funciones, y Brigham Young dedicó un sitio para el templo.

Además de Diahman, los Santos de los Últimos Días vivían en los asentamientos de Marrow-bone (también llamado Ambrosia), Honeycreek, Lickfork y Grindstone Fork. Las hostilidades, que comenzaron en agosto de 1838, estallaron a mediados de octubre de ese año, lo que obligó a muchos residentes de esas zonas rurales a trasladarse a Diahman en busca de seguridad y protección, aumentando su población a 1,500 personas. Cuando los líderes de la Iglesia aceptaron rendirse y abandonar el estado en noviembre de 1838, los Santos de los Últimos Días evacuaron el condado de Daviess y se reubicaron temporalmente en Caldwell antes de salir del estado durante el invierno de 1838-1839.

Después de que los santos se marcharon, Adam-ondi-Ahman pasó a llamarse Cravensville, en honor a John Cravens. Para principios de la década de 1870, la mayoría de los colonos restantes, que no eran mormones, ya habían abandonado la comunidad.

José purifica la iglesia y reorganiza los Cuórumes del Sacerdocio

Los problemas relacionados con los disidentes que habían aquejado a la Iglesia en Ohio también eran evidentes en Misuri. Aun antes de que el Profeta llegara a Far West, los líderes en Misuri estaban manejando mal los fondos de la Iglesia, desafiando la autoridad de José, cuestionando su dignidad y sembrando semillas de disensión. Durante el invierno de 1837-1838, estalló una discordia entre la presidencia de estaca y el sumo

consejo. Oliver Cowdery y Frederick G. Williams, quienes ya no estaban en armonía con el Profeta en Kirtland, se habían trasladado a Far West y, junto con la presidencia de estaca, vendieron tierras de la Iglesia en el condado de Jackson que estaban registradas a sus nombres. Vender tierras en Sion violaba la instrucción del Señor de que los santos debían seguir conservando la propiedad de sus tierras en el condado de Jackson (DyC 101:99).

A comienzos de febrero de 1838, el sumo consejo juzgó a John Whitmer y a W. W. Phelps por mal uso de fondos sagrados, y a David Whitmer por quebrantar deliberadamente la Palabra de Sabiduría. A pesar de que algunos sentían que el sumo consejo no estaba autorizado para llevar a cabo un juicio sobre la presidencia de estaca, la mayoría votó por rechazarlos, y se envió una resolución a las ramas, la cual fue aceptada por los santos. Cuando la presidencia alegó que el juicio había sido ilegal y que no habían estado presentes para defenderse, el sumo consejo llegó a la conclusión de que estaban “esforzándose por hacerse pasar ante la Iglesia como sus presidentes” después de haber sido removidos apropiadamente. Por lo tanto, el 10 de febrero, el sumo consejo, con la asistencia de dos apóstoles, excomulgó a W. W. Phelps y a John Whitmer, y sostuvo a Thomas B. Marsh y a David W. Patten como presidentes en funciones hasta el regreso de José Smith. Las acciones adicionales contra David Whitmer, Oliver Cowdery y Lyman Johnson se pospusieron en espera del retorno del Profeta a Far West.

En una carta dirigida a José, el élder Marsh explicó:

Si no hubiésemos tomado las medidas mencionadas, creemos que nada habría podido evitar una rebelión contra todo el sumo consejo y el obispo; era tan grande la desafección hacia los presidentes, que el pueblo comenzaba a sospechar que todas las autoridades estaban inclinadas a sostener a estos hombres en la maldad, y en poco tiempo la Iglesia, sin duda, se habría ido cada uno por su propio camino, como ovejas sin pastor.

José estuvo de acuerdo y destituyó a la presidencia de estaca al regresar a Far West.

En la conferencia general de abril, el Profeta llamó a tres miembros senior del Cuórum de los Doce Apóstoles —Thomas B. Marsh, David W. Patten y Brigham Young— como la nueva presidencia de estaca en Misuri. Después

de la conferencia, esta presidencia celebró un juicio eclesiástico contra otros disidentes. Oliver Cowdery fue acusado de perseguir a los líderes de la Iglesia mediante demandas legales molestas, de intentar destruir el carácter de José Smith, de no someterse a la autoridad eclesiástica en asuntos temporales, de vender tierras en el condado de Jackson y de abandonar su llamamiento como Presidente Asistente de la Iglesia para dedicarse a ejercer la abogacía. Oliver se negó a comparecer ante el consejo, pero pidió que se le retirara la comunión con la Iglesia. El 12 de abril de 1838, fue excomulgado.

El consejo también excomulgó a David Whitmer por usurpar demasiada autoridad, escribir cartas de disensión a apóstatas y quebrantar la Palabra de Sabiduría. Lyman Johnson fue excomulgado al mismo tiempo.

Aunque excomulgar a antiguos pilares de la Iglesia fue doloroso, la nueva presidencia de estaca consideró necesario purificarla. Para junio de 1838, con la excepción de William E. McLellin, los disidentes excomulgados aún vivían en Far West y representaban una amenaza para los líderes de la Iglesia. Los cinco hombres que suponían el mayor peligro eran Oliver Cowdery, David y John Whitmer, W. W. Phelps y Lyman Johnson. Se emitió un ultimátum pública e individualmente a estos hombres, informándoles que ya no eran bienvenidos en Far West. El ultimátum no produjo los resultados esperados hasta que Sidney Rigdon pronunció su infame “Sermón de la sal”. Aunque Rigdon no mencionó nombres en su discurso, dejó en claro que los detractores no eran bienvenidos en Far West.

Mientras tanto, el Profeta se dedicó a un asunto importante: llenar las vacantes en el Cuórum de los Doce Apóstoles. Se sentía gran tristeza por la pérdida de cuatro de los Doce originales a causa de la apostasía. Elizabeth Barlow reflexionó: “Sentimos más dolor al ver a apóstoles abandonar la Iglesia que por nuestras pruebas y persecuciones.” A pesar del dolor que muchos sentían, José oró: “Muéstranos tu voluntad, oh Señor, en cuanto a los Doce.” En la revelación que siguió, el Señor instruyó que “se nombren hombres para ocupar el lugar de aquellos que han caído” (DyC 118:1). Fueron llamados John Taylor, John E. Page, Wilford Woodruff y Willard Richards. Los élderes Taylor y Page fueron ordenados el 19 de diciembre de 1838 en Far West por Brigham Young y Heber C. Kimball. El élder Woodruff y el élder George A. Smith fueron ordenados el 26 de abril de 1839 en Far

West (DyC 118:6). El élder Richards fue ordenado en abril de 1840 en Gran Bretaña.

La revelación concerniente a los Doce también instruyó a Thomas B. Marsh a continuar publicando la palabra del Señor (en el *Elders' Journal*) en Far West, y mandó a otros a predicar “con humildad de corazón, mansedumbre y humildad, y longanimidad” (DyC 118:3). El Señor además encargó a los Doce que se prepararan para partir el 26 de abril de 1839 desde Far West “para cruzar las grandes aguas y allí proclamar mi evangelio” (DyC 118:4).

El día en que se recibió esta revelación, José Smith leyó a los santos otras dos revelaciones referentes a los ingresos de la Iglesia. Dado que la Iglesia atravesaba graves dificultades económicas, el Profeta buscó una aclaración sobre cómo debía aplicarse la ley de consagración. El Señor modificó la ley dada en 1831 cuando dijo:

Requiero que toda su propiedad excedente se entregue en manos del obispo de mi Iglesia en Sion.

Para la edificación de mi casa, y para la cimentación de Sion, y para el sacerdocio, y para las deudas de la Presidencia de mi Iglesia.

Y esto será el principio del diezmo de mi pueblo.

Y después de eso, los que así hayan sido diezmados pagarán la décima parte de todas sus ganancias [ingresos] anualmente; y esto será una ley permanente para ellos para siempre. (DyC 119:1–4)

La segunda revelación asignó a un comité de autoridades generales la responsabilidad de administrar los diezmos (DyC 120).

Celebración en Far West el 4 de julio de 1838

Para el 4 de julio de 1838, la Iglesia en Far West había alcanzado su apogeo. Las celebraciones de ese día demostraron que los Santos de los Últimos Días se habían convertido en una presencia permanente en el norte de Misuri. Una alocución del presidente Sidney Rigdon dejó en claro ese hecho. Parley P. Pratt escribió sobre el discurso de Sidney y las actividades de ese día:

El 4 de julio de 1838, muchos miles de nuestro pueblo se reunieron en la ciudad de Far West, cabecera del condado de Caldwell, erigieron un asta de la libertad y alzaron el águila calva, con sus estrellas y franjas, en lo alto de la misma. Bajo los colores de nuestra patria, colocamos la piedra angular de

una casa de adoración, y el élder Rigdon pronunció un discurso en el que pintó, con vívidos colores, la opresión que habíamos sufrido durante tanto tiempo a manos de nuestros enemigos; y en ese discurso reclamamos y declaramos nuestros derechos constitucionales como ciudadanos estadounidenses, y manifestamos la determinación de hacer todo lo posible, desde ese momento en adelante, para resistir toda opresión y mantener nuestros derechos y libertades conforme a los sagrados principios de libertad garantizados a toda persona por la constitución y las leyes de nuestro gobierno. Esta declaración fue recibida con gritos de ¡hosanna a Dios y al Cordero!, y con muchos y prolongados vítores por parte de los miles de congregados, quienes estaban decididos a no ceder más sus derechos, salvo que fueran obligados por una fuerza superior.

Con los acontecimientos que pronto siguieron, los derechos de los santos fueron pisoteados por el poder del estado. El élder Pratt escribió sobre las nubes de guerra que se cernían:

El trueno retumbó con majestuosa solemnidad sobre la ciudad de Far West, y las flechas del relámpago cayeron desde las nubes y destrozaron el asta de la libertad de arriba abajo; manifestando así, para muchos, que había llegado el fin de la libertad y la ley en ese estado, y que nuestra pequeña ciudad luchaba en vano por mantener las libertades de una nación gobernada por la maldad y la rebelión. Parecía presagiar el terrible destino que aguardaba a esa ciudad consagrada.

Far West, una “tierra santa y consagrada”, fue devastada por sanciones gubernamentales. Sin embargo, el decreto del Señor de que Far West sea un lugar santo nunca ha sido revocado.

Capítulo 28

“Los mormones deben ser tratados como enemigos”

Alexander L. Baugh

Uno de los nombres más infames en la historia temprana del mormonismo es el del gobernador de Misuri, Lilburn W. Boggs. Su notoriedad entre los Santos de los Últimos Días se debe principalmente a una orden ejecutiva que emitió el 27 de octubre de 1838, conocida como la *Orden de Exterminio*, la cual declaraba que “los mormones deben ser tratados como enemigos, y deben ser exterminados o expulsados del Estado si fuera necesario para la paz pública.”¹ En un plazo de tres días, 2,500 miembros de la milicia estatal se encontraban en las afueras del asentamiento mormón de Far West, exigiendo su rendición y demandando que cumplieran con el mandato del gobernador.

Sin otra alternativa más que abandonar el estado, entre finales de 1838 y principios de 1839, entre 5,000 y 6,000 Santos de los Últimos Días se trasladaron a Illinois, donde encontraron refugio y santuario entre ciudadanos más hospitalarios.

La acción tomada por Boggs plantea varias preguntas. ¿Por qué emitió la orden? ¿Qué acontecimientos lo llevaron a tomar tal decisión? ¿Qué quiso decir con que los mormones “debían ser exterminados o expulsados del Estado si fuera necesario”? ¿Cuáles eran sus intenciones? ¿La orden autorizaba un aniquilamiento a gran escala, o se trataba solo de una expulsión?

Causa N.º 1: José Smith se establece de forma permanente en Far West

Durante la última parte de 1837, la Iglesia Mormona se encontraba fracturada por disensiones internas en Ohio. En el centro de la agitación no estaba tanto el mormonismo en sí, sino el descontento con José Smith y las políticas temporales que había incorporado en la Iglesia. La crisis económica nacional de 1837, los precios inflados de las tierras y el fracaso

de la Sociedad de Seguridad de Kirtland (una sociedad anti-bancaria respaldada por la Iglesia) llevaron a un número considerable de santos a cuestionar el liderazgo e inspiración de José Smith.

Warren Parrish, John F. Boynton, Luke S. Johnson y Martin Harris fueron los detractores más influyentes y prominentes. Para enero de 1838, los disidentes de Kirtland habían tomado el control de la situación, amenazando al líder mormón con batallas legales y amenazas personales contra su vida. Al no ver otra salida, en enero de 1838, José Smith huyó de Kirtland rumbo a Misuri. Después de un viaje de dos meses, el Profeta llegó a Far West el 14 de marzo de 1838, donde estableció su residencia permanente.

Para el momento de su llegada a Misuri, los mormones ya habían vivido y ocupado varios condados en la parte occidental del estado por más de siete años. Aunque la ocupación mormona de la región había estado plagada de conflictos —incluyendo la expulsión forzada de la comunidad mormona del condado de Jackson en 1833, seguida por una salida más voluntaria de los Santos de los Últimos Días del condado de Clay hacia el condado de Caldwell (un condado creado por la legislatura estatal exclusivamente para los mormones) en 1836—, se había mantenido una relativa paz durante más de un año. Es significativo que durante ese tiempo, la sede de la Iglesia permaneciera en Ohio.

Sin embargo, el traslado del Profeta a Far West en 1838 señalaba que el centro del mormonismo se estaba estableciendo de forma permanente en Misuri de una vez por todas. Esto no fue bien recibido por los pobladores locales, quienes creían que mientras el Profeta y la sede de la Iglesia permanecieran en Ohio, el mormonismo en Misuri probablemente podría mantenerse contenido. Una vez que Far West se convirtió en el principal lugar de reconocimiento, los misurianos temieron que sería solo cuestión de tiempo antes de que los mormones dominaran la región.

Causa N.º 2: Expansión mormona fuera del condado de Caldwell

En diciembre de 1836, Alexander Doniphan —principal asesor legal de los mormones y representante del condado de Clay en la legislatura estatal— encabezó un proyecto de ley en la Cámara de Representantes de Misuri para crear un nuevo condado exclusivamente para los mormones. El proyecto fue aprobado el 29 de diciembre. Con la creación del condado de

Caldwell, los misurianos creyeron que la mayoría de los problemas del estado con los mormones se habían resuelto en esencia. Sin embargo, al crear Caldwell para la ocupación mormona, en realidad los funcionarios estaban estableciendo las condiciones para un conflicto potencialmente mayor.

Con un condado exclusivamente propio, los mormones de Misuri comenzaron inmediatamente a establecerse en el área. Miembros y nuevos conversos del este del país, alentados por la noticia de que se había designado una región exclusivamente para el asentamiento de los Santos de los Últimos Días, también comenzaron a llegar en grandes cantidades. Temiendo que la migración mormona hacia Far West y el resto del condado de Caldwell llenaría o saturaría el área, José Smith declaró públicamente a fines de 1837 la intención de la Iglesia de que otros de los “condados superiores” —probablemente refiriéndose al condado de Daviess— podían albergar a los recién llegados, y que se crearían y organizarían “otras estacas” en “las regiones circunvecinas.”

Aunque Caldwell seguía siendo el principal lugar de recogimiento, con el condado de Daviess en segundo lugar, los mormones no se limitaron solo a estos dos condados. En julio de 1838, emigrantes Santos de los Últimos Días comenzaron a comprar propiedades en la comunidad de De Witt, en el condado de Carroll. Además, los condados de Ray, Livingston, Clinton y Chariton también tenían una parte de población mormona. Así, con la expectativa de que un número cada vez mayor de Santos de los Últimos Días seguiría emigrando y asentándose en Caldwell, y con el hecho de que ya había miembros de la fe comenzando a colonizar las regiones circundantes en contra de los acuerdos originales, resurgió una vez más la *mormonofobia*.

Un periodista misuriano escribió: “los mormones... acordaron establecerse y limitarse... al condado de Caldwell; pero han violado ese acuerdo y se están extendiendo por Daviess, Clinton, Livingston y Carroll.” Añadió que tantos mormones se habían trasladado al condado de Daviess que no pasaría mucho tiempo antes de que los pobladores locales fueran gobernados “por las Revelaciones del gran Profeta, Joe Smith... de ahí su ansiedad por deshacerse de [ellos].”

Causa N.º 3: El “Sermón de la sal” de Sidney Rigdon

José Smith esperaba que Misuri le brindara un respiro respecto a la oposición interna que había experimentado en la comunidad de Kirtland. Sin embargo, al momento de su llegada a Far West, la Iglesia en Misuri atravesaba su propia crisis de apostasía. Entre marzo y mayo de 1838, varios élderes prominentes —incluyendo a Oliver Cowdery; David, John y Jacob Whitmer; William E. McLellin; William W. Phelps; Frederick G. Williams y Lyman Johnson— fueron objeto de disciplina eclesiástica. Aunque los hermanos Phelps y Williams se reconciliaron con las autoridades, Cowdery, los hermanos Whitmer, McLellin y Johnson fueron formalmente excomulgados.

Después de su excomunión, los disidentes (con la excepción de McLellin, quien se había marchado a Liberty) permanecieron en Far West, donde continuaron causando problemas. Temiendo una repetición de lo ocurrido en Kirtland, se emitió un ultimátum pública e individualmente a los detractores, indicándoles que ya no eran bienvenidos en Far West.

El 17 de junio de 1838, durante un servicio religioso en la plaza pública, Sidney Rigdon pronunció un severo sermón, utilizando como texto las palabras de Jesús en Mateo: “Si la sal pierde su sabor, para nada sirve ya, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres” (Mateo 5:13). Con esto dejó en claro que se esperaba que estos hombres abandonaran el condado. Las amenazas retóricas contra los disidentes surtieron el efecto deseado, y en pocos días, los hombres se marcharon con sus familias, estableciendo residencia permanente en Richmond, condado de Ray.

El episodio de la expulsión de los disidentes abrió la puerta a mayores conflictos entre mormones y no mormones. Tras su huida, estos antiguos líderes mormones se apresuraron a difundir relatos de su supuesto maltrato. Sus informes sobre el “abuso” por parte de los líderes mormones sirvieron a los misurianos como prueba de que José Smith y sus asociados no eran de fiar. Además, esto reforzó en la mente de los habitantes de Misuri la idea de que los Santos de los Últimos Días representaban una amenaza real para la paz y seguridad de la región.

Causa N.º 4: El discurso del 4 de julio de Sidney Rigdon

La celebración mormona del Día de la Independencia, realizada en la plaza pública de Far West el 4 de julio de 1838, resultó ser otro momento

definitorio en relación con la posterior expulsión de los mormones de Misuri. El programa del día incluyó un desfile militar, música, oraciones, una ceremonia de izamiento de la bandera, y la dedicación y colocación de las cuatro piedras angulares del templo proyectado. Sin embargo, estos eventos fueron eclipsados por una elocuente y apasionada alocución pronunciada por Sidney Rigdon.

Rigdon aprovechó la ocasión para relatar con elocuencia los principios de libertad sobre los que los fundadores establecieron el gobierno, y los derechos a los que tienen acceso las sociedades religiosas bajo sus disposiciones. Hablando en términos generales, también se refirió a los falsos informes que circulaban sobre el mormonismo, así como a la persecución y sufrimiento que la Iglesia había experimentado desde sus comienzos.

Pero en sus declaraciones finales, el discurso tomó un tono diferente. Animado por la relativa paz que había existido en el norte de Misuri desde 1836, y seguro de que la continua emigración resultaría en un aumento sostenido de la población mormona, Rigdon anunció que los mormones ya no tolerarían más abusos a manos de sus enemigos:

“Hemos probado al mundo con bondad, hemos soportado su abuso sin causa, con paciencia, y lo hemos soportado sin resentimiento, hasta este día... Pero desde este día y esta hora, no lo soportaremos más.”

Sus palabras finales fueron una advertencia:

“Esa turba que venga contra nosotros para perturbarnos; entre nosotros y ellos será una guerra de exterminio, porque los seguiremos hasta que se derrame la última gota de su sangre, o de lo contrario, tendrán que exterminarnos a nosotros; porque llevaremos el campo de batalla hasta sus propias casas, y sus propias familias, y una de las dos partes será totalmente destruida.”

Al mirar hacia atrás seis años después, Jedediah M. Grant creyó que el discurso de Rigdon reavivó el fuego de la oposición antimormona en Misuri:

“[La alocución] fue el auxiliar principal que avivó la ira ardiente de la porción mobocrática de los misurianos. Ahora tenían una excusa, sus

antiguas amenazas fueron renovadas, y pronto ejecutadas, y entonces... todos fuimos hechos responsables de los actos de un solo hombre."

La visión retrospectiva de Brigham Young con respecto a la ocasión fue similar a la de Grant. Observó:

"El élder Rigdon fue la causa principal de nuestros problemas en Misuri, por su discurso del cuatro de julio."

Conflictos entre los mormones y los habitantes de Misuri

Después del discurso de Rigdon, los misurianos que vivían en los condados limítrofes con Caldwell comenzaron a prepararse para atacar a los mormones. Desde el 6 de agosto de 1838 hasta el 27 de octubre (fecha en que Boggs emitió la Orden de Exterminio), estallaron al menos seis conflictos entre ambos grupos.

El primero de estos fue el altercado del día de elecciones en Gallatin, cabecera del condado de Daviess. A pesar de que el condado de Caldwell había sido creado y designado para los mormones, un número significativo de Santos de los Últimos Días vivía en otros condados de Misuri, siendo la mayoría de ellos residentes del condado de Daviess, ubicado justo al norte. El 6 de agosto, varios hombres mormones se presentaron en Gallatin para ejercer su derecho al voto en las elecciones estatales. Cuando los mormones se dirigieron a las urnas, varios misurianos se opusieron y estalló una pelea sangrienta. Al estar desarmados, los mormones se defendieron con los medios disponibles, incluyendo piedras, palos e incluso algún cuchillo de carníero. Todo el enfrentamiento duró solo unos dos minutos, y afortunadamente nadie murió, aunque hubo numerosos cortes, moretones y golpes en la cabeza. Aunque aún no está claro si los mormones llegaron a votar, para los colonos de los condados del norte el incidente fue prueba de que no podían convivir pacíficamente con sus vecinos mormones.

El siguiente conflicto importante ocurrió entre la segunda mitad de agosto y durante septiembre, cuando fuerzas de vigilantes provenientes de los condados de Daviess, Livingston, Carroll y Saline intimidaron y acosaron a los colonos mormones que vivían en los condados de Daviess y Livingston. Para estar más protegidas de estas bandas hostiles, la mayoría de las familias mormonas que vivían en asentamientos rurales de Daviess y condados adyacentes se trasladaron a Adam-ondi-Ahman y establecieron

refugios temporales. Cuando las autoridades de Misuri se enteraron de las actividades de los vigilantes, se convocó a la milicia estatal regional, bajo el mando de David R. Atchison, para sofocar los disturbios. A mediados de septiembre, se restableció el orden temporalmente.

Después del conflicto en Daviess, las fuerzas de los vigilantes trasladaron sus operaciones a De Witt, un pequeño asentamiento mormón en el sureste del condado de Carroll. A partir del 1 de octubre, varios cientos de ciudadanos locales sitiaron el asentamiento. Los líderes mormones locales enviaron a A. L. Caldwell, un ciudadano no mormón y simpatizante, a Jefferson City para reunirse con el gobernador y solicitar intervención militar. El viaje de Caldwell fue infructuoso. A su regreso, indicó que el gobernador no mostró simpatía por los mormones y se negó a intervenir. “La disputa era entre los mormones y la turba”, reportó Caldwell que dijo Boggs, y “podían pelear entre ellos.”

Durante varios días, los mormones lograron defender la comunidad, pero finalmente capitularon el 10 de octubre. Tras la rendición, aproximadamente cuatrocientos Santos de los Últimos Días abandonaron sus hogares y propiedades, y se trasladaron al condado de Caldwell.

Después de la expulsión de los santos de De Witt, los miembros de las fuerzas de vigilantes reanudaron inmediatamente sus operaciones en el condado de Daviess, con el objetivo de lograr la expulsión total de los mormones de esa región. El grito de guerra de las fuerzas expulsoras era expulsar a los mormones “de Daviess a Caldwell y de Caldwell al infierno.” También suponían que tenían poco que temer, creyendo que los mormones ofrecerían solo una resistencia moderada y confiando en que la mayoría de los funcionarios civiles y miembros de la milicia estatal estaban de su lado y no intervendrían ni intentarían detener sus acciones.

Sabiendo que no podían permitirse ceder ninguna de sus propiedades en Daviess, los líderes mormones se movilizaron para oponerse y detener las incursiones adicionales de los grupos de vigilantes. A partir de ese momento, utilizando lo que consideraban milicias mormonas autorizadas por el estado en los condados de Caldwell y Daviess, los oficiales y líderes Santos de los Últimos Días iniciaron una guerra defensiva activa, en lugar de pasiva.

El 18 de octubre, las tropas mormonas marcharon contra los antagonistas antimormones en tres zonas de asentamiento: Millport y Gallatin en el condado de Daviess, y la región de Grindstone Fork, ubicada a unos once kilómetros al oeste de Adam-ondi-Ahman. Los mormones obtuvieron victorias en cada una de estas áreas antes de que las tropas regresaran a Caldwell. Tras las incursiones, los guardias mormones en el condado de Daviess continuaron patrullando la región en busca de fuerzas de vigilantes que deambulaban por la zona.

El punto de conflicto en el condado de Daviess entre los mormones y los vigilantes de Misuri se trasladó entonces al condado de Ray, en el sur. Durante las primeras horas de la mañana del 25 de octubre de 1838, un destacamento de la milicia mormona del condado de Caldwell entró en combate armado con una compañía de la milicia estatal del condado de Ray, bajo el mando del capitán Samuel Bogart, en el río Crooked, al norte del condado de Ray. El enfrentamiento fue provocado cuando llegó a Far West la noticia de que los hombres de Bogart habían tomado prisioneros a tres mormones y amenazaban con matarlos. Elias Higbee, juez del condado de Caldwell, hizo un llamado a voluntarios para rescatar a los prisioneros, nombrando al apóstol mormón David W. Patten como líder de la compañía.

Aunque la milicia de Caldwell logró derrotar a las tropas de Bogart y rescatar a los prisioneros mormones, hubo varias bajas en ambos bandos. Tres miembros de la compañía de Caldwell murieron (incluido Patten) y siete resultaron heridos. La milicia de Ray sufrió la muerte de un hombre y cerca de media docena de heridos.

La orden de exterminio se emite después de la batalla de Crooked River

El 27 de octubre de 1838, llegó al gobernador en Jefferson City la noticia de que los mormones habían atacado y aniquilado completamente a la milicia del condado de Ray en Crooked River. Aunque los informes eran falsos y enormemente exagerados, Boggs percibió que los mormones habían provocado el conflicto y que se estaban rebelando abiertamente contra el estado de Misuri al atacar deliberadamente a la milicia estatal. Consideró este acto como traición: “Los mormones [están] en actitud de abierta y declarada desobediencia a las leyes, y han hecho la guerra contra el pueblo de este estado.”

Tales acciones por parte de los Santos de los Últimos Días llevaron al gobernador a justificar su “solución final” al problema mormón: la expulsión total. El gobernador ordenó inmediatamente movilizar a siete divisiones para marchar hacia el condado de Caldwell. Nadie podría haber previsto que los mormones se rendirían tan fácilmente y que el conflicto terminaría menos de una semana después de que el gobernador emitiera su edicto.

Al final, 2,500 soldados estatales se movilizaron contra los mormones para forzar su rendición, y otros 1,600 llegaron después de la capitulación para ayudar a cumplir los términos de la misma. Se estima que entre 3,000 y 4,000 hombres más se encontraban en camino hacia Far West cuando se estableció la paz, pero como el conflicto ya había terminado, fueron licenciados y no entraron en acción.

Interpretación de “exterminados”

Contrario a la creencia de muchos Santos de los Últimos Días e incluso de algunos historiadores mormones, la *Orden de Exterminio* del gobernador no tenía la intención de autorizar a la milicia estatal ni a los ciudadanos a matar o erradicar físicamente a la población de Santos de los Últimos Días. Si bien Boggs ciertamente no simpatizaba con los mormones, en un informe a la Cámara de Representantes de Misuri declaró que la orden y la movilización de tropas se emitieron “para evitar el derramamiento de sangre.”

De forma significativa, la primera definición de la palabra *exterminate* (exterminar) en el diccionario de Webster de 1828 dice: “expulsar de los límites o fronteras.” Dada esta definición, la orden probablemente debería interpretarse como: “los mormones deben ser exterminados, o [en otras palabras] expulsados del Estado... por la paz pública.” Por tanto, el gobernador Boggs estaba solicitando la expulsión de los mormones por medio de la milicia, no su muerte.

El encarcelamiento de los líderes mormones en liberty Jail relacionado con la orden de exterminio

Existe suficiente evidencia histórica para demostrar que el gobernador Boggs y Austin A. King (el juez del tribunal de circuito que llevó a cabo la audiencia preliminar contra los líderes mormones detenidos tras la rendición en Far West) nunca tuvieron la intención de procesar

judicialmente a José Smith ni a los demás prisioneros mormones. Al finalizar la audiencia en Richmond a fines de noviembre, mientras llevaban a José Smith y sus compañeros a la cárcel de Liberty, uno de los hombres a cargo de los prisioneros les informó que “el juez declaró su intención de mantenernos en la cárcel hasta que todos los ‘mormones’ hubieran sido expulsados del estado. También dijo que si nos dejaba salir antes de que los ‘mormones’ hubieran abandonado el estado... se armaría otro escándalo.”

Algunos detalles sobre cómo sucedió esto fueron dados en la siguiente declaración de Hyrum Smith:

El carcelero (en Liberty Jail), Samuel Tillery, Esq., nos dijo... que todo el plan fue ideado por el gobernador hasta el juez más bajo de esa región del norte... También nos dijo que el gobernador ahora se avergonzaba de toda la transacción y que estaría encantado de dejarnos en libertad si se atreviera a hacerlo. “Pero,” dijo, “no se preocupen, porque el gobernador ya ha trazado un plan para su liberación.” También dijo que Squire Birch... había sido designado como juez de circuito en el circuito que pasaba por el condado de Daviess, y que él (Birch) había sido instruido para preparar los documentos de forma que pronto quedáramos completamente libres de cualquier impedimento.”

En resumen, Boggs y los jueces de los tribunales inferiores idearon un plan según el cual, una vez que el grueso del pueblo mormón cumpliera con la orden de abandonar el estado, los líderes serían liberados. Y eso fue exactamente lo que ocurrió. El 16 de abril de 1839, después de la audiencia en Gallatin, mientras los prisioneros eran trasladados hacia Columbia, en el condado de Boone, el alguacil William Morgan —encargado del traslado— permitió que los prisioneros mormones escaparan. Morgan les dijo que el juez Birch le había instruido dejarlos ir. Seis días después, los fugitivos cruzaron el río Misisipi, donde se reunieron con el cuerpo principal de santos que se había congregado en Quincy.

La orden de exterminio fue revocada

En un espíritu de buena voluntad y reconciliación, el 25 de junio de 1976, el gobernador de Misuri, Christopher S. Bond, revocó formalmente la orden ejecutiva emitida por su predecesor 138 años antes. El documento, en parte, dice lo siguiente:

Considerando que, el 27 de octubre de 1838, el gobernador del estado de Misuri, Lilburn W. Boggs, emitió una orden que exigía la exterminación o expulsión de los mormones del estado de Misuri; y

Considerando que la orden del gobernador Boggs contravenía claramente los derechos a la vida, la libertad, la propiedad y la libertad religiosa garantizados por la Constitución de los Estados Unidos, así como por la Constitución del Estado de Misuri...

Por lo tanto, yo, Christopher S. Bond, gobernador del estado de Misuri, en virtud de la autoridad que me confiere la Constitución y las leyes del estado de Misuri, ordeno lo siguiente:

Expresando, en nombre de todos los habitantes de Misuri, nuestro profundo pesar por la injusticia y el sufrimiento indebido causados por esta orden de 1838, por la presente revoco la Orden Ejecutiva Número 44 de fecha 27 de octubre de 1838, emitida por el gobernador Lilburn W. Boggs.

Capítulo 29

Prisioneros por causa de Cristo

Susan Easton Black

“El enemigo fue reforzado hoy por unos mil quinientos hombres, y nos llegaron noticias de la destrucción de propiedades por parte de la turba desde todos los frentes,” escribió el profeta José Smith sobre los acontecimientos que tuvieron lugar el 31 de octubre de 1838 cerca de Far West.

En respuesta a estos angustiosos sucesos, los habitantes de Far West se apresuraron a defender a sus familias, hogares y propiedades mejoradas del enemigo, que avanzaba constantemente y los superaba “cinco a uno” en número. No fue sino hasta las ocho de la mañana del 31 de octubre que se alzó una “bandera de tregua”, dando esperanza a los Santos de los Últimos Días de que la orden de exterminio impuesta a los residentes de Haun’s Mill no se llevaría a cabo en su tierra.

El coronel George M. Hinkle, el oficial de más alto rango de la milicia mormona, se reunió con quienes portaban la “bandera”. Aunque los líderes Santos de los Últimos Días confiaban en que él sería capaz de negociar una tregua satisfactoria, su carácter camaleónico impidió que esa esperanza se hiciera realidad. Entre las principales concesiones secretas de Hinkle al enemigo estaba “entregar a los [líderes de la Iglesia] para ser juzgados y castigados.” Años más tarde, el coronel negó su papel en la traición a José Smith y a otros líderes mormones, pero el Profeta afirmó: “Hacia la tarde, fui visitado por el coronel Hinkle, quien declaró que los oficiales de la milicia deseaban tener una entrevista conmigo y con algunos otros, con la esperanza de que las dificultades pudieran resolverse sin necesidad de ejecutar las órdenes de exterminio.”

La entrevista resultó ser una farsa, una artimaña para atraer a los líderes mormones fuera de la seguridad de Far West y ponerlos en manos de sus enemigos, con el fin de que fueran “tomados como prisioneros de guerra y tratados con el mayor desprecio.”

Este artículo examinará los acontecimientos derivados de las acciones del coronel Hinkle. Aunque los historiadores no llegan a afirmar que el coronel fuera el único responsable del posterior tribunal militar que condenó a muerte a José, del carro de prisioneros que lo condujo a la cárcel de Independence, de la audiencia judicial simulada en Richmond, y de los padecimientos sufridos en la cárcel de Liberty, la mayoría coincide en que su traición puso en marcha todos esos hechos.

El tribunal militar

Cuando la noticia de la captura de José Smith y otros Santos de los Últimos Días se difundió entre los hombres del campamento militar apostado a las afueras de Far West, los soldados abandonaron abiertamente el decoro militar y gritaron como turbas desenfrenadas o como “tantos sabuesos de sangre soltados sobre su presa... si la visión de las regiones infernales pudiera abrirse repentinamente ante la mente, con miles de demonios maliciosos, todos clamando... rugiendo y espumando como un mar agitado, entonces podría formarse alguna idea del infierno al que habíamos entrado.”

“[Nosotros] podíamos oír claramente sus horrendos alaridos”, escribió la Madre Smith sobre aquella noche a fines de octubre de 1838. “Sin saber la causa, supusimos que estaban asesinando a [José].” El Padre Smith sollozaba: “¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Han matado a mi hijo! ¡Lo han asesinado! ¡Y yo debo morir, porque no puedo vivir sin él!” Entonces “cayó sobre [la cama] indefenso como un niño.”

Durante las largas horas nocturnas que siguieron, los guardias militares mantuvieron una constante andanada de burlas, blasfemias y los más obscenos insultos y abusos. Blasfemaban contra Dios; se burlaban de Jesucristo; pronunciaban los juramentos más espantosos; se burlaban del hermano José y de los demás; exigían milagros; querían señales, como: “Vamos, Sr. Smith, muéstranos un ángel.” “Danos una de tus revelaciones.” “Muéstranos un milagro.”... “O, si son apóstoles o hombres de Dios, libérense a sí mismos, y entonces seremos mormones.”

Ante la burla, José y los demás cautivos mormones guardaron silencio. El peligro en que se encontraban requería su atención silenciosa, no expresiones verbales de temor.

Mientras los prisioneros esperaban ansiosos noticias sobre su destino, un tribunal militar se reunió a última hora de la tarde del 1 de noviembre bajo el liderazgo del general Samuel Lucas, de Independence. Catorce oficiales, veinte ministros locales (entre ellos el infame presbiteriano Samuel Woods) y un conjunto de autoproclamados “jueces competentes” exigieron que los prisioneros pagaran con sus vidas. Solo un hombre, Alexander Doniphan, expresó una opinión contraria. Doniphan eligió defender a los prisioneros mormones, ya que “nunca habían pertenecido a ninguna organización militar legal, y por lo tanto no podían haber violado la ley militar.”

A pesar de una defensa plausible y de sus famosas habilidades como orador en la corte, Doniphan no logró disuadir al tribunal.

Sorprendentemente, dentro de ese fracaso hubo un atisbo de victoria. Uno de los guardias le dijo a otro: “Esos condenados mormones no serán fusilados esta vez.” El general Lucas no compartía esa opinión. Estaba convencido de que la ejecución seguiría al proceso judicial. En una orden militar dirigida a Doniphan, Lucas escribió:

Señor: Usted llevará a José Smith y a los demás prisioneros a la plaza pública de Far West y los fusilará mañana a las 9 de la mañana.

Samuel D. Lucas

Mayor general comandante

Desafiando la orden, Doniphan escribió las siguientes palabras a su superior:

Es un asesinato a sangre fría. No obedeceré su orden. Mi brigada marchará hacia Liberty mañana a las 8 en punto; y si usted ejecuta a estos hombres, lo haré responsable ante un tribunal terrenal, que Dios me ayude.

A. W. Doniphan

General de brigada

En privado, Doniphan dijo al general Lucas: “Si te atreves a lastimar a uno de estos hombres, te haré personalmente responsable de ello, y en otro momento tú y yo nos encontraremos en combate mortal y veremos quién es el mejor hombre.”

Teniendo la represalia del oficial indignado, Lucas no se atrevió a ejecutar a los prisioneros esa mañana. En su lugar, decidió “exhibir a los prisioneros en su ciudad natal de Independence.”

El camino a independence: cargado de abusos

Los reacios prisioneros mormones fueron obligados a subir a lo que Lucas llamaba “carros de prisioneros” para el viaje que les esperaba. Cuando uno de los carros se acercó a la casa de José en Far West, se detuvo. Un grupo de seis soldados escoltó al Profeta hacia el interior de su hogar.

—“¿Padre, la turba va a matarte?” —preguntó su pequeño hijo.

—“¡Maldito mocoso! Vuelve adentro, no volverás a ver a tu padre”, respondió un guardia.

Después de obtener comida y ropa necesarias, el Profeta fue obligado a regresar al carro, donde rápidamente se colocó una lona para evitar que los vecinos, que ahora corrían hacia la escena, pudieran comunicarse con él.

Pero no fue así para la Madre Smith:

“Soy la madre del Profeta. ¿No hay un caballero aquí que me ayude a llegar a ese carro, para que pueda ver a mis hijos por última vez y hablarles antes de morir?”, preguntó.

Un hombre se adelantó y la ayudó a acercarse al carro.

—“Sr. Smith, su madre y su hermana están aquí y desean estrecharle la mano,” dijo el hombre.

José respondió extendiendo su mano a través de la lona.

—“¡José, háblale una vez más a tu pobre madre! No puedo irme sin oír tu voz.”

Las palabras: “¡Dios te bendiga, madre!” fueron pronunciadas.

Los carros, fuertemente custodiados, partieron entonces de Far West.

Aunque José había dicho: “Tened buen ánimo, hermanos; la palabra del Señor vino a mí anoche y me dijo que nuestras vidas nos serían preservadas, y que, aunque suframos durante este cautiverio, no se tomará la vida de ninguno de nosotros,” el camino hacia Independence estuvo cargado de burlas y abusos.

—“¿Cuál de los prisioneros es el Señor al que adoran los ‘mormones’?” —preguntó sarcásticamente una mujer mientras los carros pasaban por su

ciudad.

Un soldado señaló a José. Ella se volvió hacia él y preguntó:

—“¿Usted se hace pasar por el Señor y Salvador?”

José respondió:

—“No profeso ser otra cosa que un hombre, y un ministro de salvación, enviado por Jesucristo para predicar el Evangelio.”

Entonces le enseñó las doctrinas básicas del reino: fe, arrepentimiento y bautismo. “Todos parecían sorprendidos, y la mujer, entre lágrimas, se alejó alabando a Dios por la verdad, y orando en voz alta para que el Señor bendijera y liberara a los prisioneros.”

Una respuesta inmediata a su oración tardó en llegar. Una cárcel en Independence esperaba a los prisioneros el 3 de noviembre de 1838. Bajo la atenta mirada de los guardias carcelarios, “cientos acudían a vernos día tras día.” Parley P. Pratt recordó:

“Pasábamos la mayor parte del tiempo predicando y conversando, explicando nuestras doctrinas y prácticas. Se eliminó mucho prejuicio, y los sentimientos del pueblo comenzaron a inclinarse a nuestro favor.”

La audiencia en richmond: “Un océano de tribulación”

No se podrían haber escrito palabras más acertadas sobre lo que estaba por venir. En cuestión de días, el general John B. Clark persuadió al gobernador Boggs para que los prisioneros fueran trasladados a Richmond. La solicitud de Clark fue concedida.

Aunque solo unos pocos guardias escoltaron a los prisioneros fuera de Independence, antes de que los carros de prisioneros llegaran a Richmond, el coronel Sterling Price, miembro de la milicia de Clark, tomó el mando de los cautivos con setenta y cuatro guardias. Para el 10 de noviembre de 1838, ya habían encarcelado a José y a otros líderes mormones en una destalizada cabaña de troncos.

Se obligó a los prisioneros a entregar todas las navajas que llevaban y a ser encadenados unos a otros. “El hermano Robison está encadenado junto a mí; tiene un corazón sincero y una mente firme. El hermano Wight, a su lado. El hno. Rigdon, luego Hyrum, luego Parley, luego Amasa,” escribió José a su esposa. Concluyó: “Y así estamos atados juntos por cadenas,

como también por los lazos del amor eterno. Estamos de buen ánimo y nos regocijamos de ser considerados dignos de sufrir persecución por causa de Cristo.”

El ánimo de los cautivos se mantenía elevado incluso cuando se les negaban cortesías básicas, como utensilios para comer. Lograban sobrelevar las faltas de los guardias insensibles, que ignoraban el sufrimiento de José por un dolor de muelas y se burlaban del delirio de Sidney Rigdon, sus desmayos, ataques de risa incontrolable y discurso incoherente. Sin embargo, no podían —ni querían— permanecer en silencio ante los relatos de atrocidades cometidas en Far West bajo el pretexto de la Orden de Exterminio. Las fanfarronerías sobre violaciones, asesinatos y robos provocaron a Parley P. Pratt, quien más tarde escribió:

“Había escuchado hasta quedar tan disgustado, horrorizado, escandalizado, y tan lleno del espíritu de justicia indignada que apenas podía evitar levantarme y reprender a los guardias.”

De repente, José se levantó de un salto y habló con voz de trueno, como el rugido de un león:

“¡SILENCIO, demonios del abismo infernal! En el nombre de Jesucristo los reprendo y les ordeno que callen. ¡No viviré un minuto más escuchando tal lenguaje! ¡Cesad esas palabras o ustedes o yo moriremos EN ESTE INSTANTE!”

Había tal tono de firmeza en las palabras de José, tal aire de autoridad en su porte, que los guardias temblorosos “bajaron o dejaron caer sus armas al suelo; sus rodillas chocaban entre sí, y, acobardados en una esquina o postrándose a sus pies, le pidieron perdón y permanecieron en silencio hasta que se realizó el cambio de guardia.”

Mientras se realizaba el cambio de guardias, llegó la noticia de que el gobernador Boggs quería que los “cabecillas mormones” fueran entregados a las autoridades civiles para su enjuiciamiento. Aunque el general Clark prefería un tribunal militar —y había asegurado a sus hombres:

“¡Caballeros, tendrán el honor de fusilar a los líderes mormones el lunes por la mañana a las ocho!” —, accedió a la voluntad de su superior.

La audiencia civil, conocida como el “juicio simulado”, comenzó el 12 de noviembre de 1838 y concluyó el 28 de noviembre. El juez Austin A. King,

del quinto distrito judicial, presidió la audiencia. William T. Wood y Thomas C. Burch actuaron como fiscales. Alexander Doniphan y Amos Rees fueron contratados para representar a los acusados. Sobre la actuación de estos últimos, José escribió:

“No pudimos conseguir a otros a tiempo para el juicio. Son hombres capaces y sin duda lo harán bien.”

A medida que se acercaba el inicio de la audiencia, la sala del tribunal se llenó de personas que odiaban a los mormones.

“¡Ahí hay un mormón de sangre caliente, maldición, lo conozco!”, gritó un hombre.

Otro vociferó: “¡Dispara a tu mormón, yo ya disparé al mío!”.

Otro más dijo: “Ese maldito sinvergüenza estuvo en la batalla, o en Davis, o en De Witt. Ese tal es un gran predicador y líder entre ellos. Debería ser ahorcado o enviado a la penitenciaría.”

La audiencia hostil intimidó a los testigos y a los acusados durante toda la audiencia. El juez King no detuvo los estallidos; de hecho, parecía complacido con ellos.

La fiscalía comenzó llamando como primer testigo al Dr. Sampson Avard. Su aparición sorprendió tanto a los mormones como a los misurianos. Muchos esperaban que él fuera un principal sospechoso, no un testigo clave.

Aunque su testimonio perjudicó al Profeta, José escribió con confianza que él y sus compañeros serían liberados:

Mi querida Emma,

Somos prisioneros encadenados y bajo fuerte guardia, por causa de Cristo y por ninguna otra razón... pero durante el examen, creo que las autoridades descubrirán nuestra inocencia y nos pondrán en libertad... Soy tu esposo y estoy en manos y tribulación vivas—

José Smith Jr.

Pero a medida que los días de audiencia se prolongaban por catorce jornadas, su confianza disminuyó. Testigos apóstatas subieron al estrado, juraron decir la verdad, y luego se perjuraron tratando de confirmar antiguos rumores y fabricar otros nuevos. Sobre su deshonra, José escribió:

“Disidentes renegados ‘mormones’ están... esparciendo diversos informes inmundos y difamatorios contra nosotros, esperando así ganarse la amistad del mundo.”

Sus acciones hicieron que el Profeta y sus compañeros “atravesaran un océano de tribulación y vileza.” Sin embargo, José sabía que “el manto de hipocresía no les bastaría para protegerse ni sostenerlos en la hora de la dificultad.”

El juez King no vio a los mormones disidentes como traidores, sino como testigos convincentes. Su prejuicio contra los mormones —producto de la muerte de su cuñado en un conflicto con Santos de los Últimos Días cinco años antes— se hizo evidente en sus interrogatorios. Por ejemplo, luego de obtener testimonio sobre las enseñanzas de José Smith respecto a la profecía de Daniel 7:27, que hablaba del reino de Dios extendiéndose y destruyendo todos los reinos terrenales, el juez King instruyó al secretario de la corte:

“Anótelo; es un argumento fuerte para acusarlo de traición.”

Doniphan objetó la instrucción, pero fue rechazado.

“Juez, mejor haga que la Biblia sea traición”, respondió con sarcasmo.

Luego de que se examinaron los testigos de la acusación, la defensa intentó presentar testigos a favor de los prisioneros. Se presentaron entre cuarenta y cincuenta nombres al juez King, quien los entregó inmediatamente al capitán Bogart para que fueran arrestados. Un segundo intento resultó en la misma farsa. Solo siete testigos —cuatro hombres y tres mujeres— lograron evadir las amenazas e intimidaciones de Bogart y testificaron en defensa de los prisioneros. Sus testimonios desacreditaron declaraciones hechas por testigos de la acusación, pero no tuvieron efecto aparente en la decisión del juez.

El juez King halló causa probable para ordenar que veinticuatro acusados fueran juzgados bajo sospecha de haber cometido incendio, robo, asalto y hurto. A los acusados se les permitió pagar fianza en montos de entre quinientos y mil dólares. En ausencia de instalaciones carcelarias adecuadas en los condados donde supuestamente ocurrieron los delitos, King ordenó que seis prisioneros fueran enviados a la cárcel de Richmond por cargos de asesinato por su supuesta participación en la batalla de Crooked River, en el condado de Ray.

Los seis prisioneros restantes —José Smith, Hyrum Smith, Sidney Rigdon, Lyman Wight, Caleb Baldwin y Alexander McRae— fueron enviados a la cárcel de Liberty por cargos de actos de traición cometidos en los condados de Daviess y Caldwell. Debido a que algunos de los delitos imputados eran crímenes capitales, el juez King no permitió fianza para los acusados de traición y asesinato. Los juicios por jurado para los acusados se fijaron para marzo de 1839. Entonces, el juez King levantó la sesión de la audiencia preliminar.

Exasperado por el fallo, Doniphan exclamó:

“Aunque descendiera una cohorte de ángeles y declarara que éramos inocentes, todo sería igual; porque [King] ya había decidido desde el principio encarcelarnos [a los líderes mormones].”

Los otros doce acusados fueron liberados o admitidos bajo fianza.

Cárcel de Liberty

El 29 de noviembre, los seis prisioneros enviados a la cárcel de Liberty fueron encadenados, esposados y trasladados desde Richmond hacia Liberty, en el condado de Clay, Misuri. Dos días después, el 1 de diciembre, estos hombres fueron encarcelados en la prisión de Liberty, “prisioneros de la esperanza, pero no como hijos de la libertad.”

Sobre su situación, Hyrum Smith escribió:

“Nuestro lugar de alojamiento era el costado cuadrado de un tronco de roble blanco labrado, y nuestra comida era cualquier cosa menos buena y decente; se nos administró veneno tres o cuatro veces... inevitablemente habría sido fatal, de no haber intervenido el poder de Jehová en nuestro favor para salvarnos de su malvado propósito.”

Dos peticiones dirigidas al tribunal supremo de Misuri solicitando un habeas corpus fueron denegadas. Extraoficialmente, se dio como razón que “no había ley para los mormones en el estado de Misuri.”

¿Por qué tanto abuso constante? José creía que provenía del odio:

“Los soldados y oficiales de toda clase nos odiaban, y los más profanos blasfemos, borrachos y fornicarios nos odiaban.” —escribió— “Todos nos

odiaban cordialmente. ¿Y ahora, por qué nos odiaban? Simplemente por el testimonio de Jesucristo.”

¡Oh, Columbia, Columbia! ¡Cómo has caído! “¡La tierra de los libres, el hogar de los valientes!” “¡El asilo de los oprimidos!” —oprimiendo a tus hijos más nobles en una mazmorra repugnante, sin provocación alguna, solo por haber reclamado el derecho de adorar al Dios de sus padres conforme a Su propia palabra y a los dictados de su propia conciencia.

Justo cuando la esperanza parecía más lejana, José escribió cartas optimistas a Emma y a los santos que habían escapado de Misuri a Quincy, condado de Adams, Illinois. A Emma le escribió:

“En cuanto a ti, si quieres saber cuánto desevo verte, examina tus sentimientos, cuánto deseas tú verme, y júzgalo por ti misma. Gustosamente caminaría desde aquí hasta ti descalzo, sin sombrero y medio desnudo, por verte, y lo consideraría un gran placer, y no lo tomaría por fatiga.”

A los santos en Quincy les escribió con confianza en el Señor:

“¿Qué poder detendrá los cielos? Tanto podría el hombre extender su brazo débil para detener el curso decretado del río Misuri o hacerlo correr hacia arriba, como impedir que el Todopoderoso derrame conocimiento desde los cielos sobre la cabeza de los santos de los últimos días” (DyC 121:33).

También citó la promesa del Señor:

“Hijo mío, paz a tu alma; tu adversidad y tus aflicciones serán solo por un breve momento” (DyC 121:7).

“No temas lo que el hombre pueda hacer, porque Dios estará contigo para siempre jamás” (DyC 122:9).

Conclusión

¿Podría decirse lo mismo del coronel George M. Hinkle, quien aseguró al Profeta y a otros líderes mormones, el 31 de octubre de 1838, que había arreglos pacíficos con el campamento enemigo apostado fuera de Far West? El Profeta, en una carta a su esposa con fecha 4 de noviembre de 1838 desde Independence, Misuri, respondió a esa pregunta:

“El coronel Hinkle resultó ser un traidor a la Iglesia, es peor que Hull, quien traicionó al ejército en Detroit. Nos atrajo sin que lo supiéramos. Dios lo recompense.”

En una carta posterior, José volvió a relatar la traición de Hinkle:

“Un lobo con piel de oveja... Después de que fuimos entregados por Hinkle y llevados al campamento de la milicia, tuvimos toda la evidencia que podríamos haber deseado de que el mundo nos odiaba.”

Hyrum Smith “trató de averiguar por qué razón” él y los demás prisioneros eran sometidos a tantos abusos, los cuales comenzaron con la traición de Hinkle. “Todo lo que pudimos saber fue que era porque éramos ‘mormones’”, dijo Hyrum. José lamentó:

“Hemos sido expulsados una y otra vez, y sin causa; y golpeados una y otra vez, y eso sin provocación alguna.”

Pero esta vez, el abuso fue sin precedentes: un juicio militar y meses de encarcelamiento.

Sobre estas dificultades, el Profeta escribió:

“Hemos atravesado un océano de tribulación y vileza, practicada contra nosotros por los maleducados e ignorantes.”

Primero en su lista de los llamados “maleducados e ignorantes” aparece el nombre de “Hinkle”. De él y de otros apóstatas, José afirmó:

“No pueden parecer respetables en ninguna sociedad decente y civilizada”, ni lo son ante Dios. Porque “si los hombres pecan voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados.”

Les espera “una horrenda expectativa de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios.”

De hombres como Hinkle, José profetizó:

“¿De cuán mayor castigo pensáis que será digno el que vendió a su hermano?”

Capítulo 30

Refugio temporal en Quincy

William G. Hartley

A principios de 1839, la ciudad de Quincy, Illinois, a orillas del río Misisipi, y la campiña cercana sirvieron como un compasivo refugio temporal para los Santos de los Últimos Días expulsados de Misuri, incluida la familia de José Smith. Durante algunas semanas, el propio José también buscó refugio allí, después de haber pasado seis meses en cárceles de Misuri. Varios acontecimientos importantes en la historia de la Iglesia y para José Smith ocurrieron durante la breve estadía de los santos en Quincy.

La orden de exterminio del gobernador de Misuri, Lilburn Boggs, emitida en octubre de 1838 para expulsar a los santos del estado, al aplicarse, les concedió plazo hasta la primavera de 1839 para marcharse. Miles de seguidores de José Smith participaron en ese éxodo. Sus dos preocupaciones más apremiantes eran a dónde ir y cómo llegar allí. No había opciones al norte, sur u oeste. Solo Illinois, que limita con Misuri al este, parecía adecuado.

El sentido común, si no la inspiración, llevó a los líderes a instruir a los santos que se reunieran en Quincy o cerca de allí, que en ese entonces era la ciudad más grande del alto Misisipi. Como resultado, una parte considerable de los santos de Misuri se trasladó en masa hacia esa dirección, mientras que otros se dispersaron individualmente a San Luis, al condado de Lee en el Territorio de Iowa, a otras partes de Illinois o a otros estados.

Quincy está a unas 130 millas río arriba de San Luis y a 45 millas directamente al sur de Nauvoo. Se encuentra junto a la ribera este del Misisipi, sobre un acantilado de piedra caliza a 125 pies sobre el nivel del río. Es la sede del condado de Adams, y tanto la ciudad como el condado fueron nombrados en honor al presidente de los Estados Unidos, *John Quincy Adams*. En 1839, Quincy tenía aproximadamente mil quinientos habitantes.

El éxodo invernal de los Santos desde Misuri

Con la Primera Presidencia en prisión, el liderazgo del éxodo masivo de los santos desde Misuri recayó en Brigham Young y Heber C. Kimball, miembros del Cuórum de los Doce. Ellos organizaron un Comité de Traslado para asistir a los necesitados. La salida de los santos se llevó a cabo principalmente entre enero y abril de 1839. Algunos llegaron a Quincy en barco, pero la mayoría lo hizo por tierra, en carretas, a caballo o a pie. Desde Far West, dos primitivas redes de caminos llevaban hasta las orillas frente a Quincy.

Para mediados de enero, los refugiados mormones partían hacia Quincy diariamente. El 22 de febrero, un hombre que llegó a Far West desde Illinois dijo haber contado 220 carretas rumbo al este a lo largo de su ruta. Emily Partridge, de quince años, recordó que a mediados de febrero “la ribera del río estaba salpicada de carpas” y que la orilla del lado de Quincy “estaba llena de habitantes de ese lugar, que observaban el cruce de los marginados mormones”. A fines de febrero, la familia de Daniel Stillwell Thomas encontró a varios cientos de familias acampadas frente a Quincy.

A mediados de marzo, Joseph Holbrook informó que había un centenar de hombres a lo largo de esa ribera occidental. El 16 de marzo, el élder Wilford Woodruff miró al otro lado del río y “vio a los santos, jóvenes y ancianos, tendidos en el lodo y el agua, bajo una tormenta, sin carpas ni cobijo. . . . La escena llenó mis ojos de lágrimas, mientras mi corazón se regocijaba por el ánimo de los santos en medio de sus aflicciones”.

Desde enero hasta marzo, el hielo del río a veces impedía el funcionamiento de los transbordadores, dejando varados a los santos frente a Quincy. Cuando operaban, los ferris no eran gratuitos. Por ejemplo, Ebenezer Robinson cruzó el 1 de febrero, “quedándose con solo un dólar después de pagar el pasaje del ferri”.

¿Reunirse o dispersarse?

En febrero, los poseedores del sacerdocio en Quincy, habiendo recibido la oferta de comprar tierras río arriba, debatieron si los santos debían reunirse nuevamente para formar una comunidad mormona. El obispo Edward Partridge pensaba que los santos debían dispersarse en otras comunidades. El consejero de José Smith, Sidney Rigdon, quien recientemente había escapado de Misuri, coincidía. Sin embargo, Brigham

Young deseaba que los santos se reunieran para poder ayudarse mejor entre ellos. Por carta, José Smith aconsejó a los líderes adquirir suficiente terreno para que los santos pudieran reunirse en lugar de dispersarse.

La compasión de Quincy

A principios de febrero, los élderes en Quincy seleccionaron un comité de once personas para atender a los pobres. Pero los santos residentes en Quincy eran muy pocos para proporcionar albergue, alimento y empleo a tantos refugiados.

La Asociación Demócrata de Quincy celebró reuniones a finales de febrero, en las que aprobaron varias resoluciones y nombraron un comité para ayudar a los mormones. “Los forasteros recién llegados aquí desde el estado de Misuri, conocidos con el nombre de ‘Santos de los Últimos Días’, son merecedores de nuestra simpatía y nuestra más cordial consideración”, decía la Resolución Uno; “recomendamos a los ciudadanos de Quincy que extiendan toda la bondad que puedan brindar a las personas que se encuentran en aflicción”.

Los líderes comunitarios trabajaron con el comité mormón para recopilar información sobre personas indigentes, enfermas o sin hogar, a fin de “apelar directa y prontamente” a los residentes de Quincy para que proporcionaran medios de ayuda. El comité de Quincy se comprometió a “hacer todo lo posible para conseguir empleo para todas aquellas personas que estén en condiciones y dispuestas a trabajar”. Instaron a los habitantes de Quincy a mostrar a los santos “simpatía y compasión”.

Elias Higbee, escribiendo en nombre de un comité de la Iglesia, agradeció a la Asociación Demócrata de Quincy “los sentimientos amistosos que se han manifestado y la mano benévolas que se ha extendido hacia un pueblo pobre, oprimido, agravado y perseguido”. Las necesidades inmediatas de los mormones, explicó, estaban “más allá de todo cálculo”—ya que habían sido despojados de su comida, animales, ropa y casas, y “de todo lo que hace tolerable la vida”. Los mormones eran incapaces de cubrir las necesidades de sus pobres “que llegan diariamente aquí y esperan que los socorramos”. El mejor medio para promover el “bienestar permanente” de los mormones, dijo, sería “darnos empleo, alquilarnos tierras y otorgarnos la protección y los privilegios de los demás ciudadanos”. Tal ayuda “nos

librería de los efectos ruinosos de la persecución, el despotismo y la tiranía”.

Muchos habitantes de Quincy ofrecieron alojamiento y trabajo. Cuando Esaias Edwards encontró a mormones acampando en la nieve, se llenó de compasión y permitió que la familia de Alexander Williams viviera con él y cultivara ocho de sus acres. Una mujer de Quincy acogió a una anciana mormona que “se esperaba ayudara un poco con las tareas domésticas ligeras y la costura a cambio de hospedaje”. La familia de Heil Travis dio empleo y alojamiento a William Cahoon. El señor Travis también contrató a Truman O. Angell para construir el armazón de un granero, ofreció hospedaje a los Angell, los trató con amabilidad y “satisfizo nuestras necesidades”. Un carnicero desalojó a los inquilinos de una docena de pequeñas casas que poseía, permitió que los mormones las usaran y proveyó de carne a algunos de ellos, todo sin costo. “Nos parecía algo nuevo que nos trataran con tanta amabilidad”, dijo John Lowe Butler, uno de los beneficiados.

Eliza R. Snow elogió en verso los generosos corazones de los habitantes de Quincy en un poema publicado el 11 de mayo en el periódico *Quincy Whig*. Algunas líneas del poema dicen:

Hijos e hijas de la benevolencia,
cuyos corazones entonan notas de simpatía,
que han extendido su mano liberal para cubrir
las necesidades urgentes de los oprimidos y pobres.
No ondeará sobre vuestras cabezas una rama de laurel ni de ciprés,
en dignidad solemne, para decir
en elocuencia silenciosa lo que habéis hecho.

Asuntos de la Iglesia

En una reunión del sacerdocio celebrada el 17 de marzo, se tomó acción formal para remover de la membresía a varios hombres que se habían desafiliado o habían actuado en contra de los intereses de la Iglesia, entre ellos Thomas B. Marsh, presidente del Cuórum de los Doce; Frederick G. Williams, anteriormente de la Primera Presidencia; y George M. Hinkle, Sampson Avard, John Corrill, Reed Peck y Burr Riggs.

La familia de José Smith

Emma Smith y sus hijos dejaron Far West el 7 de febrero de 1839. Jonathan Holmes y Stephen Markham, amigos de la familia, los llevaron. “Cargaron la carreta, la engancharon a un par de hermosos caballos negros iguales, y partieron.” El clima se tornó adverso durante el viaje. Uno de los caballos murió durante el trayecto.

Al llegar a la orilla del río Misisipi, encontraron que el río estaba congelado. Al no confiar en el hielo, Emma prefirió caminar en lugar de ir en la pesada carreta. Llevaba a Alexander, de ocho meses, y a Frederick, de dos años, en brazos. Julia, de ocho años, y José, de seis, se aferraban a su falda. Llevaba dos bolsas de algodón atadas bajo su larga falda en las que transportaba algunos documentos valiosos de José Smith. Con cuidado, ella y los niños cruzaron caminando el hielo hasta las afueras de Quincy, sin contratiempos.

Emma llegó a Quincy el 15 de febrero. Se hospedó con el juez John Cleveland y su esposa Sarah, a unas cuatro millas al este de Quincy. (Sarah Cleveland más tarde se convertiría en la primera consejera de Emma Smith en la Sociedad de Socorro de Nauvoo). “Todavía vivo y aún estoy dispuesta a sufrir más si es la voluntad del cielo bondadoso que así sea por tu causa”, escribió Emma a José el 9 de marzo: “Nadie más que Dios conoce las reflexiones de mi mente y los sentimientos de mi corazón cuando dejé nuestra casa y hogar... dejándote encerrado en esa prisión solitaria.”

Después de que los padres de José Smith llegaron a Quincy a principios de marzo, su madre Lucy fue “presa del cólera” y “sufrió terriblemente”. Al enterarse de su enfermedad, “las damas de Quincy nos enviaron todas las delicias que la ciudad podía ofrecer; de hecho, estábamos rodeados de los más amables vecinos”.

Profecía cumplida en Far West

El 8 de julio de 1838, en Far West, José Smith recibió una revelación en la que se instruía a los Doce a partir desde el sitio del templo en Far West el 26 de abril de 1839 para “cruzar las grandes aguas” y “promulgar mi evangelio” (DyC 118:4). Para cumplir con esa asignación —que los antimormones planeaban impedir—, en abril de 1839 los miembros de los Doce viajaron en secreto a Far West y, justo después de la medianoche del 26 de abril, celebraron una conferencia. Los élderes Brigham Young, Heber

C. Kimball, Orson Pratt, John E. Page y John Taylor ordenaron a Wilford Woodruff y George A. Smith como nuevos apóstoles. Colocaron una piedra de cimiento en el sitio del templo, oraron uno por uno, cantaron, y luego partieron para comenzar su misión. Llevaron con ellos a Quincy “el último grupo de los pobres”. Con esas salidas, la orden de exterminio del gobernador Boggs se cumplió en esencia. Cuando el grupo llegó a Quincy, para su deleite encontraron allí a José Smith.

Los dieciocho días del profeta en Quincy

El 22 de abril, cinco días después de que los miembros de los Doce partieran de Quincy hacia Far West, José Smith llegó sin previo aviso a Quincy. Su grupo había viajado día y noche durante diez días, recorriendo 170 millas desde Gallatin, Misuri, “sufriendo mucha fatiga y hambre”.

“Llevaba puestos unos viejos botines llenos de agujeros,” dijo Dimick Huntington, “pantalones rotos, metidos dentro de los botines, una capa azul con el cuello levantado, sombrero negro de ala ancha inclinada hacia abajo, sin afeitar desde hacía tiempo, se veía pálido y demacrado”.

Mientras Huntington, José y otros cruzaban “las calles traseras de Quincy”, varios hombres lo reconocieron. “Al llegar a la casa de los Cleveland, Emma lo vio y salió a su encuentro hasta la verja”. Aunque temía ser arrestado nuevamente, disfrutó “las felicitaciones de mis amigos y los abrazos de mi familia”.

El rebaño de José necesitaba urgentemente reubicarse. Era mediados de la primavera y había que sembrar cultivos y huertos, además de buscar lugares donde pastar el ganado. Con el respaldo de un voto en un consejo del sacerdocio el 24 de abril, José inspeccionó tierras en venta río arriba e hizo adquisiciones. Regresó a Quincy el 3 de mayo, donde los Doce, recién llegados de Far West, lo vieron por primera vez desde su escape de Misuri. Seis de los Doce cabalgaron hasta la casa de los Cleveland. “Nos saludó con gran gozo,” dijo el élder Woodruff. “Fue una de las escenas más alegres de mi vida,” dijo Brigham Young, “volver a estrechar la mano de los profetas y verlos libres de las manos de sus enemigos.”

Los días 4 y 5 de mayo, José presidió una conferencia general de la Iglesia celebrada en un campamento presbiteriano a dos millas al norte de Quincy. José Young dirigió a la congregación al cantar “con el espíritu y el significado del himno” cuyas palabras decían:

Cosas gloriosas se dicen de ti,
Sión, ciudad de nuestro Dios.
Aquel cuya palabra no puede ser quebrantada,
Te eligió como su propia morada.

“José fue sobrecogido,” dijo Wandle Mace. “Se puso de pie para hablar, pero le fue difícil controlar sus emociones.” Al estar entre los santos después de una larga ausencia, sabiendo de sus recientes tribulaciones, y al oírlos aún cantar con fervor sobre Sión, “apenas podía contener las lágrimas”. Perrigrine Sessions dijo que “nos dio gran gozo ver su (de José) rostro entre los santos y oír la voz de la inspiración que fluía de sus labios; esto hizo revivir nuestros espíritus decaídos, pues éramos como ovejas sin pastor, dispersas en un día nublado y oscuro”. En esa misma época, Brigham Young fue apartado como presidente del Cuórum de los Doce.

Peticiones de compensación

Desde la cárcel, el 25 de marzo de 1839, José Smith escribió a los santos en Quincy y en otros lugares, instruyéndoles a “tomar declaraciones y juramentos” detallando los daños sufridos en Misuri—tanto de propiedad, físicos como de carácter—y los nombres de sus opresores (DyC 123:4). “Es un deber imperativo,” advirtió, “impuesto sobre nosotros por nuestro Padre Celestial,” que dicha documentación se presentara a los jefes de gobierno y al público (DyC 123:7, 6). En respuesta, los santos en Quincy y en otros lugares comenzaron a autenticar sus declaraciones juradas ante las autoridades civiles.

José Smith escribió su propia solicitud de compensación en Quincy el 4 de junio, pidiendo cien mil dólares por tierras, casas, caballos, arreos, cerdos, ganado, libros, mercancía de tienda, gastos mientras estuvo bajo custodia, gastos de traslado y daños por encarcelamientos injustos, amenazas y exposiciones. (A finales de 1839, José Smith y otros presentaron las peticiones de los miembros ante el gobierno federal, pero tuvieron poco éxito.)

Reubicación en commerce

Los líderes de la Iglesia pronto promovieron veinte mil acres de tierra en Commerce, Illinois, y al otro lado del río, en Iowa, como el nuevo lugar de recogimiento. El 10 de mayo, José Smith y su familia se mudaron a una pequeña casa de troncos de dos pisos en ese lugar, “esperando que yo y

mis amigos podamos hallar aquí un lugar de reposo, al menos por una pequeña temporada".

Los santos comenzaron a establecerse en las tierras recién adquiridas y, para el verano de 1839, la afluencia masiva a Quincy había terminado. Para el verano, Commerce fue renombrado extraoficialmente como *Nauvoo*, y la Primera Presidencia estableció allí la sede central de la Iglesia.

En 1841, José y Hyrum Smith, junto con Sidney Rigdon, integrantes de la Primera Presidencia, emitieron una proclamación de agradecimiento a Quincy:

Sería imposible enumerar a todos los que, en nuestro tiempo de profunda aflicción, acudieron noblemente en nuestro auxilio, y como el buen samaritano, derramaron aceite en nuestras heridas y contribuyeron generosamente a nuestras necesidades, pues los ciudadanos de Quincy en masa y el pueblo de Illinois en general, parecieron emularse unos a otros en esta obra de amor.

Capítulo 31

Comunidades mormonas en Illinois y el condado de Lee, Iowa

Donald Q. Cannon

Estamos acostumbrados a pensar en Brigham Young como un gran colonizador —y en verdad lo fue—. Lo que es menos conocido es que José Smith también desempeñó un papel como colonizador. Durante la década de 1840, dirigió el establecimiento de varias comunidades mormonas a ambos lados del río Misisipi. Se fundaron asentamientos mormones en el condado de Lee, Iowa, y en el condado de Hancock, Illinois.

En marzo de 1843, José Smith dijo respecto a los asentamientos mormones:

“Hay una rueda: Nauvoo es el eje; colocaremos el primer radio en Ramus, el segundo en La Harpe, el tercero en Shokoquon, el cuarto en Lima: eso es la mitad de la rueda. La otra mitad está del otro lado del río.”¹ Usando la imagen pionera de ruedas de carreta y radios, el profeta mormón describió la extensión de los asentamientos de los Santos de los Últimos Días que se fundarían a ambos lados del río Misisipi.

Condado de Hancock, Illinois

Las diecisiete comunidades que los Santos de los Últimos Días planearon o establecieron en el condado de Hancock pueden dividirse en varias categorías. Algunas ciudades pueden llamarse apropiadamente colonias mayores, como Ramus (también conocida como Webster y Macedonia) y Lima. Otros asentamientos pueden designarse como colonias menores, incluyendo Plymouth, Green Plains y Yelrome (Tioga). Los santos también vivieron entre personas no mormonas, en lo que podríamos llamar “pueblos misionales”, con la esperanza de convertirlas al evangelio: Carthage, Bear Creek, La Harpe y Fountain Green. Varios pequeños asentamientos como String Town y Davis Mound se encontraban en las afueras de Nauvoo y podrían llamarse suburbios de Nauvoo. Los santos incluso planearon un asentamiento que nunca llegó a existir. Esta ciudad,

que se llamaría Warren, podría clasificarse como un pueblo en papel. También había pueblos no mormones, como Warsaw y Pontoosuc.

String Town estaba ubicada a tres millas al este de Nauvoo, en el antiguo camino a La Harpe (actual Illinois Alternate 2). Alrededor de 75 miembros, unas cinco o seis familias, residían en este pueblo. Eran conversos provenientes de Inglaterra que habían entregado todo su dinero a la Iglesia para la construcción del Templo de Nauvoo a cambio de unas pocas hectáreas de tierra al este de Nauvoo. Como no tenían dinero, vivían con lo justo—de ahí el nombre *String Town* (Pueblo de cordón) para su asentamiento.

Davis Mound está ubicado aproximadamente a cinco millas al este de Nauvoo y a un quinto de milla al este de String Town, también sobre la Illinois Alternate 2. Es un lugar emblemático también llamado *Big Mound* o *The Mound* (El Montículo). Fue nombrado *Davis Mound* en honor a Amos Davis, un residente mormón que construyó una gran casa y un granero en la cima de la colina de cincuenta pies de altura al norte del camino. Davis era propietario de una tienda en Nauvoo y de un hotel ubicado justo al sur del templo, en la calle Mulholland. José Smith compró el montículo a Hiram Kimball el 16 de junio de 1842. El Profeta escribió: “Fui al gran montículo en el camino a La Harpe, acompañado por Emma [Smith], Hiram Kimball y el Dr. [Willard] Richards, y compré a Kimball una sección de tres cuartos de tierra [480 acres], incluyendo el montículo.”

Pontoosuc se encuentra sobre la carretera estatal 96, que corre a lo largo del río Misisipi, a trece millas al noroeste de Nauvoo y a dos millas al oeste de la actual ciudad de Dallas. Cuatro hermanos, incluyendo a Phineas H. Young y su hijo Brigham, Richard Ballantyne y James Standing, fueron secuestrados por una turba antimormona cerca de Pontoosuc. Fueron llevados por la fuerza hasta Pontoosuc, donde se encontraron con cincuenta hombres armados.

La Harpe, un pueblo misional, está ubicado a veinticinco millas al este de Nauvoo y a ocho millas al norte de Ramus, sobre la carretera estatal 9/94. El primer colono mormón en La Harpe fue Erastus Bingham, quien llegó en 1839. Bingham y otros mormones comenzaron a realizar labores misionales, y se formó el núcleo de una rama (congregación local) de la Iglesia. Al parecer, el misionero más exitoso en el pueblo fue Zenos H. Gurley, quien informó haber bautizado a cincuenta y dos personas en seis

días. La combinación de inmigración y obra misional condujo a la creación de una rama en La Harpe el 17 de abril de 1841. Esta rama formaba parte del *Stake* de Ramus.

Líderes de la Iglesia desde Nauvoo visitaban frecuentemente la rama de La Harpe. Por ejemplo, el grupo de Charles C. Rich se detuvo en La Harpe en un viaje de regreso a Nauvoo en julio de 1843, y William Clayton y Stephen Markham se detuvieron brevemente en La Harpe de camino a Dixon para advertir a José Smith sobre su inminente arresto.

Fountain Green, un pueblo no mormón, se ubica a siete millas al sur de La Harpe, sobre la actual Illinois Alternate 17. Después de visitar a su hermano Don Carlos en Macomb el 24 de junio de 1839, José Smith y su familia fueron a ver a William Perkins, quien vivía cerca de Fountain Green, y fueron invitados a quedarse. Así lo hicieron, y José predicó con considerable libertad ante una gran congregación al día siguiente, antes de que él y su familia continuaran su viaje hacia Nauvoo.

Ramus (también llamado *Crooked Creek, Macedonia y Webster*) está a ocho millas al noreste de Carthage, sobre la Illinois Alternate 4. La ciudad, establecida enteramente por Santos de los Últimos Días, fue considerada un asentamiento importante dentro de los planes desarrollados por José Smith. Como resultado de la obra misional realizada por Joel H. Johnson y otros, varias familias a lo largo de *Crooked Creek* se unieron a la Iglesia, y pronto se organizó la Rama de Crooked Creek. Un sitio para la ciudad fue seleccionado en el otoño de 1840, y se realizó su medición y parcelamiento bajo la dirección de William Wightman. Los residentes del área eligieron el nombre *Ramus* para su ciudad. *Ramus* es una palabra latina que significa “rama”, y puede reflejar el profundo interés de los Santos de los Últimos Días por las lenguas antiguas.

El *Stake* de Ramus fue organizado en esta hermosa zona agrícola por Hyrum Smith el 15 de julio de 1840, con Joel H. Johnson como presidente del *stake*. Los miembros del *Stake* de Ramus construyeron una casa de reuniones, algo poco común en aquellos primeros días, cuando las reuniones generalmente se realizaban en casas particulares o al aire libre. Esta fue una de las primeras casas de reuniones construidas por los Santos de los Últimos Días. Se ha erigido allí un monumento que identifica el lugar.

José Smith visitaba Ramus con frecuencia. Presidía conferencias de la Iglesia, convocabía tribunales, visitaba a familiares y recibía revelaciones, incluidas las secciones 130 y 131 de Doctrina y Convenios, dentro de esa comunidad. Los santos de Ramus veían a José Smith no solo en su papel profético, sino también en un papel atlético. En una visita, el Profeta tuvo un concurso de fuerza con Justus A. Morse, el hombre más fuerte de Ramus, y lo venció usando solo una mano. Durante esa misma visita, José luchó cuerpo a cuerpo con William Wall, el luchador más experimentado de Ramus, y lo derribó.

Carthage, la sede del condado de Hancock desde 1833, se ubica aproximadamente a trece millas al sureste de Nauvoo (veintitrés millas siguiendo las carreteras estatales 96 y 136 de EE. UU.), en el centro geográfico del condado.

La profecía de Stephen Douglas fue dada en Carthage el 18 de mayo de 1843, mientras José comía con el alguacil Jacob Backenstos y el juez Douglas. Durante la conversación que siguió, José profetizó que el juez aspiraría a la presidencia de los Estados Unidos, y añadió que si alguna vez se volvía en contra de los Santos de los Últimos Días, sentiría sobre él el peso del Todopoderoso. Esta exigente profecía fue publicada en el *Deseret News* el 24 de septiembre de 1856 y se cumplió en las elecciones de 1860.

La cárcel de Carthage se encuentra en la esquina noreste de las calles Fayette y Walnut, con un estacionamiento en el lado sur de la carretera estatal 36. La cárcel, un edificio de piedra de diez metros por ocho y medio, de dos pisos de altura, fue construida entre 1840 y 1842, con paredes de setenta y cinco centímetros de grosor. Parte del edificio servía de vivienda al carcelero. El martirio del profeta José Smith tuvo lugar en esta cárcel el 27 de junio de 1844.

Plymouth se ubica cuarenta millas al sureste de Nauvoo, cerca del límite con el condado de McDonough, sobre la carretera estatal 61. William Smith, hermano de José Smith y apóstol desde 1835 hasta 1845, se estableció en Plymouth en 1839, donde cultivó la tierra y dirigió una taberna (*public house*) después de ser excomulgado de la Iglesia. Catherine Smith Salisbury, hermana del Profeta, también vivió allí por un tiempo antes de mudarse a Ramus.

Samuel H. Smith, otro de los hermanos del Profeta, se mudó a Plymouth en el otoño de 1842 para administrar la taberna de William. Los hermanos vivieron bajo el mismo techo por un tiempo. Fue allí donde José Smith se hospedó el 27 de diciembre de 1842, mientras viajaba a Springfield para presentarse ante el juez Nathaniel Pope por el cargo de intento de asesinato del gobernador de Misuri, Boggs. El 9 de enero de 1843, José, al regresar de su juicio ante el juez Pope, se detuvo nuevamente en Plymouth. En la casa de su hermana Catherine, José habló de Alvin, su hermano fallecido en 1823. José dijo: “Él (Alvin) era un hombre muy apuesto, superado solo por Adán y Set, y de gran fuerza”. José también visitó a su hermano Samuel. Al día siguiente, 10 de enero, José recibió una bienvenida real en Nauvoo.

Hour Creek, la actual ciudad de *Basco*, está ubicada a veintiuna millas al sureste de Nauvoo, sobre la Illinois Alternate 11, a diez millas al este de la carretera estatal 96. Fue un pueblo misional con algunos colonos mormones. José Smith se detuvo aquí el 5 de junio de 1841, mientras regresaba a Nauvoo tras visitar al gobernador de Illinois, Thomas Carlin, en Quincy. Se hospedó en el Hotel Heberlin y, mientras estaba allí, fue arrestado por un destacamento del alguacil bajo la dirección de Thomas King, alguacil del condado de Adams, y Thomas Jasper, alguacil de Quincy. Su arresto se realizó en cumplimiento de una orden del gobernador Carlin, quien planeaba entregar a José a las autoridades de Misuri.

Yelrome (también conocido como *Tioga* y *Morley's Settlement*) se ubica a veinticinco millas al sur de Nauvoo y a dos millas al este de la carretera estatal 96. Isaac Morley fue el primer colono mormón en el área. “Yelrome” es “Morley” escrito al revés, con una “e” adicional. El nombre puede haberse originado por la costumbre mormona de deletrear palabras al revés (por ejemplo, el Consejo de los Cincuenta era llamado “Ytfif”). Alpheus Cutler, residente de Yelrome y originario del condado de Tioga, Pensilvania, podría haber influido en el uso del nombre Tioga.

Los nombres de los Santos de los Últimos Días (al menos 424 miembros) que vivieron en Yelrome en la década de 1840 constituyen un tesoro genealógico. Además de los Morley y los Cutler, también vivieron allí las familias de Thomas Hickenlooper, Lucy Morley Allen, Orville S. Cox, William Critchlow, Edward Whiting, Enos Curtis, Edmund Durfee, William Garner,

Anna N. Gifford y Solomon Hancock, entre muchos otros. Eliza R. Snow también vivió en Yelrome entre 1843 y 1844.

Los Santos de Yelrome tuvieron muchas oportunidades de escuchar al Profeta predicar. Por ejemplo, el domingo 14 de mayo de 1843, José enseñó que “el conocimiento a través de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es la gran llave que abre las glorias y los misterios del reino de los cielos”. Esa noche, Emma llegó con un carro, y a la mañana siguiente regresaron juntos a casa.

Como Yelrome estaba cerca de elementos antimormones en Warsaw y el condado de Adams, los santos de esa comunidad fueron con frecuencia blanco de ataques por parte de turbas. Un total de 175 casas fueron incendiadas, y el 15 de noviembre de 1845, Edmund Durfee fue asesinado.

Lima se encuentra a tres millas al sur de Yelrome, justo al otro lado del límite con el condado de Adams, sobre la carretera estatal 96. Varios santos se establecieron allí tras su expulsión de Misuri en 1839. Cuando se organizó el *Stake* de Lima el 22 de octubre de 1840, Isaac Morley —que vivía en Yelrome— fue nombrado presidente del *stake*.

Lorenzo Snow y Eliza R. Snow enseñaron en la escuela de Lima antes de abandonar el pueblo en febrero de 1844. Titus Billings, segundo consejero del obispo Edward Partridge entre 1837 y 1840, vivió allí hasta los “incendios de casas” de 1845. El cementerio de Lima es lugar de sepultura de varios santos.

Green Plains está ubicado a ocho millas al sur de Hamilton, sobre la carretera estatal 96. John Smith, presidente del *Stake* de Adam-ondi-Ahman en Misuri (y más tarde del *Stake* de Zarahemla en Iowa y del *Stake* de Salt Lake en Utah), se estableció en Green Plains en marzo de 1839. José Smith y su familia se hospedaron en su casa el 9 de mayo de 1839, camino a Commerce. En este lugar se estableció una rama de la Iglesia llamada *Prairie Branch*, con una membresía de ochenta personas.

La casa de Levi Williams, el notorio líder de las turbas antimormonas, servía como la oficina de correos del área. Varias de las expediciones de las turbas organizadas para arrestar a los hermanos o destruir propiedades de los santos en el condado de Hancock entre 1844 y 1846 se originaron en esta zona. Esta comunidad agrícola fue incendiada por una turba el 10 de septiembre de 1845.

Warsaw, trazada en 1834, está ubicada a orillas del río Misisipi, a dieciséis millas al sur de Nauvoo y a tres millas al oeste de la carretera estatal 96. Era bien conocida en tiempos de José Smith como un pueblo antimormón.

Thomas Sharp, un amargo antimormón y fundador del partido político Antimormón en 1841, fue editor del *Warsaw Signal*. En la mañana del 21 de junio de 1844, una partida de hombres armados de Warsaw marchó hacia Carthage, pero fueron interceptados por una orden del gobernador Thomas Ford que les exigía disolverse. Al enterarse de que Ford no se encontraba en Carthage, unos doscientos de estos hombres se apresuraron hacia allí y participaron en el ataque a la cárcel de Carthage que resultó en la muerte de José y Hyrum Smith.

Después del martirio, los asesinos se reunieron para celebrar en el *Warsaw Hotel* (la *Flemmings Tavern*). Cuando la violencia de las turbas continuó después del martirio, el gobernador Ford exigió en julio de 1844 la entrega de las armas públicas en Warsaw. Los ciudadanos de Warsaw se negaron a cumplir la orden.

Warren, nombrado así en honor a uno de los abogados de José Smith, fue un pueblo “de papel” ubicado una milla al sur de Warsaw. Willard Richards se estableció en Warsaw en septiembre de 1841 para vender lotes en Warren, y Joseph Fielding llevó una compañía de 204 emigrantes británicos a Warren para establecerse allí el 24 de noviembre de 1841. Pero debido a los sentimientos hostiles de los residentes de Warsaw, la comunidad de Warren nunca se estableció. El 13 de diciembre de 1841, la Primera Presidencia de la Iglesia pidió a los emigrantes británicos que se mudaran a Nauvoo.

Pasemos ahora a considerar los asentamientos en la ribera occidental del Misisipi —el Territorio de Iowa—. Esta es la otra mitad de la rueda descrita por el profeta José Smith.

Condado de Lee, Iowa

El primer contacto mormón con Iowa ocurrió en el invierno de 1838–39, cuando los mormones estaban siendo expulsados del estado de Misuri. Aunque la mayoría de los refugiados mormones huyeron a Illinois, algunos pocos encontraron refugio en el territorio de Iowa.

En 1838, Israel Barlow y algunos otros mormones hicieron contacto con Isaac Galland, un especulador de tierras con intereses tanto en Iowa como en Illinois. Los Santos de los Últimos Días estaban especialmente interesados en los cuarteles abandonados de *Fort Des Moines*, ubicado en lo que hoy es Montrose, Iowa. Galland señaló que tenía tierras en venta en otras partes de la llamada *Half-Breed Tract*, que consistía en 119,000 acres en el área delimitada por el río Misisipi, el río Des Moines y Fort Madison. Se llamaba “Half-Breed” (“mestiza”) porque era el área donde vivían personas de sangre mixta —blanca e indígena— entre las tribus Sac y Fox.

El 29 de mayo y el 26 de junio de 1839, Isaac Galland vendió 17,937 acres de tierra en el *Half-Breed Tract* por \$49,662.26 a Oliver Granger y Vinson Knight, agentes de la Iglesia. En julio de 1839, José Smith y otros líderes de la Iglesia visitaron el *Half-Breed Tract* para ver en persona lo que habían adquirido. Durante la visita, José bautizó a Isaac Galland y lo ordenó al oficio de élder.

Montrose, anteriormente *Fort Des Moines*, fue residencia de familias Santos de los Últimos Días. Las primeras familias en establecerse allí incluyeron a Brigham Young, John Taylor, Wilford Woodruff, Orson Pratt, John Smith, Elijah Fordham y Joseph B. Nobles.

En *Fort Des Moines* ocurrió uno de los casos de sanación por fe mejor documentados de la historia mormona. La sanación de Elijah Fordham es especialmente notable porque él creía estar demasiado enfermo como para recobrar la salud. Después de recibir una bendición del Profeta, se levantó de inmediato y acompañó a José Smith a ministrar a otros que estaban enfermos.

Montrose se convirtió no solo en el primer, sino también en uno de los asentamientos mormones más grandes e importantes del condado de Lee, Iowa. El *Stake* de Zarahemla fue organizado allí en octubre de 1839, y John Smith fue llamado como presidente del *stake*. Las ramas de la Iglesia en este *stake* de Iowa incluían Zarahemla, Ambrosia, Nashville y Keokuk, en el condado de Lee. También había ramas en los condados de Van Buren y Des Moines.

En 1843, José participó en la instalación de oficiales masónicos de la *Rising Sun Lodge* en Montrose. En agosto de 1842, profetizó que los Santos de los Últimos Días llegarían a ser un pueblo poderoso en medio de las Montañas

Rocosas. En el otoño de 1842 y en junio de 1844, Montrose sirvió como lugar de ocultamiento para el Profeta.

Zarahemla es el nombre de una ciudad del *Libro de Mormón*. Durante su visita a Iowa en 1839, José Smith designó un área aproximadamente a una milla al oeste de Montrose como Zarahemla y exhortó a los miembros de la Iglesia a establecerse allí. Con el tiempo, Zarahemla se convirtió en el asentamiento mormón más grande del condado de Lee. En cierto momento, había 326 miembros en Zarahemla. Los que vivían allí construyeron unas treinta casas pequeñas.

En enero de 1842, el *Stake* de Zarahemla —anteriormente llamado *Stake* de *Iowa*— fue descontinuado o reducido al estatus de rama debido al crecimiento insuficiente. En consecuencia, el primer *stake* mormón en Iowa tuvo una historia breve: solo veintisiete meses.

Ambrosia, ubicada a dos millas al oeste de Zarahemla, contaba con 109 miembros bajo la dirección de George W. Gee.

Nashville tenía una rama de noventa miembros, presidida por Elias Smith.

Keokuk tenía solo trece miembros de la Iglesia en la década de 1840, pero desde entonces ha crecido en tamaño e importancia como comunidad y como congregación de santos.

Potter's Slough (actualmente sumergido bajo el agua) se encontraba a unas dos millas al norte de lo que hoy es Montrose. Durante el éxodo hacia el Oeste, ocurrió allí un famoso acontecimiento el 9 de octubre de 1846: el llamado *Milagro de las codornices*. El grupo final de mormones que evacuaban Nauvoo tenía muy poca comida consigo. Su hambre fue aliviada por el siguiente evento milagroso:

Esta mañana tuvimos una manifestación directa de la misericordia y la bondad de Dios mediante un milagro ocurrido en el campamento. Una gran bandada —o más bien, varias grandes bandadas— de codornices volaron hacia el campamento: algunas cayeron sobre las carretas, otras debajo, otras sobre las mesas del desayuno. Los muchachos y los hermanos corrieron tras ellas y las atraparon vivas con las manos. Los hombres que no pertenecían a la Iglesia se asombraron ante lo que veían. Los hermanos y hermanas alabaron a Dios y glorificaron su nombre, porque lo que fue derramado sobre los hijos de Israel en el desierto se ha manifestado

también a nosotros en nuestra persecución. Los muchachos atraparon unas 20 vivas, y en cuanto al número que fue cazado, todos los hombres, mujeres y niños tuvieron codornices para almorcizar. Después del almuerzo, las bandadas aumentaron en número. El capitán [Orville] Allen ordenó a los hermanos no matar más una vez satisfechos.

Volviendo a la metáfora de la rueda utilizada por José Smith, ahora es evidente que, en efecto, así como Nauvoo era el eje, los asentamientos en el condado de Hancock, Illinois, y en el condado de Lee, Iowa, eran los radios de la rueda. Estos radios —o asentamientos satélite— desempeñaron un papel significativo en la experiencia de los mormones que vivieron en Nauvoo y sus alrededores durante la década de 1840. También testifican del papel de José Smith como colonizador.

Capítulo 32

La recogida de los santos británicos

Fred E. Woods

Tres años después de la Primera Visión, José Smith comenzó una instrucción anual de cuatro años con Moroni, la cual dio inicio con la primera visita entrada la noche del 21 de septiembre de 1823. Durante esa reunión inicial, este antiguo profeta del Libro de Mormón le dijo a José que Dios tenía una obra para que él realizara, y que su nombre “sería conocido para bien y para mal entre todas las naciones” (José Smith—Historia 1:33). También se le habló acerca de la venida del Libro de Mormón, del antiguo pectoral y del *Urim y Tumí* (José Smith—Historia 1:34–35). Finalmente, Moroni citó varios pasajes de las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, varios de los cuales se centraban en la recogida de Israel en los últimos días (José Smith—Historia 1:36–41).

Entre esas referencias se encontraba una cita del capítulo once de Isaías (José Smith—Historia 1:40), donde se indica que, en los últimos días, “el Señor alzará otra vez su mano para recobrar [recoger] el remanente de su pueblo” (Isaías 11:11). Moroni también “citó muchos otros pasajes de las Escrituras” que no fueron registrados en la Historia de José Smith (José Smith—Historia 1:41). Sin embargo, Oliver Cowdery publicó varios de esos pasajes en el *Messenger and Advocate* en 1835, incluyendo los capítulos 2, 28 y 29 de Isaías; Jeremías 16, 30 y 31; así como Juan 10:16; todos los cuales se enfocan en la restauración del evangelio y la recogida de Israel en los últimos días.

José habría sido constantemente recordado de esta doctrina importante mientras traducía el Libro de Mormón, y habría comprendido mediante ese proceso profético que la salida a luz del Libro de Mormón era la señal de que el Señor había comenzado a recoger a Israel en los últimos días (3 Nefi 21:1; 29:1). Así, para cuando se organizó la Iglesia, José ya había recibido una fuerte dosis de la doctrina de la recogida.

Durante la segunda conferencia de la Iglesia restaurada, menos de seis meses después de que la Iglesia fuera oficialmente establecida, José recibió la siguiente revelación:

“Y sois llamados a efectuar la recogida de mis escogidos; porque mis escogidos oyen mi voz y no endurecen sus corazones;

Por tanto, ha salido de parte del Padre el decreto de que serán recogidos en un solo lugar sobre la faz de esta tierra, para preparar sus corazones y estar preparados en todas las cosas contra el día en que sobre los inicuos sobrevengan tribulación y desolación.” (DyC 29:7–8)

El llamado a recogerse no era un concepto nuevo para un pueblo de convenio. “La recogida del pueblo de Dios ha sido un tema de gran importancia en todas las épocas del mundo”, escribió en 1841 el periódico británico de los santos de los últimos días *The Latter-day Saints' Millennial Star*. Tan solo dos meses después, el *Millennial Star* añadió: “El espíritu de emigración [la recogida] ha actuado en los hijos de los hombres desde el tiempo en que nuestros primeros padres fueron expulsados del jardín hasta ahora”.

La recogida en los últimos días ocurrió en gran medida como resultado de la doctrina predicada por el Profeta de la Restauración, quien inculcó en los santos el deseo de reunirse con el pueblo del Dios Altísimo. El profeta José Smith preguntó en una ocasión de manera retórica: “¿Cuál era el propósito de recoger a los judíos, o al pueblo de Dios, en cualquier época del mundo?” Él mismo respondió: “El propósito principal era edificar una casa al Señor, por medio de la cual Él pudiera revelar a Su pueblo las ordenanzas de Su casa y las glorias de Su reino, y enseñar al pueblo el camino de la salvación”.

Durante gran parte de la primera década de la Iglesia restaurada de Jesucristo, el llamado a recogerse no se extendió más allá de las fronteras de América del Norte, y los miembros de la Iglesia no entraron en convenios del templo hasta que se construyó el Templo de Kirtland. Además, la obra misional en el extranjero no comenzó hasta que se restauraron las llaves del sacerdocio necesarias, el 3 de abril de 1836, justo una semana después de la dedicación del Templo de Kirtland (véase DyC 110). En ese sagrado templo, el antiguo profeta Moisés se apareció y

restauró a José Smith y a Oliver Cowdery “las llaves de la recogida de Israel de las cuatro partes de la tierra” (DyC 110:11).

La restauración de tales llaves del sacerdocio fue la culminación de una rica temporada pentecostal en Kirtland (de enero a abril de 1836), seguida poco después por un periodo de apostasía precipitado por la crisis de la *Kirtland Safety Society*. Desafortunadamente, varios miembros de la Iglesia comenzaron a pedir dinero prestado de dicha sociedad para comprar tierras, solo para revenderlas rápidamente a otros miembros con fines lucrativos. Estos acontecimientos preocupantes llevaron a muchos santos de los últimos días a apostatar. Muchos miembros quedaron espiritualmente débiles y enfermos.

Un llamado a recoger a los santos Británicos

Era necesaria una infusión de nuevos conversos, no aún desilusionados por la avaricia rancia y las debilidades humanas de miembros descarriados, para sanar a la Iglesia debilitada. En el Templo de Kirtland, el 1 de junio de 1837, José Smith se acercó a uno de sus colaboradores de confianza, el apóstol Heber C. Kimball, y le confió: “Hermano Heber, el Espíritu del Señor me ha susurrado: ‘Que mi siervo Heber vaya a Inglaterra y proclame mi Evangelio, y abra la puerta de la salvación a esa nación’”. Poco después, el élder Kimball, junto con su compañero apóstol Orson Hyde, se preparó para liderar un pequeño grupo de misioneros a través del Atlántico hacia Inglaterra para recoger conversos de tierras lejanas. Los miembros de este grupo incluían a Willard Richards, Joseph Fielding, Isaac Russell, John Snyder y John Goodson. Antes de su partida, José advirtió a Heber que “guardara silencio respecto a la recogida... hasta que la obra estuviera plenamente establecida y se manifestara claramente por el Espíritu que debía hacerse lo contrario”.

Durante un período de apenas nueve meses, estos primeros misioneros a las Islas Británicas llevaron a más de mil quinientos conversos al redil y organizaron muchas ramas. Al concluir ese periodo de nueve meses, los apóstoles Kimball y Hyde regresaron a América, mientras que Fielding, Richards y el converso inglés William Clayton sirvieron como presidencia interina de la Misión Británica. Este éxito inicial se reforzó menos de dos años después, cuando ocho miembros del Cuórum de los Doce emprendieron otra misión a Gran Bretaña (de enero de 1840 a abril de

1841). Su llamado fue expandir la obra misional y reavivar el espíritu de algunos conversos británicos que se habían vuelto apáticos.

Los Doce tuvieron un gran éxito y, para la primavera de 1840, ya se había asegurado el punto de apoyo deseado. Tras una moción que autorizó a estos conversos extranjeros a emigrar, los santos británicos comenzaron su recogida hacia Nauvoo con la partida del barco *Britannia* el 6 de junio de 1840. Esta compañía, considerada como una especie de “Mayflower”, consistía en 41 santos liderados por el converso británico John Moon. Fue el comienzo de un flujo de casi 5,000 santos británicos que se reunieron en Nauvoo entre junio de 1840 y enero de 1846, en treinta y cuatro viajes fletados por la Iglesia. Para cuando los santos comenzaron su exilio forzado de Nauvoo (4 de febrero de 1846), más de una cuarta parte de la ciudad estaba compuesta por conversos británicos.

Un llamado a construir el Templo de Nauvoo

El llamado a construir el Templo de Nauvoo parece haber sido el mayor incentivo para que estos conversos de tierras lejanas se recogieran en Nauvoo. Tan solo dos meses después de que los primeros prosélitos británicos salieran de Liverpool rumbo a Nauvoo, la Primera Presidencia emitió un llamado oficial para erigir el templo:

“Creyendo que ha llegado el momento en que es necesario erigir una casa de oración, una casa de orden, una casa para la adoración de nuestro Dios, donde se puedan atender las ordenanzas conforme a Su voluntad divina, en esta región del país—para lograrlo, se deben hacer considerables esfuerzos, y se requerirán medios—y como la obra debe acelerarse en justicia, corresponde a los santos ponderar la importancia de estas cosas, en sus mentes, en todas sus deliberaciones, y luego tomar las medidas necesarias para llevarlas a cabo.”

Pocos meses después, el 10 de enero de 1841, el Señor reveló al profeta José un mandato escritural que amplificó el llamado inicial a construir el Templo de Nauvoo:

“Y además, de cierto te digo: que vengan todos mis santos de lejos... y edifiquen una casa a mi nombre, para que el Altísimo more en ella.” (DyC 124:25, 27)

La ruta por el Misisipi y la recepción en Nauvoo

Tales palabras inspiradas tocaron el corazón de miles de conversos británicos, quienes pronto llegaron a las costas de América del Norte. Con la excepción de algunos barcos que desembarcaron en Nueva York o Quebec, los demás —todos ellos salidos de Liverpool— llegaron a puerto en Nueva Orleans. Aparentemente, la decisión de usar este puerto del sur de los Estados Unidos (a partir de diciembre de 1840), en lugar de Nueva York o Quebec, fue resultado de una carta que José envió a los Doce en Inglaterra en octubre de 1840. En ella mencionaba: “Creo que los que vinieron este otoño no tomaron la mejor ruta posible, ni la más económica.”

Seis meses después, el *Millennial Star* publicó una “Epístola de los Doce”, en la que se daba consejo sobre cuándo y cómo debían emigrar los conversos británicos a Nauvoo:

“Es mucho más barato ir por Nueva Orleans que por Nueva York. Pero nunca es conveniente que los emigrantes vayan por Nueva Orleans en verano debido al calor y las enfermedades del clima. Por lo tanto, se aconseja a los santos emigrar en otoño, invierno o primavera.”

No solo resultaba más económica esta ruta por el Misisipi, sino que también permitía al profeta José estar al tanto de cuándo venían grupos de conversos británicos subiendo por el río desde San Luis. Allí, en las orillas del Misisipi, José recibía a los santos extranjeros que se habían recogido para recibir instrucción de su profeta, ayudar a construir el templo y recibir su investidura. Varios relatos demuestran cómo el profeta José encabezaba la bienvenida a los conversos ansiosos que venían desde tierras lejanas.

Por ejemplo, en una carta al *Millennial Star*, Heber C. Kimball describió la bienvenida que recibieron los Doce y más de un centenar de santos inmigrantes durante el verano de 1841:

“Desembarcamos en Nauvoo el 1 de julio, y cuando tocamos el muelle, creo que había unos trescientos santos allí para recibirnos, y nunca había visto una manifestación mayor de amor y alegría. El presidente Smith fue el primero en estrecharnos la mano.”

Para los nuevos conversos de una religión que afirmaba ser la restauración de la antigua iglesia del convenio de Dios, completa con apóstoles y

profetas, la emoción de ser recibidos por el profeta José Smith debió haber sido sobrecedora. Robert Crookston testificó:

“Cuando nos acercamos al lugar de desembarque, para nuestra gran alegría vimos al profeta José Smith allí para dar la bienvenida a su pueblo que había venido desde tan lejos. Todos estábamos muy felices de verlo y de poner nuestros pies sobre la tierra prometida, por así decirlo. Fue la experiencia más emocionante de mi vida, porque sé que él era un profeta del Señor.”

El mismo profeta describió lo que sintió al recibir a un grupo de santos que había cruzado el Atlántico en el *Emerald* y había subido por el río en el barco de vapor propiedad de la Iglesia, el *Maid of Iowa*:

“Alrededor de las cinco de la tarde, el barco de vapor *Maid of Iowa* llegó al desembarcadero de la *Nauvoo House* y desembarcó a unos doscientos santos. ... Yo estuve presente en el desembarque y fui el primero en subir al barco, donde me encontré con la hermana Mary Ann Pratt (quien había estado en Inglaterra con el hermano Parley) y su pequeña hija, que tenía solo tres o cuatro días de nacida. No pude evitar derramar lágrimas.

Tantos de mis amigos y conocidos llegando en un solo día me mantuvieron muy ocupado recibiendo sus felicitaciones y respondiendo sus preguntas. Me alegré mucho de verlos con tan buena salud y excelente ánimo; eran iguales o mejores que cualquiera que hubiera venido antes a Nauvoo.”

El *Maid of Iowa* también transportó a otros santos que habían cruzado el Atlántico en el *Fanny* en 1844. Cuando este grupo de conversos británicos llegó a las costas de Nauvoo, muchos también registraron sus entrañables primeros encuentros con el profeta José Smith. Priscilla Staines sintió que, a pesar de la multitud reunida para recibir a los santos recién llegados, ella sería capaz de reconocer al profeta José Smith. Recordó:

“Sentí, por el Espíritu, la impresión de que lo reconocería. Cuando nos acercamos al muelle, el profeta estaba entre la multitud. Sin embargo, en ese momento lo reconocí conforme a la impresión, y lo señalé.”

Thomas Steed dijo que reconoció al profeta por su “expresión noble”:

“El profeta José Smith estaba en el muelle. A primera vista supe que era él... Subió a bordo para estrecharnos la mano y darnos la bienvenida con

muchas palabras alentadoras, y expresó su gratitud de que hubiéramos llegado sanos y salvos.”

La ausencia de fotografías publicadas del profeta, accesibles para estos conversos, hace que estas experiencias sean aún más significativas. El converso británico Christopher Layton recordó el día como uno de regocijo:

“¡Allí estaba nuestro profeta en la orilla del río para darnos la bienvenida! Al estrechar con fuerza nuestras manos, las palabras pronunciadas con fervor, ‘Dios los bendiga’, se hundieron profundamente en nuestros corazones, dándonos una sensación de paz como nunca antes habíamos sentido.”

Después de haber sido arrancados de su patria y sus parientes, tras haber navegado miles de millas por las aguas, los santos británicos vieron por primera vez al profeta. Allí estaba, delante de sus ojos, la encarnación noble de su fe. El Espíritu daba testimonio de su santo llamamiento como profeta y vidente de Dios para todo el mundo. José Smith socorrió a estos santos cansados y los recibió con el más cálido afecto. Con su fe ahora fortalecida y el deseo de su corazón realizado, estaban listos para enfrentar los desafíos que los esperaban al comenzar a edificar Sion en una tierra nueva.

El mismo profeta que había emitido el llamado a recogerse fue quien estuvo presente para dar la bienvenida al pueblo escogido del Señor, quienes habían cruzado el imponente Atlántico para edificar un templo al Señor y recibir la sagrada investidura. Con ese poder divino, los santos no solo tenían fuerza para establecer otra Sion en el oeste, sino que también estaban preparados para obtener una tierra de promisión aún mayor.

Capítulo 33

José Smith se reúne con el presidente Van Buren

Arnold K. Garr

El 23 de junio de 2004, el presidente George W. Bush otorgó la *Medalla Presidencial de la Libertad*, el premio civil más prestigioso de la nación, a Gordon B. Hinckley, presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. La citación oficial declaró: “Como presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y a lo largo de casi 70 años en el liderazgo de la Iglesia, Gordon B. Hinckley ha inspirado a millones... Sus incansables esfuerzos por difundir la palabra de Dios y promover la buena voluntad han fortalecido su fe, su comunidad y nuestra nación.”

Después de la ceremonia de premiación, el presidente Hinckley se reunió con reporteros en la Sala Este de la Casa Blanca. Allí aprovechó la oportunidad para comentar “cuánto ha mejorado el trato hacia la Iglesia” durante los últimos 165 años. Contrastó la amabilidad y el honor que le mostró el presidente Bush ese día de 2004 con el trato irrespetuoso que el presidente Martin Van Buren dio a José Smith cuando se conocieron por primera vez en la residencia presidencial —más tarde conocida como la Casa Blanca— en 1839.

El presidente Hinckley explicó que José Smith y su compañero habían visitado la capital de la nación “para abogar por nuestro pueblo, que había sido despojado, perseguido y expulsado, y fueron rechazados por el presidente Van Buren.” La historia del memorable viaje de José Smith a Washington D. C. durante el otoño e invierno de 1839–40 es una historia importante.

El trágico evento que finalmente condujo al viaje de José a la capital fue la firma por parte del gobernador de Misuri, Lilburn W. Boggs, de la infame orden de exterminio el 27 de octubre de 1838. Este vergonzoso decreto

obligó a casi toda la población mormona a huir del estado durante el invierno y la primavera de 1838–1839.

En medio de este doloroso éxodo, los líderes de la Iglesia debatieron maneras en que los santos pudieran obtener compensación por la pérdida de sus propiedades y los sufrimientos padecidos durante las persecuciones en Misuri. En marzo de 1839, mientras se hallaba prisionero en la cárcel de Liberty, José recibió una revelación en la que se decía que la Iglesia debía apelar su causa ante el gobierno de los Estados Unidos para obtener compensación por el maltrato sufrido por los santos. La revelación exhortaba a los miembros de la Iglesia a “[reunir] conocimiento de todos los hechos, y sufrimientos y abusos que se les hayan impuesto por parte del pueblo de este Estado [Misuri]” (DyC 123:1). Estos hechos fueron registrados en forma de declaraciones juradas, conocidas como *peticiones de reparación*.

Siete meses después, el 20 de octubre de 1839, el sumo consejo de Nauvoo votó que José Smith fuera como delegado a Washington D. C. para presentar las quejas de la Iglesia ante el presidente de los Estados Unidos y el Congreso. Para el 28 de octubre, Sidney Rigdon y Elias Higbee fueron nombrados para acompañar al Profeta. Además, Orrin Porter Rockwell sirvió como cochero del grupo.

Estos cuatro hombres partieron de Nauvoo, Illinois, en una carreta tirada por dos caballos el martes 29 de octubre de 1839, y viajaron hasta Quincy, Illinois, donde Sidney Rigdon enfermó. Entre Quincy y Springfield, Illinois, Robert Foster —un médico— se unió al grupo para cuidar del presidente Rigdon. El grupo llegó a Springfield, la capital del estado, el lunes 4 de noviembre.

José y sus acompañantes permanecieron en Springfield la mayor parte de la semana, y el Profeta predicó en varias ocasiones. Uno de sus oyentes fue el general James Adams, juez de sucesiones del condado, quien invitó a José Smith a su casa y, según se informa, lo trató como si fuera su propio hijo. El juez Adams también escribió una carta de recomendación dirigida al presidente Martin Van Buren en favor de José y de los demás delegados.

Durante su estancia en Springfield, José Smith escribió una emotiva carta a su esposa Emma. Esta correspondencia ofrece una visión del lado íntimo del Profeta y de su disposición a sacrificar el tiempo con su familia por la

causa de la Iglesia. En la carta, José expresó su “constante ansiedad” por su esposa e hijos. Le resultó especialmente doloroso dejar a su hijo Frederick, de tres años, quien estaba enfermo en el momento de su partida. El Profeta lamentó:

“Será un tiempo largo y solitario durante mi ausencia de ti, y solo un sentido de humanidad pudo haberme impulsado a un sacrificio tan grande; ¿pero he de ver a tantos perecer y [no] buscar reparación? No, lo intentaré esta vez en el [nombre] del Señor; por tanto, ten paciencia.”

José Smith y su grupo partieron de Springfield el 8 de noviembre de 1839, o poco después. Tardaron aproximadamente diez días en llegar a Columbus, Ohio. Para entonces, Sidney Rigdon estaba demasiado enfermo para continuar el viaje. Ante esas circunstancias, el Profeta consideró que lo mejor era dejar al presidente Rigdon en Columbus al cuidado del Dr. Foster hasta que recuperara la salud. Orrin Porter Rockwell se quedó con ellos. José Smith y Elias Higbee continuaron el viaje en diligencia.

Durante la última etapa del trayecto, el Profeta protagonizó un acto de valentía tan emocionante como cualquier escena de una clásica película del viejo oeste. Cuando la diligencia se aproximaba a Washington D. C., el cochero detuvo el carro y entró en una *public house* (taberna) para tomar un trago. Mientras el conductor disfrutaba de su “grog”, los caballos se asustaron y “bajaron la colina a toda velocidad”. Como puede imaginarse, los pasajeros estaban aterrados, y algunos entraron en pánico. Una mujer se puso tan histérica que intentó arrojar a su propio bebé por la ventana. En ese momento desesperado, José realizó un acto notable de coraje: abrió la puerta de la diligencia, trepó por un costado hasta llegar al asiento del conductor, tomó las riendas y logró detener los caballos “después de haber corrido unas dos o tres millas”. Ninguno de los pasajeros resultó herido.

Naturalmente, todos estaban muy agradecidos y calificaron el acto de José como “valiente y heroico”. Algunos de los pasajeros eran miembros del Congreso y plantearon la idea de mencionar el acto del Profeta en una sesión de ese cuerpo, “creyendo que tal conducta merecía ser recompensada mediante algún acto público”. Sin embargo, cuando los congresistas se enteraron de que su heroico salvador era José Smith, “el profeta mormón”, su entusiasmo se desvaneció rápidamente. El Profeta comentó: “No volví a oír de su alabanza, gratitud ni recompensa”.

José y Elias Higbee llegaron a la capital de la nación el jueves 28 de noviembre de 1839. Se hospedaron en una pensión económica en la esquina de Missouri y la Tercera Calle. José dijo que era “la pensión más barata que se puede conseguir en esta ciudad”. A la mañana siguiente, caminaron hasta la Casa Blanca y solicitaron una audiencia con el presidente Martin Van Buren. Fueron conducidos al salón, donde se les presentó al presidente. Le entregaron a Van Buren sus cartas de recomendación. Después de leer una de ellas, el presidente frunció el ceño y declaró: “¿Qué puedo hacer? ¡No puedo hacer nada por ustedes! Si hago algo, entraré en conflicto con todo el estado de Misuri”. Sin embargo, tras más conversación, Van Buren prometió reconsiderar su postura. “Dijo sentir simpatía por nosotros debido a nuestros sufrimientos”.

Durante el transcurso de la entrevista, hablaron de religión. El presidente Van Buren preguntó en qué se diferenciaba el mormonismo “de las demás religiones de la época”. El Profeta respondió que “nos diferenciábamos en el modo de bautismo y en el don del Espíritu Santo mediante la imposición de manos. Consideramos innecesario hacer muchas palabras al predicarle el Evangelio. Basta decir que tiene nuestro testimonio”.

Después de su visita con el presidente Van Buren, el Profeta y Elias Higbee se reunieron con varios senadores y representantes para abogar por su causa. El 6 de diciembre comenzaron una serie de reuniones con la delegación congresional de Illinois, las cuales resultaron especialmente útiles. Tras algunas deliberaciones, se decidió que los congresistas de Illinois redactarían un memorial y una petición, y que Richard P. Young, senador por Illinois, la presentaría ante el Senado.

La extensa petición, que está reproducida en la *Historia de la Iglesia*, consta de catorce páginas escritas a espacio sencillo. Enumera las persecuciones que los Santos sufrieron desde que fueron expulsados del condado de Jackson en 1833 hasta su éxodo a Illinois. El documento concluye con una súplica apasionada:

“Por nosotros mismos no vemos otra reparación, a menos que nos la otorgue el Congreso de los Estados Unidos. Y aquí hacemos nuestro llamamiento como ciudadanos americanos, como cristianos y como hombres, creyendo que el elevado sentido de justicia que existe en su honorable cuerpo no permitirá que tales opresiones se practiquen

impunemente contra ninguna parte de los ciudadanos de esta vasta república”.

El senador Young presentó fielmente la petición en el Senado, el cual, a su vez, la remitió al Comité Judicial.

Mientras tanto, José y Elias Higbee escribieron a los Santos en Illinois pidiéndoles que enviaran la mayor cantidad posible de declaraciones juradas que confirmaran específicamente sus persecuciones y pérdidas de propiedad en Misuri. En total, los delegados mormones presentaron al Congreso 491 peticiones individuales de reparación. Estas peticiones detallaban reclamaciones contra el estado de Misuri que ascendían a 1.381.044,00 dólares.

Mientras José Smith se encontraba en el Este, también aprovechó la oportunidad para hacer lo que más amaba: predicar el evangelio y visitar ramas de la Iglesia. El 21 de diciembre de 1839 tomó un tren hacia Filadelfia, donde “pasó varios días predicando y visitando de casa en casa”.

Parley P. Pratt, quien se encontraba en Filadelfia en ese momento, escribió sobre sus conversaciones con el Profeta: “Fue en ese momento que recibí de él la primera idea de la organización familiar eterna. ... De él aprendí que la esposa de mi seno podía serme asegurada por el tiempo y por toda la eternidad”. Elder Pratt también relató una ocasión en la que José Smith habló ante una multitud de tres mil personas reunidas en una gran iglesia en Filadelfia: “José se levantó como un león a punto de rugir; y estando lleno del Espíritu Santo, habló con gran poder, testificando de las visiones que había visto, del ministerio de ángeles que había disfrutado; y de cómo había encontrado las planchas del Libro de Mormón y las había traducido por el don y el poder de Dios”. Después de este evento, el élder Pratt escribió: “Toda la congregación quedó atónita; electrificada, por así decirlo, y abrumada por el sentido de verdad y poder con el que hablaba, y las maravillas que relataba. ... Muchas almas fueron reunidas al redil”.

El Profeta regresó a Washington D. C. a finales de enero de 1840, donde continuó predicando el evangelio. Pronunció un discurso de dos horas la noche del 5 de febrero de 1840, al cual asistió Matthew S. Davis, un congresista de los Estados Unidos. Davis escribió una carta a su esposa, Mary, describiendo en detalle el sermón del Profeta. El congresista explicó que el mormonismo “parece ser la religión de la mansedumbre, la

humildad y la persuasión suave". Concluyó su carta escribiendo: "He cambiado mi opinión sobre los mormones. Son un pueblo agraviado y muy maltratado".

Poco después del regreso de José Smith a la capital de la nación, tuvo otra entrevista con el presidente Van Buren, quien para entonces ya había perdido cualquier sentimiento de simpatía que pudiera haber tenido hacia la Iglesia. Según el Profeta, Van Buren lo trató con rudeza y declaró: "Señores, su causa es justa, pero no puedo hacer nada por ustedes. ... Si los apoyo, perderé el voto de Misuri".

Frustrado y decepcionado con el presidente, José se quejó de que el "curso completo [de Van Buren] demostraba que era un buscador de cargos públicos, que el engrandecimiento personal era su pasión dominante, y que la justicia y la rectitud no formaban parte de su carácter". El Profeta también sintió que ya no podía "apoyar con buena conciencia" a un hombre así al frente del gobierno. José concluyó que ya no era beneficioso permanecer en Washington y partió hacia Nauvoo el 20 de febrero o antes.

El Profeta estaba tan enfurecido con el presidente que declaró: "En mi camino de regreso no dejé de proclamar la iniquidad y la insolencia de Martin Van Buren hacia mí y hacia un pueblo agraviado ... y que nunca más sea elegido para ningún cargo de confianza o poder por el cual pueda abusar de los inocentes y dejar libres a los culpables".

La declaración de José Smith se cumplió. Martin Van Buren perdió las elecciones de 1840 ante William Henry Harrison, el candidato del partido Whig. En 1848, Van Buren se postuló nuevamente para presidente como candidato del Partido Suelo Libre "y no recibió ni un solo voto electoral".

Después de que el Profeta partió hacia Nauvoo, Elias Higbee se quedó atrás para trabajar con el Comité Judicial del Senado en la petición. Entre el 20 de febrero y el 24 de marzo, Higbee escribió seis cartas al Profeta informándole de las actividades del Senado. El 4 de marzo, el Comité Judicial presentó su informe oficial al Vigésimo Sexto Congreso de los Estados Unidos. En la práctica, el comité simplemente se lavó las manos en cuanto a cualquier jurisdicción o responsabilidad en el caso: "El comité, bajo estas circunstancias, no se ha considerado justificado en investigar la veracidad o falsedad de los hechos expuestos en la petición." Más adelante en el informe, el comité tuvo la osadía de recomendar que la Iglesia "acuda

a la justicia y magnanimidad del estado de Misuri.” Finalmente, recomendó “que el comité judicial quede relevado de seguir considerando el memorial en este caso.”

El 24 de marzo, Elias Higbee informó con tristeza: “Nuestro asunto aquí ha terminado por fin. Ayer se aprobó una resolución en el Senado para que el comité quedara relevado; y para que pudiéramos retirar los documentos adjuntos, lo cual ya he hecho. También he tomado una copia del memorial y deseo partir hacia el oeste de inmediato.” A pesar de que todo su trabajo terminó en decepción, Higbee parecía estar en paz con el hecho de haber hecho todo lo posible. Concluyó: “Pero no hay por qué llorar sobre la leche derramada. He hecho todo lo que he podido en este asunto.”

El 7 de abril, durante la conferencia general de la Iglesia en Nauvoo, Illinois, el Profeta José Smith dio un informe sobre sus viajes a Washington D. C. Al día siguiente, la conferencia agradeció formalmente a los delegados por sus esfuerzos al buscar reparación para los Santos por parte del gobierno nacional. La conferencia animó a los delegados a seguir intentando, pero no habría más intentos. José siempre había tenido la intención de que su viaje a la capital de la nación fuera su último intento de obtener reparación.

La revelación que José Smith había recibido en la cárcel de Liberty, en marzo de 1839, en la que se mandaba a los Santos reunir hechos para presentarlos “a los jefes del gobierno”, claramente indicaba que ese sería el “último esfuerzo” (DyC 123:6). Cuando José escribió a Emma durante su viaje a Washington, dijo con toda claridad que “intentaría esto una vez” en el nombre del Señor. Esta sería la tentativa final. El Profeta ahora se resignaba a dejar el asunto en manos de la Providencia. Esta actitud se expresó elocuentemente en la última instrucción dada a los delegados durante la conferencia general de abril de 1846. Se les dijo que, después de que todo lo demás hubiera fallado, “entonces apelaran nuestro caso al Tribunal del Cielo, creyendo que el Gran Jehová, que gobierna sobre el destino de las naciones y que nota incluso la caída de los gorrones, sin duda reparará nuestros agravios, y no pasará mucho tiempo antes de que nos vengue de nuestros adversarios.”

Capítulo 34

El Templo de Nauvoo

Richard O. Cowan

En Kirtland, José Smith aprendió que aquellos que murieran sin la oportunidad de aceptar el evangelio aún podrían calificar para el reino celestial (D. y C. 137:7-9). Fue en Nauvoo, sin embargo, donde él dio a conocer la práctica de realizar ordenanzas vicarias por los muertos.

El Profeta enseñó por primera vez la práctica del bautismo por los muertos en esta dispensación el 15 de agosto de 1840, en el funeral de Seymour Brunson, un fiel miembro del sumo consejo de Nauvoo.

José notó que en la congregación había una viuda cuyo hijo había muerto sin ser bautizado. Leyó de 1 Corintios 15:29 acerca de los santos del Nuevo Testamento que realizaban bautismos por los muertos y “comentó que el evangelio de Jesucristo traía alegres nuevas de gran gozo” para esta viuda y para toda la humanidad. Explicó que “el plan de salvación estaba diseñado para salvar a todos los que estuvieran dispuestos a obedecer los requerimientos de la ley de Dios”. Inmediatamente, los miembros de la Iglesia comenzaron con entusiasmo a realizar la ordenanza del bautismo en el río Misisipi a favor de sus seres queridos fallecidos, con la familia de José Smith liderando el ejemplo.

El Profeta continuó enfatizando este principio. Al predicar en una conferencia el 2 de octubre de 1841, declaró:

“Supongamos el caso de dos hombres, hermanos, igualmente inteligentes, instruidos, virtuosos y amables, que caminan en rectitud y en toda buena conciencia... Uno muere y es sepultado, sin haber escuchado jamás el Evangelio de la reconciliación; al otro se le envía el mensaje de salvación, lo oye y lo acepta, y se convierte en heredero de la vida eterna. ¿Debe uno convertirse en participante de la gloria y el otro ser consignado a una perdición sin esperanza? ¿No hay posibilidad de escape para él? El sectarismo responde: ninguna”.

El Profeta entonces reconoció “la sabiduría y misericordia de Dios al preparar una ordenanza para la salvación de los muertos”. Luego, en tono de advertencia, concluyó: “Aquellos santos que la descuiden en favor de sus parientes fallecidos, lo hacen con peligro de su propia salvación”.

Con tal aliento y advertencia, los santos aprovecharon de inmediato la oportunidad de hacer disponibles las ordenanzas y bendiciones del evangelio a sus seres queridos difuntos. Para 1844, el año del martirio del Profeta, se habrían realizado aproximadamente 15,722 bautismos por los muertos. Típicamente, estos eran realizados a favor de familiares.

Mientras tanto, a principios de agosto de 1840, la Primera Presidencia declaró que había llegado el momento de construir un templo:

“...donde se puedan atender las ordenanzas de acuerdo con Su voluntad divina.”

Una revelación recibida el 19 de enero de 1841 señalaba específicamente la necesidad de que los santos construyeran el templo:

“Porque no hay lugar en la tierra donde él pueda venir y restaurar de nuevo lo que os fue quitado, o que él ha retirado, es decir, la plenitud del sacerdocio” (D. y C. 124:28).

Específicamente, el Señor declaró que la ordenanza del bautismo por los muertos “pertenece a mi casa” (D. y C. 124:30).

El Señor prometió mostrar al Profeta “todas las cosas concernientes a esta casa”, incluyendo “el lugar donde ha de ser edificada” (D. y C. 124:42). El sitio elegido para el templo estaba en terreno elevado en el extremo oriental de la ciudad, lo que ofrecía una vista impresionante del pueblo y del río Misisipi más abajo.

Por esa misma época, el Profeta José Smith invitó a quienes estuvieran interesados a presentar diseños para el templo propuesto. Se recibieron varios, pero ninguno lo satisfizo. Cuando William Weeks, un converso reciente que era arquitecto y constructor de Nueva Inglaterra, presentó sus planos:

“José Smith lo abrazó y dijo: ‘Tú eres el hombre que quiero.’”

Weeks se convirtió en el superintendente general de la construcción del templo.

Como había sucedido con el Templo de Kirtland, José testificó que el diseño del templo le había sido dado por revelación. Por ejemplo, cuando William Weeks cuestionó la conveniencia de colocar ventanas redondas en los costados del edificio, José explicó que las habitaciones pequeñas del templo podrían iluminarse con una luz en el centro de cada una de las ventanas, y que “cuando todo el edificio estuviera así iluminado, el efecto sería extraordinariamente majestuoso”. Por tanto, el Profeta insistió: “Deseo que sigas mis diseños. He visto en visión la espléndida apariencia de ese edificio iluminado, y deseo que se construya conforme al modelo que se me mostró.” El Templo de Nauvoo siguió el diseño general del templo anterior en Kirtland, con la adición de una fuente bautismal en el sótano y espacios para otras ordenanzas sagradas en el nivel del ático.

Se halló una cantera de piedra justo al norte de la ciudad, y en febrero de 1841 comenzaron las excavaciones para los cimientos del templo. El 6 de abril, se colocó la piedra angular del sureste bajo la dirección de la Primera Presidencia. En esa ocasión, José Smith declaró:

“Esta piedra angular principal, en representación de la Primera Presidencia, es ahora debidamente colocada en honor al Gran Dios; y que permanezca allí hasta que toda la estructura sea completada; y que lo mismo se logre con prontitud; para que los santos tengan un lugar donde adorar a Dios, y el Hijo del Hombre tenga donde recostar Su cabeza.”

Durante el verano y otoño de ese año, los santos impulsaron con entusiasmo la construcción del templo. Cuando aún había solo una fuente bautismal de madera temporal, rodeada de paredes de estructura de madera, José dedicó la instalación el lunes 8 de noviembre. Los primeros bautismos se realizaron allí dos semanas después ante una gran congregación que se había reunido para presenciar el evento.

Desde entonces, el Profeta y miembros del Cuórum de los Doce oficiaron frecuentemente en el templo. Por ejemplo, el 28 de diciembre de 1841, José Smith registró: “Bauticé a Sidney Rigdon en la fuente, por y en representación de sus padres; también bauticé a Reynolds Cahoon y a otros.”

Los santos, quienes habían recibido una investidura preliminar o parcial en Kirtland, sabían que con la construcción del Templo de Nauvoo había llegado el momento de revelar estas bendiciones de forma más plena. Las instrucciones que recibirían necesitaban darse en un lugar privado, ya que eran sagradas y darían a conocer “cosas que han estado ocultas desde antes de la fundación del mundo” (D. y C. 124:41).

Dicha instalación estuvo disponible antes de que se completara el templo, cuando José Smith abrió su tienda a comienzos de 1842. El segundo piso de esta estructura de ladrillo rojo, de 25 por 44 pies (aproximadamente 7,6 por 13,4 metros), incluía la pequeña oficina del Profeta y un área grande conocida como la “sala de asambleas”. Allí se organizó la Sociedad de Socorro el 17 de marzo de 1842, y se administraron las primeras investiduras siete semanas más tarde.

Con la ayuda de cinco o seis obreros, el Profeta dividió la sala principal para representar las diversas etapas del progreso eterno del hombre.

“Nosotros... nos pusimos a trabajar haciendo los preparativos necesarios”, recordó más tarde uno de los obreros, “y todo fue dispuesto para representar el interior de un templo tanto como las circunstancias lo permitieran, [el Profeta] estando con nosotros dictando todo.” Estos preparativos se completaron antes del mediodía del 4 de mayo de 1842, y más tarde ese mismo día se administraron las primeras investiduras. Siete hermanos líderes recibieron las instrucciones de la investidura, que se desenvolvieron conforme el grupo se desplazaba de una zona a otra en la sala de asambleas.

Con respecto a este significativo acontecimiento, José Smith registró:

“Pasé el día en la parte superior de la tienda... en consejo con [siete hermanos], instruyéndolos en los principios y el orden del sacerdocio, atendiendo a lavamientos, unciones, investiduras y la comunicación de llaves pertenecientes al Sacerdocio Aarónico, y así hasta la más alta orden del Sacerdocio de Melquisedec, exponiendo el orden referente al Anciano de Días, y todos aquellos planes y principios por los cuales cualquiera puede asegurarse la plenitud de esas bendiciones que han sido preparadas para la Iglesia del Primogénito, y subir y permanecer en la presencia del Elohim en los mundos eternos.

Y las comunicaciones que hice a este consejo fueron cosas espirituales, y deben ser recibidas solo por los espiritualmente dispuestos; y no se dio a

conocer a estos hombres nada que no se dará a conocer a todos los santos de los últimos días tan pronto como estén preparados para recibirlas, y se haya preparado un lugar adecuado para comunicarlas, aun al más débil de los santos; por tanto, que los santos sean diligentes en edificar el templo.”

Después de administrar estas primeras investiduras, el Profeta se dirigió a Brigham Young y le comentó: “Hermano Brigham, esto no está dispuesto perfectamente; sin embargo, hemos hecho lo mejor que pudimos dadas las circunstancias en las que nos encontramos. Deseo que tomes este asunto en tus manos: organiza y sistematiza todas estas ceremonias.” Para el momento del martirio del Profeta, unas cincuenta personas habían recibido las bendiciones de la investidura, ya sea en la sala de asambleas o en hogares privados.

A principios de septiembre de 1842, un grupo de misurianos cruzó el río Misisipi hacia Illinois amenazando con capturar a José Smith y llevarlo de regreso a Misuri. Al darse cuenta de que su vida corría peligro, José se ocultó. En medio de estas circunstancias estresantes, su mayor preocupación no era por sí mismo, sino por avanzar con la construcción del templo. Por medio de dos cartas, el Profeta dio a los santos más instrucciones sobre la obra vicaria por los muertos. Subrayó la importancia de tener un registrador presente, no solo para mantener un registro exacto, sino también para asegurar que cada ordenanza se realizara debidamente (D. y C. 127:6; 128:3).

El Profeta relacionó el mantener registros adecuados con el poder de atar o desatar en la tierra y que tal acción fuera reconocida en el cielo (D. y C. 128:8–9; comparar con Mateo 16:18–19). El poder de “atar en la tierra” y en el cielo estaba relacionado con las llaves que Elías había restaurado en 1836, justo después de la dedicación del Templo de Kirtland. Como las fuentes bautismales del templo simbolizan la tumba, el Profeta explicó que debían estar “debajo del lugar donde los vivos suelen congregarse” (D. y C. 128:13).

Finalmente, ampliando sobre los escritos de Pablo, José Smith declaró que “ellos [los padres] sin nosotros no pueden ser perfeccionados—ni nosotros sin nuestros muertos podemos ser perfeccionados”, y que “su salvación es necesaria y esencial para nuestra salvación” (D. y C. 128:15). Esto es así porque en el reino celestial estaremos organizados como la familia de Dios conforme al orden patriarcal. Por tanto, enseñó que debe existir “un

eslabón de unión de alguna clase entre los padres y los hijos” (D. y C. 128:18). Las ordenanzas vicarias por los muertos, concluyó, eran el medio para establecer ese vínculo.

Entre otras bendiciones reveladas durante estos años estuvo el matrimonio eterno. El Señor recalcó la santidad de la familia. Una revelación anterior a José Smith había afirmado que “el matrimonio es ordenado por Dios” como el medio para proporcionar tabernáculos terrenales a los espíritus que habían vivido antes de que el mundo fuera creado (D. y C. 49:15).

En mayo de 1843, el Profeta instruyó a los santos que, para alcanzar el grado más alto del reino celestial, era necesario entrar en “el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio” (D. y C. 131:2). Dos meses después, registró una revelación que declaraba: “Si un hombre se casa con una mujer en el mundo, y no se casa con ella por mí ni por mi palabra, y hace convenio con ella mientras esté en el mundo y ella con él, su convenio y matrimonio no tienen validez cuando estén muertos y fuera del mundo” (D. y C. 132:15). Después de estas instrucciones, se realizaron varios matrimonios por la eternidad.

Durante el último año de su vida, el Profeta José Smith se aseguró de que los Doce y otros recibieran las bendiciones más elevadas disponibles a través de las ordenanzas del templo, de modo que la autoridad necesaria para hacer avanzar la obra del Señor permaneciera en la tierra. El élder Orson Hyde recordó posteriormente que José “nos condujo a través de cada ordenanza del santo sacerdocio, y cuando hubo concluido con todas las ordenanzas, se regocijó mucho y dijo: ‘Ahora, si me matan, ustedes tienen todas las llaves y todas las ordenanzas, y pueden conferírselas a otros, y las huestes de Satanás no podrán destruir el reino’”.

El presidente Wilford Woodruff también recordó las instrucciones del Profeta:

Se mantuvo de pie unas tres horas. El cuarto estaba lleno como de fuego consumidor, su rostro era claro como el ámbar, y estaba revestido con el poder de Dios. ... “He recibido selladas sobre mi cabeza cada llave, cada poder, cada principio de vida y salvación que Dios haya dado a cualquier hombre que haya vivido sobre la faz de la tierra... Ahora”, dijo dirigiéndose a los Doce, “he sellado sobre vuestras cabezas cada llave, cada poder y cada principio que el Señor ha sellado sobre mi cabeza... Les digo, la carga

de este reino ahora reposa sobre sus hombros; tienen que llevarlo a todo el mundo, y si no lo hacen serán condenados”.

El martirio de José y de Hyrum Smith, ocurrido el 27 de junio de 1844, causó solo una pausa temporal en la construcción del templo. Aunque los santos sabían que pronto se verían obligados a abandonar Nauvoo y perder el acceso al templo, estuvieron dispuestos a gastar aproximadamente un millón de dólares para cumplir el sueño del Profeta de edificar una casa del Señor. Para el otoño del año siguiente, el templo estaba lo suficientemente completo como para comenzar a realizar ordenanzas en la planta superior. El 30 de noviembre de 1845, Brigham Young y veinte personas más que habían recibido su investidura de manos de José Smith se reunieron para dedicar esa área. Durante las siguientes nueve semanas, más de cinco mil santos de los últimos días recibieron su investidura, cumpliendo así el profundo deseo de José Smith de hacer disponibles estas bendiciones antes del éxodo hacia el oeste.

El Templo de Nauvoo fue dedicado en una ceremonia privada el 30 de abril de 1846, después de que la mayoría de los santos ya había dejado el área, y en una reunión pública al día siguiente. Solo dos años después, esta magnífica estructura fue destruida por un incendio, probablemente provocado por quienes estaban decididos a eliminar cualquier vínculo tangible que pudiera tentar a los “mormones” a regresar a Nauvoo. Pero los santos volverían. En 1999, el presidente de la Iglesia, Gordon B. Hinckley, anunció los planes para reconstruir el Templo de Nauvoo. Explicó que, además de proporcionar sagradas ordenanzas del templo, sería “un monumento” a José Smith y a los primeros santos de los últimos días que construyeron el templo original “allí a orillas del Misisipi”.

Capítulo 35

La Sociedad de Socorro Femenina de Nauvoo

Cynthia Doxey

La organización de la Sociedad de Socorro Femenina de Nauvoo demuestra la visión profética de José Smith al iniciar la obra de las mujeres en la Iglesia. “La Iglesia nunca estuvo perfectamente organizada hasta que las mujeres fueron así organizadas”, dijo el Profeta respecto a la sociedad. En 1992, durante la celebración del sesquicentenario de su organización, el presidente Gordon B. Hinckley, primer consejero de la Primera Presidencia de la Iglesia, reconoció a la Sociedad de Socorro como “la organización más grande y eficaz de su clase en todo el mundo.”

Aunque la Sociedad de Socorro no fue organizada sino hasta el 17 de marzo de 1842, antes de esa fecha las mujeres de la Iglesia combinaban sus talentos para prestar un servicio significativo. Cuando se estaba construyendo el Templo de Kirtland, las mujeres donaron dinero, materiales y trabajo para ayudar a vestir y alimentar a los obreros y embellecer el templo. Heber C. Kimball recordó: “Nuestras mujeres se dedicaban a hilar y tejer con el fin de vestir a los que trabajaban en la construcción.” Cuando José Smith observó a las mujeres cosiendo velos para el templo, dijo: “Las hermanas siempre son las primeras y las principales en toda buena obra. María fue la primera en la resurrección; y las hermanas ahora son las primeras en trabajar en el interior del templo.”

Después de la pérdida de hogares, propiedades y vidas en Kirtland y Misuri, estas mismas mujeres, junto con muchas otras, se establecieron en las orillas del Misisipi. Allí ayudaron a construir la famosa ciudad de Nauvoo. Desempeñaron un papel clave en el éxito de esa comunidad mediante su ingenio y frugalidad como amas de casa. Las mujeres, a veces solas durante largos períodos mientras sus esposos servían en misiones, no solo mantenían sus hogares en funcionamiento, sino que aceptaban oportunidades adicionales para trabajar como maestras, costureras, tejedoras, sombrereras y lavanderas.

Aunque la mayoría de las mujeres de Nauvoo tenían experiencia laboral tanto dentro como fuera del hogar, reconocían las necesidades de sus vecinas cercanas y deseaban organizarse para ayudarlas y promover la obra de la Iglesia.

Organización en Nauvoo

Sarah Melissa Granger Kimball, esposa de Hiram Kimball, un prominente comerciante de Nauvoo, expresó su deseo de ayudar a los pobres que trabajaban en las canteras del templo en Nauvoo. Más tarde recordó que una tal señorita Cooke (Cook) era “costurera para mí, y el tema de combinar nuestros esfuerzos para ayudar a los obreros del templo surgió en la conversación”. La señorita Cooke no tenía los medios para comprar tela para vestir a los obreros, pero estaba dispuesta a coser camisas para ellos. Sarah sí tenía los medios, así que ambas mujeres combinaron sus talentos. Al sentirse satisfechas con esa iniciativa, Sarah concluyó que “algunas de nuestras vecinas quizá quisieran combinar sus medios y esfuerzos con los nuestros.”

Ella y la señorita Cooke invitaron a algunas mujeres del vecindario a unirse a ellas para formar una sociedad femenina. Su primera reunión tuvo lugar en la casa de los Kimball el 4 de marzo de 1842. En esta reunión, las mujeres presentes expresaron la creencia de que era necesario tener una constitución y estatutos para su organización. Eliza R. Snow fue designada para redactar dichos documentos. Después de hacerlo, los presentó a José Smith para su aprobación. El Profeta observó que lo que ella había escrito era “lo mejor que había visto jamás”, pero le aseguró a Eliza que el Señor tenía algo mejor preparado para las mujeres de Nauvoo. Invitó a un grupo selecto de mujeres a reunirse en el cuarto superior de su tienda de ladrillo rojo el jueves por la tarde, 17 de marzo, con el propósito de organizar “a las mujeres bajo el sacerdocio según el modelo del sacerdocio.”

El 17 de marzo, veinte mujeres acudieron a ese cuarto superior. José Smith, John Taylor y Willard Richards —quien fue designado como secretario de esa primera reunión— estuvieron presentes para recibirlas. En la reunión, José expresó su esperanza de que “la Sociedad de Hermanas pudiera provocar a los hermanos a buenas obras al ocuparse de las necesidades de los pobres” y que ayudaran a los hermanos en “corregir la moral y fortalecer las virtudes de la comunidad”. Luego organizó a las mujeres según el modelo de los quórumes del sacerdocio, es decir, con una

presidenta y dos consejeras para dirigir. El acta de esa primera reunión también revela que él les dijo a las hermanas que “las ordenaría para presidir la Sociedad—y que presidieran tal como la Presidencia preside sobre la Iglesia; y si necesitan su instrucción—que se la pidan, y él se las dará de tiempo en tiempo”.

El Profeta evidentemente sentía que al organizar a las hermanas, estaba estableciendo una conexión entre el sacerdocio y las mujeres de la Iglesia que sería importante para promover la obra del Señor. En una conferencia de la Sociedad de Socorro en la Estaca Weber en 1880, Franklin D. Richards reconoció esta relación cuando dijo: “Las Sociedades de Socorro están organizadas en perfecta armonía con el orden de la Iglesia y del sacerdocio, de modo que no hay razón para ninguna discordia entre los oficiales o miembros” del sacerdocio o de la sociedad.

Decisiones organizativas importantes

En la primera reunión, se discutieron y votaron varios puntos de negocio, utilizando el orden democrático que José Smith enseñó a las mujeres. El primer punto del orden del día fue elegir a una presidenta. Elizabeth Whitney propuso que Emma Smith fuera elegida presidenta. La moción fue secundada por la hermana Packard y aceptada unánimemente. Emma eligió como sus consejeras a Sarah M. Cleveland y Elizabeth Ann Whitney. Después de su selección, José leyó una revelación dada a Emma Smith en 1830 (D. y C. 25), en la cual Emma fue llamada “una dama escogida”, quien fue “ordenada por [la] mano [de José] para declarar las escrituras, y para exhortar a la Iglesia, conforme se te dé por mi Espíritu” (D. y C. 25:3, 7). José explicó que cuando el Señor la llamó una dama escogida (una frase que también se encuentra en 2 Juan 1:1), fue porque ella fue “escogida para presidir”. También enseñó que en el momento de la revelación de 1830, Emma fue “ordenada... para declarar las Escrituras” y para “enseñar a la parte femenina de [la] comunidad”, dando a entender que su llamamiento como presidenta de la Sociedad de Socorro era un cumplimiento de esa revelación. La presidencia fue apartada por el élder John Taylor.

Se discutió entonces el nombre de la sociedad. Sarah Cleveland y Elizabeth Whitney sugirieron que la organización se llamaría la *Sociedad de Socorro Femenina de Nauvoo*. El élder John Taylor propuso que la palabra *Socorro* fuera reemplazada por la palabra *Benéfica*. José Smith estuvo de acuerdo

con el élder Taylor, recordando a las hermanas que *benéfica* era una palabra mucho más popular entre las sociedades de la época, y que *socorro* podría malinterpretarse como la liberación de criminales de su castigo. Emma Smith consideró que la misma popularidad de la palabra *benéfica* era “una gran objeción”, ya que había algunas sociedades benéficas que se habían corrompido, y ella “no deseaba que se la llamara como a otras sociedades del mundo”. Eliza R. Snow coincidió con Emma, diciendo que “las instituciones populares del día no deberían ser nuestra guía”. Entonces Emma comentó: “Vamos a hacer algo extraordinario”. Se presentó el nombre “*Sociedad de Socorro Femenina de Nauvoo*”, y fue aceptado unánimemente.

Este intercambio muestra el proceso democrático que ocurrió en la primera reunión. Durante el proceso, José enseñó a las mujeres acerca del procedimiento de votación y cómo tomar decisiones. Se consideraba a las mujeres inteligentes y capaces de tomar sus propias decisiones, y los líderes mormones estaban dispuestos a ser instruidos por ellas, lo que demuestra una igualdad entre hombres y mujeres que no siempre estaba presente en la sociedad estadounidense del siglo XIX. Comentando este intercambio, Emmeline B. Wells observó en 1880 que la organización de la Sociedad de Socorro “presentó la gran cuestión femenina a los Santos de los Últimos Días, antes de que existieran las organizaciones por los derechos de la mujer... en América, Gran Bretaña y Europa”. Ella reconoció que, a diferencia de otras organizaciones femeninas, la Sociedad de Socorro no oponía a las mujeres contra los hombres, sino que las situaba “como colaboradoras y ayudas idóneas en todo lo que se relaciona con el bienestar... tanto de hombres como de mujeres”. Gracias a esta orientación, las integrantes de la sociedad tuvieron grandes oportunidades para aumentar su capacidad intelectual y moral, así como su “don de fe”.

Propósito caritativo de la sociedad

A medida que la sociedad avanzaba en la ayuda a sus vecinas, José y Emma aprovecharon la ocasión para delinejar los propósitos y el trabajo esperado de la sociedad. José dijo: “Todo lo que tenga para dar a los pobres, lo daré a esta Sociedad”. Ofreció “cinco libras en oro para comenzar el fondo de la Institución”. Emma Smith habló de la necesidad constante de aliviar a los pobres y afligidos. Enseñó que “cada miembro debería tener la ambición de hacer el bien” y que cada una debería “velar por la moral y tener mucho

cuidado con el carácter y la reputación de las miembros de la Institución”. José observó que “es natural que las mujeres tengan sentimientos de caridad—ahora están en una posición en la que pueden actuar de acuerdo con esas simpatías que Dios ha plantado en sus pechos”.

Brindar ayuda a los miembros de la comunidad con necesidades temporales pronto se convirtió en una prioridad fundamental para la sociedad. Las actas de las reuniones de la sociedad revelan discusiones sobre las necesidades de las familias locales y la recolección de dinero, ropa y alimentos para ayudarlas. Parece que las mujeres de la Sociedad de Socorro llevaron a cabo con entusiasmo su obra caritativa, no solo proveyendo bienes y recursos, sino también donando su tiempo al hilar lana y lino, coser ropa y cuidar a los enfermos. Eliza R. Snow observó que en el invierno de 1843, tantas personas sufrieron por la exposición al clima y por enfermedades que “de no haber sido por la ayuda oportuna de la Sociedad de Socorro Femenina (habrían) sufrido mucho, y probablemente algunas habrían perecido.”

Con el fin de facilitar la obra caritativa de la sociedad en Nauvoo y sus alrededores, las mujeres comenzaron un programa de visitas. Se designaron cuatro hermanas de cada barrio de Nauvoo para “buscar a los pobres y afligidos” y “recurrir a los ricos en busca de ayuda y así, en la medida de lo posible, aliviar las necesidades de todos.” Las visitas entre hermanas que comenzaron en Nauvoo fueron precursoras del actual programa de maestras visitantes de la sociedad.

Crecimiento espiritual y hermandad

Aunque el propósito declarado de la naciente sociedad era ayudar a los pobres, José vio las reuniones de la sociedad como una oportunidad para que las mujeres aprendieran juntas principios del evangelio en un espíritu de hermandad. Él asistía con frecuencia a sus reuniones y hablaba a las mujeres sobre sus deberes como seguidoras de Jesucristo. Las exhortaba a apoyarse mutuamente y a ayudarse unas a otras a mejorar. Dijo: “Nada está tan calculado para inducir a la gente a abandonar el pecado como tomarlas de la mano y velar por ellas con ternura.” El Profeta también enseñó que la sociedad debía recibir instrucción de quienes fueran designados para dirigirla. Declaró: “Ahora os entrego la llave en el nombre de Dios, y esta Sociedad se regocijará, y el conocimiento y la inteligencia

fluirán desde este momento; este es el comienzo de días mejores para esta Sociedad.”

Aunque las bendiciones del templo aún no estaban disponibles para los santos en general, José Smith prometió a las mujeres de la sociedad que tendrían la oportunidad de ser investidas con un don de Dios y que el orden sagrado del matrimonio se extendería hasta la eternidad. Por lo tanto, la Sociedad de Socorro también prepararía a mujeres justas para recibir las bendiciones prometidas de las ordenanzas del templo.

Junto con el servicio, el aprendizaje y la preparación para recibir las bendiciones esperadas, era natural que las mujeres de la sociedad comenzaran a preocuparse profundamente unas por otras. Lucy Mack Smith elogió ese cuidado y amonestó: “Debemos amarnos unas a otras, velar unas por otras, consolarnos mutuamente y adquirir instrucción para que todas podamos sentarnos juntas en el cielo.” El espíritu de hermandad que creció con cada reunión se considera una de las razones por las que tantas mujeres deseaban formar parte de la sociedad en Nauvoo.

Brindar ayuda a los miembros de la comunidad con necesidades temporales pronto se convirtió en una prioridad fundamental para la sociedad. Las actas de las reuniones de la sociedad revelan discusiones sobre las necesidades de las familias locales y la recolección de dinero, ropa y alimentos para ayudarlas. Parece que las mujeres de la Sociedad de Socorro llevaron a cabo con entusiasmo su obra caritativa, no solo proveyendo bienes y recursos, sino también donando su tiempo al hilar lana y lino, coser ropa y cuidar a los enfermos. Eliza R. Snow observó que en el invierno de 1843, tantas personas sufrieron por la exposición al clima y por enfermedades que “de no haber sido por la ayuda oportuna de la Sociedad de Socorro Femenina (habrían) sufrido mucho, y probablemente algunas habrían perecido.”

Con el fin de facilitar la obra caritativa de la sociedad en Nauvoo y sus alrededores, las mujeres comenzaron un programa de visitas. Se designaron cuatro hermanas de cada barrio de Nauvoo para “buscar a los pobres y afligidos” y “recurrir a los ricos en busca de ayuda y así, en la medida de lo posible, aliviar las necesidades de todos.” Las visitas entre hermanas que comenzaron en Nauvoo fueron precursoras del actual programa de maestras visitantes de la sociedad.

Crecimiento espiritual y hermandad

Aunque el propósito declarado de la naciente sociedad era ayudar a los pobres, José vio las reuniones de la sociedad como una oportunidad para que las mujeres aprendieran juntas principios del evangelio en un espíritu de hermandad. Él asistía con frecuencia a sus reuniones y hablaba a las mujeres sobre sus deberes como seguidoras de Jesucristo. Las exhortaba a apoyarse mutuamente y a ayudarse unas a otras a mejorar. Dijo: “Nada está tan calculado para inducir a la gente a abandonar el pecado como tomarlas de la mano y velar por ellas con ternura.” El Profeta también enseñó que la sociedad debía recibir instrucción de quienes fueran designados para dirigirla. Declaró: “Ahora os entrego la llave en el nombre de Dios, y esta Sociedad se regocijará, y el conocimiento y la inteligencia fluirán desde este momento; este es el comienzo de días mejores para esta Sociedad.”

Aunque las bendiciones del templo aún no estaban disponibles para los santos en general, José Smith prometió a las mujeres de la sociedad que tendrían la oportunidad de ser investidas con un don de Dios y que el orden sagrado del matrimonio se extendería hasta la eternidad. Por lo tanto, la Sociedad de Socorro también prepararía a mujeres justas para recibir las bendiciones prometidas de las ordenanzas del templo.

Junto con el servicio, el aprendizaje y la preparación para recibir las bendiciones esperadas, era natural que las mujeres de la sociedad comenzaran a preocuparse profundamente unas por otras. Lucy Mack Smith elogió ese cuidado y amonestó: “Debemos amarnos unas a otras, velar unas por otras, consolarnos mutuamente y adquirir instrucción para que todas podamos sentarnos juntas en el cielo.” El espíritu de hermandad que creció con cada reunión se considera una de las razones por las que tantas mujeres deseaban formar parte de la sociedad en Nauvoo.

Capítulo 36

Las enseñanzas del Profeta en Nauvoo

Kent P. Jackson

El período de Nauvoo de José Smith, desde mediados de 1839 hasta mediados de 1844, fue una época extraordinaria, quizá sin parangón en la historia del mundo, salvo cuando Jesús estuvo físicamente presente en la tierra. Durante esos cinco años, el Profeta pronunció discursos públicos y privados que descorrieron los velos del cielo, permitiéndonos vislumbrar tanto nuestra existencia premortal como nuestras posibilidades postmortales.

El Profeta había enseñado el evangelio abiertamente desde el comienzo de la Restauración, pero antes del período de Nauvoo, sus discursos públicos parecían desempeñar un papel menor en su ministerio que otros aspectos de su llamamiento, como la traducción y publicación de libros y revelaciones sagradas, la organización de la Iglesia, la administración diaria de los asuntos de la Iglesia, la construcción de edificios y el establecimiento de comunidades.

El Profeta había delegado gran parte de la predicación pública a su consejero en la Primera Presidencia, el talentoso y experimentado orador Sidney Rigdon, quien había sido llamado por revelación para ser su portavoz (D. y C. 35:23; 100:9–11). Pero cuando José salió en la primavera de 1839 de su encarcelamiento en Liberty Jail, parecía traer consigo una nueva urgencia por dar a conocer las cosas de Dios. Durante los años siguientes en Nauvoo, compartir sus enseñanzas con la Iglesia fue claramente una de sus más altas prioridades.

Estamos en deuda con los eruditos Andrew F. Ehat y Lyndon W. Cook por haber publicado en 1980 la colección *The Words of Joseph Smith (Las palabras de José Smith)*, que contiene todas las transcripciones conocidas hasta ese momento de los discursos del Profeta en Nauvoo. Ese libro

permitió a los lectores acceder, por primera vez, a importantes fuentes primarias que documentan las enseñanzas del Profeta José Smith.

Más de 170 discursos distintos del Profeta están registrados en el período de Nauvoo. Algunos fueron sesiones de enseñanza para grupos pequeños, pero otros fueron sermones ante grandes audiencias públicas. Muchos de estos discursos fueron registrados por miembros de la Iglesia sin asignación oficial, que amaban a José Smith y deseaban documentar sus enseñanzas, como Martha Jane Coray y James Burgess. Pero el Profeta también empleó escribas oficiales, como Willard Richards, Thomas Bullock y William Clayton, cuyas contribuciones para preservar sus palabras son profundas. Muchas de las transcripciones de los discursos del Profeta son fragmentarias e incompletas, pero en algunos casos contamos con registros extensos y relativamente claros. Somos especialmente afortunados cuando más de un escriba registró un mismo sermón, ya que esto proporciona valiosas verificaciones de la exactitud de las transcripciones y testigos colaborativos de las enseñanzas del Profeta.

Para el año 1843, se registran cincuenta discursos, con un promedio de aproximadamente uno por semana. La mayor concentración tuvo lugar durante las conferencias generales de abril y octubre. El cincuenta por ciento de los discursos de 1843 se dieron en domingos, y el resto se distribuyó más o menos uniformemente durante los demás días de la semana. Debido a que muchos de los sermones se realizaban al aire libre, fueron menos frecuentes durante los meses de invierno. Los discursos al aire libre se llevaban a cabo en el sitio del templo, en más de un lugar llamado “la Arboleda”, y en otros sitios.² Mucho esfuerzo se requería del Profeta para predicar en estos discursos al aire libre. No existía un sistema de amplificación, las multitudes eran enormes—casi siempre de miles, y a veces hasta de diez mil personas—y los sermones eran, por lo general, muy largos. En un discurso dado el 8 de abril de 1843, el Profeta declaró:

“Tengo tres peticiones que hacer a la congregación. La primera es que todos los que tengan fe la ejerzan, para que el Señor esté dispuesto a calmar el viento. La segunda es que oren por mí, para que el Señor fortalezca mis pulmones y así pueda hacerme oír por todos. Y la tercera es que el Espíritu Santo repose sobre mí para que me permita declarar aquellas cosas que son verdaderas.”

Al día siguiente, Willard Richards, quien llevaba el diario del Profeta, registró: “José comentó que algunos quizá esperaban que él predicara, pero su corazón y pulmones no lo permitían.”

Un miembro de la Iglesia registró sus sentimientos al escuchar uno de los sermones del Profeta:

“Por supuesto, sentíamos el deseo de ver al Profeta José; al día siguiente (domingo) nos dirigimos al Templo (entonces en estado inconcluso) para escucharlo predicar. Fue gratificante verlo y escucharlo en esa ocasión, y pronto sentimos y supimos que estábamos escuchando a alguien que no había sido enseñado por hombres—tan diferentes eran todos sus pensamientos y lenguaje.”

Otro Santo de los Últimos Días contemporáneo escribió:

“He escuchado sus claras y magistrales explicaciones de preguntas profundas y difíciles. Para él, todas las cosas parecían simples y fáciles de entender, y así podía hacerlas comprensibles para los demás como ningún otro hombre podía.”

El contenido de los sermones de José Smith en Nauvoo variaba según las necesidades de los miembros de la Iglesia. A menudo hablaba de las preocupaciones actuales de los santos, como las persecuciones en Misuri y sus secuelas, la edificación de Nauvoo, las persecuciones en Illinois y los acontecimientos políticos que afectaban el bienestar de los santos. Pero, más que cualquier otra cosa, el Profeta enseñaba doctrina, y lo hacía con una comprensión más clara de la verdad doctrinal que cualquier otro hombre de los tiempos modernos. En una ocasión dijo que él “entendía la plenitud del evangelio desde el principio hasta el fin—y podía enseñarlo.”

“¿Cuándo he enseñado algo incorrecto desde este púlpito?”, preguntó.

“Nunca les he dicho que soy perfecto—pero no hay error en las revelaciones que he enseñado.”

“La doctrina que enseño es verdadera.”

José entendía que su misión no era solo recibir la palabra de Dios por revelación, sino también enseñarla:

“Es mi deber enseñar la doctrina”, declaró, y “es mi meditación todo el día, y más que mi alimento y mi bebida, saber cómo puedo hacer que los santos

de Dios comprendan las visiones que ruedan como un oleaje desbordante ante mi mente.”

Enseñaba doctrina principalmente citando, parafraseando y razonando a partir de las Escrituras. Al hacerlo, seguía el precedente de maestros doctrinales anteriores. Moroni, el primer mentor de José Smith, citó y comentó extensamente pasajes de las Escrituras cuando se apareció al joven Profeta en septiembre de 1823. En el relato de *José Smith—Historia*, el Profeta menciona cinco pasajes que Moroni citó y explicó, y afirmó que el ángel también “citó muchos otros pasajes de las Escrituras” (*José Smith—Historia* 1:41). El relato de *Messenger and Advocate* de Oliver Cowdery sobre la visita de Moroni—sin duda basado en lo que Cowdery aprendió de José—menciona unos treinta pasajes que Moroni citó o discutió.

El patrón de enseñar doctrina citando y discutiendo las Escrituras también se muestra en la visita de Jesús entre los descendientes de Lehi en el Libro de Mormón. El relato en 3 Nefi muestra a Jesús citando los escritos de profetas anteriores y aplicándolos y adaptándolos a las necesidades de su audiencia (3 Nefi 20–25). Este es, por lo tanto, un modelo de buena enseñanza del evangelio, y fue el modelo que siguió José Smith en muchos de sus sermones en Nauvoo.

Es interesante notar que, aunque el Profeta testificó del Libro de Mormón y de las revelaciones en *Doctrina y Convenios*, casi nunca incorporó pasajes de ellos en sus sermones. En cambio, enseñaba a partir de la Biblia. La Biblia era el libro que los primeros conversos santos de los últimos días conocían y al que recurrián en busca de respuestas reveladas. Sus divisiones en capítulos y versículos facilitaban el acceso y proporcionaban un sistema de referencia común, sin importar la edición utilizada. A principios del siglo XIX, los miembros de la Iglesia usaban *Doctrina y Convenios* principalmente como fuente para el gobierno de la Iglesia, y el *Libro de Mormón* se usaba principalmente como evidencia de que los cielos se habían abierto con nueva revelación. No fue sino hasta finales del siglo que esos libros obtuvieron divisiones en capítulos y versículos que los hicieron utilizables como referencias, y no fue sino hasta el siglo XX que los santos de los últimos días en general comenzaron a descubrir que nuestras fuentes más ricas de doctrina no están en la Biblia, sino en las Escrituras de la Restauración.

Pero las audiencias de José Smith poseían y conocían la Biblia, y fue la fuente que él eligió para enseñarles en sus sermones y escritos. Los relatos existentes enumeran cientos de versículos del Antiguo y del Nuevo Testamento que usó en sus discursos en Nauvoo. Una colección publicada de su comentario sobre la Biblia muestra que José Smith habló con mayor frecuencia de pasajes de los siguientes libros (número total de páginas entre paréntesis): Mateo (41), Génesis (26), Juan (14), Apocalipsis (14), 1 Corintios (13), Hebreos (12), Isaías (11), Hechos (11), Lucas (10) y Malaquías (8).

En los registros de los discursos de José Smith en Nauvoo, solo hay una ocasión en la que parece que el Profeta usó notas escritas para un sermón. Y considerando los cientos de versículos bíblicos a los que aludió, citó o parafraseó mientras hablaba, hay pocas evidencias de que llevara una Biblia consigo al púlpito. José dijo que “no era como los demás hombres” cuando hablaba en público: “Tenía que depender completamente del Dios viviente para todo lo que decía.” En esto, el período de Nauvoo fue quizás sin igual en la historia, salvo cuando Jesús estuvo en la tierra. Durante los primeros años del ministerio del Profeta, cuando se recibieron la mayoría de las revelaciones contenidas en Doctrina y Convenios, estas fueron dadas en palabras directas de Dios, y los escribas del Profeta registraban esas palabras en papel mientras él las dictaba.

Después de la experiencia del Profeta en la cárcel de Liberty y su llegada a Nauvoo, las revelaciones en palabras literales de Dios se volvieron menos frecuentes, pero los cielos permanecieron tan abiertos como siempre y continuaron derramando nueva luz sobre la Iglesia. Los sermones y otras sesiones de enseñanza de José Smith se convirtieron en los eventos reveladores primarios y en el medio principal mediante el cual el Señor trajo nueva luz del evangelio a la Iglesia. Así, cuando el Profeta analizaba pasajes bíblicos en sus discursos de Nauvoo, no simplemente usaba las Escrituras para reforzar las enseñanzas de profetas anteriores o ilustrar principios del evangelio. Estaba revelando cosas nuevas, y estaba dando a conocer por primera vez nuevas verdades del evangelio. En otras palabras, José Smith no enseñaba *a partir* de la Biblia; usaba los pasajes bíblicos como punto de partida para *revelar nueva doctrina* a la Iglesia.

Brigham Young fue uno de los que reconoció la bendición única de presenciar a José Smith en tales escenarios:

“La primera vez que lo escuché predicar, unió el cielo y la tierra... tomó el cielo, hablando figuradamente, y lo trajo a la tierra; y tomó la tierra, la elevó, y abrió, con claridad y sencillez, las cosas de Dios.”

En sus discursos de Nauvoo, el Profeta realmente estaba revelando al mundo las cosas de Dios, y el tema más importante que abordó fue Dios mismo. Junto con la revelación del templo y su propósito, puede decirse que la contribución doctrinal más duradera durante este período fue la enseñanza de José Smith sobre la naturaleza de Dios y del hombre, continuando el proceso de revelar a Dios que había comenzado con la Primera Visión.

“Pocos entienden el carácter de Dios”, declaró el Profeta. “No saben, no comprenden su relación con Dios... ¿Qué clase de ser es Dios?”

“Si los hombres no comprenden el carácter de Dios, no se comprenden a sí mismos. ¿Qué clase de ser es Dios? La vida eterna es conocer a Dios. Si el hombre no conoce a Dios, [él] no tiene la vida eterna.”

Durante los años en Nauvoo, y especialmente en los últimos meses de su vida, una parte importante de las enseñanzas públicas de José se dedicó a este tema. En el sermón fúnebre del miembro de la Iglesia King Follett, pronunciado durante la conferencia general del 7 de abril de 1844, y en el último discurso público de su vida el 16 de junio de 1844, José nos reveló al Dios del cielo y nos enseñó sobre nuestra verdadera relación con Él.

A continuación se enumeran algunas de las verdades que el Señor dio a conocer por medio de Su profeta acerca de la Deidad y el hombre, tal como fueron registradas por escribas en los discursos e instrucciones de Nauvoo:

1. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres seres distintos.

“Hay tres personajes en los cielos que poseen las llaves del poder.”

“Cada uno [es] una persona diferente o separada, y así [lo son] Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo: personas separadas.”

Como una de las grandes verdades reveladas en la Primera Visión, la importancia de esta doctrina se realza al contrastar claramente con las creencias fundamentales de la mayoría de los cristianos sobre la naturaleza de Dios:

“Siempre he declarado que Dios es un personaje distinto; Jesucristo [es] una persona separada y distinta de Dios el Padre; el Espíritu Santo es una persona o espíritu distinto. Y estos tres constituyen tres personajes distintos y tres Dioses.”

2. El Padre y el Hijo tienen cuerpos de carne y huesos.

“El Padre tiene un cuerpo de carne y huesos tan tangible como el del hombre; el Hijo también” (D. y C. 130:22).

“No hay otro Dios en los cielos sino aquel Dios que tiene carne y huesos.”

Esta doctrina es otro cambio dramático respecto a la doctrina cristiana tradicional. Dado que Dios tiene un cuerpo material, entonces “la idea de que el Padre y el Hijo habitan en el corazón del hombre es una antigua noción sectaria, y es falsa” (D. y C. 130:3).

3. El Espíritu Santo tiene un cuerpo de espíritu.

“El Hijo tiene un tabernáculo y también el Padre. Pero el Espíritu Santo es un personaje de espíritu sin tabernáculo.”

Aunque *tabernáculo* en esta declaración significa cuerpo físico, el Espíritu Santo no está sin cuerpo; tiene un cuerpo de espíritu. José Smith enseñó:

“No existe tal cosa como la materia inmaterial. Todo espíritu es materia, pero es más fino o puro, y solo puede ser discernido por ojos más puros; no podemos verlo; pero cuando nuestros cuerpos sean purificados, veremos que todo es materia” (D. y C. 131:7–8).

4. Dios es un hombre.

“Dios, que está entronizado, es un hombre como uno de ustedes. Ese es el gran secreto. Si hoy se rasgara el velo, y el gran Dios, que mantiene este mundo en su esfera u órbita, [y] los planetas—si lo vieran hoy, lo verían en toda la persona, imagen [y] forma misma del hombre. Porque Adán fue creado según la misma figura de Dios.”

Para los Santos de los Últimos Días, esta es una descripción literal.

5. Dios fue una vez como nosotros.

“Dios [es] un hombre como uno de nosotros.”

“Quiero que entiendan a Dios y cómo llegó a ser Dios. Suponemos que Dios

fue Dios desde la eternidad. Refutaré esa idea, o la eliminaré o quitaré el velo para que puedan ver. Es el primer principio saber que podemos conversar con Él y que una vez fue un hombre como nosotros... El Padre estuvo una vez en una tierra como nosotros.”

No sabemos con exactitud qué significa esta declaración, en parte porque el Profeta no profundizó en el tema, y nuestras Escrituras prácticamente guardan silencio respecto a sus implicaciones. Por lo tanto, tratamos este asunto y otros similares con reverencia y cautela. Como dijo José Smith, esta enseñanza retira el velo como nunca antes, y debería llevarnos a reflexionar sobre nuestra propia naturaleza y nuestra relación con nuestro Padre Celestial.

6. Hay otros Dioses.

Dado que Dios fue una vez como nosotros, como enseñó José Smith, se deduce que hay mucho sobre las edades pasadas del universo que aún no se ha revelado. Sin embargo, el Profeta enseñó que conocer quién es Dios “libera a uno para ver toda la belleza, santidad y perfección de los Dioses.” Dijo:

“Todo lo que quiero es obtener la simple verdad, [la] desnuda y completa verdad... Si Jesucristo fue el Hijo de Dios y... [si] Dios el Padre de Jesucristo tuvo un padre, pueden suponer que él también tuvo un padre. ¿Dónde hubo jamás un hijo sin un padre? ¿Dónde alguna vez surgió un árbol o cualquier cosa sin un progenitor? Y todo viene de esta manera... Por lo tanto, si Jesús tuvo un padre, ¿no podemos creer que él también tuvo un padre?”

De alguna manera aún no revelada para nosotros, y probablemente incomprendible también, existe un grandioso proceso celestial en funcionamiento, que ha existido a través de las eras. Pero nuestro Padre Celestial sigue siendo nuestro único Dios.

“Quiero expresarlo de manera clara y sencilla”, dijo José Smith. “No hay más que un Dios en lo que respecta a nosotros, en todo y a través de todo.”

Las Escrituras enseñan que nuestro Padre Celestial es el único Dios, porque todo el ámbito de nuestra existencia está bajo su gobierno divino, y en todas las cosas dependemos de Él y estamos sujetos a Él. No sabemos todo

lo que hay por saber, porque no toda la realidad del universo se relaciona con nosotros, y como el Señor le dijo a Moisés:

“Solamente te doy el relato de esta tierra y de sus habitantes” (Moisés 1:35).

7. Somos seres eternos.

“El espíritu del hombre no es un ser creado. Existió desde la eternidad y existirá por la eternidad.”

Dado que todo lo que conocemos tiene un comienzo, nos resulta difícil comprender un pasado eterno. A través del profeta José Smith, el Señor reveló mucho sobre nuestro origen:

“El alma, el espíritu inmortal...” “el alma, la mente del hombre, ¿de dónde vino?”

“Dicen que Dios la creó en el principio. Esa idea, en mi opinión, disminuye al hombre. No creo en esa doctrina [y] sé que no es así: Dios me lo dijo... Decimos que Dios existe por sí mismo... ¿Quién les dijo que el hombre no existía bajo el mismo principio?... La mente del hombre, la parte inteligente,”

“es tan inmortal como Dios mismo.”

Alguna parte de nosotros—descrita como “el espíritu”, “el alma”, “el espíritu inmortal”, “la mente del hombre”, “la parte inteligente” e “inteligencia”—es tan eterna como Dios mismo. Según José Smith, Dios no la creó; siempre ha existido:

“La inteligencia es eterna, y existe por sí misma.”

Es “un espíritu de edad en edad, y [no hay] creación en ello.”

8. Somos hijos de Dios.

Mencionada en estas enseñanzas de José Smith y aclarada por profetas posteriores está la doctrina de que en nuestra existencia antes de la tierra, nuestra “inteligencia” fue revestida con un cuerpo espiritual, y nacimos como hijas e hijos espirituales de Dios. El presidente Joseph F. Smith y sus consejeros declararon en 1909 que:

“El hombre, como espíritu, fue engendrado y nacido de padres celestiales, y criado hasta la madurez en las mansiones eternas del Padre, antes de venir a la tierra en un cuerpo temporal.”

Y como declararon el presidente Gordon B. Hinckley, sus consejeros y los Doce en 1995:

“Todos los seres humanos—hombre y mujer—fueron creados a imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija espiritual de padres celestiales, y como tal, cada uno tiene una naturaleza y un destino divinos. El género es una característica esencial de la identidad y propósito individual antes, durante y después de esta vida.”

Así, Dios no es solo nuestro Creador, sino también nuestro Padre.

Porque sabemos que somos hijos e hijas de la Deidad y que Dios es el Padre de nuestros espíritus, podemos comprender la revelación adicional de José Smith que fue expresada de manera poética por Eliza R. Snow poco después de la muerte del Profeta, en su poema *“Mi Padre Celestial”*:

Aprendí a llamarte Padre
Por tu Espíritu al mandar;
Pero hasta que vino el llavero,
No supe el porqué llamar.
¿Hay en el cielo padres solos?
¡Tal pensar no es de razón!
Verdad eterna—razón pura
Me enseña que hay madre allí.

9. Podemos llegar a ser como Dios.

“¿Cuál fue el propósito del Todopoderoso al crear al hombre? Fue exaltarlo para que llegara a ser como Dios.”

Esa breve declaración nos dice por qué Dios creó nuestros cuerpos espirituales, por qué creó nuestros cuerpos físicos y cuál es nuestro propósito final en la tierra. José Smith enseñó que:

“Todos los espíritus que Dios ha enviado al mundo son susceptibles de progreso.”

“Dios mismo... porque era mayor, consideró conveniente instituir leyes

mediante las cuales los demás pudieran tener el privilegio de avanzar como Él.”

Mediante leyes, ordenanzas y convenios, el Padre ofrece a sus hijos la oportunidad de desarrollar plenamente las cualidades divinas que heredan de Él. En un acto de profunda generosidad, Él nos ofrece todo lo que tiene (D. y C. 76:55; 84:38), lo cual es:

“heredar el mismo poder [y] exaltación, hasta que asciendan al trono del poder eterno, como aquellos que los han precedido,”

“gozando del mismo aumento, exaltación y gloria, hasta que lleguen a la posición de un Dios.”

Esto lo hacemos “al pasar de una capacidad pequeña a otra, de gracia en gracia, hasta la resurrección, y sentarnos en poder eterno como aquellos que nos han precedido... Cuando subes una escalera, debes empezar desde el primer peldaño hasta que aprendas el último principio del evangelio.

Porque es algo grande aprender la salvación más allá de la tumba.”

En verdad, “tomará mucho tiempo después de la tumba comprenderlo todo.”

Una vez más, un grandioso proceso celestial está en marcha en el universo. Un Dios amoroso nos proporciona incontables oportunidades de crecimiento y progreso si estamos dispuestos a confiar en Su plan y someternos a Su bondad y sabiduría. A través de José Smith, el Señor reveló que nosotros, hijas e hijos de Dios, hemos venido a un mundo lejano del hogar celestial de nuestro origen para desarrollar, por medio de las experiencias de la vida, las cualidades que nos harán semejantes a nuestro Padre Celestial.

Solo a través del plan de felicidad de nuestro Padre—realizado mediante Jesucristo, Su Hijo Unigénito en la carne—podemos llegar a saber quiénes somos en realidad. El Profeta enseñó que:

“Mediante la expiación de Cristo, la resurrección y la obediencia al evangelio, seremos nuevamente conformados a la imagen de su Hijo Jesucristo. Entonces habremos alcanzado la imagen, la gloria y el carácter de Dios.”

Al revelarnos a Dios en sus discursos e instrucciones en Nauvoo, el profeta José nos estaba dando a conocer las respuestas a las preguntas más universales de la vida:

“*¿Quién soy?*”

“*¿De dónde vengo?*”

“*¿Por qué estoy aquí?*”

“*¿A dónde voy?*”

El evangelio restaurado proporciona respuestas a esas preguntas y muchas más. A través de doctrinas, sacerdocio, convenios y llaves restaurados por medio de José Smith, hombres y mujeres están facultados para cumplir el propósito de su creación y ayudar a sus seres queridos a hacer lo mismo. Las enseñanzas del Profeta en Nauvoo sobre estos temas ponen en perspectiva todas las bendiciones del evangelio y nos permiten ver cómo encajan dentro del plan de Dios para nuestra felicidad eterna.

Capítulo 37

“Que adoren cómo, dónde o lo que deseen”

Fred E. Woods

“Es uno de los primeros principios de mi vida, y uno que he cultivado desde mi niñez, habiendo sido enseñado por mi padre,” escribió José Smith, “permitir a cada persona la libertad de conciencia.”

La misma sangre que corrió por las venas de los padres fundadores de América y de los primeros patriotas también pulsó en la ascendencia de Nueva Inglaterra de José. Esta herencia le infundió un profundo respeto por la libertad religiosa y un amor por la libertad, no solo para él mismo, sino para todos. Este paradigma de tolerancia religiosa, que comenzó como herencia, fue asegurado en los principios fundacionales establecidos en la Constitución de los Estados Unidos de América. José Smith llegó a ser un hombre que no podía separar la bandera de su Dios de la bandera de su país. Su defensa de la Constitución respaldaba la libertad de conciencia que él defendía. Declaró con valentía:

“Soy el mayor defensor de la Constitución de los Estados Unidos que existe sobre la tierra.”

El profeta José también recibió instrucción directa del Señor respecto a la sanción divina de la Constitución. Una de esas ocasiones fue en la víspera del 6 de agosto de 1833, justo cuando los santos de los últimos días estaban siendo expulsados del condado de Jackson, Misuri. José fue instruido:

“La ley del país que sea constitucional, que respalde ese principio de libertad en el mantenimiento de los derechos y privilegios, pertenece a toda la humanidad, y es justificable delante de mí. Por tanto, yo, el Señor, os justifico a vosotros, y a vuestros hermanos de mi iglesia, en apoyar esa ley que es la ley constitucional del país” (D. y C. 98:5–6).

Irónicamente, apenas cuatro meses después, tras haber sido expulsados ilegalmente los fieles mormones de sus hogares en Misuri, el Señor reiteró a José que la Constitución había sido divinamente establecida “y debe mantenerse para los derechos y protección de toda carne, conforme a principios justos y santos” (D. y C. 101:77). Ante semejante desprecio y abuso de estos principios, el Señor volvió a afirmar a José:

“Establecí la Constitución de esta tierra por medio de hombres sabios a quienes levanté para este mismo propósito” (D. y C. 101:80).

Estas seguridades divinas sin duda ayudaron a José a mantener su lealtad a los principios del gobierno de los Estados Unidos—un gobierno que no brindó auxilio ni a él ni a sus seguidores. Esta lealtad se evidenció dos años más tarde en la oración dedicatoria del Templo de Kirtland:

“Que aquellos principios, que fueron tan honrosa y noblemente defendidos, a saber, la Constitución de nuestra tierra, por nuestros padres, se establezcan para siempre” (D. y C. 109:54).

Palabras proféticas sobre la Libertad Religiosa

Los escritos del Profeta son coherentes con sus declaraciones públicas en defensa de la libertad religiosa. Después de pasar varios meses en una fría cárcel de Misuri por sus creencias religiosas, José escribió en la primavera de 1839:

“Tengo los sentimientos más liberales y sentimientos de caridad hacia todas las sectas, partidos y denominaciones; y los derechos y libertades de conciencia los considero sagrados y queridos, y no desprecio a ningún hombre por diferir de mí en cuestiones de opinión.”

Escribió al obispo Edward Partridge y a los santos en el extranjero:

“Debemos estar siempre conscientes de esos prejuicios que a veces se presentan tan extrañamente, y que son tan afines a la naturaleza humana, contra nuestros amigos, vecinos y hermanos del mundo, que eligen diferir de nosotros en opinión y en asuntos de fe. Nuestra religión es entre nosotros y nuestro Dios. Su religión es entre ellos y su Dios.”

Poco después de haber sido liberado de su injusto confinamiento en la cárcel de Liberty, José escribió:

“Todas las personas tienen derecho a su albedrío, porque Dios así lo ha ordenado. Ha constituido a la humanidad como agentes morales, y les ha dado el poder de escoger el bien o el mal; de buscar lo que es bueno, siguiendo el camino de la santidad en esta vida, lo cual trae paz mental y gozo en el Espíritu Santo aquí, y una plenitud de gozo y felicidad a Su diestra en la vida venidera; o de seguir un camino de maldad, continuando en el pecado y la rebelión contra Dios, trayendo así condenación a sus almas en este mundo y una pérdida eterna en el venidero. Puesto que el Dios del cielo ha dejado estas cosas al albedrío de cada individuo, no deseamos privarlos de ello. Solo deseamos actuar como centinelas fieles, de acuerdo con la palabra del Señor a Ezequiel el profeta... y dejar que los demás hagan como les parezca bien.”

La redacción de la Sección Uno de la Carta de Nauvoo, escrita en 1840, demuestra una vez más la gran preocupación del Profeta por preservar la libertad religiosa:

“Sea decretado por el concejo municipal de la ciudad de Nauvoo que los católicos, presbiterianos, metodistas, bautistas, santos de los últimos días, cuáqueros, episcopales, universalistas, unitarios, mahometanos, y todas las demás sectas y denominaciones religiosas, cualesquiera que sean, tendrán libre tolerancia e iguales privilegios en esta ciudad; y si alguna persona fuera hallada culpable de ridiculizar, abusar o de cualquier otra manera denigrar a otra debido a su religión, o de perturbar o interrumpir cualquier reunión religiosa dentro de los límites de esta ciudad, será considerado perturbador de la paz pública al ser condenado ante el alcalde o la corte municipal, y multado con una suma no mayor de quinientos dólares, o encarcelado por un período no mayor de seis meses, o ambas cosas, a discreción del mencionado alcalde y corte.”

En una carta de 1842, escrita a petición del editor del *Chicago Democrat*, John Wentworth, José articuló las creencias de los santos de los últimos días, que más tarde serían canonizadas como los “Artículos de Fe.” En el undécimo artículo, declaró:

“Reclamamos el derecho de adorar a Dios Todopoderoso conforme a los dictados de nuestra propia conciencia, y concedemos a todos los hombres el mismo privilegio: que adoren cómo, dónde o lo que deseen.”

Ese mismo año, José equilibró la doctrina de la libertad con las responsabilidades y restricciones que deben acompañar la libertad. En una carta a James Arlington Bennett, explicó:

“Todos los hombres... deberían ser libres... para pensar, actuar y decir lo que deseen, mientras mantengan el debido respeto por los derechos y privilegios de todas las demás criaturas, sin infringir ninguno. Esta doctrina la suscribo y practico con todo mi corazón.”

En un discurso público pronunciado en Nauvoo en 1843, José confirmó su respeto universal por la libertad religiosa:

“Los santos pueden testificar si estoy dispuesto a dar mi vida por mis hermanos. Si se ha demostrado que estoy dispuesto a morir por un ‘mormón’, me atrevo a declarar ante el cielo que estoy igualmente dispuesto a morir en defensa de los derechos de un presbiteriano, un bautista o un buen hombre de cualquier otra denominación; porque el mismo principio que pisotearía los derechos de los santos de los últimos días, pisotearía también los derechos de los católicos romanos, o de cualquier otra denominación que sea impopular y demasiado débil para defenderse.”

“Es el amor a la libertad lo que inspira mi alma—libertad civil y religiosa para toda la raza humana. El amor a la libertad fue infundido en mi alma por mis abuelos mientras me mecían sobre sus rodillas.”

En ese mismo discurso, José explicó el curso correcto al enfrentar creencias diferentes:

“Si considero que la humanidad está en el error, ¿debo aplastarlos? No. Los levantaré, y también a su manera, si no puedo persuadirlos de que mi camino es mejor; y no procuraré obligar a nadie a creer como yo, sino solo mediante el poder del razonamiento, porque la verdad abrirá su propio camino.”

Palabras proféticas sobre la libertad religiosa puesta a prueba

El Profeta tuvo la oportunidad de poner en práctica lo que predicaba en la primavera de 1843, cuando Samuel A. Prior, un predicador metodista, habló en Nauvoo. El reverendo Prior escribió sobre esa experiencia:

“Por la noche me invitaron a predicar, y así lo hice. La congregación fue numerosa y respetable; prestaron la máxima atención. Esto me sorprendió un poco, ya que no esperaba encontrar ninguna clase de tolerancia religiosa entre ellos. Después de que terminé, el élder Smith, quien había asistido, se levantó y pidió permiso para discrepar de mí en algunos pocos puntos doctrinales, lo cual hizo con suavidad, cortesía y conmovido; como alguien que deseaba más bien diseminar la verdad y corregir el error, que disfrutar de una maliciosa victoria en el debate contra mí. Me edificaron mucho sus palabras, y me sentí menos prejuiciado contra los mormones que nunca. Me invitó a visitarlo, y le prometí hacerlo.”

La predicación del reverendo en la ciudad de Nauvoo respaldaba la doctrina de José de que “uno de los grandes principios fundamentales del mormonismo es recibir la verdad, venga de donde venga.” Asimismo, José también declaró que:

“Debemos recoger todos los principios buenos y verdaderos que haya en el mundo y atesorarlos, o no seremos verdaderos ‘mormones’.”

José mostró bondad hacia aquellos que prestaban servicio en otras religiones, como se ilustra bellamente en la historia de un sacerdote católico local. En 1841, el Padre John Alleman, un sacerdote originario de Francia, llegó a su puesto asignado en Fort Madison, Territorio de Iowa. Desde allí ministraba a varios católicos que vivían en comunidades vecinas. Durante sus labores, su colega el reverendo Padre John Farmer comentó:

“Por extraño que parezca, José Smith y los mormones líderes siempre profesaron el mayor respeto y amistad hacia el gran sacerdote francés, como lo llamaban. El Padre Alleman relató una vez al autor que no tenía medios para cruzar el río Misisipi, para atender a un católico enfermo en el condado de McDonough, pero cuando los mormones hicieron saber a José Smith que el sacerdote deseaba cruzar, este no solo hizo que lo llevaran en una barcaza, sino que le proporcionó un carroaje para llegar hasta el enfermo.”

Este acto de servicio tendió un puente de entendimiento y tolerancia religiosa entre los santos de los últimos días y sus vecinos católicos. Ese puente fue ampliado por el Profeta:

“Mientras una parte del género humano juzga y condena a la otra sin misericordia, el Gran Padre del universo contempla a toda la familia

humana con cuidado paternal y afecto; los ve como su descendencia, y sin ninguno de esos sentimientos limitados que influyen en los hijos de los hombres, hace que ‘su sol salga sobre malos y buenos, y envía la lluvia sobre justos e injustos’. Él tiene en sus manos las riendas del juicio; es un Legislador sabio, y juzgará a todos los hombres, no conforme a las estrechas y limitadas nociones de los hombres, sino ‘según las obras hechas en el cuerpo, sean buenas o malas’, en Inglaterra, América, España, Turquía o la India.”

Conclusión

Los principios de libertad religiosa fueron presentados tanto en palabra como en acción por el profeta José Smith. Extendió tolerancia a quienes profesaban otras creencias, pero recibió muy poca tolerancia a cambio por parte de los demás hacia sus propias creencias. Le fueron negadas las mismas libertades que él defendía.

Para él, “el privilegio de adorar a Dios Todopoderoso conforme a los dictados de nuestra propia conciencia, y conceder a todos los hombres el mismo privilegio” no era mera retórica. Era un principio fundamental, a pesar de cómo lo trataran los demás.

Capítulo 38

La Legión de Nauvoo

Richard E. Bennett

La colorida historia de la Legión de Nauvoo es mucho más que la simple crónica de otra milicia estatal de mediados del siglo XIX. Demonizada por sus críticos como símbolo del militarismo mormón y la construcción de un imperio, y defendida por sus partidarios como un medio de autodefensa, la Legión de Nauvoo sigue siendo un capítulo controvertido en la historia estadounidense y en la historia de los santos de los últimos días.

La polémica no gira tanto en torno a las acciones de la Legión—pues en realidad sus vistosos desfiles y exhibiciones ceremoniales difícilmente son motivo de debate—sino más bien en torno a los poderes que le fueron otorgados por su estatuto, su orientación religiosa, su tamaño eventual y su temido potencial como un “ejército de Israel.” Sancionada por ley estatal en diciembre de 1840, y luego disuelta por la misma apenas cuatro años después, la Legión de Nauvoo no puede comprenderse con precisión fuera del torbellino de incomprendición y persecución religiosa que llevó a la muerte del profeta mormón, José Smith Jr., y a la posterior expulsión de los santos de los últimos días de Illinois. El desafío para los historiadores responsables es separar la retórica de la realidad. Por tanto, esta breve historia procurará examinar y explicar de la manera más objetiva posible el origen, la trayectoria y la desaparición de una de las milicias más populares y de corta duración del período anterior a la Guerra Civil en Estados Unidos: la Legión de Nauvoo.

Las heridas colectivas de Misuri seguían abiertas entre los santos de los últimos días cuando buscaron refugio en Illinois en 1839. Aunque no eran por naturaleza un pueblo violento, habían chocado de manera frontal y desprevenida con una sociedad más militante, esclavista y sureña. Desde su expulsión de Independence en 1833 hasta la masacre de Hawn’s Mill en 1838, la estadía mormona en Misuri está escrita con sangre. Sus sueños de

Sion destrozados, los santos se retiraron hacia el este, saliendo del estado mientras su líder profeta permanecía encadenado en la cárcel de Liberty.

No es de extrañar, entonces, que al reagruparse en Illinois, la autodefensa fuera una de las prioridades principales. Como afirmó José Smith en mayo de 1841:

“La Legión es... un cuerpo de ciudadanos soldados organizados... para la defensa pública, el bien general y la preservación de la ley y el orden—para salvar a los ciudadanos inocentes e inofensivos del férreo yugo del opresor, y perpetuar y sostener nuestras instituciones libres contra el desgobierno, la anarquía y la violencia de las turbas.”

Y en otra ocasión añadió:

“Un niño quemado teme al fuego, y cuando mis viejos amigos... acuden a mí en la hora del peligro en busca de protección,... estoy obligado por mi juramento de oficio y por todas las leyes humanas y divinas a brindársela.”

Pero hubo más en su formación que solo autodefensa. Al establecerse en Nauvoo, los santos de los últimos días, como cualquier otro nuevo poblador, también estaban legalmente obligados a servir en la milicia estatal de Illinois. Era la ley—y lo había sido desde la aprobación del Acta Militar de 1792—que todo varón blanco y capaz, entre los dieciocho y cuarenta y cinco años de edad, debía enlistarse en una milicia local. No hacerlo podía acarrear fuertes multas equivalentes a un día de salario. A cambio, los hombres alistados recibirían armas provistas por el estado, una consideración nada despreciable para un pueblo que había perdido casi todo en Misuri.

En consecuencia, poco después de su llegada al estado, decenas de santos de los últimos días se enlistaron en el 59º Regimiento del condado de Hancock, mientras que otros, al otro lado del río en Montrose, se unieron a compañías locales de la milicia del Territorio de Iowa. Y a medida que crecía su número, su representación superaba con creces la capacidad de los regimientos locales. Para acomodar a la población mormona en rápido aumento y cumplir con las exigencias de la ley, sería necesario organizar más regimientos en el condado o compañías municipales independientes.

La solicitud de Nauvoo para formar una milicia municipal no pudo haberse presentado en un momento más favorable. La milicia estatal de Illinois, al

igual que la mayoría de las milicias estatales en la América fronteriza, era una fuente de vergüenza. Mal equipada, inadecuadamente entrenada y con personal insuficiente, no había logrado enviar ni una sola unidad a la reciente Guerra del Halcón Negro. En su lugar, compañías voluntarias de élite de ciudades y pueblos de todo el estado lucharon codo a codo con regimientos del Ejército regular de los Estados Unidos para ganar ese conflicto. En diversas leyes promulgadas entre 1834 y 1837, la legislatura estatal animó a las comunidades locales a formar sus propios regimientos o grandes batallones independientes. Al fomentar el liderazgo local y prometer un mejor suministro de armas y equipo, el estado manifestaba su intención de hacer todo lo necesario para mejorar la posición y el desempeño de una milicia estatal desorganizada y desmoralizada. Así, los santos de los últimos días, al proponer una nueva milicia municipal, no solo obedecían la ley, sino que también respondían a los incentivos del estado. No es de extrañar, entonces, que, por razones puramente militares, su petición para establecer una milicia en Nauvoo fuera aprobada por la legislatura prácticamente por unanimidad.

Aprendiendo de sus errores en Misuri, los líderes de la Iglesia estaban decididos a establecer Nauvoo sobre una base legal firme. De hecho, José Smith afirmaría siempre haber sido el autor de la Carta de Nauvoo. Sin embargo, es debatible quién fue realmente responsable de la Legión de Nauvoo, un estatuto separado. Sin lugar a dudas, como ex intendente general de la milicia estatal de Illinois, John C. Bennett fue sumamente influyente en la fundación de la legión, si no en su peculiar estructura y organización. Hombre ambicioso y errante, Bennett ya tenía una reputación encubierta como hábil promotor de diversos intereses comunitarios que ponían su propio nombre en el centro de atención. Su interés en la medicina y la enseñanza médica lo llevó a presentar peticiones ante varias legislaturas estatales para fundar escuelas y universidades, a menudo sin el respaldo o conocimiento de los líderes locales.

Cuando no se ocupaba de temas médicos, se entregaba a su otra pasión: las milicias estatales, los uniformes y el boato de la vida militar. En 1835 se unió al 104.^º regimiento de la milicia de Pensilvania como cirujano. Dos años después intentó establecer a los *Hocking Valley Dragoons* en Búfalo, Nueva York, y al trasladarse al condado de White, Illinois, participó en una petición a la legislatura para crear los *Dragones Invencibles y Artillería Voladora* en febrero de 1839. Dos meses más tarde, Bennett fue nombrado

general de brigada de los Dragones. También fue parte de un intento fallido de persuadir a la ciudad de Springfield para que estableciera otro cuerpo militar aún más grandioso llamado la *Legión de Illinois*, una fuerza combinada de varias milicias del condado.

A pesar de sus defectos y de las vergüenzas futuras que traería a la Iglesia, Bennett poseía la combinación necesaria de experiencia como cabildero, talento y contactos para apoyar la causa mormona. Y José Smith, abrumado con otras necesidades y prioridades urgentes, decidió darle el beneficio de la duda. José escribió sobre su nuevo aliado:

“Él ha sido uno de los instrumentos para lograr nuestra seguridad y liberación de las injustas persecuciones y demandas de las autoridades de Misuri; un hombre emprendedor, de vastos conocimientos y mente independiente.”

Durante la conferencia general de la Iglesia en octubre de 1840, Bennett fue nombrado miembro de un comité de alto nivel encargado de redactar un proyecto de ley para incorporar la ciudad de Nauvoo y fue designado como “delegado, para impulsar la aprobación de dicho proyecto ante la legislatura.” Pronto, Bennett se unió al abogado Almon W. Babbitt en Springfield justo a tiempo para la reunión de diciembre de la legislatura de Illinois. Renovando sus relaciones con legisladores de ambos partidos, incluidos Stephen A. Douglas y Abraham Lincoln, Bennett vio cómo el proyecto de ley avanzaba sin obstáculos por ambas cámaras. Ansiosos por fomentar la inmigración y ganar votos entre la creciente población de santos de los últimos días, tanto políticos whigs como demócratas aprobaron la medida con escasa discusión o debate, a pesar de las reservas del senador Sidney H. Little respecto a la “extraordinaria cláusula sobre la milicia”, la cual, no obstante, consideró “inofensiva.” Como bien señaló Robert Flanders, “su promulgación rutinaria parece natural considerando el alto optimismo que reinaba en el estado.”

La carta constitucional de la ciudad de Nauvoo, la carta de la Legión de Nauvoo y la carta de la Universidad de Nauvoo —las tres— fueron firmadas como ley por el gobernador demócrata Thomas Carlin el 16 de diciembre de 1840, con vigencia a partir del 1 de febrero de 1841. Dos días después, el 3 de febrero de 1841, una comunidad agradecida eligió a Bennett como el primer alcalde de Nauvoo. Al día siguiente, el nuevo concejo municipal aprobó una ordenanza que organizaba, conforme a la ley, la Legión de

Nauvoo en dos cohortes: “la caballería constituiría la primera cohorte y la infantería, la segunda cohorte,” todo ello dividido en seis compañías con un total de 250 hombres. Además, José Smith fue debidamente elegido teniente general, con Bennett como segundo al mando en calidad de mayor general.

A medida que Nauvoo crecía rápidamente hasta convertirse en una de las ciudades más grandes del estado, su milicia aumentaba proporcionalmente. Su tamaño final fue simplemente el resultado del crecimiento vertiginoso de la población. A finales de 1841 contaba con 1,490 hombres en catorce compañías. Dos años después, su número se acercaba a los 3,000, y para junio de 1844 presumía de unos 4,000 ciudadanos-soldados organizados en cinco regimientos, junto con una banda musical de treinta integrantes: la Banda de la Legión de Nauvoo. Si bien la Legión tenía el potencial de alcanzar los 5,120 hombres —2,560 por cohorte—, nunca llegó a su fuerza máxima.

Las descripciones de la apariencia de la Legión y de su preparación militar varían desde considerarla un “grupo harapiento e ineficaz, incapaz siquiera de mantenerse en posición firme,” hasta lo que dijo un visitante no identificado: “No hay tropas en los estados como ellos”; la verdad probablemente se encuentra en algún punto intermedio. Convocados para desfiles, entrenamientos, simulacros de batalla, revisiones y celebraciones especiales como el Día de la Independencia, la Legión —al igual que muchas otras milicias en América— nunca recibió su dotación completa de armas y equipo, y muchos hombres, especialmente los soldados rasos, no podían costearse uniformes. Si bien algunos de sus líderes, incluido José Smith, podían lucir impecablemente vestidos con uniformes completos (diseñados según el del Ejército de los EE. UU.), la mayoría de los regulares aparecían con ropa cotidiana andrajosa, blandiendo palas y escobas en lugar de mosquetes y armas. Sin embargo, la Legión, con todas sus debilidades, probablemente se comparaba favorablemente con la mayoría de las demás milicias de Illinois. Pero no así para Thomas Sharp, editor del *Warsaw Signal*:

¿Por qué estos desfiles semanales? ¿Por qué tanta disciplina estricta? Hagamos una pausa para responder. ¡Qué militaristas se están volviendo estas personas! Todo lo que dicen o hacen parece respirar el espíritu de la táctica militar. Su profeta aparece, en todas las grandes ocasiones, con su

espléndido uniforme de gala, firma con el título de Teniente General, y en la Legión de Nauvoo se encuentran más títulos que en cualquier libro de tácticas militares... Verdaderamente, el pelear debe formar parte del credo de estos santos. ¿Siguen existiendo los danitas como grupo separado o ya se han fusionado con la Legión de Nauvoo?

Los ciudadanos temerosos querían saber. La retórica de José Smith probablemente no ayudaba mucho:

“Si nuestros enemigos están decididos a oprimirnos y privarnos de nuestros derechos y privilegios como ya lo han hecho, y si las autoridades terrenales no nos ayudan a hacer valer nuestros derechos ni nos dan la protección que las leyes y la Constitución de los Estados Unidos y de este Estado nos garantizan, entonces los reclamaremos de un poder superior, del cielo y de Dios Todopoderoso y de la Constitución, y juro que no volveré a tratarlos con tanta moderación, porque ha llegado el momento en que la paciencia ya no es una virtud.”

Sea cual fuere la retórica de ambos bandos, el hecho es que la Legión de Nauvoo nunca libró una batalla ni disparó contra sus enemigos en un acto de agresión. Como bien concluyó Robert Flanders: “La Legión fue el producto de una psicología defensiva más que agresiva.” La temida invasión a Misuri y los ataques esperados a los asentamientos de Illinois cercanos nunca se materializaron. Aunque algunos miembros de la Legión recapturaron a José Smith tras su arresto, y otros obedecieron órdenes del consejo municipal para clausurar una taberna y destruir la imprenta del *Nauvoo Expositor* —el detonante que llevó al asesinato de José y Hyrum Smith en la cárcel de Carthage en junio de 1844— la Legión siempre actuó en modo defensivo y conforme a la ley. No hay mejor ejemplo de esto que cuando, por orden de su comandante en jefe, el gobernador Thomas Ford, la Legión entregó sus armas y se abstuvo de marchar hacia la ciudad de Carthage en represalia por la muerte de su teniente general.

En retrospectiva y a la luz del debate constante, ¿qué tan única fue la Legión? En primer lugar, el concepto de legión no era nuevo en la historia militar. En 1792, durante las Guerras Indias de la Campaña del Noroeste, el ejército de los Estados Unidos fue reorganizado por un tiempo en una legión compuesta por artillería, caballería e infantería. La famosa Legión de Nueva York fue probablemente la milicia urbana más conocida de toda América en la década de 1810. El recuerdo del Gran Ejército de la República

de Napoleón, con sus muchas legiones, aún estaba fresco y vívido en muchas mentes. Y las investigaciones han demostrado que Bennett ya había intentado organizar una legión en Illinois en 1839. El concepto de legión era uno popular, incluso entre las milicias de condado y ciudad.

La frase “un cuerpo de hombres militares independientes” para describir a la Legión de Nauvoo también merece aclaración. La Legión no era una compañía de voluntarios y era “independiente” solo en el sentido de que, como muchas otras milicias urbanas contemporáneas en el país, no formaba parte de otros regimientos de condado cercanos, como el 59.^º de Hancock, ni de otras milicias urbanas, como los *Carthage Grays*. No era una “milicia mormona” en el sentido de ser un cuerpo separado y distinto, sino que era, de hecho, parte de la milicia estatal de Illinois y estaba al servicio final del gobernador.

En cuanto al nombramiento militar de José Smith como teniente general, este ha sido percibido durante mucho tiempo por algunos como evidencia de su interés en lo militar, si no es que una aspiración al poder. Al igual que sus abuelos antes que él, quienes se distinguieron en la Guerra de Independencia, José Smith sí tenía intereses militares. En 1834 había liderado una operación paramilitar —el Campamento de Sion— desde Ohio hasta Misuri con la esperanza de asegurar los derechos legales y propiedades de aquellos santos que habían sido expulsados del condado de Jackson. Sin embargo, su nombramiento en la Legión de Nauvoo parece haber sido algo que él no buscó.

En cuanto al puesto militar que ocupó, la causa por la que lo ocupó es la siguiente: cuando llegamos aquí, el estado requería que portáramos armas e hicierámos el servicio militar conforme a la ley, y como la Iglesia acababa de ser expulsada del estado de Misuri y despojada de todas sus propiedades y armas, estaban pobres y sin recursos, y sin armas, eran susceptibles de ser multados por no cumplir con el deber militar, aun cuando no tenían con qué hacerlo. Vinieron a mí por consejo y yo les aconsejé que se organizaran en compañías independientes y exigieran armas del estado; así lo hicieron... Entonces les dije a los santos que, aunque por ley yo estaba exento del deber militar debido a una cojera en una de mis piernas, sin embargo, daría el ejemplo y haría el deber yo mismo. Ellos dijeron que estaban dispuestos a cumplir con el deber si se los formaba en una compañía independiente y yo podía estar a la cabeza; ese

es el origen de la Legión de Nauvoo y de que yo ocupe el cargo de teniente general.

Su rango militar causó poco o ningún comentario en la oficina del ayudante general del estado cuando se presentaron los informes. Aunque por ley la mayoría de los regimientos eran comandados por un mayor general o por un oficial de menor rango, en la práctica, las milicias eran libres de elegir prácticamente a quien quisieran como líder y en el cargo que desearan. Si bien fue único y tal vez a la larga imprudente que José Smith ocupara un rango tan imponente —uno que ningún otro hombre en la historia militar estadounidense había ocupado desde George Washington y que no se volvería a ocupar hasta Ulysses S. Grant, famoso por la Guerra Civil— militarmente significaba poco más que un título ceremonial para un comandante local, en este caso alguien considerado por sus seguidores como profeta, vidente y revelador.

Sin embargo, tal rango, equivalente al de mayor general en otros contextos, ciertamente no superaba en rango al comandante de ninguna otra unidad. De hecho, la autoridad máxima sobre la Legión y sobre cualquier otro regimiento local, batallón o legión, no era ni el profeta ni el sacerdote, ni el mayor ni el alcalde, sino el gobernador del estado. Asimismo, desde las controversias surgidas tras la Guerra de 1812, estaba bien establecido en la ley y respaldado por fallos judiciales que ningún oficial en cualquier milicia estatal —desde Massachusetts hasta Iowa— podía jamás tener mayor rango que un oficial del ejército permanente de los Estados Unidos.

Sin embargo, algunos elementos de la Legión sí destacan por ser únicos y potencialmente divisivos, especialmente dentro del clima social y político en deterioro que envolvía a Nauvoo. Aquellos que se sentían genuinamente amenazados por el rápido crecimiento de la ciudad y, con ello, por el tamaño crudo de la Legión, así como quienes se preocupaban por la llegada de tantos nuevos colonos mormones y por las declaraciones poco diplomáticas de sus líderes y sus cambiantes compromisos políticos entre candidatos whigs y demócratas, empezaron a sentir temor. Otros, impulsados por el miedo y el prejuicio, se apresuraron a atacar los poderes políticos de la ciudad como una amenaza a la libertad y lideraron esfuerzos para revocar tanto la ciudad como su Legión ya desde 1842.

Fuera cual fuera el caso, quizás las dos disposiciones más debatidas del estatuto de la Legión fueron:

1. la concesión de autoridad legislativa, más allá de los meros poderes judiciales, a las cortes marciales de la Legión, y
2. el poder del alcalde para convocar a la Legión “para ejecutar las leyes y ordenanzas de la Ciudad”.

Los poderes legislativos de la corte marcial de la Legión no se encontraban en ninguna otra milicia de Illinois. Por qué sus promotores buscaron tal autoridad no está del todo claro, y tal vez no anticiparon su potencial para generar tanta disensión. Sin embargo, sólo podían aprobar leyes y ordenanzas relacionadas con la regulación y conducta de la propia Legión, y no podían aprobar leyes “repugnantes o incompatibles” con las constituciones estatal o federal. En la práctica, los fallos de estas cortes marciales eran rutinarios e inocuos, y se referían únicamente a las actividades cotidianas de la Legión: multas, nombramientos, elecciones, reprimendas y destituciones, entre otras actividades. Parece haber sido simplemente una formalización de poderes ya presentes en otras milicias.

El hecho de estar al servicio del alcalde es más problemático. Las disposiciones de la carta constitutiva de la ciudad ciertamente le otorgaban a Nauvoo su propia corte municipal, aunque en esto Nauvoo no era diferente de algunas otras comunidades. Del mismo modo, como en otros lugares, se había autorizado una fuerza policial para mantener el orden público. Es claro que algunos miembros de la Legión, como Hosea Stout, desempeñaban ambos roles—el de la Legión y el de la policía. Sin embargo, no siempre está claro cuándo él y sus ayudantes actuaban en una u otra capacidad.

Fue en el ejercicio del recurso de *habeas corpus*, mediante el cual los arrestados por delitos en otras jurisdicciones podían ser llevados de vuelta a Nauvoo para ser juzgados en un entorno más favorable, que se desarrolló una seria oposición. Entre los muchos hostigamientos que José Smith experimentó mientras estuvo en Nauvoo, los problemas con Misuri y los intentos recurrentes de funcionarios legales de ese estado por extraditar al Profeta fueron de los más intensos. Y no cabe duda de que pequeños destacamentos de la Legión ayudaron a impedir tales esfuerzos de extradición.

Temores posteriores de que José Smith y otros tenían la intención de establecer un “ejército de Israel” a partir de la Legión de Nauvoo para apoyar amenazas mormonas de construir un imperio, y las acusaciones hechas por John C. Bennett —quien más tarde fue desacreditado— contra sus antiguos amigos, carecen de fundamento.

Cualquiera que haya sido la realidad, lo cierto es que muchos percibieron a la Legión como una amenaza creciente. Para fines de 1842, en su discurso inaugural, el gobernador Thomas Ford pidió al menos una modificación de la Legión y de la carta constitutiva de la ciudad de Nauvoo. En enero de 1845, el estado revocó dicha carta constitutiva, y la Legión dejó de ser una entidad legal.

No obstante, Brigham Young, al reconocer que la única esperanza era abandonar el estado y encontrar un nuevo hogar en el Oeste, sabía que su pueblo necesitaba tanto orden como protección. Después de que la mayoría de los santos huyeron de Nauvoo en 1846, los remanentes, incluyendo a antiguos miembros de la Legión, lucharon en la llamada Batalla de Nauvoo, una triste y fallida acción de retaguardia que solo postergó la inevitable caída de la ciudad.

Brigham Young recurrió a vestigios de la Legión para brindar protección durante el éxodo mormón, especialmente como muestra de fuerza ante las temidas tribus indígenas al oeste del Misuri. Muchos miembros de la Legión sirvieron más tarde en el Batallón Mormón. Con el establecimiento del Territorio de Utah en 1850 y el nombramiento de Brigham Young como gobernador territorial, la Legión de Nauvoo fue nuevamente legal y oficialmente restituida como milicia, participando en la Guerra de Utah de 1857 y en varias guerras indígenas en el territorio, incluyendo la Guerra del Halcón Negro.

En 1862, durante la Guerra Civil, dos unidades de la Legión de Nauvoo protegieron las líneas del correo terrestre y del telégrafo. Bajo los términos del Acta Edmunds-Tucker de 1887, la Legión de Nauvoo fue nuevamente disuelta. Una vez que Utah se convirtió en estado en 1896, se organizó la Guardia Nacional de Utah como la nueva milicia del estado.

Capítulo 39

El Martirio

Donald Q. Cannon y Zachary L. Largey

Pocos eventos, si es que hay alguno, en la historia de la Iglesia son tan dramáticos y memorables como la muerte de José y de Hyrum Smith. “Le dije a Stephen Markham”, escribió una vez el Profeta, “que si Hyrum y yo éramos apresados nuevamente, seríamos masacrados, o yo no era un profeta de Dios”. Y así fue: el 27 de junio de 1844, José y Hyrum se convirtieron en víctimas de la *mobocracia* del siglo XIX, cuando alrededor de doscientos hombres rodearon la cárcel de Carthage —algunos subieron corriendo las escaleras, otros disparaban desde afuera. Uno de los compañeros de celda de José, John Taylor, gravemente herido, se arrastró debajo de la cama; José y Hyrum dispararon con las armas que se les habían dado ese día.

Finalmente, la turba consumó la sangrienta obra cuando disparos erráticos alcanzaron a Hyrum mientras defendía la puerta, y otros dos impactaron a José cuando intentaba escapar por la ventana. Sus últimas palabras fueron: “¡Oh Señor, Dios mío!”

Más tarde, cuando la furia de este acto ilegal y cobarde comenzó a disiparse, se impusieron el temor, la confusión y el dolor. La Iglesia acababa de quedar sin profeta, dejando a los Santos con incertidumbre sobre el futuro. Benjamin Johnson describió sus sentimientos como “un dolor indecible” y recordó haber exclamado: “¡Oh Dios! ¿qué hará ahora tu Iglesia huérfana y tu pueblo?” En verdad, la pregunta era aún más compleja—era, francamente, una que cuestionaba cómo y por qué ocurrió el martirio, qué significado tenía aquel día trágico para la veracidad de la Iglesia, y si esto consolidaba el lugar de José en la larga historia de testimonios sellados, o si era siquiera necesario. Por supuesto, responder plenamente a estas preguntas requiere un análisis mucho más extenso, pero hay algo seguro: el martirio fue la culminación de las persecuciones

pasadas de la Iglesia, y su ocurrencia, en términos generales, no era impensable.

Una historia de persecución

Los relatos históricos de los acontecimientos previos al martirio suelen comenzar con la destrucción del *Nauvoo Expositor*. José había enfrentado dificultades cada vez mayores debido a la apostasía y a las críticas dentro de la Iglesia, las cuales, en palabras de B. H. Roberts, eran “más serias que toda oposición externa”. Cuando los antiguos líderes de la Iglesia William y Wilson Law, junto con Robert D. Foster y Chauncey Higbee, fundaron un periódico anti-mormón (y anti-José Smith), el Profeta, como alcalde, ordenó su destrucción por cuanto se consideraba que estaba destinada a destruir la paz de la ciudad.

Después de que el *Expositor* fue destruido, la crítica contra José inundó periódicos como el *Warsaw Signal*, cuyo editor, Thomas Sharp, respondió preguntando a sus lectores lo siguiente: “¿Pueden quedarse de brazos cruzados y permitir que estos ¡Infames Demonios! roben a los hombres su propiedad y sus derechos, sin vengarlos? No tenemos tiempo para comentar: cada hombre tomará su propia decisión. Que sea tomada con pólvora y plomo.”

El 12 de junio, llegaron a Nauvoo rumores de que se estaban reuniendo turbas para atacar, y el día 16, José escribió una carta informando al gobernador Ford de la intención de la creciente turba “de expulsar y exterminar a los ‘santos’ por la fuerza de las armas.” Además, indicó su decisión de seguir el consejo de un juez y permitir ser juzgado en un tribunal, y, al día siguiente, José se presentó ante Daniel H. Wells, un “juez de paz amistoso pero no mormón.” Después de ser absuelto, una turba — enfurecida porque era poco probable que el líder mormón enfrentara un nuevo juicio dentro de Nauvoo— adoptó el sentimiento de Sharp y declaró que si la “ley no podía alcanzarlo”, entonces “la pólvora y el plomo lo harían.”

Ante tal oposición, José otorgó autoridad a la policía de Nauvoo y a la Legión para “asegurarse de que no se cometiera ningún acto violento.” El día 18, hizo la siguiente declaración:

Al mariscal de la ciudad de Nauvoo:

Según los periódicos que nos rodean y los informes actuales traídos desde el campo circundante, tengo buenas razones para temer que se está organizando una turba para atacar esta ciudad, saquearla y destruirla, así como asesinar a los ciudadanos; y en virtud de la autoridad que me ha sido conferida como alcalde, y para preservar la ciudad y las vidas de los ciudadanos, por la presente declaro que dicha ciudad, dentro de los límites de su incorporación, queda bajo ley marcial. Por lo tanto, los oficiales de la Legión de Nauvoo, la policía, así como todos los demás, deberán asegurarse estrictamente de que ninguna persona ni propiedad entre ni salga de la ciudad sin la debida autorización.

Al igual que la destrucción del *Nauvoo Expositor*, la decisión de José de declarar la ley marcial en Nauvoo enfureció aún más a una turba ya hostil, y se le presentó un cargo oficial de “traición contra el gobierno y el pueblo del Estado de Illinois.” En respuesta, el Profeta pasó algunos de sus últimos días en Nauvoo preparando la defensa de la ciudad.

Por supuesto, la situación en Nauvoo y Carthage no pasó desapercibida. El gobernador Thomas Ford, quien más tarde calificó la destrucción del *Expositor* como un acto “ilegal” e “inconstitucional” que “les hizo más daño [a los mormones] que el que diez imprentas les habrían hecho en diez años”, llegó a Carthage el 21 de junio y escribió lo siguiente en una carta a José:

Creo que, antes de adoptar cualquier medida decisiva, debería escuchar las acusaciones y defensas de todas las partes. Al seguir este curso tengo la esperanza de que se puedan evitar los males de la guerra, y, en cualquier caso, me permitirá entender el verdadero fondo de las dificultades presentes y orientar mi proceder conforme a la ley y la justicia.

Ford entonces solicitó que se enviaran delegaciones desde Nauvoo y Carthage, y dos días después, que José se entregara para ser juzgado. Los principales acontecimientos de los días siguientes incluyeron el arresto del Profeta por parte del destacamento de Ford, su acuerdo de disolver la Legión de Nauvoo y, bajo presión del gobernador, entregar las armas que pertenecían al estado de Illinois. Luego, entre el 25 y el 27 de junio, José y Hyrum Smith fueron colocados bajo una guardia mínima para esperar el juicio, programado para dos días después. Finalmente, alrededor de las

5:16 p.m. del 27 de junio, el Profeta y su hermano el Patriarca fueron asesinados.

Los detalles del tiempo que José pasó en prisión son bien conocidos. Mucho se ha dicho sobre cómo John Taylor cantó “*A Poor Wayfaring Man of Grief*” y sobre los escapes milagrosos tanto de John Taylor como de Willard Richards. También se ha escrito mucho acerca de la injusticia de un acto que, según la promesa del gobernador de proteger a los prisioneros, no debería haber ocurrido. Pero una pregunta que debe responderse para entender el significado del martirio gira en torno al conocimiento previo que José tenía del mismo, así como su aceptación del destino. ¿Era realmente necesario que ocurriera?

Al estudiar la historia de la Iglesia, uno se enfrenta rápidamente a sus tribulaciones y pruebas, muchas de las cuales involucraron al Profeta. Cuando la Iglesia estaba en Far West, José fue hecho prisionero por una milicia que amenazaba con ejecutarlo por traición. Después de una breve batalla cerca del río Crooked, donde varios Santos de los Últimos Días intentaron detener la persecución de las turbas, el entonces gobernador de Misuri, Lilburn W. Boggs, emitió una orden para expulsarlos del estado y exterminarlos si era necesario. Una vez, mientras estaba en Illinois, José fue arrestado por el alguacil Reynolds y su asistente, y soportó varias amenazas de muerte mientras respondía él mismo: “Dispare, no le tengo miedo a sus pistolas.”

La historia de la Iglesia registra varios intentos de asesinar al Profeta, desde la batalla simulada de John C. Bennett con la Legión de Nauvoo¹⁸ hasta la promesa de los hermanos Wilson y William Law de pagar a quien pudiera lograrlo. José también fue objeto de múltiples acusaciones de traición, cargos falsos y meses pasados en prisión. Quizá la mejor forma de resumir su experiencia sea con sus propias palabras:

¡Oh! Estoy tan cansado—tan cansado que a menudo anhelo mi día de descanso. ¿Qué ha habido en esta vida sino tribulación para mí? Desde niño he sido perseguido por mis enemigos, y ahora hasta mis amigos están empezando a unirse a ellos para odiarme y perseguirme! ¿Por qué no habría de desear mi tiempo de descanso?

A partir de estas experiencias, el asesinato de José parecía más que posible, incluso probable, lo que lleva a preguntarse si sus enemigos simplemente

ejecutaron lo inevitable; si el martirio no fue más que la turba logrando al fin su cometido. Pero para responder esta pregunta, también debemos cuestionar si José tenía conocimiento previo del acontecimiento.

Profecías y propósitos

Sin duda alguna, el Profeta comprendía lo que le esperaba. La historia de la Iglesia registra varios momentos en los que habló como si ya estuviera condenado a muerte. Uno de los casos más conocidos ocurrió camino a la cárcel de Carthage. Cuando José y su compañía vieron a un capitán de milicia apresurarse a recuperar las armas de la Legión de Nauvoo, José comentó: “Voy como un cordero al matadero; pero estoy tranquilo como una mañana de verano.”

Unos días antes, su hermano Hyrum le dijo a Reynolds Cahoon que “un grupo de hombres está buscando matar a mi hermano... y el Señor le ha advertido que huya a las Montañas Rocosas.” Brigham Young recordaría más tarde cómo José solía decir: “No viviré hasta los 40 años.”

Mientras estaba en prisión, José escribió lo siguiente a su esposa, Emma, como posdata: “Querida Emma, estoy muy resignado a mi suerte, sabiendo que estoy justificado y que he hecho lo mejor que se podía hacer.”

El historiador de la Iglesia Ronald K. Esplin ha señalado que, para 1844, José sentía la necesidad de apresurar su obra debido a “algún acontecimiento importante que estaba por suceder”. En marzo de 1844, José confirió las llaves del sacerdocio al Quórum de los Doce, diciendo: “Puede que mis enemigos me maten, y si así fuera, y las llaves y el poder que reposan sobre mí no se os impartieran, se perderían de la tierra.”

Incluso en Doctrina y Convenios se insinúa el destino de José: *“Y ahora te mando a ti, mi siervo José, que te arrepientes y andes más rectamente delante de mí, y que no cedas más a las persuasiones de los hombres... y si haces esto, he aquí, te concedo la vida eterna, aun si fueres muerto”* (D. y C. 5:21–22; énfasis agregado).

Sin embargo, algunos documentos afirman que José profetizó sobre su seguridad. Un miembro escribió que su martirio había sido inconcebible porque recordaba un discurso en el que José desafiaba a la tierra y al infierno, diciendo que “había recibido una promesa incondicional del Todopoderoso respecto a sus días.” Pero Richard Lloyd Anderson ha

señalado que tales declaraciones se sacan de contexto, pues aunque José a menudo reafirmaba su misión en la tierra, lo hacía sabiendo que su martirio eventualmente llegaría.

Una cita en particular ilustra esto a la perfección:

“Sé lo que digo; entiendo mi misión y mi deber. Dios Todopoderoso es mi escudo, ¿y qué puede hacer el hombre si Dios es mi amigo? No seré sacrificado hasta que llegue mi hora; entonces seré ofrecido libremente.”

El diario de Wilford Woodruff registra otra declaración similar:

“Algunos han supuesto que el hno. José no podía morir, pero esto es un error. Es cierto que ha habido ocasiones en las que se me ha prometido la vida para cumplir tal o cual propósito, pero habiendo cumplido esos propósitos... estoy tan expuesto a morir como cualquier otro hombre.”

Así, es fácil ver que José sabía cuál sería su destino final, y que, aunque anteriormente había escapado de la muerte en varias ocasiones, este último viaje a Carthage marcaría su último y fatal encuentro con la turba.

Aun así, la posibilidad de que José muriera no significa que su muerte fuera necesaria. Retomando la cita de Benjamin Johnson, la Iglesia aún se encontraba en una etapa embrionaria, y el Profeta sin duda podría haber seguido sirviendo a la Iglesia, tal como lo hizo su sucesor, Brigham Young, si hubiera vivido para ver a los santos cruzar las llanuras. Y si el comentario de Hyrum de que el Señor había advertido a José era correcto, ¿por qué, entonces, habría de ser “ofrecido libremente” como sacrificio? ¿Qué significó realmente su martirio?

Históricamente hablando, el Profeta pudo haber comprendido las consecuencias que rodeaban su encarcelamiento. Si hubiera intentado escapar y lo hubiera logrado, quizás sólo habría podido mantenerse libre por poco tiempo. Por lo tanto, vio su martirio como la única manera de apaciguar a la turba y librarse por completo de la persecución—de hallar su “día de descanso”.

Además, José pudo haber comprendido las consecuencias de movilizar a la Legión de Nauvoo. Como escribió un historiador, tal acto podría haber provocado un derramamiento de sangre severo. José claramente eligió derramar su propia sangre antes que causar daño a sus amigos o enemigos.

Sin embargo, desde una perspectiva doctrinal, parece haber una razón aún más profunda—una que guarda paralelismo con los versos finales del himno favorito de José:

“Mi amistad más sincera quiso probar:
Me preguntó si por él quería morir.”

Sellando el testimonio

En la Biblia, el apóstol Pablo enseñó que el testimonio supremo —aquel que no puede refutarse— es cuando el testador da su vida por el testamento: *“Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive”* (Hebreos 9:16–17). Este concepto se conocía como el sellamiento del testimonio de uno, es decir, el sellar la fe y obediencia de una persona hacia Dios por medio del sacrificio supremo: hacer que lo que era esencialmente mortal se volviera inmortal. Cuando un testamento era sellado con la sangre del testador, desaparecía toda duda sobre la disposición del testador a permanecer firme en el evangelio. Y este fue un concepto que continuó después de la Restauración.

Por ejemplo, cuando David W. Patten se convirtió en el primer mártir apostólico de la Iglesia moderna, Heber C. Kimball escribió en su diario: *“Fue, en verdad, una circunstancia dolorosa ser privados de los esfuerzos de este digno siervo de Cristo... sin embargo, el glorioso y sellador testimonio que dio de su aceptación en los cielos, y de la verdad del evangelio, fue motivo de gozo y satisfacción.”* Durante la conferencia general de 1852, George Albert Smith se refirió a los sacrificios de mártires pasados como el “sellamiento” de sus testimonios, y en 1857, el obispo Lorenzo D. Young aseguró a los miembros que, si se convirtieran en mártires modernos, entonces tendrían *“el privilegio y el honor de sellar su testimonio con su sangre.” Ese “privilegio”, entonces, fue el de José.

En 1868, el élder George A. Smith habló sobre las diversas sectas cristianas y su rechazo a aceptar las revelaciones del Profeta como genuinas o inspiradas. En ese sermón, el élder Smith señaló que, en cuanto José testificó de las verdades que le habían sido reveladas, “el mundo entero aulló, llamándolo impostor, ignorante, un hombre sin educación.” Si hubo algún título adoptado rápidamente por los antimormones para describir a

José Smith, fue el de *impostor*. Pero si lo era, uno tiene que explicar la disposición de José para morir por la causa a la que había dedicado tanto de su vida. ¿Por qué un impostor estaría dispuesto a morir por una causa que sabía que era falsa?

José entendía su misión en la vida. Si no era un impostor, entonces tendría que probarlo, tal como lo hicieron muchos de los profetas del Antiguo y Nuevo Testamento. Y cuando los cuerpos de José y Hyrum fueron devueltos a Nauvoo, y el dolor que se extendía por la ciudad comenzó a disiparse, la Iglesia llegó a comprender que el martirio de José tenía un significado mucho más profundo que la simple muerte de un hombre. Tal vez eso sea precisamente lo que John Taylor comprendió cuando escribió esta conmovedora escritura:

“Vivió grande, y murió grande a los ojos de Dios y de su pueblo; y como la mayoría de los ungidos del Señor en la antigüedad, ha sellado su misión y sus obras con su propia sangre; y lo mismo su hermano Hyrum” (D. y C. 135:3).

Y esta es también la enseñanza de nuestro profeta actual, Gordon B. Hinckley:

“Para citar una verdad expresada hace mucho tiempo y en circunstancias distintas, la sangre de los mártires se ha convertido en la semilla de la Iglesia.”

“Los testimonios que fueron sellados aquí, en estos mismos parajes, aquel día caluroso y bochornoso de hace 150 años, hoy nutren la fe de personas por todo el mundo.”

Al final, esta puede ser la mejor manera de comprender el martirio. Es cierto que la Iglesia ya había enfrentado persecuciones graves en el pasado y que las muertes de José y Hyrum constituyeron el punto culminante de sus pruebas y tribulaciones, pero también es cierto que José entendió la necesidad de dar un último testimonio al mundo. Y es aquí, en la fuerza de un testimonio marcado con sangre, donde José dio su más valiente discurso sobre aquello en lo que creía y en quién depositaba su confianza.

